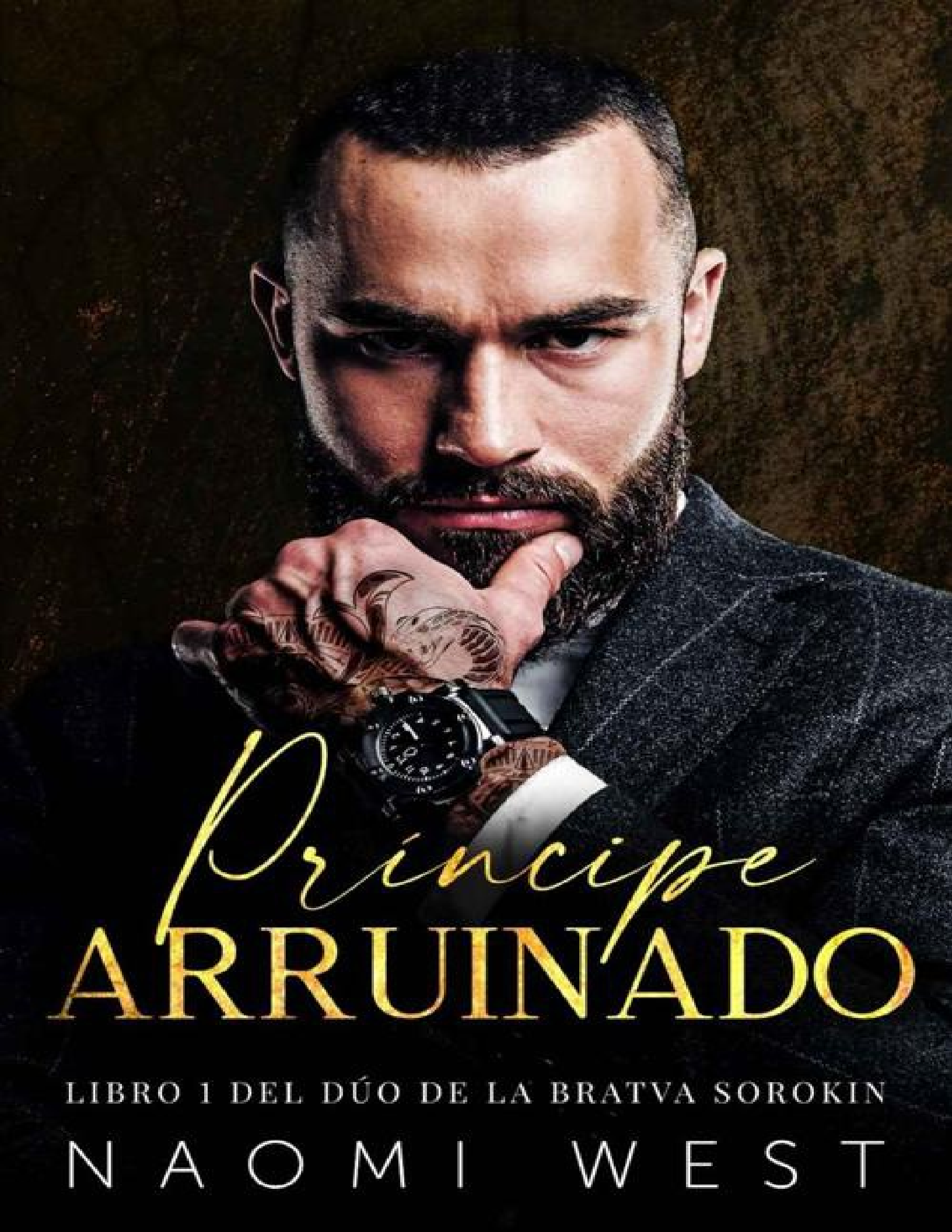




Principe
ARRUINADO

LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA SOROKIN

NAOMI WEST

PRÍNCIPE ARRUINADO

LA BRATVA SOROKIN

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Príncipe Arruinado

1. Lily
2. Lily
3. Roman
4. Lily
5. Lily
6. Roman
7. Lily
8. Roman
9. Roman
10. Lily
11. Lily
12. Lily
13. Roman
14. Roman
15. Lily
16. Roman
17. Lily
18. Lily
19. Lily
20. Roman
21. Roman
22. Roman
23. Lily
24. Lily
25. Roman
26. Roman
27. Lily
28. Lily
29. Roman
30. Lily
31. Roman
32. Lily
33. Lily
34. Lily
35. Lily
36. Roman
37. Lily
38. Roman
39. Lily
40. Roman

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

[Haz clic en el enlace para unirte.](#)

PRÍNCIPE ARRUINADO

PRIMER LIBRO DEL DÚO DE LA BRATVA SOROKIN

Se supone que una boda es el día más feliz en la vida de una chica.

Para mí, fue una pesadilla.

Porque el hombre al que estoy prometida no es precisamente un príncipe azul.

Y la forma en la que acabé en el altar no es precisamente de cuento de hadas.

Verás, mi familia no es como la tuya.

Mi padre y mi hermano hacen... cosas... que nunca deberían ver la luz del día.

Cosas como apostarme en una partida de póquer para que sea la esposa y madre de los hijos un demonio de ojos oscuros.

Una mano de cartas.

Una chica aterrorizada en juego.

Si gano, voy a correr, nada de caminar, a la salida más cercana, el taxi más cercano, el avión más cercano que me lleve fuera de Chicago.

Pero si pierdo...

Bueno, digamos que Roman Sorokin tiene algunos planes muy específicos para su nueva novia.

LILY

Todo estaba a punto de desmoronarse a mi alrededor. Toda mi vida, a punto de reducirse a cenizas. Pero, por un dichoso instante, pensé que iba a salir de allí.

No tardé en darme cuenta de lo equivocada que estaba.

Pero esa angustia no llegará hasta dentro de unas horas. Ahora mismo, estoy ocupada mirando la carta que tengo en la mano como si fuera la mejor cosa que jamás se escribió en un papel.

Felicitaciones, Lily Benedetti, comienza. Has sido aceptada en el Instituto Marcus de Artes Vocales en Julliard.

Lo leo una y otra vez, esperando asimilarlo de verdad. Me aceptaron en Julliard. Sí, ese Julliard. La mejor universidad de música del país. Puede que incluso del mundo entero.

Y, esta parte vale la pena repetirla, es en Nueva York. Sí, en Nueva York. A un millón de kilómetros de distancia de cualquiera que comparta el apellido que me persiguió toda la vida.

Me invaden un millón de emociones a la vez. No se trata solamente del orgullo de saber que Julliard solo acepta al ocho por ciento de sus solicitantes, y que de hecho estoy entre los pocos elegidos. O que el mero nombre de la universidad en un currículum abra puertas como ninguna otra cosa.

No, es sobre todo porque mi futura casa está a medio país de distancia de los terrenos de la mafia Benedetti. Si fuera por mí, estaría al otro lado del planeta.

Pero esto es bueno.

Esto es un comienzo.

Es suficiente.

Nueva York. Ya puedo oler la brisa otoñal corriendo por la Quinta Avenida. Ya puedo ver todas las vistas en todas las estaciones: Central Park repleto de vegetación en verano, el Rockefeller Center iluminado como una constelación en Navidad, Times Square abarrotado de gente cuando cae la medianoche en Nochevieja.

Y las compras. Oh, Dios, las compras. Vibraciones de felicidad se disparan a través de mí.

Nueva York tiene todo lo que siempre quise. La escuela de mis sueños, un lugar que me

convertirá en una cantante superestrella, libertad y aventura.

Quizá incluso amor.

Había elegido a mi novio universitario hace mucho tiempo. O sea, en mi imaginación. Sería artístico. Guapo. Sensible. Y tan enamorado de mí que gotearía de cada poema que escriba y de cada retrato nuestro que pinte para colgarlo en su loft, donde pasaríamos los fines de semana en la cama leyendo y hablando y... ya sabes, haciendo todo lo que se hace en la cama.

Nos invitarían a las mejores fiestas y conoceríamos a la gente más interesante. Tomaríamos café con leche en la cafetería del campus y haríamos el amor hasta que saliera el sol sobre los rascacielos.

Mi corazón baila un tango detrás del esternón cada vez que cierro los ojos e imagino mi futuro. Así es como sé que esto es lo correcto.

Echo un vistazo a mi dormitorio. No hay mucho que echar de menos. Hace años que no lo redecoran. Aunque sigue siendo un poco grande y vistoso con sus lámparas de cristal, tres en fila que cuelgan del techo abovedado; su alfombra blanca como la nieve y su pintura azul hielo con purpurina en la pared.

Mamá pasaba por una etapa de decoración del país de las maravillas invernal cuando yo tenía doce años y cambió mi juego de dormitorio de princesa por algo más “adulto”.

Siempre lo odié. Quería quemarlo todo y empezar de cero. Hacerlo mío.

Pero ¿ahora? No hay necesidad de rehacerlo.

Lo dejaré todo atrás muy, muy pronto.

Hay tanto por hacer antes de darle la espalda a Chicago para siempre. Hacer la maleta, prepararme, comprar libros y ropa y todas las cosas que necesitaré en Manhattan.

Mañana es el primer día del resto de mi vida. No puedo esperar.

Pero ya es hora de irse a la cama. Estoy agotada, feliz pero agotada de soñar despierta toda la noche, desde que llegó la carta. Me meto en la cama, me pongo el edredón de felpa sobre los hombros y me retuerzo hasta sentirme cómoda.

Momento en el que, por supuesto, la puerta de mi habitación se abre de golpe.

Leo, mi imbécil y arrogante hermano mayor y el hombre responsable de aproximadamente el cincuenta por ciento de los peligros de mi vida, irrumpe.

—Levántate —ladra.

Su tono me molesta de inmediato. —Que te jodan —le digo—. Lárgate de aquí.

Nunca entra en mi habitación ni me habla a menos que lo beneficie de algún modo. Esa debería haber sido mi primera pista.

Pero todavía estoy zumbada por la alegría de Julliard, así que no presto la atención que debería.

Primer strike, Lily.

En lugar de eso, me acurruco más en la manta y rozo con un dedo la carta que acabo de meter bajo la almohada para guardarla.

Eso no lo disuade. Se acerca al borde de la cama, coge la manta y me la arranca de un tirón.

—No era una pregunta —gruñe—. He dicho que te levantes de una puta vez y te vistas —frunce el ceño ante mi pijama de franela—. Y haz algo con tu cara. Tápatе todos esos putos granos de la frente.

Está claro que se perdió el *día de portarse bien y compartir con su hermanita* en la escuela de hermanos mayores. Creo que también se perdió el *día de la decencia humana básica*.

Por desgracia para Leo, no estoy de humor para dejar que el tarado me arruine el buen humor. —Gracias, pero no, gracias —le digo—. Ahora vete.

Cuando me incorporo para volver a coger la esquina de mi manta, me tira de la cama por el codo y me empuja hacia el baño. Tropiezo con la pared y me golpeo el cráneo con un grito de sorpresa.

Hace una mueca. —Eres tan patética. Ni siquiera puedo decidir...

Cuando abro la boca para replicar, echa la mano hacia atrás. Me sobresalto y cierro la mandíbula.

Leo asiente, satisfecho. —Eso es lo que pensaba. Ahora, vístete de una puta vez y maquíllate. Padre quiere vernos.

Escondo un suspiro tras una tos y me muevo un poco más deprisa, dirigiéndome a la cómoda para buscar un par de pantalones de yoga. Pero también me los quita de las manos.

—¿Qué demonios, Leo?

—No. No. No. Mierda, intenta vestirme como si tuvieras un poco de clase —en vez de esperarme, va al armario y coge un vestido de la percha.

Me río a carcajadas cuando veo lo que eligió. Es un vestido de discoteca. Un vestidito negro. Un vestido que hace girar las cabezas en la pista de baile.

Por definición, muy poco elegante.

—¿En serio? —pregunto—. A menos que vayamos al Club Ten, lentejuelas plateadas y tirantes finos con una falda que apenas cubre la curva de mi culo es inapropiado.

—Solo ponte la maldita cosa y prepárate. Está esperando.

La impaciencia de Leo normalmente sería cómica. Sobre todo porque el resplandor que enrojece sus ojos y endurece sus labios en una pequeña línea apretada hace que parezca que se fumó un porro.

Pero es tarde y no estoy de humor para que me trate así.

—Bien —digo—. ¿Quieres el vestido? Me pondré el estúpido vestido. Pero vete de aquí para que pueda vestirme sin que me espíes.

Esta vez, soy yo quien empuja. No es que sirva de mucho. Con un metro y medio de altura en

tacones y cincuenta kilos después de una comida copiosa, no soy precisamente Hércules. Leo podría vencerme con su dedo meñique.

Me lanza otra mirada fulminante y sale dando un portazo.

Si no fuera por lo que sea esta reunión con papá, me habría vuelto a meter en la cama y habría dejado que Leo se deshiciera de ira el mayor tiempo posible. Pero entonces tendríamos que pasar por todo esto una y otra vez hasta que mi hermano se salga con la suya.

Una y otra y otra vez. Leo es un imbécil, pero también es terco.

Así que, en lugar de quejarme o volver a la cama, hago lo que me dicen, aunque solo sea porque papá es tan malo como Leo cuando se trata de conseguir lo que quiere, por no decir mil veces peor.

Mientras me pongo el vestido, mi mente se acelera. ¿Qué puede ser tan importante a medianoche como para necesitar un vestido de fiesta y un maquillaje empalagoso? No estoy segura. Pero, si Leo ya está tan alterado, no presagia nada bueno.

Me estremezco y me doy prisa. Cuanto antes empiece, antes acabará todo esto y podré volver a fantasear. Volver a mi loft neoyorquino, a mi novio neoyorquino, a mi vida neoyorquina.

Antes de que consiga echarme la última pasada de rímel, Leo vuelve a la puerta con el ceño fruncido. Me quita la varita de la mano, la mete en el tubo y lo tira todo al lavamanos.

—Suficientemente bien.

Luego, como si no me hubiera dado ya la vuelta para moverme a su lado, enrosca sus dedos en el pliegue de mi codo y me arrastra por la casa.

El Mercedes de mamá y el Jaguar de Leo son los únicos coches del garaje de dieciséis plazas. Todos los demás vehículos de la familia Benedetti, el Corvette de papá; su Porsche; mi Alpha; el Beemer familiar; la Ducati de Leo, han desaparecido.

Frunzo el ceño ante la rareza, pero no tengo tiempo de preguntar qué pasó con todos los vehículos antes de que Leo me deposite en el suyo y cierre la puerta de un portazo.

El interior apesta a su colonia, como si la hubiera usado para limpiar el salpicadero. Una idea irrisoria, ya que Leo no hace literalmente ningún trabajo manual, ni siquiera para sí mismo. Estornudo dos veces cuando se pone al volante.

—Deja esa mierda —dice—. No queremos que piensen que estás plagada de enfermedades.

—Estoy estornudando, Leo. ¿Qué coño quieres que haga?

Si Leo tuviera un eslogan, sería “*siendo un asco, todo el tiempo*”. Está en su cara, en el tono de su voz, en cada postura y mirada. Sin embargo, en este momento lo está llevando a los extremos. Quizá si no me irritara tanto su comportamiento nocivo, me habría tomado un segundo para descifrar su comentario y habría saltado del coche en el primer semáforo en rojo.

Pero no lo hago. Me pierdo el matiz por completo.

Segundo strike, Lily.

Sube el volumen y la música resuena en el sistema de sonido personalizado. Con los bajos al máximo, es prácticamente imposible oír otra cosa que no sean los golpes del hip-hop más duro.

Leo está en su fase de gangster rap. Salvo que vaya con nuestro padre, claro.

Entonces es todo Berlioz y Bocelli. Cualquier cosa con tal de convencer a papá de que está total y absolutamente entregado a nuestra herencia mafiosa italiana.

A veces cuesta creer que sea pariente de este imbécil musculoso. Si no compartiéramos los ojos azules claros de mamá y el pelo negro carbón de papá, y si no hubiera crecido viéndolo fracasar repetidamente en su intento de emular a nuestro padre, ninguna discusión me habría convencido.

Pronto no tendrás que volver a ver a ninguna de estas personas, me recuerdo. Eso me arranca una ligera sonrisa.

Leo gira el coche hacia Morgan Street y se dirige hacia el distrito industrial. No paso mucho tiempo en esta parte de la ciudad, y con razón: es asquerosa y espeluznante. No se me ocurre ninguna buena razón para que se requiera mi presencia aquí a la una de la madrugada de un martes.

Nos metemos en un callejón y pasamos a toda velocidad entre dos grandes edificios. Luego nos detenemos frente a un viejo almacén metálico, con ventanas rotas y chimeneas que asoman por el tejado.

Esta cosa está sacada de una película de Saw: oscura, húmeda, fea como el infierno.

Me estremezco. Entrar en un almacén infestado de ratas en mitad de la noche no está precisamente en mi lista de cosas que hacer antes de morir.

Cuando apaga el motor, la música se apaga con él. Me tomo un minuto para que mis oídos se adapten al silencio y dejen de pitar.

—¿Qué hacemos aquí? Estoy vestida como una concursante de Dancing With the Stars en la zona industrial de Chicago. Una explicación estaría bien.

—Cállate y sal del puto coche —habla apretando los dientes como si fuera yo la que lo molesta a él.

Debería decirle que se lo meta por donde no le da el sol. Pero, en lugar de eso, obedezco. Quizá sea porque soy estúpida.

O tal vez es porque el destino sabe lo que viene a continuación, y estoy indefensa contra él.

Me levanto y me bajo el vestido demasiado corto por el culo. La brisa nocturna es fresca. —¿Por qué eres tan imbécil? —digo cuando Leo se acerca para agarrarme de nuevo.

Vuelve a echar la mano hacia atrás como si quisiera golpearme, pero yo levanto la barbilla. —Hazlo, bastardo —escupo desafiante.

Pone los ojos en blanco y su mano cae a su lado. —Cierra el pico e intenta no avergonzar a la familia, ¿sí? —camina hacia una puerta de metal oxidado en el lateral del edificio y la abre de un tirón.

El lugar huele a aceite quemado. Mis tacones chasquean contra el suelo de cemento mientras Leo me conduce por un estrecho hueco entre las silenciosas máquinas hasta otra puerta con papel negro sobre la ventana.

Esta vez, mantiene la puerta abierta para dejarme pasar.

Eso debería haber sido otra pista. Leo Benedetti no le sostiene las puertas a nadie. Ni siquiera a nuestra madre. Pero dejo que me acompañe a la habitación con su mano en la espalda.

Confiada e inconsciente. Ingenua y estúpida.

Y está a punto de costarme todo.

LILY

Una capa de humo de puro y colonia de viejo cubre el aire. Ahogo una tos para que mi hermano se moleste lo menos posible. Ya está cerca de su punto de ebullición.

Me adentro en la sala, me sitúo a unos metros de la silla de papá y espero a que me mire. Está sentado de espaldas a mí, en una mesa de póquer de fieltro verde junto a otros cinco hombres.

Cuatro de ellos son más viejos que el tiempo. Caras arrugadas como testículos, feos como el infierno.

El quinto no es ni viejo, ni arrugado, ni feo. De hecho, parece salido de la portada de GQ. Mandíbula recortada, barba oscura, pelo suelto con descuido sobre la frente.

Tiene la mandíbula apretada con crueldad.

La mesa está llena de montones de fichas, vasos de whisky con hielo y naipes. Me fijo en otras cosas apiladas en el centro: dinero en efectivo, mucho, más fichas y, reluciente bajo la sucia luz del techo, el Rolex de mi padre.

Mi padre se levanta cuando por fin me ve de reojo. —*¡Cara mia!* —canturrea.

Se precipita hacia mí, toma mis manos entre las suyas para evaluarme y luego asiente con aprobación a Leo, como si el idiota de mi hermano fuera responsable de mi aspecto.

Para ser justos, supongo que tengo que reconocerle parte del mérito. Escogió un vestido ridículo y me obligó a maquillarme.

—Guapa, guapa —murmura papá mientras me arrastra hacia la mesa de póquer. Se me revuelve el estómago.

No hay fichas delante de la silla que acaba de desocupar mi padre. Me habría centrado en eso, pero, la verdad sea dicha, estoy un poco distraída.

Porque el quinto jugador me está mirando fijamente.

Su rostro está medio ensombrecido por la única luz del techo. Su mirada ardiente me quema desde las pantorrillas hasta la garganta, calentando cada punto intermedio.

Dejo que el cuerpo de papá proteja el mío. No hay necesidad de que nadie más vea mi temblor.

Mi padre se vuelve hacia los hombres de la mesa. —Amigos míos, esta es *mia preziosa*, Lily.

Su preciosa. Lo dice más como si hablara de un coche nuevo que de una hija. Pero es dulce para los estándares de papá, así que decido tomarlo como un cumplido.

—Es guapa e inteligente. Será una gran esposa —hace una floritura y retrocede como si todos necesitaran verme sin él en el cuadro.

Me siento incómoda delante de estos hombres que me miran.

Y, para ser sincera, en ese momento, una parte tonta de mí se siente orgullosa de que mi padre presuma tanto de mí. Honestamente *orgullosa*.

Dios, soy estúpida.

Tan, tan estúpida.

—Papá, ¿qué está pasando? —susurro.

Leo se acerca sigilosamente y me da un golpe con el hombro en cuanto hablo. —Cállate —sisea.

Cuando papá asiente, Leo me aleja de la mesa y me lleva a una silla vacía junto a la pared del fondo.

—Siéntate.

Me cruzo de brazos y lo miro fijamente, pero él se limita a apretarme el hombro con la mano hasta que hago una mueca de dolor y me desplomo sobre el asiento.

—Mantén la boca cerrada y ponte guapa —añade.

Solo entonces empiezan a saltar las alarmas en mi cabeza.

Demasiado lenta.

Demasiado tarde.

Será una gran esposa. Eso es lo que dijo papá.

—... Es mi posesión más preciada —dice ahora.

Me lo repito de nuevo. ¿*Posesión*?

—Y —continúa—, es virgen.

Me quedo con la boca abierta. De repente, los latidos de mi corazón laten en mis oídos más fuerte que el bajo del coche de Leo.

Algo muy, muy malo está pasando.

No puedo ver la cara de papá, pero mi cabeza se niega a procesar que en realidad está hablando de mi virginidad en una habitación llena de viejos verdes.

Cada uno de ellos se gira para mirarme: cuatro pares de espeluznantes ojos de anciano, que me beben como si fuera whisky. Aprieto las piernas con más fuerza y me encojo como si pudiera

desaparecer completamente.

Solo el guapo no se molesta en mirar. Se limita a mover una ficha de póquer de un lado a otro de sus nudillos sin esfuerzo.

Al menos, hasta que mi padre apoya una mano en el hombro del hombre y se dirige a él directamente.

—¿Qué dices, Roman? ¿Cuánto crédito vale la mano de mi hija en matrimonio?

¿Qué coño?

Ni loca me caso con nadie. Al menos no por mucho tiempo, y menos con un mafioso geriátrico que juega al póquer en un almacén hasta altas horas de la madrugada.

Y por supuesto que no con Roman Sorokin.

No con ese tirano.

No con ese salvaje.

Se me escurre la sangre de la cara cuando por fin le pongo cara a un nombre. La Bratva Sorokin es sinónimo de brutalidad sangrienta y, como su jefe, Roman es el responsable de esa reputación.

Por fin se gira, lenta y melodramáticamente, como si supiera que es un momento que cambiará nuestras vidas para siempre, y me mira.

Incluso desde aquí esos ojos parecen tan oscuros. Tan violentos y posesivos que no puedo evitar un escalofrío incontrolable. Quiero apartarme para no tener que verlo más, pero Leo sigue teniendo una mano dolorosa en mi hombro, inmovilizándome.

Me lo pregunto desde el momento en que entramos aquí: *¿Por qué?* ¿Por qué Leo me mantiene en mi lugar? ¿Por qué me mira como si fuera un Monet en subasta?

Finalmente tengo mi respuesta: porque mi padre me está vendiendo como esclava por una puta mano de póquer.

Cuando me doy cuenta, me entra el pánico y, con él, unas náuseas atroces. Se me revuelve el estómago.

Tengo que salir de aquí. Rápido.

Antes de que termine como la virgen sacrificada en este altar de los condenados.

Sin plan ni previsión, solo con la necesidad primaria de actuar para salvar mi destino de cualquiera de estos malvados bastardos que reciba las mejores cartas, pisoteo el pie de Leo con el tacón de mis zapatos.

Él brama de dolor. Es mi oportunidad. Me abalanzo desde la silla hacia la puerta para escapar.

Y, honestamente, me acerco.

Estoy lo suficientemente cerca como para que mis dedos rocen el frío mango de metal. Lo suficientemente cerca como para girarlo y abrir la puerta solo una rendija.

Lo suficientemente cerca como para oler el aire fuera de la habitación.

Pero eso es todo lo que llego a acercarme antes de que Leo se recupere a tiempo para agarrarme por el hombro, darme la vuelta y asestarme la bofetada con la que lleva amenazando desde el momento en que irrumpió en mi dormitorio.

¡ZAS! Me golpea tan fuerte en la cara que veo estrellas. Me desplomo en la silla, aturdida y confundida, con una mano en la mejilla escocida y el horror recorriéndome el cuerpo como un veneno.

—Dame los putos zapatos —gruñe.

Se me salen las lágrimas. Cuando no me muevo lo bastante rápido para su gusto, se agacha y me arranca los tacones de los pies.

Un sollozo incontrolable me sacude. Cuando me entra hipo porque todavía no puedo recuperar el aliento, Leo vuelve a levantar la mano.

—Cállate o recibirás otro.

Se oye un carraspeo en la mesa. Leo baja el brazo. Levanta la vista, mira a quien lo interrumpió y se encoge de hombros.

Pero su mano cae a su lado y retrocede hacia las sombras, a unos metros de mí.

Me palpita la mejilla y la cabeza me da vueltas. Miro a los hombres de la mesa. Los mayores han vuelto a jugar a las cartas. Solo Roman, el hombre más peligroso del lugar, sigue prestándome atención. Todos los demás están absortos en el juego, tirando sus fichas, barajando sus manos, riéndose de una cosa u otra.

Pero Roman sigue mirando.

Otra oleada de miedo me inunda de frío. Me estremezco.

Aquí no hay nadie para ayudarme. Nadie en esta sala a quien le importe una mierda.

Soy el próximo artículo en subasta...

Y estoy sola.

ROMAN

Esta noche ha dado un giro inesperado.

Antes de la llegada de su pequeña, Arturo Benedetti había perdido dos edificios en el distrito industrial, todas sus rentas y propiedades de la zona sur y un anillo de oro, que decidió apostar, curiosamente, justo *antes* que su Rolex.

Ahora, ha añadido a su hija a la olla.

Su joven, núbil, de piernas largas y virginal hija. Ofrecida como un cordero a los lobos.

La adicción al juego de Arturo es una cosa, pero esto cruza una línea. ¿Apostar a alguien tan joven, tan fresco, tan inocente, a esta multitud? Es un pecado, por decir lo menos. Imperdonable.

Pienso aprovecharlo al máximo.

—Siéntate y juega, Arturo —entono—. Te daré crédito para una mano más.

Se arrastra a mi lado. —Gracias, Jefe Sorokin —gimotea—. ¡Recordaré esta amabilidad, lo juro!

Le hago señas para que la corte. —Reparte las cartas. Me estoy aburriendo.

Hago un gesto sutil con la cabeza a mis hermanos Misha y Kaz, que se colocan cerca de la puerta. La semana pasada, Arturo se escapó sin pagar sus apuestas. Si hay algo que odio es tener que perseguir a un viejo a pie y obligarlo a soltar lo que debe.

Especialmente cuando Arturo es lo suficientemente mayor como para ser mi padre. Y también lo suficientemente mayor como para tener mucho, mucho mejor criterio.

Yo nunca haría algo tan jodidamente cobarde. Por otra parte, no me parezco en nada a Arturo Benedetti. Es viejo. Es débil. Es estúpido. Es un imbécil cobarde y un completo maricón.

No soy nada de eso.

Pero como es todo un Houdini cuando debe dinero a alguien, no tengo más remedio que tomar precauciones. Los otros hombres de la mesa están claramente de acuerdo con mi apreciación. Por eso dos de los hombres de Floriano están junto a los míos, y dos de los de Gianpaolo vigilan la otra salida.

El viejo a mi izquierda es Floriano Verratti, el ilustre anfitrión de esta noche y el jefe de la

preeminente familia de la mafia italiana de Chicago. Ya está salivando ante la carne fresca sentada detrás de su padre, con el terror escrito en los ojos.

La niña de Arturo debe estar dándose cuenta ahora de lo que ha hecho su querido papi. Porque no hay manera de que pueda fingir este tipo de horror.

Tiene los ojos muy abiertos. Pecho agitado. Labios temblorosos.

Solo los verdaderamente inocentes pueden tener un miedo tan genuino. Y la niña Benedetti tiene el tipo de inocencia que me habla de la forma más primaria.

Es fácil ver cómo sería la esposa perfecta. Entrenable. Doblegable. Rompible.

A mi izquierda, Floriano gruñe en voz baja como si pudiera leer mis pensamientos. ¿Una advertencia, quizás? ¿Reclamando a la chica?

Contengo una risita. Me gustaría verlo intentarlo.

Es hora de la siguiente mano. Otro de los jugadores, un subjefe de la mafia albanesa llamado Besnik, reparte las cartas. —Que empiece el juego —cacarea. El pelo blanco le sobresale del cuero cabelludo en todos los ángulos y su barriga se agita como un cuenco lleno de gelatina.

El bote crece en el centro de la mesa a medida que los jugadores hacen sus apuestas.

Pero Floriano no aparta los ojos de la chica Benedetti. Incluso la verruga que tiene en el centro de la frente parece mirarla fijamente.

Pero este cabrón no tiene nada que hacer mirando a una cervatilla tan frágil. Mucho menos mirándola como si pudiera verla a través de su ropa.

Aunque, para ser justos, lleva poco más que un pañuelo de lentejuelas. Ninguna esposa mía llevaría eso en público. Deja demasiado a la vista. Demasiado escote y muslo expuestos.

Cuando la gane, le arrancaré el vestido y haré que se quede desnuda para mí, solo para mí, hasta que comprenda exactamente quién es y no se deje ver.

Floriano, lo bastante mayor como para ser su abuelo, se pasa la mano por la coronilla de la calva y se bebe de un trago el whisky que le queda en el vaso.

Frunzo el ceño. Esa es la seña, lo que lo delata. El *mudak* debe tener una buena mano. Yo, en cambio, estoy atascado con un par de doses. Hay diecinueve de los grandes en el bote, sin contar el reloj ni la chica. Y tengo un puto par de dos.

Arturo traga saliva. Eso lo delata: no tiene una mierda.

Gianpaolo, otro italiano como Floriano y Arturo, mantiene las cartas boca abajo sobre la mesa y juguetea con una ficha entre los dedos como si fuera a hacerla desaparecer. Aún no descubro sus señales. Pero ni siquiera miró a la chica, así que no me preocupa demasiado.

Sé que tiene una hija más o menos de su edad. No sé si es por eso que no está interesado en ella, o si tiene sus propias razones para actuar como si ella no existiera. No me importa, de cualquier manera.

La chica Benedetti se mueve, cruza una pierna sobre la otra. Floriano gime como una perra en

celo.

Quizá su distracción sea mi beneficio. Está a una sacudida de sus hombros de acabar en sus malditos pantalones. Eso tiene que dejarlo vulnerable.

Empujo todo el montón de fichas que tengo delante hasta el centro de la mesa. Son más de veinte mil.

—Apuesto todo.

Arturo suda y se tira del cuello. Su apuesta ya está hecha. No lo coloca precisamente como favorito a Padre del Año.

El susurro de “Papá, por favor” de su chica no le vale ni una mirada.

Otra gota de sudor recorre el rostro de Floriano. Se queda mirando las pilas de fichas, del bote a la chica y viceversa.

No tarda mucho en decidirse. Hace su apuesta y saca la cartera para compensar la diferencia entre lo que tiene y mis veinte mil. Mira a Gianpaolo, que enseguida se retira.

Eso nos deja a mí, a Arturo y a Floriano con todo. Es hora de mostrar lo que tenemos.

Extiendo mis cartas. —Par de dos —gruño. Sé que no es suficiente, pero el juego no se acaba solo porque las cartas lo digan. Siempre tengo otro as en la manga.

Arturo espera una larga y dramática pausa antes de revelar su mano. —Full, sietes sobre sotas —canta. Sonríe como un tonto triunfante.

Floriano asiente mareado y mira sus propias cartas. Con un suspiro, da la vuelta a tres reinas. —Supongo que...

No es suficiente. Arturo gana.

Al menos, eso es lo que él piensa. Por un momento.

Hasta que, cuando Arturo arquea los brazos para barrer el montón de fichas, dinero y posesiones, Floriano se ríe.

—¡Espera, espera, *mio amico*! No tan rápido. Aún no he terminado —su acento está marcado por los sonidos de su país natal y su alegría incontinente.

Es entonces cuando lanza una cuarta reina sobre la mesa.

A Arturo se le escapa todo el color de la cara. Las cuatro reinas de Floriano vencen al full de Arturo.

Al fin y al cabo, pierde.

Floriano gana.

La chica pertenece a los Verratti ahora.

Detrás de Arturo, su hija gime. Lágrimas silenciosas resbalan por sus mejillas. Ahora debería huir. Si se mueve lo bastante rápido, puede que esta vez consiga escapar. Su primer intento le

valió una fría bofetada en la cara por parte del imbécil de su hermano. Pero ahora está distraído con el teatro de Floriano.

Al final, se da cuenta de que es su última oportunidad de escapar. Pero duda un instante.

Y eso le cuesta todo.

Afortunadamente, lo intenta. Debe de sentir que el momento se le escapa, porque, justo en ese momento, gira su cuerpo en la silla y salta hacia arriba como si fuera a lanzarse directamente a través de la fría pared de acero para escapar del destino al que su padre acaba de jugársela.

Me recuesto en la silla y observo, divertido.

Kaz y Misha se mueven para bloquear la salida, tensos y preparados. Ella esquiva al hombre de Floriano por la izquierda, pero choca con el pecho de su guardia por la derecha.

El matón la rodea con ambos brazos y la alza en el aire. Ella bambolea las piernas frenéticamente. Su diminuto vestido se levanta y deja al descubierto un trozo de tela de encaje entre sus piernas.

Que me jodan, maldigo en silencio. La polla me palpita en los pantalones.

De vuelta a la mesa, Arturo agarra a Floriano por la parte delantera de la camisa y lo zarandea frenéticamente. —¡Tramposo, *bastardo*!

Floriano le empuja hacia atrás y resopla un poco por el esfuerzo. —Gané limpiamente, *mio amico*. Pero no te preocupes: trataré a tu chica como a una princesa —le hace señas a su guardaespaldas para que se acerque—. Tráemela. Le mostraré el placer de las caricias de un hombre de verdad.

Arturo se lanza de nuevo a la desesperada, pero el matón de Floriano lo detiene mientras este le hace una mueca con la lengua a la chica en el simulacro más espantoso de lamida de coño que he presenciado jamás.

Arturo brama de rabia sin palabras. Gianpaolo y Besnik observan impasibles.

Todo esto está a punto de convertirse en una locura. La chica ha pasado de llorar tranquilamente a chillar y suplicar.

Su padre está luchando agresivamente y casi se ha liberado del hombre de Floriano.

No hay duda de que va a arremeter directamente contra el cuello de Floriano si tiene la oportunidad.

Entonces: —¡Espera!

Mi propia voz me sorprende. Como si viniera de otra persona.

Hago una pausa mientras decido qué decir. No soy tan caballeroso como para que me importe una mierda salvar a la chica. Pero tampoco estoy dispuesto a perder un premio como ella a manos de una bestia como él. Si alguien va a follársela hasta la sumisión, no debería ser un viejo al que no se le para sin una pastilla morada y una maldita bomba de neumáticos.

Debería ser yo.

—Una mano más —le digo—. El ganador se lo lleva todo.

Floriano echa la cabeza hacia atrás y se ríe como si hubiera contado un chiste. —Ya soy el gran ganador de la noche. ¿Por qué jugar más?

Se coloca justo delante de la chica y se inclina con la lengua fuera para lamerle un lado de la cara. La chica grita y golpea el cráneo contra la cara del guardaespaldas que la sujeta.

Cuando el hueso choca con el hueso, el matón ruge y la arroja a un lado mientras se tapa la nariz, ahora sangrante, y gime.

Sonríó ante el arrebató. Guapa y luchadora. Qué combinación. Mi polla asiente con otro doloroso latido.

—Tengo todas las propiedades de Arturo en la zona sur —les recuerdo a todos.

Cuando Arturo echó un área tan lucrativa del tráfico de drogas de la ciudad en el bote que ganó antes, a Floriano casi le dan arcadas de envidia. Arturo vuelve a rugir de furia cuando se lo ofrezco de nuevo. Estoy tentado de silenciarlo definitivamente. Pero eso puede esperar: tal como esperaba, la oferta basta para llamar la atención de Floriano.

—¿Y a cambio? —pregunta Floriano, relamiéndose.

El negocio de la zona sur es enorme. Si no fuera por los problemas de juego de Arturo, ese territorio habría bastado por sí solo para mantener a tres generaciones de Benedetti holgazaneando en Easy Street durante el resto de sus vidas.

Lástima que sea un puto perdedor.

Floriano me mira fijamente mientras considero mi pregunta. Quiero a la chica, por supuesto. Me tiembla la polla solo de pensar en todo lo que me gustaría hacerle.

Pero no puedo dejar que Floriano sepa cuánta hambre tengo de probar a la princesa Benedetti.

—Junto con todo lo que ganaste esta noche, quiero la conexión del cartel de Grand Avenue.

Eso es un premio por derecho propio. Estuve trabajando para expandir mi huella en el tráfico de drogas, y esta es la oportunidad perfecta para hacer mi entrada. Entonces puedo forzar a Floriano a salirse por completo. Una vez hecho esto, todo el tráfico de drogas de Chicago, norte, sur, este y oeste pertenecerá a la Bratva Sorokin.

Seremos invencibles.

Floriano frunce los labios, chasquea la lengua contra los dientes y se pasa la mano por la barbilla como si se estuviera limpiando las babas.

Justo cuando está a punto de aceptar, levanto un dedo.

—Y —añado lentamente—, quiero eso —señalo a la chica.

Floriano vuelve a mirar a la chica. Luego a mí.

A la chica. De nuevo a mí.

Luego sonrío, confiado y estúpido, y acepta con un movimiento de cabeza.

—Trato hecho.

A mi lado, Arturo echa humo. Sus dedos se cierran en un puño. —¡Román Sorokin, *bastardo*!

Me señala con el dedo mientras Leo se desliza entre nosotros y retiene a su padre. —Nunca tendrás a mi preciosa Lily.

—¿Le dices *Preciosa*? Tan preciosa que la apostaste. A mí no me parece tan preciosa, Arturo.

—¡Mis hombres te matarán antes de que le pongas un dedo encima!

Me río a carcajadas y niego con la cabeza. Seguro que lo harán. Amenazas vacías. El hombre que controla el dinero controla a los empleados. A partir de esta noche, eso significa que yo estoy al mando.

Me estoy cansando de Arturo. No estoy de humor para acabar con él, pero tampoco quiero seguir escuchando sus quejas.

Hago un gesto a Misha, que saca a Arturo de la habitación. Kaz se queda cerca de mí por si Floriano también necesita un cambio de actitud.

El día que Kaz no pueda con Floriano Verratti y su insignificante guardaespaldas en solitario, colgará su Glock. Y yo soy conocido por romper una mandíbula o dos si la situación lo amerita.

En este mundo, la reputación es tan importante como las posesiones y el dinero.

Afortunadamente, la Bratva Sorokin tiene ambas cosas.

Miro a Gianpaolo. Es el único que no tiene nada que ganar jodiéndome. Y mucho que perder si se atreve a intentarlo.

—Adelante —le digo—. Reparte las cartas.

LILY

¿Qué coño está pasando? Hombres adultos están apostando sobre cuál me va a reclamar como su premio. Mi propio hermano me abofetea como un boxeador.

Y todo fue autorizado, hay que reconocer que es una palabra bastante bonita para lo que ha hecho aquí, por mi propio padre.

Todavía no perdí la esperanza. Todavía puedo escapar. Huir. Puedo esconderme hasta que... hasta que se cansen de buscarme, supongo. Porque al final se rendirán. ¿Cierto?

Miro fijamente durante un segundo a Roman Sorokin mientras juega esta mano contra el gordo feo de mierda que intentó lamerme. Estoy a punto de vomitar solo de recordarlo, pero cuando Roman me mira, quizá “me fulmina con la mirada” sea más exacto, de repente solo puedo pensar en él.

El hombre tiene una mirada que, de cualquier otra persona en el mundo, me haría temblar las rodillas. De él, solo me hace temblar el estómago.

Es guapísimo, sí.

Pero también peligroso.

Mortal.

El diablo con traje de diseñador.

Un hombre como Roman no me necesita. Sin duda tiene mujeres haciendo cola para compartir su cama cualquier noche de la semana. Así que no es probable que me quiera para él. Probablemente me venda en una de las subastas de mujeres de las que he oído rumores. Un postor que pague mucho dinero por una princesa virgen de la mafia.

O quizá quiere matarme solo para demostrar algo. Para demostrarle a mi padre y a todos los demás quién es el jefe del crimen más grande y malo de todo Chicago.

Mierda. Tengo que salir de aquí. Ninguna de las dos opciones me sirve.

Pero las cartas están echadas y no me queda más remedio que esperar. Mirar fijamente. Y planificar.

Dos puertas. Cinco guardias. Cinco hombres en la mesa. Soy una cantante, no una matemática,

pero incluso yo puedo ver que las probabilidades no se ven bien para mí.

Roman cambia una carta. Floriano toma tres.

El viejo italiano se retuerce para mirarme, me guiña un ojo y me vuelve a mirar con lascivia. Se me revuelve el estómago y un sudor frío me resbala por la frente. La posibilidad de escapar se reduce por momentos.

—¿Juegas o te retiras, Floriano? —pregunta Roman. La impaciencia profundiza en su voz, y el miedo me pone la piel de gallina.

En respuesta, Floriano tira sus cartas. —Par de reyes —eso es bueno para él. Reyes. Cartas altas. Un par.

Roman sonrío y me hace un gesto con la cabeza, luego suaviza su sonrisa. Espero por Dios que sea una sonrisa apenada. Arrepentida, ¿sabes? Como una sonrisa de *lo siento, perdí*.

Porque ambos hombres pueden querer hacerme cosas repugnantes... pero Roman disfrutará haciéndome sufrir en el proceso.

Entre los dos, sé qué destino prefiero.

Luego lanza cuatro ases.

Cuatro.

Putos.

Ases.

Dios mío. El miedo burbujea en mis entrañas y me exige que haga algo para salir de allí. Un intento más. Una apuesta desesperada más.

No pienso ni hablo. Solo me muevo. Hago un amague a la izquierda, esquivo a la derecha... y esta vez lo consigo.

Salgo disparada por la puerta antes de que nadie pueda hacer nada para detenerme. Corro por el almacén, con los pies descalzos golpeando el suelo mientras mi padre y mi hermano gritan detrás de mí. No me detengo ni miro atrás.

Entonces estoy en la calle, corriendo.

Cada clase de educación física en la escuela y cada minuto que pasé en el gimnasio están dando sus frutos. Mido mis respiraciones, bombeo mis brazos y esprinto por mi vida dejando atrás a los hombres que me persiguen.

Excepto uno. Puedo oír sus pasos. No tengo que adivinar para saber quién es.

No puedo dejar que me atrape. Me castigaría por huir. Tal vez incluso me mataría ahora en lugar de esperar a más tarde.

Me adelanto, salgo de un callejón y salgo a la calle. Cinco hombres persiguiendo a una chica en público llamarán la atención. Tendrán que detenerse.

Pero no. Siguen viniendo.

Doy otra vuelta. Otra. Otra.

Y entonces, como una olla de oro al final del arco iris, veo un coche de policía en el aparcamiento de un edificio abandonado.

Salvación. La policía me salvará. La policía me protegerá.

Corro hacia ellos como si mi vida dependiera de ello, sobre todo porque así es. Pero lo que no sé en ese momento es que no será suficiente. Nada puede mantenerme realmente a salvo.

No de Roman Sorokin.

LILY

Corro hacia el patrullero. Cuando el agente que va de copiloto enciende la linterna y apunta hacia mí a través de la ventanilla abierta, por fin puedo volver a respirar.

Estoy a salvo.

Por supuesto, voy a necesitar un Xanax, un baño de burbujas y una pedicura sin igual para recuperarme de esta pesadilla. Pero todo eso vendrá después.

El policía sale del coche y se queda en la puerta. Corro a su alrededor y me arrojo a sus brazos. Sus manos permanecen a los lados mientras me aferro a él, sollozando, mitad por las lágrimas, mitad por la respiración agitada tras la carrera lejos de Roman y sus hombres.

—Por favor —le ruego—, tiene que ayudarme. Esos hombres me persiguen.

Pero, cuando señalo detrás de mí y miro, solo hay un tipo solitario. Y no es Roman. No es ninguno de los hombres que pensé que me perseguían, en realidad.

Por lo que parece, es un basurero municipal, que vuelve a casa después de su turno. Me echa una extraña mirada de reojo mientras pasa a nuestro lado por la acera y sigue su camino, dejándonos atrás.

No hay rastro de Roman.

Ni rastro de sus hombres.

No hay rastro de nadie.

El policía contra el que me lancé es más joven que mi padre, pero más viejo que Roman y no tiene tan buena constitución. Me pone la mano en el hombro y me da un apretón, luego me pasa el pulgar por la piel donde se unen la garganta y la clavícula. Es demasiado extraño para ser reconfortante, pero quizá sea un tipo susceptible. No voy a ponerme quisquillosa con mis salvadores.

—Todo estará bien —su placa dice *Oficial Johnson*. Me sonrío. El sube y baja de mi respiración hace que mis pechos se tensen contra la tela de mi vestido, y no puedo evitar notar cómo sus ojos se quedan ahí un poco más de lo que probablemente sea profesional.

Mi sensación de inquietud empieza a aumentar. En ese momento, el compañero del policía, Albertson, según su placa, sale del asiento del conductor. Rodea el coche y se coloca justo detrás

de Johnson, con los brazos cruzados y de espaldas al peligro del que acabo de huir.

Eso también parece un error.

Pero tiene un arma. Incluso si alguien se acerca sigilosamente a él, las probabilidades están a su favor, ¿verdad? Al menos, eso espero, porque sus buenas probabilidades son mis buenas probabilidades en este momento. Estoy sin armas, sin zapatos, sin teléfono.

Todo lo que tengo para mantenerme a salvo del monstruo de negro son los chicos de azul.

La noche es oscura. No hay luna ni estrellas en el cielo. La única luz procede de una farola al otro lado de la calle, una manzana más abajo. Todo el lugar apesta a basura y alcantarillado, *eau du Chicago* me gusta llamarlo, pero estoy en el lugar más seguro que puedo estar, plantada justo entre estos dos policías grandes y fornidos.

Por primera vez desde que Leo irrumpió en mi habitación y me ordenó vestirme, me siento segura.

Mi corazón sigue latiendo lo bastante fuerte como para dolerme, y me duele el estómago. Pero no me persigue un maníaco homicida, ni sus gamberros. Cuéntalo como una victoria.

Miro por encima del hombro hacia el callejón por el que acabo de correr. Los hombres que creía que me perseguían han desaparecido. Pero no voy a correr ningún riesgo por mi cuenta. No me alejaré más de un brazo de esos polis hasta que salga el sol.

Roman Sorokin está por ahí, convencido de que me ganó. Y un hombre como Roman siempre cobra sus apuestas.

No importa lo que tenga que hacer para conseguirlo.

Me vuelvo hacia el segundo policía, el agente Albertson. Me mira con escepticismo. —Bueno, me perseguían, lo juro, y ahora no sé a dónde fueron, pero tienen que creerme, había una tonelada de ellos, y tenían pistolas creo, o tal vez cuchillos, no estoy segura, no tuve tiempo de mirar, tuve que correr porque...

Albertson me corta. —Más despacio, señorita. Respira hondo y cuénteme qué ha pasado.

Su compañero saca su teléfono y se aleja para hacer una llamada. No me importa, solo necesito que uno de ellos escuche. No importa cuál.

Hago lo que me dice. Inspiro profundamente, exhalo y empiezo a contar toda la historia desde que Leo me metió en su coche hasta que Roman ganó la última mano de cartas contra Floriano. Estoy tan nerviosa que voy en contra de todo lo que me han enseñado y hasta digo nombres.

Bueno, todos los nombres menos el de mi padre. Aunque haya sido él quien empezó todo este lío. Papá necesita ayuda. Ayuda seria y profesional, de la que te da una mujer con un portapapeles, un traje de pantalón de dos mil dólares y diez lujosos diplomas de la Ivy League en la pared de su despacho, y no la conseguirá si está entre rejas por traficar con su hija.

Albertson se me queda mirando mientras suelto las palabras a toda prisa.

—Así que sí —termino—. Sé que parece una locura, pero juro que es verdad. Deberíamos irnos de aquí. Estos tipos son muy peligrosos y...

Vuelve a mirarme de arriba abajo. —Una chica guapa como tú debería estar en casa en la cama con su hombre —comenta.

Se me cae la mandíbula.

O me está coqueteando, o no escuchó nada de lo que le dije, o simplemente no le importa el peligro que corro. El peligro que corremos todos.

Pero ¿importa algo de eso? A pesar de que sus miradas se desvían hacia mis pechos, es mi último recurso. Tengo que confiar en él para que me saque de allí.

Podré averiguar el resto más tarde. Por ahora, tengo que seguir la corriente.

Así que sonrío. —¿Sabe qué? Tiene razón. Probablemente esté preocupado por mí.

Albertson asiente. —Mhmm —me pone la mano en la parte baja de la espalda mientras se gira para que caminemos hacia la parte trasera del coche—. Sube tú, y yo llamaré a mi centralita para avisarle de que estoy en un 10-76 con una víctima. Te llevaremos a la comisaría y podrás llamar a alguien para que venga a buscarte.

Exhalo un suspiro de alivio. Me parece un buen plan. —Muchísimas gracias. Tenía tanto miedo —casi vuelvo a abrazarlo de pura gratitud, pero consigo contenerme.

Asiente y me acompaña hasta la puerta trasera del lado del conductor. La cierra cuando entro y rodea el vehículo para hablar con su compañero, que ha vuelto al coche.

Esto es tranquilo y cálido. Por fin puedo relajarme. Respirar normalmente otra vez. Cierro los ojos y reclino la cabeza contra el asiento mientras los policías permanecen fuera, hablando y gesticulando.

Pero, cuando pasan unos minutos, vuelvo a sentarme. Llevan ahí fuera un buen rato y tengo muchas ganas de salir de esta zona para que no seamos presa fácil de Roman. ¿Por qué tardan tanto?

Cuando miro por la ventanilla, el agente Albertson me echa un vistazo dentro del coche y luego se aleja rápidamente. Le hace un gesto con la cabeza a su compañero. Dan la vuelta para sentarse en los asientos delanteros. La luz del techo se enciende.

Empiezo a balbucear mientras suben. —No puedo agradecerles lo suficiente por sacarme de aquí. Estaba tan asustada, y aprecio esto más de lo que puedan imaginar...

Ningún policía responde mientras nos alejamos del bordillo. La sensación de inquietud que me invadió la primera vez que el policía me acarició la clavícula vuelve con fuerza. No puedo precisarlo. Es solo un cosquilleo en el aire, como la electricidad estática antes de una tormenta.

Pasamos por las oscuras calles de la ciudad, en dirección a la comisaría del centro. Conozco esta ciudad como la palma de mi mano. Por eso mi malestar alcanza niveles sin precedentes cuando la curva que debería llevarnos a la comisaría aparece a nuestra derecha...

Y giramos a la izquierda.

Me aclaro la garganta nerviosamente. —Um, ¿no deberíamos ir en la otra dirección?

Estamos acelerando. Nos alejamos del centro y nos adentramos en el distrito industrial. La comisaría está a veinte o treinta manzanas por el retrovisor.

Johnson se vuelve para mirarme desde el asiento del copiloto. Tiene el pelo rubio y un aspecto de chico surfista californiano. En un día normal podría haberme atraído.

Pero nada es normal hoy.

Sus ojos, azules y brillantes, permanecen abiertos y nivelados. —Se rompió la tubería principal —explica—. La calle está cortada. Tenemos que desviarnos.

—Oh. Vale —me acomodo contra mi asiento.

Tiene sentido, hasta que Albertson da un giro equivocado de nuevo. Y luego otro.

A medida que las tiendas y vitrinas dan paso a almacenes y fábricas, el nudo de ansiedad en mi estómago duplica y triplica su tamaño. Los latidos de mi corazón vuelven a subir hasta mis oídos y la sangre caliente sube por mis mejillas.

—Disculpen, oficiales, siento ser pesada, pero estoy bastante segura de que estamos un poco desviados...

Esta vez, Albertson habla. —Cállate.

Frena y aparca el coche. Y, cuando miro por las ventanillas, veo dónde estamos: de vuelta en el almacén del que huí.

Aunque no hubiera reconocido las chimeneas, habría reconocido el Jaguar de Leo y el todoterreno Mercedes negro con SOROKIN en la matrícula.

Dios mío. Me trajeron de vuelta. Debería haberlo sabido. Por supuesto que un criminal como Roman Sorokin tendría a toda la fuerza policial en su bolsillo. Bastardos corruptos.

¿No queda nada bueno en este mundo?

¿No hay nadie que se preocupe por mi seguridad?

Un momento después de aparcar, sale el viejo feo. El que me persiguió junto a mi hermano y el cabrón de turno.

Pruebo la manilla de la puerta. Cerrada.

Oh, mierda. Soy tan estúpida.

Mientras me siento atrapada en el asiento trasero, Johnson sale del coche, se acerca y estrecha la mano de uno de los hombres de la sala.

El viejo feo, Floriano, frunce el ceño. Leo se cruza de brazos y me mira como si yo fuera la vergüenza de la familia.

Pero Roman, de pie detrás de todos ellos en el borde de las sombras, solo sonríe. Esto le está gustando demasiado.

Sin embargo, no puedo evitar admirarlo. Es alto y corpulento, con los brazos y los hombros

musculosos. Tiene el pelo oscuro, que brilla bajo la luz de la farola, y ojos como nubes de tormenta.

Precioso.

Peligroso.

Y ahora, firmemente de vuelta al control.

Intento no llorar, pero las lágrimas son inminentes y no puedo hacer nada para evitarlo. *Céntrate, chica*, me digo a mí misma. *Piensa*.

Todavía no salí del coche. Y si de mí depende, puede que no salga nunca. *Gracias, pero no, gracias. Supongo que ahora vivo aquí. Mándame bocadillos*.

Busco un arma a mi alrededor. Algo, cualquier cosa que pueda usar para rechazar a quien sea que intente sacarme de este coche.

Aunque no hay mucho. Por supuesto, no guardan precisamente la llave de cruz en el asiento trasero del coche de policía donde van los delincuentes. Tampoco hay pistolas o porras. Ni siquiera un palillo de dientes con el que pueda sacar un ojo o perforar una arteria.

Así que ahí estoy. Descalza, vestida como si acabara de llegar de una noche de juerga en la ciudad, sin ni siquiera mi bolso. Estoy indefensa. Desesperada. Una damisela en apuros y sin ningún caballero cerca.

No solo estoy jodida; estoy completa y absolutamente condenada.

Entonces, la puerta se abre de golpe.

Grito cuando el oficial Johnson mete la mano. Enrosca sus dedos alrededor...

De un gran puñado de aire, porque al instante me he arrimado todo lo que he podido a la puerta opuesta.

—¡Ven aquí, chica! —gruñe. Está medio agachado dentro del coche, murmurando maldiciones, cuando la puerta contra la que me había empujado se abre.

Caigo al suelo de culo. —¡No! —me pongo en pie de un salto y pego mi cuerpo contra el guardabarros trasero. Los hombres me rodean en un semicírculo amenazador.

No hay espacio a la izquierda, pero tal vez, solo tal vez, hay suficiente espacio abierto a la derecha. Si tengo cuidado, hago un rápido movimiento alrededor del viejo espantoso, podría tener una oportunidad. La cuarta es la vencida, ¿no?

Doy un paso y, como si pudiera leer mi mente, Roman se mueve con frialdad para bloquear mi huida. Una torre de hombre imponente y ojos fulminantes.

—¿Dónde crees que vas, *kiska*?

Su voz dispara un rayo de calor a mi vientre. No quiero que me guste cómo suena, cómo se levanta o cómo mira. Y probablemente no sea brillante de mi parte que su sonrisa de suficiencia me resulte tan atractiva.

Cuando incluso la arrogancia parece lo suficientemente buena como para hacerme olvidar mi miedo, por solo un milisegundo, pero igual, no se puede negar que he superado lo de “jodida” y me he convertido en la siguiente peor cosa, o en la cosa más allá de eso, incluso.

Le hace un gesto con la cabeza a su matón. Antes de que pueda entender qué significa ese gesto, el matón en cuestión me agarra por el brazo y me arrastra hasta dejarme frente a Roman.

Me tiembla todo el cuerpo. De cerca es aún más grande. Aún más imponente. Y da miedo. Es muy, muy jodidamente aterrador.

—Quiero irme a casa —le susurro.

Ríe entre dientes. —Como quieras —da un paso atrás, pero su matón se queda mientras Roman se toma su tiempo para sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo, saca uno y lo enciende.

Mientras exhala un chorro de humo, me mira de arriba abajo.

Se me calienta la piel dondequiera que mira. Pero ignoro la sensación y me concentro en odiarlo con cada fibra de mi ser. Me niego a encontrar algo atractivo en un feroz jefe del crimen. Mis reacciones corporales automáticas tendrán que seguir el programa y darse cuenta de que el resto de mí desprecia a este tipo.

El temblor aumenta hasta convertirse en un escalofrío cuando sonrío de nuevo y se inclina hacia mí. —Sabes —comenta—, siempre quise tener mi propia mascota.

—Consigue un perro.

Se ríe otra vez. No es un sonido agradable. Es cruel y agudo, como puñales de hielo. —Métela en el coche, Misha —ordena—. ¿Quiere irse a casa? Pues hagamos lo que pide la princesa.

No hay duda de que no estamos hablando de la misma “casa”.

Miro a mi padre, que por fin se ha dignado a salir con el otro matón de Sorokin. —¡Papá, por favor! —grito.

No hay casi nada que no haría en ese momento para que mi padre me rescatara. Que al menos luchara por mí. Que hiciera algo más que encogerse de hombros.

Lo mismo pienso de Leo. Soy su hermana, ¿no? ¿La misma niña que lo adoraba cuando era demasiado joven para darme cuenta de lo bastardo que era?

Pero ambos permanecen en silencio. —Bastardos —sollozo—. Malditos bastardos.

Aunque lo dije en un susurro, Roman oye. Se queda inmóvil, gira y vuelve hacia mí.

—Tendremos que hacer algo con esa boca tuya.

Me coge las mejillas con los dedos y me las aprieta, sonriendo de nuevo como si castigarme con dolor le produjera un gran placer. Me pasa el dedo de la mano que sujeta el cigarrillo por un lado de la cara. No me inmuto, aunque noto el calor del cigarrillo en la piel.

—Qué virgen tan bonita —musita mientras me gira la cara de un lado a otro, examinándose como a un caballo de carreras.

No necesito cumplidos. Especialmente no del tipo indirecto. Necesito salir de aquí, lejos de este imbécil.

Pero Roman no terminó. Me inclina la cabeza y acerca sus labios a mi oreja. —Voy a disfrutar domándote, convirtiéndote en la esposa perfecta.

Mis ojos se abren de par en par. Lo veo todo. Cada mota de oro en sus ojos siniestros.

Probablemente sería capaz de ver el futuro si me concentrara lo suficiente, pero ¿quién quiere ver su propia desaparición a manos de un tirano matón que...

Espera. No puedo haberlo oído bien. ¿Esposa? Ciertamente no planea casarse conmigo. Soy demasiado joven. Demasiado inexperta. Por no mencionar, demasiado decidida a odiarlo.

Intento escupirlo, pero él lo intuye y me pellizca la mandíbula hasta que no puedo hacer más que gemir de dolor.

—Ponla en el coche, Misha. En el maletero, si es necesario —me lanza una mirada significativa—. Y, si hace un escándalo, noquéala para que no tengamos que escuchar sus putos gritos.

Se me cierra la garganta y se me doblan las rodillas cuando se dirige a su todoterreno y se sube al asiento trasero.

Este es el hombre que me posee ahora.

Y no hay una puta cosa que pueda hacer al respecto.

ROMAN

—Vámonos a casa, Dan —le digo a mi chófer.

No es que necesite la instrucción. Es tarde y nunca he sido el tipo de hombre que se queda en otro lugar que no sea mi propia casa en Lincoln Park. Después de años a mi servicio, Danilo me conoce bien.

Me reclino en el asiento y miro fijamente hacia delante, deliberadamente sin pensar en los grandes ojos azules llenos de inocencia y miedo.

Las calles de Chicago, incluso a esta hora, bullen de gente. Dan se abre paso entre ellas y deja atrás la ciudad, atravesando puertas de hierro hasta que las luces de mi casa arden frente a nosotros. Dejo escapar un suspiro de satisfacción al verlo.

Es el tipo de casa que corresponde a un Sorokin. Grandiosa y suntuosa, el tipo de lugar que impone su voluntad desde el primer momento.

Pero las habitaciones están casi vacías. Necesito una familia para llenar el espacio.

Necesito herederos para consolidar mi linaje en el trono de la Bratva.

Una belleza joven y moldeable como la chica que gané esta noche es la elección perfecta. Hermosa, pero lo suficientemente joven como para ser entrenada y entender lo que espero de una esposa.

Además, superar a Arturo y a Floriano en una misma noche hace que esta victoria sea aún más dulce.

Danilo entra en el coche. No nos detenemos en la formalidad de que me abra la puerta. Salgo del coche, entro y espero en el vestíbulo a que mi hermano me entregue a Lily Benedetti.

No me hace esperar mucho. Apenas un minuto después de entrar, Misha llega en el segundo coche. Abre la puerta de un tirón y arrastra a la chica adentro. Tiene los ojos enrojecidos y las mejillas coloreadas, pero no llora, no forcejea, no arrastra los talones ni araña a Misha como yo pensaba.

En cambio, mantiene la columna rígida y la barbilla alta.

Qué pena. Me gusta verla luchar.

Se zafa del agarre de Misha y se gira para darle un empujón mientras sisea: —No sufriré esta indignidad.

Eso me hace reír. Las indignidades que esta mocosa princesa malcriada sufrirá en los próximos días no tienen límite.

—Basta ya —mi voz es baja, promete una amenaza—. No sufriré tu dramatismo.

Me gruñe como un gato salvaje. Enarco una ceja y le devuelvo la mirada hasta que su labio torcido vuelve a su posición normal: carnoso, regordete y perfecto para lo que tengo pensado hacerle.

Sigo a Misha hasta la puerta. Estoy a punto de cerrarla cuando se gira en el último escalón para reírse de mí.

—Buena suerte con la mocosa —cacarea.

Le cierro la puerta en las narices y exhalo lentamente antes de volverme hacia ella.

Ahora estamos solos.

—Ven. Te mostraré tu habitación.

El interior de la casa es opulento pero brutal, con líneas limpias y detalles metálicos, desde las vigas del techo del comedor hasta las estanterías de la despensa de la cocina. Lily intenta no parecer impresionada mientras caminamos por el salón principal, pero sé muy bien que lo está.

Su padre de mierda nunca podría hacer la mitad de lo que hice aquí.

No habla, pero se acerca a uno de los cuadros que cuelgan en un rincón y se queda mirando. Me quedo un momento detrás de ella y espero pacientemente.

Como sigue sin moverse, levanto la vista y me fijo en el cuadro. Son varios tonos de azul abstracto, salpicados sobre un lienzo. El marco es de hierro y negro. Algo oscuro y palpitante vive en el centro.

—¿Te dice algo?

Se aleja y me lanza una mirada fría mientras se adentra en el vestíbulo. Mantiene los labios bien cerrados.

—Si tu plan es no hablarme, considérame agradecido. Prefiero el silencio a tus lloriqueos.

—Eres un secuestrador —escupe.

Sonrío. —¿Secuestrador? Difícilmente. Te he ganado.

—A un ser humano no se le puede *ganar*, imbécil —su voz coincide con su mirada.

Cualquiera de las dos podría quemar toda la casa.

Pero no llegará lejos hablándome así.

Me acerco más, obligándola a retroceder hasta que la pared le impide seguir avanzando. —Alguien debería haberle dicho eso a tu padre.

Tengo la intención de recordarle ahora, más tarde, tantas veces como sea necesario y tan a menudo como sea posible, que es una propiedad. *Mi* propiedad, para ser específicos.

Y decirlo en voz alta también me lo recuerda: no necesito los enredos ni las complicaciones de una relación con una mujer. Necesito satisfacer mis necesidades y ocuparme de mis asuntos.

No es que ella no se beneficie. Será la mujer de la casa. Tendrá dinero y sirvientes y todo lo que pueda soñar esperándola con un chasquido de dedos. Reina del castillo, siempre y cuando recuerde su lugar.

Pasamos del salón al comedor formal.

—Una mesa bastante grande para un tipo que tiene que comprar a sus amigos —se burla.

Me río. Sus pequeñas púas son adorables. —No somos amigos, tú y yo. Tengo amigos. No me acuesto con ellos.

Se pone bajo la luz y brilla como si estuviera iluminada desde dentro. Todos esos centímetros de piel sedosa piden ser acariciados y saboreados. La deseo ahora mismo, mierda. Sobre la mesa, en el suelo, me importa una mierda dónde.

Levanta la cabeza para mirarme, con la mandíbula tensa en señal de desafío. —Has cavado tu propia tumba entonces, porque yo tampoco me acostaré contigo.

Me acerco y me inclino hacia su cara. —Abrirás las piernas con impaciencia cuando llegue el momento.

No retrocede ni muestra miedo.

De hecho, incluso intenta golpearme.

Le cojo la muñeca en el aire antes de que haga contacto. —Vamos, princesa —la regaño—. Eso no está bien.

—Vete a la mierda. No abriré una puta cosa por ti. Ni hoy, ni nunca.

Es una luchadora. Con los ojos brillantes y esos labios carnosos formando una línea tensa y enfadada. Me inclino hacia su cara y le susurro tres palabritas: —Sí, lo harás.

Luego, le pongo la mano en la espalda y la guío fuera del comedor, hacia las escaleras. Cuando la toco, incluso a través de este ridículo vestido de lentejuelas, tiene que reprimir un grito ahogado.

Sea cual sea su perfume, voy a comprarle mil frascos, porque está volviendo locos mis sentidos: floral, algo perfumado con rosas y cítricos. Me dan ganas de respirarla y no exhalar nunca.

Subimos juntos las escaleras. —¿Por dónde iba? Ah, sí, el recorrido por la casa. Dormitorios a la izquierda, oficina, depósito y más dormitorios a la derecha.

Se detiene en lo alto de los escalones y se vuelve hacia mí. —¿A qué clase de juego estás jugando?

—Yo no juego.

—Parece que sí —agita la mano—. ¿Qué sentido tiene todo esto? Actuando como un presentador cursi, como si estuviéramos en un puto reality show.

Es todo lo que Arturo dijo que era. Escuché a su padre presumiéndola toda la noche antes de su llegada. *La chica perfecta de dieciocho años. Inteligente, con voz de ángel. Hermosa, inocente, decidida y motivada.* Ella encaja en todos los adjetivos, según su padre.

Lo que no mencionó fue que descarada y peleona. Adusta. Testaruda. Irrespetuosa.

—La cuestión es que tu padre te apostó. Como una propiedad. Así que yo te poseo. Como una propiedad.

Sus ojos se entrecierran y su mandíbula inferior se desvía al separar los labios. —Propiedad, ¿eh? —dice ácidamente.

—Y con mi propiedad —añado—, hago lo que me da la gana —sonrío y la aprieto contra la ancha barandilla de madera que bordea el rellano—. No te equivoques: *eres* de mi propiedad. Tú, la casa, el coche. No hay mucha diferencia. Los uso cuando quiero. Me deshago de ellos cuando acabo. ¿Empiezas a entender?

Sus mejillas se sonrojan y luego enrojecen. Cierra los dedos en un puño. Pero traga saliva cuando me acerco hasta que estamos completamente juntos y tiene que levantar la vista, muy arriba, para verme.

—¿Dormiré en el garaje con tus otras propiedades? —pregunta.

Me pregunto si sabe lo guapa que se ve cuando se enfada. Como una sirena, hace saltar mi polla con cada movimiento de sus pestañas. Ahora es joven e ingenua, pero algún día se dará cuenta de su poder y todo habrá terminado.

Tengo que romperla antes de que eso ocurra.

Sus ojos parpadean con desconfianza cuando aprieto mi polla contra su vientre firme y plano. Respira entrecortadamente.

—No —le digo—. Tengo otros planes para ti.

Doy un paso atrás para dejar que la tensión se calme. Lily se alisa el vestido con las manos. —¿Cuántos años tienes? —dice con voz chillona.

—Lo suficientemente mayor como para saber lo que quiero y aceptarlo. No más preguntas. Vamos.

Dos habitaciones esperan al final del pasillo. Una mía y otra suya, a partir de esta noche, conectadas por un pasillo.

—Esta es tu habitación —me apoyo en el armario de madera mientras ella me mira.

No mira la cama con dosel de metal y cortinas de gasa, el edredón de felpa, las sábanas más suaves que las nubes ni el armario en el que cabría media casa de Arturo.

En su lugar, me fulmina con la mirada. —Sabes, creo que preferiría vivir en el garaje.

—Cuidado: eso se puede arreglar —saco el móvil y pulso un botón—. Envía a Igor.

Mientras espero, observo a Lily que no mira a su alrededor. Se sienta en la silla acolchada del rincón, con la espalda recta, las rodillas juntas y los pies en el suelo.

Le va a encantar lo que tengo preparado para ella.

—Escúchame, porque solo voy a decir esto una vez —le digo—. No hay nada más que aire libre fuera de estas ventanas. Están conectadas a una alarma automática controlada por —alzo mi teléfono—, esto. Dejaré la puerta abierta, pero puedo cambiarlo en cualquier momento.

—Así que soy una prisionera.

—Si esa es la palabra que prefieres.

—¿Qué palabra prefieres?

Sonrío. —Invitada.

Se burla y pone los ojos en blanco. —Qué manera de tratar a los invitados. La gente seguro muere por visitarte.

Me apoyo en la pared y la observo. —Dime, princesa, ¿qué sabes de mí? ¿Qué has oído?

Ella levanta la nariz. —Nada que quieras saber.

—Ponme a prueba.

Duda solo un momento antes de responder. —Bien. Que eres el diablo. No tienes piedad, eres brutal. Y eres tan despiadado en tus negocios como con cualquiera que se te cruce.

Mi ego hace una puta voltereta. Siempre es agradable oír que mi reputación está intacta.

—Para que sepas que no me lo pensaré dos veces antes de ir a ver a tu padre y acabar con él, con tu madre, con el pedazo de mierda de tu hermano, con todos ellos, si pones un puto pie fuera de los límites que te doy. Entonces te cazaré y te castigaré todos los días mientras te permita vivir.

Quiero que lance otro grito ahogado.

Quiero escuchar su puto miedo.

Pero aparentemente tenemos más trabajo por delante. Porque Lily asiente lenta y delicadamente.

—Bien.

Satisfecho, me dirijo a la puerta y la abro. Como esperaba, Igor está esperando fuera. Se asoma al final del pasillo, macizo y silencioso.

El más leal de todos los hombres al servicio de la Bratva. Igor se sentará fuera de su habitación toda la noche, hará lo que yo le diga y me dará las gracias por darle la oportunidad de servir. Los hombres como él son raros. Le pago lo suficiente.

—Vigíla —le ordeno—. Las veinticuatro horas del día —me dirijo al armario, lo abro y le doy una tableta conectada a la cámara de su habitación.

Quiero que sepa que puede verlo todo. Que yo puedo verlo todo. Y ambos estaremos mirando.

—¿Preguntas? —le digo a Lily.

—Que te cojan, monstruo.

Sonrío y me acerco a su silla. Mi sonrisa no vacila cuando alargo la mano para agarrarla de la raíz del pelo y girar su rostro hacia arriba obligándola a mirarme a los ojos.

—No te preocupes, princesa. Yo te *cogeré*. Pero no hasta que estés de rodillas suplicándome que te tome. Suplicándome que te folle hasta que grites mi nombre.

Se estremece. —Nunca va a suceder.

Le acaricio el jugoso labio inferior con el pulgar. Esperaba que retrocediera, pero no se mueve. Si esta es su estrategia para que la desee, mierda, está funcionando.

—Oh, va a suceder —susurro—. De una forma u otra, virgencita... —le doy un fuerte tirón de pelo—. ... suplicarás.

Entonces la suelto. Habrá más por venir, pero este es un juego largo. Esta noche es solo el primer paso de muchos.

Me vuelvo hacia Igor mientras doy zancadas hacia la puerta. —No la pierdas de vista. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien.

Bajo las escaleras de atrás hasta la cocina. Kaz y Misha están en la barra, bebiendo cervezas.

—¿Quieres una, *sobrat*? —pregunta Kaz, ofreciéndome una botella.

Sacudo la cabeza. Esta noche quiero algo más fuerte. Algo que me alivie de haber pasado la última media hora con una sirena descarada sin instinto de conservación para darse cuenta del peligro aterrador que corre conmigo.

Saco un vaso y la botella de bourbon del armario, me sirvo tres dedos y me lo bebo de un trago. Después de repetir el proceso dos veces más, miro a mis hermanos. Ambos me miran fijamente.

—¿Mala noche? —pregunta Misha.

Misha es diez meses más joven que yo y está a dos segundos de recibir una patada en el culo si no deja de sonreír. Él sabe muy bien la noche que tuve.

Antes de que pueda responder, Kaz le golpea el pecho. Es mayor que yo, pero mucho más temerario. Impulsivo. No apto para el manto de Jefe, por eso pasó a mis manos en vez de a las suyas cuando nuestro padre dimitió.

—¿Viste la cara de Arturo cuando ganaste las joyas de la familia Benedetti? Lástima que papá no estaba allí. Habría hecho que Arturo se comiera esas cartas.

—Podría haberle hecho comerse las cartas si hubiera querido. Pero, con todas estas guerras en marcha, no me molestaré en lidiar con esa insignificante *krysa*.

No merece la pena que me moleste con Arturo cuando ya tengo que lidiar con los irlandeses y los Yakuza.

—Pensé que a Floriano le iba a explotar una vena —dice Misha—. No veía el momento de llevar a la princesa a su castillo y dejarla montar su pequeño poni.

Kaz se ríe. —Jesús, mierda, Mish. ¿Has vuelto a ver películas de Disney? Podrías haber dicho simplemente que ‘Floriano quería montarse a la chica guapa y no podía creerse su mala suerte cuando ganó Roman’. Ahórranos todas las putas imágenes gráficas.

Misha pone los ojos en blanco. —Si quiero aburrirnos a todos hasta que nos durmamos —me mira y se encoge de hombros—. Hermanos imbéciles: no se puede vivir con ellos... En realidad, creo que hasta ahí llega. No se puede vivir con ellos.

—Sí, sí, sí, chúpamela —replica Kaz—. Roman, ¿qué vas a hacer con la chica?

Tuerzo la boca de un lado a otro como si necesitara un minuto para pensar. No quiero que sepan cuánto tiempo he dedicado ya a pensarlo.

Pero la respuesta está grabada en piedra hace horas.

—Casarme con ella. Follármela. Embarazarla. Follármela otra vez.

—Siempre has sido un hombre que sabe lo que quiere —se ríe—. Aun así, es bastante joven para ti. ¿Qué edad tienes ahora? ¿Cuarenta?

—Veintiséis, *mudak*.

Kaz sonríe. —Mierda. Eres demasiado mayor para ella. Prácticamente tienes edad para ser su padre. Deberías dejarme tenerla.

—Te cortaré la polla si te veo siquiera mirarla dos veces.

—Ooh, el hermano mayor está celoso —Misha golpea el pectoral de Kaz.

—Esta es mía. Consigue la tuya.

Kaz sacude la cabeza. —¿Dónde quedó el amor? No es como si pudiéramos ir al casino y apostar para traernos a nuestras pequeñas vírgenes.

—No ganarían —me río entre dientes—. Los dos son una mierda jugando al póquer. Ahora, cuéntame lo que oíste de los chicos de Floriano esta noche.

Kaz hace una mueca y vuelve al modo de negocios. —Floriano planea atacar a O’Malley. Parece que quiere poner sus manos en el negocio del contrabando. Este fin de semana llega un cargamento. Traerán media docena de camiones de los muelles. Tengo la ruta y los detalles en mi computadora. La única pregunta que queda: ¿lo interceptaremos?

Tanto él como Misha esperan expectantes mi respuesta. Espero un momento para crear suspenso. Entonces, sonrío y asiento con la cabeza. —Ya lo creo.

Mis hermanos sonrían conmigo. No hay nada más satisfactorio que expandir nuestro imperio, sobre todo cuando ganamos arrancando mierda de las manos de nuestros enemigos.

Este fin de semana, demostraremos al clan O'Malley y a Floriano Verratti precisamente a quién deben temer.

Y luego, volveré a casa y le enseñaré a Lily lo mismo.

LILY

Es difícil decidir quién merece más mi ira: Papá, el gordo feo que debería haber ganado esa última mano de cartas...

O el hijo de puta de Roman Sorokin.

Habría odiado cada minuto de sufrimiento con ese asqueroso cerdo humano, Floriano, pero al menos no estaría atrapada en el limbo, esperando conocer mi destino.

Hombres como ese viejo ogro no tienen el tipo de paciencia sádica de Roman.

Pero no. Soy la mayor perdedora de todos. Peor que papá, incluso. Estoy encerrada en una celda dorada con cámaras que me vigilan desde todos los rincones, y al otro lado de esas cámaras hay un hombre que planea juegos enfermizos con mi cuerpo.

Las imágenes se arremolinan en mi mente. Demasiadas para resistirlas.

Él besando mi garganta mientras sus manos rozan mis muslos...

Arrastrando el vestido por la curva de mi culo, luego por mi caja torácica, hasta que el aire fresco se arremolina bajo la tela...

Hasta que mis pezones se erizan...

Hasta que mi espalda se arquea por sí sola, exponiéndome a él...

No sé si las cámaras tienen micrófonos, pero reprimo mi gemido de todos modos. No puedo estar deseando a Roman Sorokin.

Pero mi cuerpo dice otra cosa. Mi ropa interior está mojada y mis pezones piden ser tocados.

Pero antes muerta que dejar que mi cuerpo me traicione. Así que miro al techo. Me siento y golpeo la almohada. Me balanceo de un lado a otro y viceversa, cuento ovejas y, mientras tanto, me concentro en odiar a Roman Sorokin con cada fibra de mi ser.

Odio la ensoñadora idea de sus manos en mi vientre, deslizándose por mis pechos hasta mi garganta. Pero odiarlo solo lo hace más intenso.

En algún momento, me duermo. Más o menos. Es difícil saber dónde empieza el sueño y dónde acaba la realidad. En esta mitad sueño, mitad fantasía, Roman está en mi habitación. Se inclina y

presiona sus labios contra mi oreja.

—Tócate —ordena.

Como no obedezco, me tira hacia un lado y me golpea el culo desnudo con la mano.

Jadeo y un escalofrío me recorre por dentro. —Tócate el coño.

El Roman de mi sueño separa mis piernas y desliza su mano por mi muslo hasta llegar a mi culo.

El segundo azote me escuece más que el primero. Gimo, pero arrastro los dedos entre los pechos y sobre el vientre hasta el clítoris, como me había ordenado.

Gimo mientras me rodeo, me sumerjo una vez, dos veces, una y otra vez, cada vez más profundo.

—No te atrevas a correrte hasta que yo te lo diga —dice con voz ronca. Sus manos siguen explorándome, amenazando con un azote tras otro.

Pero ya es demasiado tarde para contenerme. Estoy al borde del abismo, gritando, balanceando mi cuerpo mientras él acerca su mano para azotarme de nuevo como castigo.

Cada golpe solo hace que mis gritos sean más urgentes, mi orgasmo más desesperado.

Quiero más.

Quiero que me azote más fuerte, más duro, otra vez.

Que Dios me ayude: deseo a Roman Sorokin.



ME DESPIERTO con un grito ahogado.

¿Deseo a Roman Sorokin? No, mierda, no lo deseo. Puede que mi yo del sueño sí, pero por lo visto es una zorra cachonda y no se puede confiar en ella.

Quizá si no fuera el tipo de hombre que literalmente mata para conseguir lo que quiere, me habría enamorado de él. Podría haber querido resolver mis traumas paternos con la huella cada vez más oscura de su mano en mi culo. Incluso podría haber considerado entregarle la gran V.

Pero no mientras sea su rehén.

Mientras pretenda que le pertenezco, no participaré en nada. Un pésimo cumplido o la visión de su culo apretado en esos pantalones de traje a medida no va a convencerme de lo contrario.

Antes de volver a pensar en su cuerpo, me incorporo. El sol entra a raudales por la ventana. Hoy es otro día. Y tal vez a la luz de ese día podré averiguar cómo salir de aquí.

Porque de ninguna manera, ni loca, voy a quedarme y que Roman Sorokin piense que tiene derecho a decirme lo que tengo que hacer.

Tócate el coño. Me estremezco ante el recuerdo nebuloso y soñador.

Mi yo del sueño podría haberse sometido. La yo de carne y hueso le dirá que él se toque su puto

coño. La yo real luchará contra esta bestia con uñas y dientes hasta que sea libre.

Me levanto y balanceo las piernas fuera de la cama. Mi vestido no está hecho para dormir y la mitad de las lentejuelas se quedan pegadas a las sábanas debajo de mí. Unas cuantas más revolotean hasta la exuberante alfombra. Me desabrocho la cremallera, me lo quito y me dirijo al baño en ropa interior.

Sobre la encimera de mármol, encuentro un cepillo de dientes nuevo aún en su paquete, y un tubo de pasta dentífrica sin abrir.

Mientras me cepillo, orino y compruebo todos los armarios. Encuentro papel higiénico extra, tampones, lociones y aceites de baño variados, gel de ducha en diez variedades y aromas distintos, toallas tan gruesas que podrían hacer las veces de almohadas.

La ducha me llama. La tentación de lavarme la noche anterior, la mancha persistente de todo, desde mi monstruoso hermano hasta la partida de póquer y el sueño con Roman, es demasiado fuerte para resistirla.

Me meto en ella y pongo el mando en la posición más alta. El agua cae en cascada sobre mi cuerpo, llevándose consigo la suciedad de ayer y el recuerdo de la traición de mi padre.

No puedo pensar en él ni dejar pasar el dolor. Si lo hago, no duraré aquí. Me derrumbaré y Roman ganará.

De ninguna manera voy a dejar que eso suceda.

Por supuesto, podría ser más convincente si no estuviera goteando sobre su alfombrilla de baño, preguntándome cómo se supone que voy a pasar el día con un vestido de fiesta ahora más patético que festivo, o con esta toalla envuelta alrededor de mi cuerpo como una bata.

Entonces, siguiendo una corazonada, reviso el armario y encuentro un cajón corredizo lleno de ropa interior. En otro, hay sujetadores de mi talla alineados en hileras.

¿Cómo pudo saber...?

Respiro hondo, me preparo y abro de par en par las puertas del vestidor.

Podría jurar que escucho un Ave María mientras brillan luces desde el cielo sobre todos los vestidos y pantalones de diseño y, Dios mío, los zapatos. Tacones y sandalias, zapatillas y tacones de aguja, zapatos planos, zapatos deportivos y botas.

Todos de mi talla.

¿Qué demonios? ¿Me midió mientras dormía? ¿Sabía que mi padre iba a echarme a la olla como parte de las ganancias del póquer de la noche?

¿O es solo la clase de pervertido al que le gustan del mismo tipo, y la última rehén en esta habitación era de mi tamaño exacto y tenía mi aprecio exacto por todas las cosas de marca?

No importa y no tengo tiempo para pensar en ello. Ha llegado la mañana y voy a salir de esta prisión.

De alguna manera. Como sea.

Me visto con una camiseta de tirantes de Helmut Lang y unos pantalones de Rag & Bone. Cuando estoy lista, abro la puerta y me encuentro cara a cara con el hombre en persona.

—Buenos días, *kiska*.

Me erizo y suspiro. —¿Qué quieres?

Pero, Dios mío, si este es su aspecto cuando se despierta, perfectamente peinado y planchado, con unos pantalones ajustados y un jersey azul marino, entonces puedo tolerar quedarme aquí un día más.

No. No. No. Nada de tolerar. ¿A quién le importa una mierda su aspecto por la mañana? A mí no.

—Al menos ya no pareces una callejera —comenta. Me echa un vistazo descarado. Cada centímetro de mi piel chisporrotea.

—Gracioso. Tú sigues pareciendo un secuestrador.

No muerde el anzuelo. —Tenemos invitados —me informa.

—Quieres decir que *tienes* invitados. Yo no vivo aquí, y no existe un ‘nosotros’.

Sigue sin pestañear ante mi veneno. —Como he dicho, tenemos invitados. Puedes bajar voluntariamente a recibirlos o te echaré al hombro y te llevaré abajo. Depende de ti.

—Déjame decirlo de otra manera: vete a la mierda.

Arquea una ceja. Se lleva una mano al costado, dispuesto a cumplir su amenaza.

Antes de que pueda hacerlo, paso bailando junto a Roman y salgo al pasillo. —Aléjate de mí —le advierto—. Puedo caminar.

Cierra la puerta de mi habitación cuando llego a los escalones. —Espera.

Fingir que no le oigo nunca funcionará, porque su voz me acaricia como un tacto físico. Así que, por mucho que me empeñe en desafiarlo, me detengo en el último peldaño de la escalera y espero a que se reúna conmigo.

—Si te portas mal —dice en voz baja mientras se acerca—, te castigaré —es una promesa, no una amenaza—. ¿Lo entiendes?

Le imito en un falsete agudo: —‘¿*Entiendes*’.

Pero, cuando intento seguir bajando las escaleras, Roman me atrae hacia él por la muñeca. —Si pones a prueba mi paciencia, te pondré sobre mis rodillas y te azotaré hasta que no puedas sentarte. Nada de esa mierda de tus sueños de ‘*por favor, azótame, Roman*’. Esto será real y sabrás que hablo en serio.

Me quedo boquiabierta.

Me oyó. Solo Dios sabe cómo, pero me oyó.

No. No. No.

Roman me examina la cara un momento más. Evidentemente, encontró lo que buscaba, o al

menos algo lo bastante parecido como para satisfacer su necesidad de controlar todos mis pensamientos. Sea lo que sea, me suelta la muñeca y se aleja escaleras abajo sin decir nada más.

Lo sigo a la cocina, escarmentada. Ya hay cuatro personas dentro. El hombre que me trajo aquí anoche, una versión más vieja de él, otro clon de Sorokin de pelo oscuro y una mujer que solo puede ser la madre de Roman.

La mujer sonríe serenamente. Tan serena que tengo que suponer que ignora por completo que su hijo es un monstruo de talla mundial.

—Madre, padre, esta es Lily Benedetti —dice Roman.

Así que tenía razón sobre la madre. Eso significa que el hombre mayor es el infame Grigor Sorokin, antiguo Jefe de la Bratva rusa. Lo que me hace suponer que los otros dos idiotas son los hermanos de Roman. Los reconozco vagamente del espectáculo de terror de anoche.

La mujer sonríe y se acerca a mí. —Soy Nataliya.

Los hombres mastican lonchas de tocino entre risitas bajas y guturales. Parece que yo soy su entretenimiento matutino.

Y entonces habla el que fue mi chófer. —La ganó en una partida de póquer.

—Efectivamente. ¿Cómo está Arturo? —Grigor es un anciano de pelo negro y ojos dorados. Alto, moreno y melancólico, como Sean Connery sin el acento ni el carisma.

El hermano mayor habla primero. —Necesita una gran dosis de Jugadores Anónimos, pero su pérdida es la ganancia de Roman —me sonríe.

Roman, que no se pierde nada, desliza su brazo alrededor de mis hombros. Me estremezco al contacto, pero no consigo encontrar mi voz. Me siento como un animal de zoológico.

—Su pérdida es definitivamente mi ganancia —retumba Roman.

Si estuviéramos en una comedia de los 90, esa frase habría ido acompañada de un besito en la coronilla. La dulzura encarnada. Pero en esta pesadilla el cabrón me agarra el culo. Cuando me da un ligero golpe, casi gimo.

Ese estúpido sueño me perseguirá todo el día.

Su padre asiente. —¿Y qué piensas hacer con ella?

Ambos hermanos apartan la mirada. Pero la mirada de Roman es inquebrantable. —Me casaré con ella y luego me dará un bebé.

Su madre y yo lo miramos y exclamamos “¿Qué?” en tonos muy diferentes.

El suyo es suave y alegre.

El mío es un fuerte “*qué coño*” sin el “coño”.

Roman me mira y sonríe, petulante y demasiado arrogante. —Necesito una esposa y un hijo. Tú me darás ambos.

Se me cae la mandíbula por segunda vez en otros tantos minutos. Casi me golpeo contra el suelo antes de comprender lo mucho que necesito escapar. Escapar como si estuviera ardiendo y él tuviera una lata de gasolina.

—¿Por qué yo? —repito en un pequeño chillido.

Grigor responde por su hijo. —En nuestro oficio, una esposa y unos hijos garantizan la continuidad de nuestro legado. Un Jefe necesita proteger su legado por encima de todo.

El hombre mayor sonríe a sus hijos como si nunca se le hubiera ocurrido apostarlos en una mano de póquer de mierda. Debe ser bonito. Amor paternal en su máxima expresión.

Grigor Sorokin es un nombre que suele maldecirse en la mesa de la familia Benedetti.

Pero tiene razón en lo de la esposa y el bebé. Mi madre siempre dice que se quedó embarazada en cuanto pudo para asegurarse de que mi padre no se dedicara a vagabundear o a estar fuera toda la noche con los chicos. Somos un seguro contra un mundo mortal.

Esa no es la vida que quiero. Soy una cantante, una artista. De ninguna manera desperdiciaré mi talento en canciones de cuna para unos príncipes Sorokin chillones.

No quiero eso con nadie, para ser claros. Pero especialmente no con un monstruo desalmado como Roman Sorokin.

—Tengo la catedral reservada para pasado mañana —me informa. Sus ojos oscuros brillan.

Empiezo a sentir pánico de inmediato. Todo va tan rápido que no puedo procesarlo. Esta no puede ser mi vida. Tiene que ser un mal sueño. Tengo que despertarme. Todo está mal, mal, mal.

Hace menos de un día, mi futuro era brillante. De hecho, la carta de Juilliard sigue en casa, debajo de mi almohada. Mi billete dorado, mi tarjeta para salir de la cárcel, tan cerca y tan lejos.

Ahora no hay Juilliard en mi futuro. Solo hay una boda horrible, con una bestia aterradora y una noche de bodas a la altura.

Así que sí, es un sueño. Uno malo. Simplemente tiene que serlo.

Pero parpadeo dos veces y me pellizco el brazo y, cuando vuelvo a abrir los ojos, sigo en esta tundra gélida de una cocina incolora con una familia de Sorokin mirándome fijamente.

—No —grito la palabra en mi cabeza, pero en voz alta emerge solo como un susurro.

Quiero gritarlo de verdad, derribar los muros, enterrar a esta gente en los escombros de su propia avaricia insana. Pero el nudo en la garganta no me lo permite. Las lágrimas resbalan por mis mejillas.

—Por favor, no.

—Vamos, vamos —regaña su madre—. Los lloriqueos no sirven. Los hombres Sorokin no saben cómo tratar a una mujer que llora. Es mejor que aprendas ahora a no hacerlo.

Me importa un bledo lo que los hombres de Sorokin sepan manejar. Esta es mi vida y me han vendido a un matón, un tirano y un bárbaro, todo en un solo hombre.

Un hombre que cree que le pertenezco.

Cuando las lágrimas siguen sin parar, Nataliya me saca de la cocina y me lleva a una habitación del piso de abajo. Es algo así como un estudio de moda, por extraño que parezca. En las paredes de espejo hay maniqués vestidos con telas caras, y en el centro nos esperan dos percheros con vestidos de novia blancos.

Nos mete dentro, cierra la puerta tras de sí y me deja allí de pie mientras se acerca a la estantería de vestidos y empieza a hojearlos.

Mis lágrimas se secan al cabo de un minuto o dos, aunque los sollozos siguen apareciendo de vez en cuando como réplicas de un terremoto.

—Sra. Sorokin... —grazno.

Quiero llamar su atención y rogarle que me ayude a liberarme de este lugar. Que se apiade de mí. Pero hace caso omiso de mi súplica y, en su lugar, sostiene un vestido estilo trompeta de encaje tan blanco que tiene un tinte azul.

—¿Has terminado de llorar? Bien. Desvístete.

Al igual que su hijo, ella no es tonta, y yo soy su nuevo juguete. Su muñeca para vestir. Solo Dios sabe hasta dónde llegará esto antes de que entren en razón.

Si es que alguna vez lo hacen. —No quiero...

—No era una pregunta, *lyubimaya*. Quítate la ropa —su voz está bajo cero.

Trago saliva y asiento. ¿Qué otra opción tengo? Está tan loca como su hijo. ¿Quién sabe lo que me hará si no obedezco? ¿O lo que le dirá a Roman que me haga en su nombre?

Así que me quito la camiseta y los pantalones y me quedo temblando en sujetador y bragas mientras ella saca el vestido de la percha.

—Ahora ven —me lo tiende.

Después de ponérmelo, me lo pasa por las caderas y me ata el corsé, murmurando en voz baja.

Cuando está bien sujeto, las dos nos miramos en el espejo para ver mi reflejo. El vestido es precioso, con sus costuras y sus superposiciones de encaje, pero ella no parece contenta con él.

—No, no, no. Esto no sirve —cacarea con desagrado y se pone a trabajar para aflojar los nudos del corsé.

Dejo que lo haga. Probablemente podría hacerme lo que quisiera ahora mismo y no me resistiría. Estoy demasiado entumecida, demasiado aturdida, demasiado muda. Nada de esto parece real.

Un nuevo torrente de lágrimas cae en cascada por mis mejillas. Se supone que probarse el vestido de novia es uno de los momentos más felices de la vida de una chica. Que suceda así es poco menos que horrible.

Termina de desabrochar la espalda. El vestido cae en un charco blanco alrededor de mis pies. Vuelvo a salir y espero a que elija otro para probármelo.

Apenas ha colocado el segundo en su sitio cuando vuelve a murmurar en voz baja.

—De ninguna manera. No tienes las caderas ni el busto para esto —lo aparta de un tirón, arañándose en el proceso, y lo tira descuidadamente por la habitación.

La hora siguiente es un borrón. Un vestido tras otro es arrancado del perchero, colocado en su sitio y desechado de inmediato. En el proceso, me entero de que tengo las tetas demasiado grandes y pequeñas, los hombros delgados, la clavícula prominente, las caderas demasiado anchas o demasiado altas o demasiado estrechas o demasiado bajas y que mi color no me favorece para nada.

No es precisamente una inyección de confianza.

Pero no me importa. No tengo la capacidad de preocuparme. De todos modos, todo es un sueño. Eso es lo que me digo a mí misma. Como Dorothy en Oz, despertaré de nuevo en cualquier momento y esta será una historia divertida que le contaré a mi novio neoyorquino mientras tomamos café y croissants.

Después de lo que parece una eternidad, Nataliya se acerca con un vestido de princesa con cristales cosidos en el tul y un corpiño de cuentas. Bailamos la misma canción.

Ella lo sostiene. Me acerco. Me lo sube por la cintura.

Pero esta vez sin insultos. Y, mientras me cierra la cremallera, jadea. —¡Sí! Oh, eres la visión que mi Roman se merece.

Lo que su precioso Roman se merece es uno de esos monos naranja brillante de la cárcel. En lugar de decir eso, la miro. Con mi voz más suave y lastimera, le pregunto: —¿Cómo es en realidad?

Es una pregunta estúpida. ¿Por qué me importa cómo es en realidad? Pero me sale antes de que pueda pensar en rebatirla.

—Era un bebé adorable —dice nostálgica—. Pero... esta vida cambia a los hombres.

Me pasa una mano por el pelo todavía húmedo. Es un gesto tierno. Casi maternal. Me hace estremecer y ahogar más lágrimas.

—Se ha endurecido antes de tiempo —continúa—. Y tiene un trabajo difícil. Uno que le pasará a su propio hijo cuando el heredero tenga edad suficiente.

—Mata a la gente —aclaro. Una de las dos tiene que decirlo. Si ella no lo hace, lo haré yo.

—A veces, su justicia es dura.

Me burlo. —Es otra forma de decir que tengo razón.

Entrecierra los ojos. —La Bratva Sorokin se remonta a varias generaciones, y las mujeres de esta familia no nos preocupamos por nada más que cuidar de los niños y formar un buen hogar para nuestros maridos. ¿Lo entiendes, Lily?

Murmuro y me encojo de hombros.

Me agarra la barbilla y me obliga a mirarla. —Te he hecho una pregunta, cariño.

De tal madre, tal hijo, parece. Ambos obsesionados con retorcerme para satisfacer sus necesidades enfermizas. —Sí —murmuro—. Lo entiendo.

Asiente y me mira en el espejo. —Este es el vestido —dice con firmeza. Me da un tirón del corpiño, luego me lo sube y, de repente, tengo escote.

Nataliya vuelve a asentir, satisfecha. Pero nunca me he sentido más repulsiva.

Parezco un malvavisco brillante con tetas. Que se casa con un asesino cuya foto probablemente esté en el diccionario junto a la palabra “maldad”.

Y solo tengo dos días para encontrar una salida.

ROMAN

Me paso la tarde intentando trabajar e intentando con la misma intensidad no mirar a Lily en los monitores de seguridad de la pared frente a mi mesa.

Divide su tiempo entre enfurruñarse, hacer pucheros, cruzar y descruzar los brazos y murmurar para sí misma. Deambula del gimnasio al jardín, del jardín a la biblioteca, de la biblioteca a la cocina.

En un momento dado, incluso pienso que tendré que perseguirla yo mismo cuando se dirige a la puerta principal, la abre y sale.

Pero se gira y vuelve a entrar. Tiene el ceño fruncido por la ira, pero no intenta marcharse de nuevo. En lugar de eso, vuelve a su programa habitual.

Y, como todas las habitaciones están conectadas por cable para video y sonido, lo veo y lo oigo todo.

Observo el vaivén de sus caderas. Cómo se pasa la lengua por los labios y cómo le brillan después. El rebote de sus tetas cuando camina.

Es suficiente para que un hombre solo piense en follársela. Llevo tanto tiempo empalmado que empieza a dolerme la polla.

Las imágenes de anoche no ayudan. Ya lo he visto dos veces. Lily, atrapada en la agonía de un sueño febril, todavía con ese maldito vestido, y el sonido de su voz gimoteando para que la azote...

—*Blyat* —maldigo en voz alta.

Me planteo masturbarme para aliviar la presión. Pero tengo un escritorio lleno de cosas que necesitan mi atención. No hay tiempo para mierdas como esa.

Además, cuando llegue el momento, le daré a la pequeña princesa todo lo que pueda de mí.

Desvío la mirada hacia el mapa de la ciudad que tengo delante. La ruta del cargamento del clan O'Malley de esta noche está trazada en rojo. Las líneas paralelas a los dos lados marcan las rutas que utilizarán mis camiones para cortarlo y apoderarnos de él.

Cuando tengamos el cargamento, volveremos al almacén para depositar la mercancía a buen recaudo. Tengo hombres armados listos para manejar las cosas si a Floriano se le ocurre

recuperar el cargamento que cree que robará para sí mismo.

Repaso los demás preparativos. Los camiones están cargados. Los conductores están a la espera. El depósito de armas está abastecido y listo.

Todo parece ir bien. Ahora tengo una cita nocturna con Floriano Verratti y dos de los irlandeses más importantes de la ciudad: Ian y Dugal O'Malley.

Solo que aún no lo saben.

Me siento bien, listo para tomar lo que ya siento como mío...

Entonces, cometo el error de volver a mirar el monitor que tengo delante para ver a Lily.

Está en la biblioteca, acurrucada en un sofá con una manta sobre las piernas y una taza de algo en la mesa de al lado.

Es una escena acogedora. Una mujer hermosa, en mi casa, acurrucada entre mis cosas. Entonces, ¿por qué hay algo que me tensa el pecho?

Antes de que pueda contemplar la sensación, Misha irrumpe por mi puerta. No es algo que haga a menudo, así que levanto la vista.

—Roman —suelta—, me acaban de avisar. Josip está en Old Town y ha oído a uno de los hombres de Verratti hablar del asalto. Se están poniendo posición ahora.

Aprieto los puños con un placer salvaje. Esta es una distracción a la que puedo prestar toda mi atención.

—Entonces, vamos. Nos encontraremos en el lugar de siempre.

Nunca acepto reuniones en la mansión si puedo evitarlo. Soy lo suficientemente inteligente para saber que la cantidad adecuada de dinero tiene el poder de comprometer a cualquiera lo suficiente como para plantar un micrófono en mi casa. O hackear mi sistema de seguridad. O tratar de plantar un espía en mi operación.

Y no solo tengo que estar al tanto de los otros jefes del crimen y sus familias, sino que también tengo que vigilar al FBI, la ATF, la policía local y, probablemente, un centenar de otras agencias con iniciales. Una sopa de letras de gente que intenta joderme y quitarme lo que es mío.

No voy a correr riesgos.

—Pon dos hombres más en la casa —le digo a Misha—. Y diles que vigilen a la chica. Un puto vigilante muy cuidadoso.



MISHA NOS LLEVA al puerto deportivo con Kaz a su lado delante y yo detrás. Cuando llegamos, aparcamos y caminamos juntos hasta el yate.

En el comedor, bajo cubierta, me esperan mis hombres reunidos y armados. No queda mucho por hacer. Sabemos dónde vamos a atacar y cuándo, y esa mierda es la mitad de la batalla. No se

necesitan gritos inspiradores.

Saben lo que tienen que hacer: matar. Saben por qué matan, porque yo lo ordené.

Y saben cómo debe hacerse: de la forma más sangrienta posible.

—Recuerden por qué estamos aquí, chicos —les digo. Todos me miran fijamente—. Para recordarle a los irlandeses quién manda en esta puta ciudad, y que Floriano reciba el mensaje de que nunca se tolerará su insolencia. Recuerden, la Bratva solo tiene esta regla: si una bala hace el trabajo, asegúrense de añadir una segunda y una tercera. Algunos mensajes requieren muchos disparos.

El rugido vuelve como un trueno, cincuenta voces al unísono: —¡Sí, Jefe!

Luego, nos dispersamos.

Partimos en dos oleadas. La primera le hará saber a Floriano que llegamos. La segunda le mostrará que vamos en serio.

¿Y los irlandeses? Bueno, esos pobres bastardos no sabrán nada hasta que sea demasiado tarde.

Conduzco un coche en la primera oleada. Quiero que me vean la cara, para que el hijo de puta que vuelva corriendo a Floriano pueda decirle quién le robó este tesoro delante de sus narices.

Aparcamos rápidamente en el lugar. Media docena de otros coches hacen un barrido junto al mío, como una lluvia de muerte.

Mi coche aún no ha dejado de rodar cuando salto de él y apunto con mi fusil de asalto a Naldo, uno de los socios de Floriano, de pie al borde de las sombras. Recibe dos disparos en la cara y cae como una roca.

Las balas vuelan y la sangre empapa el pavimento. Una treintena de soldados de Floriano responden a los disparos. Están superados en número y armamento, pero bien atrincherados. Será una larga lucha si no hago algo rápido.

—¡Cúbranme! —grito a mis hombres y a mis hermanos.

Entonces, salgo de detrás de la cubierta de un coche aparcado y camino orgulloso hacia la calle, disparando a todo lo que se mueve. Si parpadea, cae ante mi bala. A nadie que sobreviva hoy se le escapará que el Jefe de la Bratva Sorokin lideró la batalla.

A mi izquierda, veo movimiento... un disparo después, quietud. Un italiano muerto cae gorgoteando en una alcantarilla.

A mi derecha, movimiento de nuevo, y de nuevo lo apago con la misma rapidez.

Me pitan los oídos por el ruido de los disparos. Veo otro blanco y apunto. Pero, cuando el rifle hace clic y no se dispara, me doy cuenta con una mueca de que me quedé sin balas.

En lugar de cambiar los cargadores, me pongo el rifle a la espalda y saco un cuchillo de la funda del cinturón. La hoja es lisa por un lado y dentada por el otro, y atraviesa a los hombres de Verratti con el ruido sordo de la sangre húmeda y el metal serrando hueso.

Sin piedad. No hay ninguna razón para perdonar a un solo hombre.

Mato a uno, dos, tres pobres bastardos con el cuchillo en rápida sucesión. Soy la puta Parca, acechando de escondite en escondite y librando a mi ciudad de las ratas italianas.

Y entonces lo veo: Niccolo Verratti. El sobrino de Floriano. Es joven, y tiene estupidez donde debería haber coraje y sentido común.

Sale de su escondite con una Glock en una mano y una Ruger en la otra, ambas apuntándome. Pero su vacilación es mi oportunidad.

Retrocedo y lanzo mi hoja, rápida como un relámpago. Encuentra su hogar en la suave piel de la base de su garganta.

Sus ojos se abren, cada vez más y más... y entonces la luz en ellos se apaga.

Las dos pistolas caen de su mano. El cadáver de Niccolo cae detrás.

Las peleas reales no son como en las películas. Esta no se detiene solo porque maté al líder. Las balas siguen disparándose. Los hombres siguen cayendo, exclusivamente hombres de Verratti, en charcos de sangre en las calles.

Me acerco a zancadas al cadáver de Niccolo, le arranco el cuchillo de la garganta y lo limpio en su camisa.

Luego, vuelvo al trabajo.

ROMAN

Cuando termina todo, solo uno de mis hombres está herido. No está mal para una noche de trabajo. Pero llegó el momento de irnos. Dejamos a los hombres de Floriano muertos o moribundos donde cayeron mientras las sirenas ululan a lo lejos.

Acabamos rápidamente con los irlandeses unas horas más tarde. No es tan sangriento como nuestra escaramuza con los hombres de Floriano. Nunca nos ven venir.

Y entonces, casi tan rápido como empezó, el botín es nuestro. Mis hombres lo llevan a mis almacenes, donde será reempaquetado y vendido como mercancía Sorokin.

Me voy con Misha y Kaz. La adrenalina es tan intensa que puedo saborearla.

—Este es el tipo de noche que exige un buen polvo para celebrarlo —suspira feliz Kaz.

Misha echa la cabeza hacia atrás y aúlla, todavía con sed de sangre y agresividad.

—Voy a asearme y luego me voy a Mama Chen's —anuncia.

Mama Chen's es un prostíbulo clandestino. Misha puede conseguir cualquier pedazo de culo que quiere y todo es gratis porque somos los dueños.

Kaz sonríe. También está nervioso por la batalla. —Voy a ver a Mary Kate. Me va a limpiar y luego me va a follar sucio.

Asiento con la cabeza, pero mis pensamientos están en otra parte. Mis hermanitos tienen grandes planes para liberar su propia energía contenida.

Yo solo puedo pensar en Lily esperando en casa. Sana y salva, hermosa e inocente.

—Ven conmigo a Mama Chen's —Misha me mira por el retrovisor. Le daría un puto ataque si supiera que estoy sentado en la parte de atrás del coche pensando en mi futura esposa cuando podría estar follándome a una profesional—. Puedes correrte todas las veces que quieras durante toda la noche.

Sacudo la cabeza. —Tengo otros planes.

Disparo un par de mensajes de texto, luego me recuesto y desconecto de mi cabeza la voz de mis hermanos mientras discuten para determinar quién va a tener la mejor noche.

Me concentro en mi futuro inmediato. En la mujer que me espera.

En algún momento entre el comienzo de sus discusiones y el momento en que nos separamos en la mansión, tomo una decisión: Lily participará voluntariamente en este matrimonio. No quiero tener que arrastrarla pateando y gritando hasta el altar.

Lo haré si es necesario, por supuesto. Pero la idea de acabar con su resistencia hasta que me dé exactamente lo que quiero, de buena gana, es mucho, mucho más atractiva.



IGOR ESPERA sus instrucciones vespertinas en el vestíbulo. —¿Mandaste a esos cabrones al infierno, jefe? —me pregunta cuando entro.

—Irlandeses e italianos por igual.

Sonríe. —Eso es lo que me gusta oír.

Le hago un gesto seco con la cabeza. —Dile a la chica que se vista para la cena y que baje en treinta minutos.

Me muero de hambre. La adrenalina se calmó, pero el hambre permanece. Al principio, era hambre de follar. Pero, como me niego esa satisfacción por ahora, la comida tendrá que bastar.

Voy a mis aposentos y me ducho. Se me para solo de pensar en Lily bajo este techo, en algún lugar.

Pero, una vez que decido algo, nunca cambio de opinión. Por alguna maldita razón, quiero que Lily permanezca pura hasta que sea mi esposa. Solo entonces me deleitaré liberándola de la carga de su virginidad.

Pongo la ducha en agua helada para ahogar el fuego de mis extremidades. Funciona durante tres segundos antes de que me vengan a la cabeza más imágenes de Lily abierta de piernas en su cama.

Hago una mueca, salgo de la ducha, me visto y bajo al comedor, concentrado en controlarme. Nunca fui el tipo de hombre que cede a los impulsos. Una mocosa italiana no cambiará eso.

Hasta que la veo.

Está esperando en el arco que da al comedor formal. Lleva un vestido blanco reluciente, a medio muslo, con las tetas levantadas y zapatos de tacón.

La perfección en carne y hueso.

Respiro hondo y redoblo mi autocontrol. Me acerco a la mesa y le acerco la silla.

—Siéntate.

Vacila en la entrada. Por un momento, me pregunto si empezará la noche desafiándome.

Pero entonces suspira, se acerca a grandes zancadas y se hunde en el asiento sin mediar palabra.

Ignoro su ceño fruncido y me voy a sentar.

Su rostro tan fresco, sin rastro de maquillaje, casi resplandece. Piel de alabastro y labios de color rubí natural. Ojos de cierva en el azul más claro y pelo negro recogido parcialmente en una pinza en la parte superior de la cabeza, el resto cae por la espalda.

La mesa está adornada con platos dorados, vino caro, velas parpadeantes. Verla a la luz de las velas es una experiencia totalmente nueva y no desagradable. Los camareros entran por la puerta de la cocina y dejan con cautela los platos cargados de fragante comida.

Bruschetta de alcachofa. Bisque de bogavante con puntas de pan tostado, untadas con mantequilla de ajo. Ensalada de tomate de verano y queso feta. Raviolis de cangrejo nadando en una decadente salsa roja. Jugosos cortes de ternera asada con patatas crujientes al lado.

Cuando está todo servido, la miro. —Come.

No espero a ver si sigue pensando en desobedecer. En lugar de eso, corto mi rosbif como un hombre que acaba de descubrir la comida. El primer bocado es prácticamente un puto orgasmo. Cierro los ojos y dejo que el sabor se hunda en mi lengua.

Quiero disfrutarlo y, en su mayor parte, lo hago. Pero el otro apetito, el que ignoro, el hambre de Lily, es con diferencia el más fuerte de los dos. Cada vez me cuesta más negarlo.

Me obligo a dar unos bocados más antes de dejar el tenedor y mirarla. —Háblame de tu familia.

—¿No tienes una propia por la que preocuparte? —la mordacidad de su tono es casi entrañable—. Mi familia no es asunto tuyo.

—Es curioso. Tu hermano no actúa como si le importaras.

Ella se encoge de hombros. —A Leo le importa Leo.

—¿Y qué le importa a Lily?

—Volver a casa —pincha sus patatas, las empuja en una montaña y suspira.

—¿Irte a casa? —me río—. ¿Con la gente que te vendió?

—Mi madre está allí —responde.

—¿Crees que no lo sabe?

Lily entrecierra los ojos y me mira fijamente. Seguro que quiere mandarme a la mierda. Quiere arrancarme los ojos. No puede ocultar nada con esa cara tan expresiva. Muestra cada emoción, telegrafía cada pensamiento.

Me río para mis adentros. Va a ser fácil romperla.

—Intentemos otra línea de preguntas. ¿Cuáles son tus ambiciones?

Su respuesta es feroz e inmediata. —Alejarme de ti.

—¿Qué te hace pensar que dejaría que eso pasara?

—¿Qué te hace pensar que puedes evitarlo?

Mal movimiento, kiska, digo en mi cabeza. Has ido demasiado lejos.

Suspiro y me limpio los labios con la servilleta. La doblo con cuidado y la dejo junto al plato.

El silencio aumenta.

La tensión aumenta. El miedo de Lily aumenta. Entonces, hago mi movimiento.

Empujo mi silla hacia atrás, giro la esquina de la mesa, la arranco de su asiento y despejo la mesa con un brazo. Los platos llenos de comida caen al suelo y estallan.

Me importa una mierda. Que se rompan. Que todo se rompa.

Sobre todo ella.

Cuando la tumbo boca arriba y cubro su cuerpo con el mío, gime aterrorizada. —Puedes resistirte y luchar —le gruño en la cara—. De hecho, espero que lo hagas. Será mucho más dulce cuando te sometas. Serás la esposa que me prometieron.

En respuesta, ella escupe. Justo en mi puta cara.

Me detengo un momento. Hay indignidades que me niego a sufrir. Es hora de demostrárselo.

La arrastro fuera del comedor y subo las escaleras, escalón por escalón. Se defiende con bofetadas y arañazos. No sirve de nada.

Al final de la escalera, sigo arrastrándola por el pasillo. Abro de una patada la puerta de su dormitorio y la meto dentro. Se tambalea unos pasos y vuelve a mirarme.

Un tirante del vestido se le ha caído del hombro, dejando al descubierto un pálido trozo de piel. Tiene el pelo revuelto por el esfuerzo de subir las escaleras y el pecho le sube y baja con cada respiración entrecortada.

Ese fuego en sus ojos... no puedo decidir si quiero apagarlo o hacerlo crecer más y más hasta que nos reduzca a cenizas a los dos.

—Me acostaré contigo ahora mismo si me dejas ir —dice con feroz determinación, como si intentara negociar un trato difícil.

—Grandes y valientes palabras —la miro de arriba abajo—. Pero aquí no tienes mucho margen para regatear, Lily Benedetti. Te follaré ofrezcas lo que ofrezcas. Quítate la ropa.

Silencio.

Silencio tenso y palpitante.

Entonces, para mi sorpresa, hace exactamente lo que quiero.

No rompe el contacto visual mientras desliza los brazos fuera del vestido. El vestido se desliza por su cuerpo hasta llegar a sus pies. No se tapa. Deja al descubierto kilómetros de piel intacta. Los últimos centímetros están cubiertos por un sujetador transparente y un pequeño triángulo de encaje que le cubre el coño.

Levanta la cabeza. Desafiante hasta el final.

—Buena chica —digo, asintiendo. Tengo muchas ganas de alargar esto, de hacerla arder bajo mi mirada. Beber la visión de ese cuerpo perfecto. Devorarlo.

Pero tengo una idea mejor.

—Ahora vete a la cama.

Cierro la puerta con llave y me retiro a mi habitación.

Doy un portazo y me desnudo. Estoy tan duro como para cortar un cristal. Me envuelvo la polla con la mano y me estremezco. Cierro los ojos y veo su cara. Imagino sus labios entreabiertos y la punta de su lengua deslizándose por toda mi polla.

El segundo y tercer golpe de mi polla arrancan profundos gemidos de mi pecho. Y a la cuarta, me tiemblan las piernas.

Me hundo en la alfombra. El líquido preseminal gotea desde la punta y lo utilizo, extendiéndolo por el tronco e imaginando la dulce boca de Lily trabajando en conjunto con mi puño. Me imagino entrando y saliendo de sus labios, enredando su cabello entre mis manos.

Sacudo mi eje, viendo en mi mente esos pezones tensos, ese espacio desnudo entre sus muslos cremosos...

La liberación es rápida, intensa y total. Balbuceo mientras estallo. El mundo se ennegrece y se reduce a una sola cosa: su nombre en mi cabeza. Su forma en los ojos de mi mente.

Finalmente, lentamente, la conciencia regresa. Junto con otro pensamiento...

Esto podría haber sido un error.

LILY

La cerradura hace clic y me quedo sola.

También estoy desnuda, o casi, lo que me parece bien, pues ese vestido era horrible. El tipo de cosa que llevan siempre las putas de Leo.

Sigo respirando entrecortadamente. Una gota de sudor me recorre la espalda desde la nuca.

Me siento tan sucia de pie en su casa, desnuda. La ducha me llama, tanto como las ganas de gritarle a la almohada una y otra vez lo mucho que odio al cabrón que me trajo aquí.

Pero primero me ducho. Me quito el resto de la ropa interior, me meto y me recuesto contra la pared de azulejos para dejar que el agua caliente ruede por mi cuerpo.

Hay mil razones para despreciar a Roman Sorokin. La menor de ellas es el futuro que pretende negarme. El amante que debería haber podido elegir. El artista. El tipo que me dejaría...

¿Pasarle por encima? ¿No lo suficientemente alfa para mí? ¿No tan guapo o poderoso como Roman?

Mierda.

Ni siquiera mi imaginación permite que nadie esté a la altura del hombre del otro lado del pasillo. Despejó la mesa como un puto vikingo y me immobilizó contra la superficie. Sus labios a escasos centímetros. Lo suficientemente cerca como para oler el vino en su aliento, sentir el calor de cada exhalación, ver las motas de color en sus ojos.

Y, por supuesto, sentir su polla palpitando justo sobre mi centro.

Mi coño palpita. Es increíblemente depravado: cómo me duele el hombre que me tiene cautiva, el mismo hijo de puta que me encerró en esta habitación en primer lugar.

Giro la perilla de la ducha hasta que esté helada. Esto tiene que ser hormonal. Algún cambio en la química de mi cuerpo debido a mi cautiverio. Una falta de vitamina E, D, una de esas letras. Solo necesito volver a tener la cabeza en su sitio.

En cuanto me he quitado el jabón, que no recuerdo haberme echado en la piel, salgo de la ducha, me seco con la toalla y me voy a la cama.

Si hubiera pensado un momento en lo que me esperaba al despertar, quizá no tendría tanta prisa

por dormirme. Así como están las cosas, ni siquiera me pongo el pijama antes de meterme bajo las sábanas y quedarme dormida como dice el viejo cliché: antes de que mi cabeza toque la almohada.



LA MAÑANA LLEGA un momento después.

Eso es lo que parece, al menos. Me despierto con un alboroto de ruido en el pasillo. Entonces, la puerta se abre de golpe y Nataliya entra como un rayo, sosteniendo el vestido que eligió ayer como si estuviera montada en una nube de tul blanco. Otra mujer que no reconozco está probando el calor de un rizador. Una tercera prepara sus paletas de colores y brochas de maquillaje.

Todo me golpea a la vez.

Este es mi vestido de *novia*.

Este es el día de mi *boda*.

Realmente no hay salida. Se me cierra la garganta y me arden los ojos.

—No —me retrepo en el cabecero y junto las rodillas contra el pecho—. No. No. No —es lamentable, pero es toda la defensa que tengo: una negativa que no significa nada.

Lágrimas de rabia resbalan por mis mejillas.

Nataliya mira por encima del hombro a la mujer alta que organiza la estación de maquillaje, vestida con un traje formal de dama de honor. —Solo rímel resistente al agua. No quiero arruinar las fotos con líneas negras corriendo por su cara o manchando el vestido.

Vuelve su atención hacia mí. —Y tú, cállate. Vas a vivir.

Su fingida preocupación es casi conmovedora. La mandarían a la mierda, pero el nudo en la garganta me deja sin palabras. Además, cuando empiezo a llorar, no sé cómo parar. No mientras una mujer a la que no conozco me peina y la otra me unta base de maquillaje en las mejillas manchadas de lágrimas.

Se me salen las lágrimas, me tiemblan los hombros y no hay nadie más incapaz de ponerme el vestido de novia que su servidora. Mis piernas son de cemento. Mis brazos no se mueven en absoluto. Me duelen las tripas todo el maldito tiempo.

La vida con la que siempre soñé está a punto de acabar en un borrón de encaje brillante y corpiño de corsé de satén.

Nataliya me da una ligera bofetada en la mejilla, lo suficiente para sobresaltarme. —Basta ya —ordena—. No pongas en ridículo a mi hijo o serás castigada cien veces más.

Sus amenazas no cambian nada. No podría controlarme aunque lo intentara.

La hora siguiente pasa como un borrón. Me pinchan y me puyan, me maquillan y me visten. Las lágrimas van y vienen, van y vienen. Estoy insensible a todo.

Nataliya y sus dos ayudantes me visten como si fuera una indefensa muñequita de porcelana. La lencería blanca, abrochada a mi alrededor con manos rápidas y eficientes. El vestido de novia blanco, ceñido a mis caderas y el corsé anudado a mis costillas, lo bastante apretado para hacerme jadear.

No me permito mirarme al espejo. Eso solo empeoraría las cosas.

Y entonces, justo cuando pensaba que perdí toda esperanza, alguien más entra en la habitación.

Mi madre.

Mi padre está detrás suyo con un traje de Armani. Ella lleva un Chanel de esta temporada, me doy cuenta. De repente, ¿son los Rockefeller? ¿Papá estaba tan arruinado como para apostar a su hija, pero aun así tiene dinero suficiente para comprar trajes tan finos?

Si son tan ricos, ¿qué demonios hago yo aquí?

—¡Mamá! —me lanzo hacia ella, intentando sortear los diez mil metros de tela que nos separan —. Por favor, sácame de aquí.

Tira de la comisura del labio inferior entre los dientes y lanza una mirada a mi padre. —No puedo, Lily. Tu padre... hizo lo que hizo. Ahora no podemos volver atrás.

Si la última mirada que le dirigió fue mordaz, esta, con la mitad inferior de la mandíbula desplazada y los ojos entrecerrados, está destinada a causarle un daño físico real.

Pero mi padre no parece darse cuenta ni le importa. Se acerca a mí, delante de mi madre. Me rodea el hombro con un brazo y, a pesar de todo, me siento extrañamente bien al sentirme reconfortada por el hombre que me leía cuentos antes de dormir cuando era niña.

Quizá estoy desesperada por que alguien me diga que las cosas irán bien.

Incluso si es el hombre que me puso aquí en primer lugar.

Se inclina para susurrarme al oído: —Ten paciencia, *cara mia*. Te rescataré.

¿*Ten paciencia*? ¿Cómo demonios propone que haga eso?

Como si de alguna manera tuviera que caminar “pacientemente” hacia el altar.

“Pacientemente” mantener la boca cerrada.

No, a la mierda con eso. A la mierda la paciencia.

No sé qué responderle a mi padre. Todo esto es demasiado, así que no digo nada. Probablemente es justo lo que él quiere.

LILY

El viaje a la catedral, conmigo atrapada entre Nataliya y mi madre en la parte trasera de un coche blindado, no detiene las lágrimas.

Tampoco lo hace el paso por el altar, con todos los principales capos del hampa y sus diversos engendros felones dispuestos en los bancos y observando en sombrío silencio.

Ni tampoco el guapo bestia que está al final del pasillo con su propio Armani, ajustado como si Giorgio hubiera aparecido y le hubiera tomado las medidas él mismo.

No puedo concentrarme en el panorama general; eso solo hace que mis sollozos sean más fuertes. Intento concentrarme en los pequeños detalles.

A través de la bruma de mis lágrimas, puedo verlo todo. Mi madre secándose los ojos con un pañuelo de lino.

Mi hermano sonriendo como si me hubiera pillado con las manos en la masa y estuviera a punto de ir con el chisme.

Roman de pie solemnemente en el altar, como si finalmente hubiera entrado en razón.

La esperanza se agita en mi vientre ante esa última visión. Miro a mi padre, que me sujeta por el codo con la mirada al frente. No hay comparación en cuanto a poder o autoridad entre él y el hombre que me espera al final del pasillo.

Nadie en esta sala se compara con Roman Sorokin.

Ni siquiera un poco.

Parece como si corriéramos por el pasillo. En un abrir y cerrar de ojos, me encuentro a los pies del altar. Mi padre me besa en la mejilla y me suelta. Intento que no me vea temblando, conteniendo los sollozos.

Entonces no hay otro sitio donde ir que hacia arriba. Subo los escalones de uno en uno. Apenas confío en mis propias piernas para mantenerme en pie, pero de algún modo lo consigo.

Y tomo mi lugar en el altar, frente al Jefe.

Desde el momento en que me desperté, todo esto me ha parecido una pesadilla, una experiencia extracorpórea.

Hasta ahora.

Mirando a Roman, de pronto parece real. El entumecimiento de esta mañana se desvanece debajo de su mirada. Su mirada ardiente y abrasadora me consume, me reclama antes de que ninguno de los dos haya pronunciado una sola palabra de nuestros votos.

Me mira, luego se aparta y vuelve a mirarme. Pero sus ojos lo traicionan. Sus ojos me desean.

Y esa información es útil.

Sin embargo, eso no hace que sea más fácil decir mis votos. El cura hace su monótona introducción. Apenas lo escucho hasta que se vuelve hacia mí y me da instrucciones sobre lo que tengo que decir.

Intento obedecer, de verdad. Sé que me espera algún castigo alejado de la mano de Dios si no coopero plenamente con todos estos ojos puestos en mí.

—Yo, Lilianna...

Pero las palabras mueren al borde de un sollozo.

En algún momento, no estoy segura de cuándo, Roman coge mis manos entre las suyas. Ahora me aprieta los nudillos dolorosamente. Sonríe, pero no llega a sus ojos.

—Dilo —su susurro contiene una amenaza latente.

Eso me enciende. Que así sea. Si este monstruoso hijo de puta quiere sus putos votos, por Dios que los tendrá.

—Yo, Liliana, te tomo a ti, Roman, como mi legítimo esposo. En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza... —*como sea*.

Termino, añadiendo al final una sonrisa sarcástica. No lo llamo “cabrón” delante de Dios y de todos sus colegas de pacotilla que llenan la catedral. Pero tengo que concentrarme en cerrar los labios antes de que se me escape esa palabra.

Suelta una mano y saca una piedra del tamaño de Gibraltar del interior de su chaqueta. Casi me quedo boquiabierta cuando se la ofrece al cura.

Hay una bendición de los anillos, sea lo que sea lo que eso signifique, antes de que el sacerdote devuelva el anillo a Roman y me dé un anillo de plata liso. —Coloca el anillo en el tercer dedo de su mano izquierda —me dice.

El cura insiste en dirigir, como si esta no fuera la situación más familiar y común del mundo entero. Todo el mundo con edad suficiente para comprender una película de Hallmark sabe cómo es esto.

Pero hago lo que me ordenan, porque no soy lo bastante valiente como para salir corriendo con todos los monstruos que hay en esta catedral con nosotros. No tengo otra opción.

—Con este anillo, te desposo.

Roman desliza el anillo sobre mi dedo. Lo miro fijamente, intento que mi mano no caiga bajo su peso y espero.

—Con este anillo, te desposo.

No añade “*con el propósito de meter a la fuerza a mi engendro demoníaco en tu útero*” por muy cierto que sea. Por supuesto, eso podría haber arruinado la ilusión de su ceremonia perfecta.

El cura sonríe. Levanta sus manos húmedas, toca mi cabeza y la de Roman y reza una oración por nuestra felicidad, nuestra piedad y nuestra fertilidad en la creación de vida sagrada.

Luego nos mira a cada uno por turno y dice las palabras que he temido desde que me desperté.

—Por los poderes que me han sido conferidos, por Dios en el cielo y el estado de Illinois, los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Así de fácil hemos llegado al último y más desalentador temor de mi día. Roman me acerca a él todo lo que le permite la falda y enreda su mano en mi pelo trenzado.

Para el observador neutral, podría parecer entusiasmo de recién casados. Pero he visto suficiente de Roman para saber lo que realmente es.

Es poder. Es dominación. Es un reclamo caliente y primario.

Y luego me besa.

Su lengua me obliga a abrir la boca. Mi cuerpo, como la perra traidora que es, se derrite. Lo único que me mantiene entera es el corsé y el brazo de Roman rodeando mi cintura.

Es profundo y exigente, usa su beso para decir lo que sus manos y sus palabras ya me han dicho innumerables veces: *Eres mía*.

Cuando se retira gimo, hormiguelo, siento un temblor y necesidad. El roce de su pulgar en mi pómulo es una sensación fantasma que no puedo evitar.

Todo lo que sigue no es más que un borrón. Una oración, creo. Algunas palabras de “vayan en paz”, tal vez. Nada que deje una impresión duradera.

Por mucho que dura este momento, me mantengo de pie delante de mi, *eh*, marido y tiemblo.

Me pregunto si todas las novias sienten esta... cosa que casi me hace olvidar cómo acabé aquí, arrodillada junto a mi, *eh*, otra vez, marido.

Cuando termina, volvemos al altar uno al lado del otro, sin cogernos de la mano ni tocarnos, como soldados que se dirigen a la batalla.

Formamos una fila de recepción mientras desfila la *crème de la crème* criminal de Chicago. Hay asentimientos, besos en la mejilla, un par de abrazos rápidos de gente que no entiende de límites.

Pero, sobre todo, Roman intercambia miradas solemnes con sus invitados. Yo, en cambio, recibo sobre todo miradas de lástima. Se oyen algunos susurros del tipo “*Oh, pobre chica*” que no me levantan la moral precisamente.

Entonces, sale mi propia familia. Mi madre me abraza como si no quisiera soltarme nunca, pero al final lo hace. Mi padre sonríe como si eso me tranquilizara. Me pone la mano en el hombro y me hace un gesto sombrío con la cabeza. Ninguno de los dos dice nada.

Leo ni siquiera se detiene a mirarme a los ojos. Se dirige a su coche, aparcado ilegalmente en una plaza para minusválidos, y se aleja a toda velocidad.

Nataliya y Grigor vienen detrás. Grigor abraza a su hijo mientras Nataliya me abraza y me susurra: —Me alegro de que no hayas hecho el ridículo —se aparta y sonríe—. ¡Y pronto habrá un niño!

Tampoco digo nada. ¿Qué puedo decir? Aquí no tengo voto. Solo soy un juguete, un adorno... y, pronto, lo más parecido a un vientre de alquiler que tiene esta familia.

Cuando por fin salimos del vestíbulo de la catedral, mi marido, oh, Señor, odio que cada vez sea más fácil pensar en esa palabra, me pone la mano en la parte baja de la espalda. La mantiene ahí mientras los invitados nos tiran arroz por la cabeza de camino a la limusina.

No veo la hora de llegar al lugar donde se celebrará la recepción, para que también termine pronto. Que se acabe todo el día para poder irme a mi habitación y olvidarme de mi marido... No, retiro lo de antes, aún me cuesta pensarlo.

Quizá un poco de vodka ruso haga que todo esto suceda más rápido.

En la limusina, Roman frunce el ceño como si acabara de darle una patada a su perro. Miro por la ventanilla un segundo, lejos de él y de su hermoso ceño.

Cuando me vuelvo, su mirada se suaviza.

—Deja de mirarme —le digo.

—Me gusta mirar las cosas que poseo.

Me doy la vuelta de inmediato, con las mejillas enrojecidas. No vuelvo a mirarlo.

Suspira y se aclara la garganta para recuperar mi atención. —Tenemos que discutir las reglas.

—Genial. No puedo esperar. El micrófono es tuyo.

—No montes una escena. No actúes como otra cosa que no sea la esposa perfecta que se supone que eres. Haz eso y no te castigaré más tarde. ¿Entiendes?

—Mientras sigas hablando en inglés, puedo decir que te entiendo.

—Ah —dice, sin inmutarse—. *Je vais profiter de vous donner une fessée plus tard.*

Arrugo el entrecejo, entre otras cosas porque su acento francés es impecable. —¿Francés? Habría pensado que, si ibas a amenazarme con azotarme, lo dirías en ruso. No haces justicia a tus compatriotas.

—Nací en Estados Unidos —ladea la cabeza—. *E quando ti sculaccio, urlerai.*

Estoy bastante segura de que es latín. Políglota. Santo cielo.

Pero se equivoca en lo que dice. Está muy equivocado. Y también me estoy subestimando un poco. Entiendo más que inglés. Sé lo que me dijo en francés. También sé lo que me dijo en latín.

Voy a disfrutar azotándote más tarde.

Y, cuando te azote, gritarás.

No contesto hasta que la limusina se detiene en la entrada del club de campo más exclusivo de la ciudad. No espero a que el chófer se acerque a la puerta para abrirla de un empujón.

Salto lo mejor que puedo con este vestido vaporoso, me giro para meter la cabeza de nuevo en la limusina y digo lo más mordazmente que puedo soltar: —Te equivocas, hijo de puta. No gritaré cuando me azotes. No te daré la puta satisfacción.

Roman se ríe. —Mientras sepas lo que te espera, estoy seguro de que el resto se resolverá solo.

LILY

—¡Felicidades, Roman!

La mujer que lo felicita se inclina para darle el obligado beso en la mejilla. Roman ya repartió más de treinta en la hora que llevamos aquí, haciendo la ronda, aceptando los mejores deseos y vítores menos sinceros que jamás se hayan inventado. Oigo un par de “me quito el sombrero” e incluso un “enhorabuena”.

Podría ser conmovedor si no fuera una farsa. Y si no fuera porque nada me gustaría más que huir gritando de la recepción de mi propia boda.

Roman mantiene su mano en la parte baja de mi espalda mientras pasamos a la esposa trofeo del siguiente terrorífico gremlin de Chicago. Es una rubia con un peinado a lo Jackie O. y un sombrero a lo Rose de Titanic. La siguiente tiene un aire a June Cleaver, con perlas y zapatos de tacón bajo y una voz nasal y fuerte como la de la niñera Fran Drescher. Nos felicita igual que a los demás, y Roman se inclina y deja que le bese la mejilla. Cuando se acerca a la mía, retrocedo. Roman me frunce el ceño.

Para todos los demás tiene una sonrisa, una risita, una mueca. Ríe como si tuviera otra persona escondida dentro de él, a la que no le importa ser social, normal y simpático. Un Roman amable. Un Roman dulce.

Sin embargo, el verdadero Roman sigue ahí. Pero guarda esa oscuridad para mí.

Veo destellos de él a lo largo de la noche. Cuando algún hombre me mira demasiado tiempo o habla en voz demasiado baja, me aparta con un gruñido bajo vibrando siempre en su pecho. Una parte de mí lo encuentra casi... entrañable.

La otra parte de mí quiere darle un puñetazo en las pelotas y salir corriendo y gritando.

Pero, incluso si decido huir, Roman tiene matones apostados en cada salida. Grandes y corpulentos bocazas dispuestos a golpearme si me atrevo a acercarme a una puerta exterior sin que mi marido me lleve de la mano o me guíe como una especie de extraña muñeca de ventrílocuo.

—Querida.

Bueno, no puedo haberlo oído bien. Pero, de todos modos, me vuelvo hacia él para asegurarme de que no se está dirigiendo a otra zorra con tanta calidez en la voz.

Sin embargo, no hay nadie cerca de nosotros. Por primera vez en todo el día, estamos solos él y yo.

—¿Comemos? —su aliento me calienta el oído.

Para cualquiera que no sea yo, este probablemente parezca un momento privado entre la feliz pareja. Quiero burlarme en su cara, ¿A quién llamas “cariño”, imbécil? Pero la verdad es que me muero de hambre.

En lugar de eso, dejo que me guíe hasta el lugar que nos habían designado, en el centro de una larga mesa cubierta de lino y encaje, decorada con enredaderas, vegetación, velas, flores y ristas de luces parpadeantes de un extremo a otro.

No puedo evitar sentir el aguijón de la ira en mi pecho mientras nos sentamos. Roman me robó la boda de mis sueños.

Puede que solo fuera una tonta fantasía de niña pequeña, pero siempre quise la visión en mi cabeza de cómo pensaba que sería. Habría jarrones altos con flores, lirios, por supuesto, como centros de mesa, iluminación azul escarchada detrás de la mesa donde me sentaría con mis damas de honor y los padrinos. Tendría caminos de mesa plateados y luces brillantes en el techo. Mis damas de honor irían vestidas de plata y los padrinos, con corbatas y chalecos del mismo tono azul que las luces. Mi padre me habría llevado al altar en circunstancias muy distintas, y yo habría llevado un vestido de novia, no esta monstruosidad de tul chillón.

Sobre todo, me esperaría en el altar un marido que me adora. Que quiere amarme, no destruirme.

Pero no.

Roman Sorokin tomó ese sueño y lo hizo añicos.

La falsa sonrisa que imposté todo el día se desvanece bajo mi amargura. Espero que los fotógrafos estén ocupados en otra cosa. Si empiezan a tomar fotos en esta dirección, va a parecer una cena fúnebre con trajes de boda.

Un ejército de camareros sale de la cocina cargado de platos. Roman se inclina hacia mí y sonrío. Otro falso momento íntimo.

—Lo estás haciendo bien. Mejor de lo que esperaba.

—Vaya, gracias por el boletín de notas.

El sarcasmo se siente un poco como escupir al viento, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No puedo defenderme. No puedo gritarle en la cara. No puedo abofetearlo por las cosas que me está haciendo pasar ni por los horrores que todavía planea para más adelante.

Nataliya aparta una vela para poder verme. —Siéntate derecha. Pareces una jorobada.

Bueno, si parece que llevo el peso de mi nueva vida sobre los hombros, y que mis hombros no son lo bastante fuertes para cargar con eso y con toda la angustia que esa nueva vida me trae, entonces puede que sí. Probablemente parezca que debería estar tocando la campana en Notre Dame.

Me trago de nuevo esa mini reflexión. No vale la pena malgastar saliva. Así que asiento con la

cabeza, me enderezo y saco pecho como ella quiere.

Asiente satisfecha. —Bien. Y sonrío. Este no es tu funeral.

Al otro lado, mi marido habla con su padre, pero mantiene una mano sobre mí bajo la mesa, con el peso añadido de que descansa sobre los ochenta kilos de falda que me cubren el muslo. Juro que siento el calor de su tacto a pesar de toda esa tela.

Todo el mundo me ignora mientras comemos, excepto Nataliya, que muestra un ojo impresionante para el detalle en todas las formas en que la estoy cagando ahora mismo.

—Mastica más despacio. No querrás hacer una escena atragantándote con tu brócoli.

—Lo tendré en cuenta.

—Además, mejor si te mantienes sobria —dice mientras coge mi copa de vino y se la termina—. Para que disfrutes tu primera noche con Roman.

—Como desees.

—Y otra vez, sonrío. No. Así no. Pareces enferma. Menos dientes.

Suspiro. Esta será una noche muy larga. Necesito un minuto para mí. Para respirar, para recalibrar. —Voy al baño —anuncio a nadie en particular.

Nataliya está de pie junto a mí. Enlaza su brazo con el mío. —Necesitarás mi ayuda para no arruinar ese vestido.

Y mi breve momento de soledad se va al tacho.

Empieza a hablar mientras atravesamos la fiesta en dirección a los baños. —Sabes, Lily, he sido la esposa de un Sorokin desde... bueno, digamos que desde siempre. Y te diré una cosa: hace falta paciencia y comprensión, por no hablar de autodisciplina, para ser la esposa trofeo que va del brazo de un hombre Sorokin.

Ahora mismo sería fácil ignorarla. Es la madre de mi peor pesadilla, y ella misma no es precisamente un rayo de sol.

Pero tengo la intención de sobrevivir a esta prueba. Si Nataliya tiene algo que decirme que pueda ayudarme, soy toda oídos.

—Cuéntame más —le digo con un poco de sarcasmo.

Se detiene y se vuelve hacia mí. —Sométete —dice con urgencia—. O te romperá. Esas son tus dos únicas opciones.

No importa. No quiero su consejo, después de todo.

Voy rápidamente al baño. Tan rápido como puedo con mi atuendo actual, al menos. Nataliya me sujeta las faldas mientras hago pis, lo que me ayuda y me horroriza en partes iguales. En este momento, sin embargo, es la menor de mis preocupaciones.

Volvemos a la sala de banquetes desde el baño y Roman camina hacia mí. Puede que sea porque estoy un poco achispada por el vino que tomé antes de que Nataliya me lo terminara, pero me

detengo un segundo a mirarlo.

Es realmente hermoso. Alto y elegante. Tormentoso y seductor.

Pero, me recuerdo, también es frío. Insensible. Un asesino. Quiero darme la vuelta, salir por la ventana del baño si hace falta, pero huir como sea.

Atrapada entre estas dos emociones opuestas, me quedo en silencio. Inmóvil. Necesito controlarme, ahora más que nunca. Hacer *algo*, mierda.

Pero me quedo parada.

Roman se acerca. Me ofrece la mano. Es, extrañamente, el gesto más humano que vi en él. No controlado, no planeado de antemano. Casi... inadvertido.

—Es hora de nuestro primer baile.

Trago saliva. ¿Por qué me parece tan trascendental? *Nada de esto es real*, me recuerdo. *Nada de esto importa*.

Pero importa. Importa mucho.

—No puedo esperar —respondo.

Deslizo la palma de la mano sobre la suya y dejo que me guíe en círculo a su alrededor. Luego estoy en sus brazos, apretada contra su pecho.

Apenas oigo la música mientras me hace girar y girar, me abraza, me lanza y me atrapa de nuevo con gracia y sin esfuerzo. Y todo el tiempo, mi corazón late como un martillo contra mi esternón.

Su olor, el tacto de su cuerpo, el alcohol en mis venas... todo funciona a la vez para derribar cualquier defensa que pudiera haber intentado oponer.

El entorno no ayuda. Es un poco más difícil ignorar la fantasía y el cuento de hadas de este día cuando llevo el vestido y los zapatos de Cenicienta y mi marido parece un príncipe de verdad.

Un príncipe monstruoso. Un príncipe maltrecho.

Pero un príncipe, al fin y al cabo.

Me atrae por última vez y me abraza mientras balancea nuestros cuerpos de un lado a otro. Su mirada me quema la piel. Es tan sensual que no puedo pensar.

—¿Dónde aprendiste a bailar? —murmura.

Lo que no sabe es que lo único que me impide arrancarle los dedos de los pies es el vestido. —Estoy improvisando —le digo sinceramente.

La verdad es que, en sus brazos, no necesito saber casi nada. Roman toma la iniciativa. No hay lugar para el fracaso cuando me abraza así.

No hay nada especial en mí. Cualquier desafortunada perdedora con un par de tetas podría interpretar este papel tan bien como yo.

Entonces, ¿por qué me mira como si no hubiera nadie más en la habitación?

La ilusión se rompe un instante después, obviamente. Nada dulce dura en este mundo. Me hace girar de nuevo y frunce el ceño. —Sonríe. La gente está mirando.

Si no sonrío, probablemente es porque estoy atrapada en la versión soñada de este momento, aquella en la que un marido al que quiero me dice que estoy preciosa y lo dice en serio.

Pero ese sueño no existe. Él me lo arrebató.

Cuando termina la música, Roman me abraza un momento más de lo necesario y luego me suelta.

—Necesito un trago —murmura.

Antes de irse, se lleva mis manos a los labios y me besa los nudillos. Lo miro fijamente, es tan extrañamente caballeroso que por un momento me pregunto si me habré tropezado con esas estúpidas faldas y me habré abierto la cabeza en algún momento.

Entonces, *PLOP*, se dispara el flash de la cámara de un fotógrafo.

Y Roman deja caer mis manos como brasas antes de darse la vuelta para ir de la pista de baile a la barra.

Ah. Ahora lo entiendo. Posando para la foto.

Se detiene justo al borde de la pista de baile para mirarme por encima del hombro.

Basta una mirada ardiente para que me ponga a caminar tras él como un perro amaestrado.

Tiemblo. Ya me ha clavado los anzuelos. Eso no me gusta nada.

Pero no quiero darle la satisfacción de saberlo, así que troto tras él con la barbilla en alto.

—Whisky —ordena.

El camarero asiente. —¿Y para la señora?

Empiezo a decir: —Tomaré... —pero Roman me interrumpe.

—No tiene sed.

Lo fulmino con la mirada mientras el camarero se va corriendo a buscar lo mejor para Roman, pero a mi marido no parece importarle una mierda. Me ignora y observa a la gente con atención.

El camarero vuelve con la bebida un momento después. —Aquí tiene, señor —dice mientras la desliza por la barra.

Entonces, una nueva voz interviene. —Vino —pide Floriano Verratti con una voz enfermizamente dulce—. Algo toscano.

—Enseguida, señor —dice el camarero.

Floriano me mira. Está cerca. Demasiado cerca. Tan cerca que puedo oler el whisky en su aliento y el hedor de su sudor y sentir el bulto de su barriga rozándome el brazo.

—Nos volvemos a ver, *principessa* —su voz tiene ese tono demasiado ronco de los cigarrillos

sin filtrar, y sus ojos permanecen fijos justo por encima del escote de mi vestido.

Roman bebe un sorbo de su vaso. —¿Por qué no vas a ver el buffet, Floriano? —sugiere con acidez. La implicación es clara: *aléjate de nosotros*.

Pero Floriano no parece querer captar la indirecta.

—¿Qué pasa, Roman? —se burla—. ¿Te ha comido la lengua el minino? Supongo que no nos guardamos rencor.

Roman ríe sombríamente. —¿Por qué iba a guardarte rencor? Yo soy el que se llevó el premio.

Misha se acerca por la izquierda antes de que Floriano pueda responder. —Roman, tenemos que hablar —mueve la cabeza hacia un grupo de hombres cerca de la barra. Luego me mira y sonrío como si yo fuera demasiado estúpida para entenderlo.

Pero yo nací en esta vida. Lo sé todo sobre las reuniones clandestinas en callejones, de esas que suelen acabar en derramamiento de sangre. Sé lo de las pistolas escondidas bajo los asientos de los coches y lo que significaba que mi padre saliera corriendo de casa a las tres de la madrugada y volviera a entrar por el lavadero unas horas más tarde, empapado en la sangre de otro hombre.

Nunca moví un dedo para ayudar a mi familia a hacer su trabajo sucio. Pero sé de dónde viene el dinero.

O, al menos, de donde *solía* venir. El flujo ha sido cada vez más delgado y débil durante años. Y parece que ese pozo finalmente se secó para siempre hace unas noches.

Qué suerte la mía.

Roman ni siquiera me mira mientras se aleja con Misha. Ojalá no me hubiera dejado sola. Llevo suficiente tela para vestir a una nación pequeña y, aun así, la mirada de Floriano me hace sentir desnuda. Como si pudiera ver a través del vestido.

Y ahora que mi marido se ha alejado, Floriano se acerca, apretándose más contra mí mientras habla. —¿Estás disfrutando de tu tiempo con el ruso? —mueve las caderas sugestivamente, aunque no es exactamente una broma sutil.

No respondo.

Eso tampoco lo desanima. —Cuando estés lista para que un hombre de verdad te muestre placer, ven a verme —su mirada de arriba abajo me eriza la piel.

—No, gracias —no es una pregunta.

—¿Crees que tu principito ruso podrá seguirte el ritmo? No. Por eso todas las mujeres casadas vienen a mí —señala su polla—. Mi soldada tiene resistencia. Puede hacerte gritar hasta bien entrada la noche.

No me importa si su pequeña “soldada” puede dar volteretas mientras silba el tema de *Star Wars*. De ninguna manera me acercaré a él o a la vulgar verruga de hombre a la que está unido.

Pero sigo sin hablar. Parece el tipo de hombre que pasa de lascivo a violento en un abrir y cerrar de ojos. Ya he tenido suficiente de eso últimamente, muchas gracias.

—Las mujeres no pueden resistirse a una polla italiana de verdad.

Reprimo una arcada. —Obsérvame.

Está claro que no hay nada que pueda decir o hacer para borrar la confianza de este imbécil, y no me apetece precisamente perder el tiempo intentándolo. Ya tengo un idiota con el que lidiar. Lo último que necesito es otro.

Así que, en lugar de perder más tiempo discutiendo con el hombre más asqueroso de Chicago, vuelvo a la mesa de los novios y me siento. Me bebo rápidamente el poco vino que queda en la copa de Roman, aunque solo sea para quitarme de la boca el olor de Floriano.

El Jefe Verratti me mira fijamente desde la barra durante un momento incómodamente largo. Me pregunto si va a perseguirme.

Pero luego, encogiéndose de hombros, desaparece entre la multitud. Gracias a Dios por los pequeños favores.

Busco a mis padres. Al principio no los veo, pero luego... ahí están. Mi madre está al borde de la pista de baile con otras mujeres. Tiene un martini en la mano y una sonrisa falsa en los labios.

Mi padre, al que no le gusta socializar en un buen día, y este no es un buen día para ninguno de los dos, se sienta solo en una mesa alta cerca de la barra, tomando una copa.

No corro hacia él porque no quiero desviar la atención de Roman de lo que fuera tan importante para dejarme a solas con Floriano.

Pero esta es mi oportunidad, quizá la última, de hacerle ver a papá lo mucho que necesito su ayuda. Antes de perder los nervios, me levanto y me dirijo hacia él. Sonrío a todo el que me cruza mientras avanzo hacia él.

Cuando estoy lo bastante cerca, susurro con urgencia: —Papá.

Alza la vista. Sus ojos se mueven en sus órbitas. —Mi pequeña —murmura—. Mi Lily.

No tengo tiempo para divagaciones de borracho. Necesito que me preste atención. —Papá, escúchame. Por favor, sácame de esto. Llévame a casa contigo. Escóndeme lejos.

Quizá puedan enviarme con nuestros primos en Italia hasta que encuentre una salida a mi matrimonio. Me parece bien. Diablos, me quedaré allí para siempre si es necesario. Me iré a Italia o a Siberia o al maldito Tombuctú si eso significa que soy libre de vivir mi vida como algo más que una incubadora para la prole de futuros sociópatas de Roman.

—Lily, ve con tu marido. Él es el único que puede cuidarte ahora.

Le sacudo el hombro. —¡Papá! —este no es mi padre. Esta no es la voz del hombre que solía pasearme por la casa sobre sus hombros, que me llevaba al baile padre-hija en Santa María Magdalena cada año.

Este es un extraño.

—No puedo ayudarte —añade.

—¿No puedes? ¿O no quieres?

—¿Cuál es la diferencia?

—Papá —gimoteo. Me arrodillo y le agarro la mano—. Por favor...

Hay que convencerlo. Tengo que demostrarle lo mucho que le necesito. Tengo que encontrar las palabras adecuadas. Entonces, él me salvará.

—Por favor. Te lo suplico. No me dejes aquí. No pertenezco a él.

—Lily, ahora perteneces a Roman. Vete —mira dentro de su vaso como si hubiera una respuesta mágica grabada en el fondo y si mira fijamente lo suficiente será capaz de verla.

—¡Papá, por favor!

Error. Un gran error. Me desesperé demasiado y en voz muy alta.

Y la gente se da cuenta.

Las cabezas se giran. Las bocas se cierran. El público lo ve antes que yo, pero no tardo en sentirlo: una gran mano me aprieta el brazo.

El aliento de Roman me calienta el oído. —¿No te advertí que no montaras una escena? —gruñe mientras me arrastra fuera de la habitación.

Ni siquiera sé qué decir. No voy a pedirle disculpas, eso es seguro. Y ahora seré “castigada” por eso. Por querer algo mejor para mí.

Pero, justo cuando se me pasa por la cabeza esa idea, también se me ocurre otra: una forma de convencerlo.

Sobrevive un destello de esperanza.

Espero por Dios que funcione.

ROMAN

No puedo estar enfadado de verdad. Después de todo, le aposté a Misha diez de los grandes a que Lily no aguantaría hasta las ocho de la tarde antes de ir a ver a su padre y rogarle que la rescatara.

Miro el reloj: 7:08. El dinero más fácil que gané.

Pero aún tengo que enseñarle a Lily que su pequeño truco le costará caro. Así que la llevo fuera, a través de la lluvia torrencial hasta la limusina que la espera. Un vestido estropeado que me importa una mierda es la menor de mis preocupaciones.

Aprieto su cuerpo entre la puerta del coche aún cerrada y yo. —No sabes comportarte, ¿verdad? —le gruño en la cara.

Quiero el miedo en sus ojos mientras la lluvia arruina su maquillaje. Quiero verla deshacerse.

—Coqueteando con Floriano —continúo—. Corriendo a pedirle ayuda a papá.

Se le enciende la nariz. —No coquetearía con ese pedazo de mierda pervertido ni aunque fuera el último hombre de la Tierra y la supervivencia de toda la humanidad dependiera de que le dijera una palabra amable.

Me río entre dientes. “¿Siempre tienes que usar ochenta palabras cuando con un ‘Que te jodan’ bastaría?”.

No quiero reírme. De hecho, no pretendo otra cosa que hacerla temblar de miedo de que le dé un azote.

Pero no puedo evitarlo: la chica es divertida.

—¿Y de verdad creías que tu querido padre iba a mover un dedo para salvarte? Por si lo olvidaste, él fue quien te puso aquí para empezar.

—Claro, si no dejas de recordármelo.

—Cuida tu tono, esposa.

—Oh, Dios mío, por favor, encuentra la bondad en tu corazón para perdonarme —dice sarcásticamente.

Le agarro el hombro. No suavemente, pero no lo suficiente como para dejar un moratón. — Inténtalo de nuevo.

Hace una mueca de dolor, pero no grita. —Lo siento —balbucea.

Asiento, satisfecho por ahora. —Mejor.

Me hago a un lado, abro la puerta del coche de un tirón y la meto. En cuanto se cierra la puerta, el coche se pone en marcha. Danilo sabe dónde llevarnos.

—¿A dónde vamos? —pregunta Lily. Tiembla por el aire acondicionado, con las gotas de lluvia salpicando sus hombros desnudos como diamantes. Como no respondo, me dice—: Lo menos que puedes hacer es contestarme.

Ladeo la cabeza y la miro. —¿A dónde van tradicionalmente los esposos después de la boda?

—En este caso, espero que *‘por caminos separados’* sea la respuesta.

—Sigue intentando.

Tiene los ojos desorbitados. —¿Me llevas de luna de miel? ¿Una puta luna de miel? —se gira para mirarme de frente, con la mandíbula abierta—. ¿Me estás tomando el pelo?

—El avión tiene combustible y está esperando. Las maletas ya están a bordo. El paraíso espera, *moya zhená*.

—Pero no una luna de miel de verdad, supongo. Vas a esconderme en un sótano una semana mientras te vas a Aruba o algo así, ¿verdad? ¿Una falsa luna de miel para acompañar nuestra falsa boda?

Sonrío. La misma sonrisa peligrosa que muchos hombres ven antes de morir.

Lily no lo sabe, por supuesto. Pero no es estúpida. Percibe algo violento en ella y se encoge aún más en su océano de tela de gasa blanca.

—Puedo asegurarte, cariño, que nuestra boda fue cien por cien auténtica. Al igual que nuestra próxima pequeña aventura.

Como si hubiera calculado el tiempo a la perfección, la limusina entra en el aeródromo justo en ese momento y aparca junto al jet.

En lugar de esperarme a mí o al conductor, Lily abre la puerta de un empujón y sale. Vuelve a asomar la cabeza dentro del coche un milisegundo después. —¿Un avión privado? Sinceramente, creí que estabas de broma.

—Nunca bromeo.

Danilo se acerca y me abre la puerta. Salgo y me ajusto el traje contra la brisa que corre por la pista. Aquí no llueve, aunque las nubes oscuras se acumulan no muy lejos. Pronto caerá sobre nosotros.

—¿Es tuyo? —pregunta, viendo el avión con sus propios ojos pero sin acabar de creérselo.

El viento de los motores al ralentí besa los bordes de su falda. Sigo pensando que el vestido que

eligió mi madre es jodidamente horrible, pero hay algo que decir sobre el encanto de ver a mi mujer de blanco el último día que podrá llevarlo.

—Sí.

—Para el viaje, querrás decir.

Me río. Intenta presionarme a propósito. Tendrá que esforzarse mucho más. —Soy dueño del avión, soy dueño del piloto, soy dueño de la pista de aterrizaje.

Pone los ojos en blanco. —Un auténtico momento de *‘todo lo que toca la luz es mío’*. Qué entrañable.

Su tono es mordaz, pero tampoco se me escapa una nota de añoranza. No es ningún secreto que los tiempos han sido difíciles en el hogar Benedetti. Ha habido embargos. Hombres peligrosos que venían en busca de dinero que Arturo no podía devolver.

Así que, por mucho que me odie, no puede evitar deleitarse con la opulencia, la decadencia de tener mi apellido y mi escudo pintados en la aleta caudal de un avión del que soy propietario absoluto.

Hay algo en verla hacer eso que me fascina. Mira estas cosas insignificantes con una inocencia que no he tenido desde que tenía cinco años, cuando vi a mi padre masacrar a mi tío con las manos desnudas para poder hacerse cargo de la Bratva.

Le tiendo la mano. —Ven conmigo. Si te gusta lo de fuera, lo de dentro te va a hacer mojar.

Frunce el ceño. —En tus putos sueños.

Mi princesa esposa tiene chispa, tengo que cedérselo. Pasa de cero a intrépida en un instante.

La volveré a aterrorizar aún más rápido.

Tiro de su mano con fuerza suficiente para que vuelva a caer en mis garras.

Envolviéndola, me inclino y le susurro al oído: —He visto mucho más que eso en mis sueños, *moya zhená*.

No digo más, pero no hace falta.

Gime y me quita la mano de un tirón. Dándome la espalda, se sube las faldas e inicia el ascenso por las escaleras. Mari, la azafata que suele chupármela cuando vuelo solo, la espera arriba para ayudarla a entrar.

Cuando Lily pasa y yo la sigo, Mari me apoya la mano en el bíceps. —¿Somos tres esta noche? —canturrea con los ojos brillantes. Lleva el pintalabios rojo carmesí que me gusta ver rodeando mi polla.

Normalmente, un trío es una idea que puedo apoyar. Pero no me gusta la idea de que nadie toque a Lily excepto yo. De hecho, no puedo imaginarme a nadie más cerca suyo sin ponerme lívido. Ni siquiera una tentadora con curvas que tiene trucos con la lengua que ninguna otra mujer del planeta puede igualar.

Así que sacudo la cabeza. —No, no necesitaremos servicio a bordo esta noche.

Mari se limita a sonreír. —Bueno, tal vez en otra ocasión entonces, señor.

Nunca me llama por mi nombre. Ni cuando gime para mí, ni cuando trabaja para mí. Siempre es “señor”, nada más. Durante años, eso estuvo bien para mí. No solo respecto a ella, sino todas las mujeres que comparten mi cama.

Pero ahora, por alguna razón, quiero oír mi nombre en los labios de una persona en particular: Lily.

Como un gemido.

Como una maldición.

De cualquier puta manera que lo diga.

Ese pensamiento me cabrea. No puedo encariñarme con ella. Ella tiene un propósito singular: darme un heredero. Estoy un poco consternado por lo fácil que es olvidar eso.

Su voz me saca de mis pensamientos. —¿Puedes ayudarme con esto? No llego.

Lily está de espaldas, con una mano agarrando el corsé de su top. Quiere que la desnude. Sonríe. Es una estratagema. Está regateando y usa su cuerpo para hacerlo. Intenta ser más astuta que yo.

Buena suerte con eso, cariño.

Si cree que unos centímetros de piel intacta bastan para ponerme nervioso, no está del todo equivocada. Algo de ella se me mete en la cabeza.

Pero estoy muy entrenado como para explotar en mis pantalones por algo tan simple. Además, pronto tendré lo que quiero. Soy un hombre paciente. Puedo esperar.

Hago un rápido trabajo con los lazos. La prenda se descuelga, pero ella sujeta la parte delantera del vestido contra su pecho mientras se gira para mirarme. —Gracias, Su Magnificencia. Quiero cambiarme antes de despegar. ¿Me lo permite Su Alteza?

—Creí haberte dicho que cuidaras tu tono.

—¿Eso es un sí o un no?

Hago un gesto con la mano. —Vete.

Entra en el dormitorio de atrás, donde se ha guardado su maleta, y cierra la puerta.

Al cabo de un par de segundos, vuelve a abrirse. Lily asoma la cabeza, ahora con un vestido de verano lila que hace brillar su piel. —¿Has visto esta cama? Es como una nube.

Claro que he visto la cama. Dormí en ella. Follé en ella. Pero su entusiasmo sigue divirtiéndome.

—Es belga —le informo—. La mejor del mundo.

Sale del dormitorio y toma asiento frente a mí. Mientras empieza a sacar docenas de horquillas de sus intrincadas trenzas, pregunta: —¿A cuánta gente has tenido que matar para conseguir este avión?

—Si preguntas por el costo de una vida humana, depende de la vida. Si preguntas si he matado para llegar donde estoy, para tener lo que tengo... la respuesta es sí —no tiene sentido mentirle—. Pero si me preguntas si planeo matarte a ti en particular, la respuesta es no.

—Qué amable.

—... A menos que te conviertas en un problema.

Sus ojos parpadean con miedo, luego con fuerza. —¿Y entonces?

—Intentaré que sea rápido e indoloro, porque eres mi mujer. Aunque te advierto que a veces me dejo llevar por el momento y las cosas... se alargan.

Se estremece. —¿Por qué eres tan cruel conmigo?

—Soy indiferente, no cruel. Tienes tu propósito. Y serás recompensada si lo cumples. Ya estás a mitad de camino. ¿Es la amabilidad un requisito para el parto?

Parpadea, se lame los labios y se da la vuelta. —Supongo que no.

—No lo creo. Abróchate el cinturón. Despegaremos pronto —mantengo mi voz áspera. Tanto para recordarme a mí mismo que necesito mantenerla a raya como para recordárselo a ella.

Me mira, se pasa el cinturón por el regazo y se vuelve hacia la ventanilla. Mira hacia fuera y me ignora.

Me parece bien. Hará mucho ruido cuando llegue el momento.

ROMAN

El vuelo es gloriosamente tranquilo. Volamos, aterrizamos y el avión se detiene al final de una pista cercana a la villa.

—¿Dónde estamos? —pregunta cuando se apagan los motores.

—En una isla.

—Qué específico —exclama—. ¿Te importaría especificar?

—Es una isla que mi familia posee desde hace mucho tiempo.

Sus ojos se abren de par en par. —¿También tienes una *isla*?

Sonríó. —Si el avión encendió tu fuego, te va a encantar la villa.

—No es por ser repetitiva, pero ¿eres dueño de toda una puta isla? ¿Con una villa?

—No tiene mucho sentido una sin la otra. Está un poco lejos para una excursión de un día —me levanto y saco una de sus bolsas de un compartimento bajo mi asiento—. Vamos.

Caminamos hacia la parte delantera del avión. Uno de los hombres de la casa tiende la mano para ayudar a Lily a pasar por la escotilla abierta. En sí, eso no es gran cosa... hasta que el *mudak* se queda mirando como si quisiera respirarla, tocándole la mano como si estuviera hecha de diamantes.

Espero un tenso segundo para ver si se acuerda de su lugar y la suelta. El criado es alto, joven, probablemente atractivo para las mujeres y está a punto de perder su trabajo, si no su vida.

—Retrocede de una puta vez —gruño. Me muevo entre ellos y él retrocede horrorizado.

Lily me fulmina con la mirada. Le tiro la bolsa al hijo de puta que se estaba insinuando a mi mujer. Me mira con miedo y confusión en los ojos.

No pestañeo ni miro hacia otro lado mientras le clavo una mirada perdida y añado en voz baja: —A mi mujer no la toca nadie más que yo.

Traga saliva y desaparece tan rápido como puede.

Me cago en su puta madre. Me vuelvo hacia Mari y le digo: —Dile al ama de llaves que, si vuelvo a ver a ese hijo de puta, lo mato.

Entonces tomo la mano de Lily entre las mías y bajamos las escaleras del avión hasta la pista. A ella no le entusiasma el contacto, pero me sigue la corriente, tambaleante como está sobre sus talones.

La limusina espera a unos metros del avión. Cuando estamos dentro, la mirada de Lily vuelve a ser de asombro.

Decir que la limusina es extravagante es quedarse corto. Interior de roble pulido y adornos dorados, cinco pantallas relucientes, un contenedor de servicio de bebidas con licores de primera, champán, agua embotellada. El asiento de cuero envuelve el habitáculo del coche, suave como la mantequilla y blando al tacto.

Lily se aleja rápidamente todo lo que puede.

—No muerdo, ¿sabes? —comento con una risita.

Ella entrecierra los ojos. —Yo sí.

—Apuesto a que sí, pequeña *kiska*. Apuesto a que sí.

Una vez sentados, el vehículo acelera suavemente. El asfalto da paso rápidamente a una hermosa naturaleza salvaje. La carretera de la finca está bordeada de flores silvestres que se acercan a la playa por un lado y a una pradera de hierba por el otro. A medida que avanzamos, los terraplenes de hierba se adelgazan hasta convertirse en una península, hasta que nos encontramos rodeados de arena blanca y ondulantes olas de zafiro.

La carretera rodea la playa y sube hasta la villa. Aunque parece más una mansión, en realidad.

Remodelada con cada generación, ampliada y construida más alta.

Uno de los anteriores jefes Sorokin ansiaba un castillo propiamente dicho, así que añadió torrecillas en los extremos norte y sur. Otro quería un muro para proteger la casa del viento y la erosión. Como todos los señores Sorokin, consiguió exactamente lo que quería.

Pero el interior es la verdadera maravilla arquitectónica.

Suelos de mármol. Columnas estriadas. Una sala de billar, un salón de baile y una cocina del tamaño de un gimnasio de instituto. Quince dormitorios, diecinueve baños, vistas al mar desde casi todas las ventanas.

Me servirá para lo que tengo en mente.

La limusina se detiene. El chófer abre la puerta. Salgo y me vuelvo para mirar a Lily.

—Ven —le ordeno. Ella mantiene los ojos bajos mientras le ofrezco la mano.

Pero, en lugar de cogerla, alarga la mano y se aferra al antebrazo del chófer para equilibrarse mientras despliega esas piernas largas y elegantes y sale del vehículo. Me mira fijamente mientras lo hace, para que yo entienda que no ha sido un accidente. Que vio cómo reaccioné ante el criado en el avión, cuánto odié que le pusiera un dedo encima.

Se está burlando de mí.

Una voz en mi cabeza quiere estallar. Romperla allí mismo. Romper ese vestido en jirones

inservibles y mostrarle de primera mano lo que su cuerpo es capaz de hacer por mí.

Pero otra voz más fuerte me insta a esperar. Lily recibirá lo que se merece muy pronto.

Así que me limito a sonreír.

Suelta al chófer y mira hacia la amplia escalera de mármol y las puertas dobles de dos pisos de altura.

—Por ahí, supongo —dice con sorna.

Asiento con la cabeza. —‘Por ahí’ es correcto.

Se sorbe limpia la nariz y se aleja.

Subimos los escalones de piedra y entramos en el vestíbulo. Un óleo de Degas cuelga a un lado, sobre una mesa de roble y mármol ribeteada en oro, y un Monet al otro.

—¿Son auténticos? —pregunta Lily con los ojos muy abiertos.

—¿Te parecen falsos?

Exhala. —Mierda.

—Estás empezando a entender. Hay más. Deja eso —le digo, quitándole la bolsa de la mano y dejándola caer sobre la mesa—, y ven por aquí.

Mallory, el ama de llaves y cuidadora de la propiedad, ha colocado en una habitación contigua unos cuantos estantes con trajes de baño y accesorios que le encargué comprar. Antes de que pueda llamarla, aparece con el uniforme blanco y negro que usa cuando tenemos invitados y una bandeja con dos copas de champán.

Lily no me mira ni admira la ropa. No hace más que lanzar su exasperado y exasperante suspiro.

Saco una copa de la bandeja con cada mano y le tiendo una. —Bebe.

La mira, luego me mira a mí, arruga la nariz y niega con la cabeza. —No, gracias, paso.

—¿No bebes?

—No contigo. Odio decirlo, pero no creo que hoy merezca la pena una celebración.

—Bebe.

—He dicho que no, gracias —cruza los brazos sobre el pecho.

—Y yo dije que te lo bebieras.

Vuelve a mirar, desafiante. —No tengo sed.

La aprieto contra la pared. —Beberás porque yo lo digo —le gruño en la cara—. Harás todo lo que yo diga, porque yo lo digo.

El miedo oscurece sus ojos, drena el color de sus mejillas. —De acuerdo. Me beberé el puto champán —pero no quita la mordacidad de su voz.

—Así está mejor —le tiendo la copa y espero a que la coja para sonreírle y relajarme.

Se la bebe de un trago y me mete la copa vacía en el pecho. —¿Satisfecho?

La miro de arriba abajo, despacio, desnudándola con la mirada. —Casi. Pero esta noche te mostraré la verdadera satisfacción.

Le tiembla el labio. —¿Qué?

Pero sé muy bien que oyó lo que dije.

Para mi sorpresa, insiste. —Roman, ¿qué quieres decir? ¿Qué pasa esta noche? —le tiembla la voz.

—Es nuestra noche de bodas. ¿Qué crees que quiero decir?

—No voy a dormir contigo, si eso es lo que estás sugiriendo —espeta.

—Qué palabras tan valientes, dichas con tanto fuego —vuelvo a apretar mis caderas contra las suyas y dejo que mi barbilla barbuda se deslice por su suave mejilla hasta que mi boca está junto a su oreja—. No te preocupes, *moya zhená*. No dormiremos mucho.

Luego, satisfecho de cómo van las cosas, doy marcha atrás. —Ve a ponerte un traje de baño.

Todo es una discusión latente con esta mujer. Pero ahora está un poco nerviosa. Se queda mirando, primero a mí y luego a los estantes de bikinis. Luego, haciendo acopio de ingenio, coge uno al azar de la estantería y desaparece en el probador.

Contaba con que se doblegaría a mi voluntad tarde o temprano. No contaba con que se viera tan jodidamente increíble cuando reapareciera un momento después.

El diminuto top blanco levanta sus pechos deliciosamente. Quiero deslizar mi lengua entre ellos, saborearlos, marcarla con mi beso y mi mordisco. Y el triángulo de tela que cubre su coño baja hasta desaparecer entre sus piernas. Lleva un chal inútilmente transparente sobre una cadera y atado en la otra.

Mierda. Me tiembla la polla y me muevo para ocultarlo. Probablemente debería decirle que se ve bien, pero decir esas palabras en voz alta sería contraproducente para que bajara esta erección.

—Tenemos que hablar de esta situación de dormir —dice Lily con un aplomo que me dice que practicó esa frase exacta en el espejo del probador antes de volver a salir.

Sonrío. No esperaba menos. Y tengo que demostrarle que no funcionará. Nada de lo que diga me hará cambiar de opinión.

—Ahora no.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo digo.

—Sabes, me estoy hartando de esa respuesta —suelta.

—Acostúmbrate, *kiska*. La vas a escuchar mucho.

Le pongo la mano en la parte baja de la espalda y salgo con ella por la parte trasera de la casa hacia la playa.

La arena es suave como el azúcar bajo nuestros pies, y el océano que tenemos delante es verde y resplandeciente. El sol ha decidido cooperar hoy, brillando en lo alto de las montañas cubiertas de selva al otro lado de la isla.

La mesa está puesta en la playa: flores y velas, comida preparada por un chef de cinco estrellas, cubiertos relucientes, vino frío en copas de cristal.

Lily se queda boquiabierta al ver la extensión. —Dios mío. ¿Esto es para nosotros?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es la primera noche de nuestra luna de miel. ¿Esperabas McDonald's?

Se echa a reír durante un breve instante antes de parar.

Le acerco la silla y se acomoda con elegancia. —Es precioso —murmura, casi a regañadientes, como si no quisiera admitirlo.

Asiento mientras tomo asiento frente a mi novia. —También soborné a la puesta de sol.

Sonríe. —Cueste lo que cueste, vale la pena —luego su sonrisa se desvanece, como si acabara de darse cuenta de lo que hace—. Estás acostumbrado a comprar lo que quieres.

—O tomarlo. O ganarlo —me aclaro la garganta y levanto la botella de vino—. ¿Puedo?

—¿Me lo preguntas o me lo dices?

Le lleno la copa hasta el borde. —No creo que haya mucha diferencia —dejo la botella y señalo la comida—. Vamos a comer.

Nos quedamos callados un rato mientras comemos. Las colas de langosta con mantequilla y el atún fresco saben como si los hubieran preparado los mismísimos ángeles.

Hay un momento, viéndola comer o, mejor dicho, viéndola disfrutar comiendo, en el que estoy a punto de apartar la mesa y atraerla hacia mí. El sol atrapa una onda dorada en su pelo oscuro y resplandece. El viento roza sus mechones como dedos invisibles.

—¿Lees todos esos libros de tu biblioteca? —pregunta de repente.

Hay primeras ediciones tan antiguas como la propia isla en una de las habitaciones por las que pasamos de camino a la villa. Diablos, probablemente tenga la copia de la Biblia de Dios.

—No.

Se burla. —Ya me lo imaginaba. Estarás demasiado ocupado rompiendo rótulas o lo que sea.

—No te gusto mucho, ¿verdad?

—No te conozco lo suficiente como para que me desagrades. Pero sí, me desagradas.

—Podemos arreglarlo. No es que importe, en realidad. Estás aquí por un propósito.

—¿Y qué pasa una vez que cumpla mi propósito?

—Luego esperamos seis semanas y empezamos a hacer un segundo niño. Y un tercero después.

Su mandíbula se aprieta. —¿Y si me niego?

—Entonces haremos las cosas de otro modo —dejo que lo reflexione un momento antes de suspirar—. No fuerzo a las mujeres a mi cama. No es necesario, con tantas dispuestas. Pero tendrás a mi hijo de una forma u otra. A mi manera será más divertido.

—Eso no es negociar mucho.

—Cariño, ¿quién dijo que íbamos a negociar?

Hace una mueca y volvemos a comer un rato. Llega el postre: mousse de chocolate con frambuesas recién recolectadas. Lily le da un mordisco y lo aparta.

—¿No te gusta? —pregunto.

—No me gusta comer por gula —corrige ella.

—Ah. Mantienes tu figura esbelta para tu marido, entonces.

Pone los ojos en blanco. —No te alabes tanto.

—¿Por qué iba a hacerlo? Te tengo a ti para que lo hagas por mí.

Pone los ojos en blanco por segunda vez, de forma más dramática que la primera. —¿Terminamos aquí? ¿O esto es más una cena show?

En respuesta, me levanto y camino alrededor de la mesa. Tenemos toda una semana para pasar juntos. No hay necesidad de intimidaciones ahora.

Le tiendo la mano para que la coja. Cuando lo hace a regañadientes, la llevo playa abajo, hacia la cala donde las sillas se alinean en la playa y las aguas cristalinas llegan desde el océano.

Se desabrocha el chal de la cintura, lo tira a un lado sin cuidado y se tumba en una de las tumbonas planas. Al instante se me seca la boca. Se frota una pantorrilla con el otro pie. Tiene los dedos de las uñas de los pies pintadas de rojo oscuro, tan jodidamente sexy que no puedo dejar de mirarla.

Jesús, hasta los dedos de sus putos pies me ponen la polla dura. Y el pequeño gemido cuando estira los músculos y bosteza... Es demasiado. Los kilómetros de pierna. Las hectáreas de piel expuesta. El aleteo de sus pestañas mientras se echa una siesta como si se hubiera olvidado por completo de que sigo aquí de pie.

Me hundo en la tumbona contigua. Me cuesta apartar los ojos de Lily. Pero al final lo consigo. Dejo que se cierren. El sol hace que mis párpados se vuelvan translúcidos, pero me quedo dormido un rato.

No sueño. Rara vez lo hago. Los hombres como yo no tenemos que crear fantasías mientras dormimos: usamos nuestras horas de vigilia para hacernos con todo lo que podamos desear.



ME DESPIERTO un rato después y miro a Lily. En algún momento, mientras yo dormía, se dio vuelta para tumbarse boca abajo. Tiene la espalda rosada y, con los tirantes del bikini haciendo contraste, se ve todavía más roja.

Sin pensarlo, meto la mano en el bolsillo junto a su silla, saco un bote de protector solar y me coloco a su lado.

—Despierta, princesa —vuelve a estirarse somnolienta, con los brazos por encima de la cabeza y su delicioso culo flexionándose, tirando de la parte inferior del traje de baño blanco brillante hacia dentro, mostrando los primeros indicios de la línea de bronceado que se avecina.

—¿Hora del espectáculo?

—Necesitas protector solar.

Se mira a sí misma y se encoge de hombros. —De acuerdo. Me tiende la mano para coger la botella.

—Yo me encargo.

Lily frunce el ceño. —Eso es para nada neces...

Sus palabras se cortan cuando le desabrocho el gancho del sujetador. Jadea, se pone rígida, pero no dice nada.

Buena chica. Está aprendiendo.

Inclino el frasco y vierto un poco de la suave loción en la palma de mi mano. Luego, antes de que pueda plantearme si es una mala idea, se la froto por el cuerpo, sobre su piel flexible, dejando que mis dedos la acaricien y masajeen.

La urgencia de mi deseo por ella no disminuye.

Y no hace una puta mierda para domar la erección dura como una roca en mi bañador.

Cuando termino con la parte superior de su espalda, desciendo y dejo que mis dedos se introduzcan en la cinturilla de la braguita de su bikini. Ella aspira y contiene el aliento. Siento ese aliento en la polla mientras deslizo las manos por sus muslos.

Pero, en lugar de moverme hacia sus rodillas, separo sus muslos, presiono mis manos hacia dentro, hacia su coño, y espero otro grito ahogado mientras me acerco cada vez más...

No llega.

No la miro. Eso es lo que ella quiere, sentir que puede ganar algunas batallas, defenderse en algunos momentos. Está equivocada. Muy jodidamente equivocada.

—¿Debería voltearme para que puedas echarme loción en el frente? —dice. La amenaza de una burla persiste en el borde de su voz.

Mierda, sí. Quiero apretar sus tetas, sentir su pezón en mi mano, luego en mi boca. Y...

—¿Roman? —su voz no vacila. No se quiebra ni se rompe. La pequeña *kiska* sabe exactamente lo que hace—. ¿Roman, querido?

Gruño. Nadie juega a la zorra para burlarse de Roman Sorokin. Especialmente no alguien de mi propiedad.

Me levanto y dejo caer el bote de protector solar junto a ella. Ajustándome la polla en los calzoncillos, me doy vuelta para alejarme. —Puedes hacer la parte delantera tú misma.

Si lo hago yo, la tendré desnuda antes de su próxima inhalación.

Eso tendrá que esperar hasta esta noche.

LILY

Nunca tuve las manos de un hombre sobre mí.

Chicos, sí. ¿Pero un hombre? ¿Un hombre *de verdad*?

Nunca.

Dejé que Joey Gallo llegara a segunda base en décimo curso. Duró treinta segundos mientras intentaba dividir su atención entre besarme y acariciarme los pechos a través del sujetador. Luego, se corrió en sus propios pantalones.

En otra ocasión, un amigo de Leo llamado Martin me tocó el culo cuando estaba con su novia y me confundió con ella. Estaba apoyada en la encimera de la cocina cuando Martin entró apestando a alcohol. Me manoseó el culo y luego me tocó con la polla. Incluso me agarró un pecho antes de retirar la mano. Gritó como si le quemara cuando no encontró las tetas copa D que esperaba.

Así que sí, eso es más o menos la suma total de mi historial sexual. Lo que acaba de pasar... no es eso.

No es nada ni remotamente parecido.

Nunca un hombre tocó mi piel desnuda con tanta fuerza en sus manos, tanta sensualidad y pasión en cada trazo, roce y rizo de sus dedos.

Nunca nadie me dio ganas de ir más lejos con solo masajearme la espalda.

Hizo aflorar algo anhelante en mí, algo que quería mucho más.

Roman pensó que le estaba tomando el pelo, creo. Pero se equivocaba.

Me estaba ofreciendo en bandeja de plata.

Pero fue solo un momento de estúpida ilusión. Sin sus dedos haciendo magia, todas esas sensaciones se desvanecen y me quedo sola. Solo una patética mujer tumbada casi desnuda en una tumbona al sol mientras su marido se aleja a grandes zancadas, sin que le afecte, o incluso como si le aburriera tocarme.

Intento no suspirar. Últimamente lo hago mucho. Las cosas podrían ir peor, ¿verdad?

Al menos Roman me dio paz durante un rato para holgazanear bajo el sol tropical sin preocuparme de que intentara meterme un bebé en el vientre.

Aunque, cuanto más se acerca el sol al horizonte, más se me revuelve el estómago.

Tengo... obligaciones que cumplir una vez que se ponga el sol. Obligaciones conyugales, que Roman ha tenido un retorcido placer en recordarme una y otra y otra vez.

Aún no sé muy bien qué quiso decir con “cueste lo que cueste”. Me aterra averiguarlo.



EL SOL ESTÁ CASI en el mar cuando su sombra oscurece de nuevo mi silla. —Deberíamos volver a la casa.

—Oh sí, hola, hola, ¿cómo va tu tarde? —le digo—. La mía bastante bien. El bronceado va muy bien, la vista es realmente espectacu...

—Deberíamos volver a la casa —repite.

Me hago sombra en los ojos con la mano mientras le miro. —Realmente eres un hombre de muchas palabras.

—¿Prefieres que señale y gruña?

No puedo evitar reírme. —Como si Román el Cavernícola fuera diferente a la versión normal.

Pone los ojos en blanco. Bueno, en realidad, el sol oscurece la silueta de su cara, así que no puedo asegurarlo, pero estoy bastante segura de que lo hace. De todas formas, su cuerpo me distrae un poco. Lleva un traje de baño verde pálido debajo de una camisa blanca de lino con casi todos los botones desabrochados. La brisa marina lo envuelve y deja ver el vello de su pecho, algunos mechones de tinta de sus tatuajes, los cortes y los valles de sus abdominales.

¿El diablo siempre tiene que verse tan jodidamente bien?

—No te lo pediré otra vez —dice—. Vámonos.

—Para empezar, nunca me lo pediste —refunfuño. Pero me levanto y me anudo el chal a la cintura, ignorando la mano que me ofrece.

Roman asiente, satisfecho, y se dirige hacia la villa a paso rápido. Ni siquiera se molesta en mirar en mi dirección. Por supuesto, tiene mucha prisa por ponerse en marcha.

Los pecados no parecen pecados si los haces en la oscuridad.

Sigo a Roman al interior de la casa, subo la escalera curva y recorro un pasillo.

Atravesamos un primer par de puertas dobles, luego una segunda.

Antes de darme cuenta, hemos llegado.

—Volveré —dice Roman—. Ponte cómoda.

Luego se va, desaparece por el pasillo antes de que se me ocurra algo sarcástico que decir.

Y me quedo sola en lo que pronto se convertirá en la escena del crimen.

El dormitorio es tan grande como toda la casa de mi infancia. El único mueble de la habitación, una cama matrimonial con dosel llena de almohadas, se asoma a la pared del fondo. Las estanterías empotradas albergan más libros que a nadie le interesa leer, pero apostaría la fortuna de los Sorokin a que su valor podría resolver el hambre en el mundo.

Las ventanas que van del suelo al techo dejan que la puesta de sol sobre el océano bañe la habitación de rojos y dorados intensos. Una puerta lateral conduce al baño más grande y ornamentado que vi en mi vida.

La bañera, con capacidad para diez personas, está cubierta por una cúpula de cristal. El lavabo de mármol ocupa toda la pared, y en una esquina del mostrador hay todo tipo de lociones, jabones, cremas, emolientes, geles, lavados, exfoliantes y perfumes que la humanidad haya imaginado jamás, todos esperando en una fila tras otra de tarros de cristal.

La ducha tiene múltiples rociadores superiores y chorros cada quince o veinte centímetros que salen disparados de las paredes de piedra. Hay un tocador con luces de maquillaje, y un joyero en cuyo interior no me atrevo a mirar.

Otra puerta en el lado opuesto de la bañera da a un armario. *Mi* armario, me doy cuenta con un respingo. Mi ropa está perfectamente colgada de las perchas y doblada en cuidadosos montones en las estanterías.

Tengo un cajón para las bragas y los sujetadores, otro para los pijamas. Camisón tras camisón de seda, raso y encaje, de rojos intensos y azules marinos, de blancos como la nieve y negros intensos ribeteados en oro. Ligas y tanguas, camisolas y medias.

Elijo la camisola menos escasa, de color granate, porque no es mi color y no quiero quedar bien con Roman, pero sigue siendo bastante escasa en general, con un ribete de encaje blanco en el escote en pico y finos tirantes de satén en los hombros.

Al menos no es transparente, que ya es algo. No mucho, pero algo.

Me debato entre ducharme o bañarme. Me parece un desperdicio echar agua a la bañera gigante solo para mí, pero estoy segura de que no pienso invitar a mi marido a que nos frotamos, y no es *mi* dinero el que se va por el desagüe.

Además, sabiendo por lo que voy a pasar, un baño es el menor de los lujos que merezco.

Así que baño será.

El panel de control de la pared tiene mandos, diales, interruptores y ventanas de lectura digital. Puedo seleccionar la temperatura del agua, el número de chorros y su intensidad, la fragancia que quiero en el agua, vainilla, rosa, lavanda, jazmín, coco, además de aditivos para el agua como aceites corporales, burbujas y música para escuchar mientras me remojo.

Lo único que no hace esta bañera es conducirse sola por la casa.

Me siento como si estuviera desactivando una bomba mientras elijo los ajustes, pero al final

consigo montarlo todo a mi gusto. Mientras la bañera se llena, me quito el bikini.

Me giro para mirar mi cuerpo desnudo en el espejo. —¿Qué haces aquí, chica? —me susurro a mí misma.

Esta no es la forma en que quería perder mi virginidad. Quería dársela a un hombre que amara. Un hombre que me amara. Uno que fuera gentil y me cuidara antes, durante y después.

No es que no sepa lo que va a pasar. Estoy temiendo la sangre y el dolor punzante que he oído de más de una de mis amigas que ya donaron sus V.

Esperaba... algo. No estoy segura de qué. Supongo que tenía la grandiosa idea de que algo más que un rapidito en el coche de Joey Gallo.

Pero, si hubiera sabido que iba a acabar con alguien que me trataría como a una vaca de cría a la que usar y desechar a su antojo, habría saltado al asiento trasero de Joey y habría acabado con ello hace años.

Cuando la bañera está lista, me hundo en el agua humeante. Es fácil fingir que aquí nada es real. Que no hay ningún monstruo acechando en los oscuros pasillos de esta casa con mi nombre en los labios.

Permanezco en la bañera todo el tiempo que puedo sin que parezca que intento convertirme en una sirena. Luego me paso otros veinte minutos secándome al aire y untándome loción por todas partes.

Me cepillo los dientes, me lavo la cara y me seco el pelo. Una vez hecho esto, busco algo más que hacer, pero no encuentro nada.

No puedo seguir retrasando lo inevitable.

Sin más que hacer para perder el tiempo, abro la puerta y entro en el dormitorio. El dormitorio total y extrañamente vacío.

A mi marido no se lo ve por ninguna parte... ¿a no ser que haya decidido esconderse debajo de la cama?

Si es así, no me importa. Desde luego, no pienso ir a buscarlo.

En lugar de eso, me subo a la cama y empiezo a mover almohadas para construir mi propio muro de blindaje en el centro.

Puede que esté “obligada” a acostarme con Roman, según él, pero si lo quiere, va a tener que esforzarse mucho para conseguirlo. Eso empezará por destruir la montaña de adornos que estoy metiendo entre mi costado y el suyo.

Cuando tengo una barrera adecuada entre nosotros, me acomodo bajo el edredón y me acurruco. Roman aún no aparece.

Quiero estar despierta cuando haga su entrada, para que pueda ver el fuego en mis ojos, la lucha en mi corazón.

Pero Dios, solo quiero dormir. Cerrar los ojos y perderme en sueños que me lleven lejos de la

nueva realidad de mierda de mi nueva vida de mierda.

Y, sin embargo, no importa cuántas ovejas cuente, cuántas veces me voltee de un lado a otro, mis ojos no se mantienen cerrados.

Suspiro y me tumbo de espaldas. No estoy segura de cuánto tiempo permanezco tumbada, escuchando el ruido de las olas y observando cómo bailan en el techo las sombras de los árboles que se agitan entre la casa y la luna.

Intento no preguntarme a dónde ha ido Roman o por qué no ha venido ya a la cama.

No es que lo quiera aquí, obviamente no. Pero papá siempre habla de mantener a tus enemigos cerca.

Eso es lo que estoy haciendo.

O al menos, eso es lo que me digo a mí misma que estoy haciendo.

Pero ¿qué clase de “enemigo” te pone protector solar como lo ha hecho hoy Roman? Estuve reviviendo ese recuerdo en mi cabeza una y otra vez. Fue tan... gentil, supongo que habría que llamarlo así. No hay otra palabra para eso. Gentil... pero poderoso. Irresistible.

Cuando me separó las piernas, me volví líquida. En ese momento, me habría dado la vuelta si me lo hubiera pedido. Me habría abierto más. Lo habría dejado...

En ese momento, se abre la puerta y entra mi marido.

Me quedo inmóvil y cierro los ojos casi por completo. Dejo apenas una rendija en los párpados para poder observarle.

Se desnuda en silencio en la oscuridad. Veo las arrugas de su vientre y el bulto de su polla en los calzoncillos, como un arma oculta.

Rodea la cama y se pone a mi lado. Me estremezco involuntariamente.

Pero no viene a por mí. No todavía, al menos.

Sigue moviéndose más allá de la cama, hacia la pared del fondo. Se detiene allí y mira por la ventana, casi desnudo, con el brazo apoyado en el marco por encima de la cabeza.

Quizá lo mismo las olas lo tranquilizan como a mí. Suspira y se queda quieto. En ese momento podría ser una estatua. Un retrato. Está hecho de ángulos agudos y líneas elegantes. El cuerpo de un atleta.

Y, Dios me ayude, es tan jodidamente sexy.

Vuelve a suspirar y camina por la cama hacia su lado. Cierro los ojos del todo y finjo dormir. Siento cómo se mueve el peso de la cama cuando él se sube. Si se da cuenta de la pared de almohadas, no dice ni hace nada al respecto.

Pasan unos minutos silenciosos. Regulo la respiración hasta que casi estoy segura de que cree que estoy realmente dormida.

Entonces, de la nada, la voz de Roman surge ronca de la oscuridad.

—Buenas noches, esposa mía.

Su susurro es casi tierno. Me duermo antes de entender qué significa.

ROMAN

Existe una correlación directa entre juventud y belleza. Siempre lo supe. Pero ahora lo tengo de primera mano. Justo en mi cara.

Lily Benedetti, mi mujer, es la definición de exquisita.

Al principio, pensé que era el pelo. Largo, suelto, vibrante. El tipo de mechones que quiero anudar alrededor de mi puño y tirar hacia atrás.

Pero entonces pensé que no, *tal vez son los labios*. Tan llenos que podría pasarme horas pensando en cómo se sentirán envueltos alrededor de mi polla. Cómo se separarán para dejar escapar un pequeño y tímido gemido cuando la lama entre sus muslos.

Después de un rato, cambié de opinión: *son sus ojos*. Mierda, esos ojos. Llamativos. Expresivos. Su odio, su ira, su deseo, su pasión, todo reflejado en las profundidades de esas pequeñas ventanas a su alma.

Pero ninguno de estos pensamientos nos va a llevar a donde tenemos que estar ni me va a dar lo que necesito de ella: nuestro hijo.

Porque, al final del día, Lily es simplemente un premio. Una posesión. No tengo tiempo para juegos de niños, ni para convencerla de que me quiera. Y te aseguro que no tengo tiempo para las rabietas que le gusta hacer.

Por un día, me dije que permitiría esta insolencia suya, esta rebelión. Llámalo regalo de bodas.

Pero, a partir de mañana, habrá un precio que pagar hasta que aprenda que yo estoy al mando.

Ni siquiera el sonido del océano bajo la luna llena me calma. Nada, ni siquiera un muro de almohadas entre mi mujer y yo, tiene la posibilidad de calmar a la bestia que llevo dentro. Me duele y me arde todo el cuerpo.

Por *ella*.

El océano entra. Vuelve a salir. Siempre igual: firme, constante, tranquilizador.

Bueno, casi siempre. Pero no esta noche. Esta noche vi la agitación en el agua que su gracia no puede ocultar.

Las sábanas y las mantas crujen. Lily se mueve en la cama para mirar hacia otro lado. Veo su

reflejo en la ventana. Respira demasiado entrecortadamente para estar dormida.

Una mentirosa tentadora.

Mi polla se endurece cuando el olor de Lily llena mis fosas nasales. El muro de almohadas que ha levantado me hace reír. Un muro de castidad de fibra de poliéster.

¿Cree que la protegerá del lobo feroz de su marido?

Error. Muy pronto, Caperucita tendrá que renunciar a la cesta de picnic.

Ese pensamiento es suficiente para relajarme. Para que el sueño llegue fácilmente.

Cierro los ojos. Estoy contento. En paz. A la deriva, casi inconsciente...

...cuando de repente, Lily se mueve de nuevo, y su pie se desliza por mi pantorrilla.

Algunas almohadas se caen del extremo de la cama. Pero no ha terminado. Su respiración es lenta y uniforme. Ahora estoy seguro de que duerme de verdad, aunque antes fingiera.

Y, sin embargo, su mano se mueve. Atraviesa una grieta en la pared de almohadas, sube por mi pecho y se posa sobre mi corazón. Las yemas de sus dedos se enroscan en el vello de mi pecho.

Soy disciplinado. He sido entrenado para resistir cualquier cosa.

Pero esto... *mierda*.

Se mueve, se acerca, desplaza más almohadas. Las tetas contra mi brazo. El coño se acurruca contra mi muslo. Su pierna sobre las mías.

Se me ocurre de repente: tengo una esposa. Tengo una mujer que está caliente, que es follable, que duerme en mi cama y está vestida con un camisón que pide a gritos que se lo quite.

Podría actuar en consecuencia. Un giro de mi cuerpo y mi polla estaría a ras de su humedad. Sería así de fácil.

Pero entonces, murmura algo que no capto y me encuentro abrazándola. Paso el brazo por debajo de ella y acerco su cabeza a mi pecho.

¿Cómo llegamos a este punto? ¿Por qué estoy aquí haciendo esto? Podría tener media docena de mujeres esperando en otra habitación a que viniera a follármelas hasta dejarlas sin sentido. El matrimonio nunca impidió a los hombres Sorokin follar con lo que les plazca.

No a mi padre, al menos.

Tenía ocho años cuando lo encontré por primera vez en la cama con una mujer que no era mi madre. Diez minutos después, mi madre me explicaba que no pasaba nada. Así eran las cosas en nuestra familia.

Tenía diez años la primera vez que me di cuenta de a qué se dedicaba mi padre. Solo un minuto después me di cuenta de que la razón por la que era duro conmigo de niño, la razón por la que mis castigos eran más duros e intensos, era porque me estaba enseñando. Preparando y moldeando para convertirme en alguien a quien mi padre pudiera dejar el negocio familiar.

Tenía dieciséis años la primera vez que maté a un hombre. Todavía no tenía ni carné de conducir. Llegué a casa y encontré a un hijo de puta apuntando a mi padre con una pistola en el despacho de casa. Me eché atrás. Tan silencioso, ya tan bien entrenado. Fui directo a mi habitación, saqué la pistola que mi padre me había comprado el año anterior, di la vuelta hasta donde el imbécil tenía a mi padre encañonado y le di la vuelta a la tortilla.

Hice que ese bastardo se arrodillara ante mi padre. Lo hice suplicar por su vida. Lo hice mearse de miedo.

Luego le disparé en la cara y se lo envié a su familia en una bolsa para cadáveres. Mi padre me compró un coche al día siguiente. Dejé la escuela ese día.

Me sentó cuando llegamos a casa y me dijo: —Algún día, Roman, serás el jefe de esta Bratva. Serás el encargado del negocio y necesitarás un hijo a quien enseñar las costumbres de nuestra familia —su acento era fuerte. Había llegado de la madre patria hacía décadas, pero el sonido de sus palabras nunca se adaptó a la vida en América—. Las decisiones que tomes deben proteger a esta familia. Empezando ahora.

Me cedió parte del negocio para que lo gestionara yo. Llegado el momento, haré lo mismo con mi hijo. Le enseñaré lo que me enseñaron a mí: cómo matar, cómo reclamar y cómo dormir tranquilo después.

Lily se acerca un centímetro más. Entre su irresistible olor, su acurrucamiento contra mí y los ruiditos que hace, medio jadeo, medio gemido, cuando sueña; es imposible que me tumbe a su lado y no sea el hombre que soy. No tomar lo que quiero, lo que me corresponde.

Lo que significa que tengo dos opciones: tomarla o dejarla.

La decisión es obvia.

Me voy.

Levanto su delicada mano de mi pecho, la retengo un segundo más de lo necesario y la dejo a su lado mientras salgo de debajo de su pierna. La suave piel de su muslo roza la longitud de mi polla, solo con la fina tela de mis bóxers entre nosotros.

Gime suavemente. Inspiro larga y lentamente, salgo de la cama y la miro.

En toda mi vida, nunca me vi obligado a negarme nada. Si lo quiero, lo tengo. Pero aprendí hace mucho tiempo que la fuerza de voluntad es una habilidad que debe practicarse. Así que la he afilado como una jodida cuchilla.

Puedo alejarme de cualquier cosa sin dudarlo.

Hasta que ella llegó.

Hasta Lily.

Pero ese deseo es una maldita debilidad. No dejaré que gane.

Así que, en lugar de ceder, salgo furioso de la habitación y me voy directo al gimnasio. Esta noche, un entrenamiento de diez repeticiones será de veinte. Veinte flexiones serán cuarenta. Lo que haga falta para sacarme esos pensamientos de la cabeza.

No me castigo por desear a mi mujer, sino por dudar de mí mismo.

Esta es la vida que tengo. La que he elegido una y otra vez.

En ella no cabe ni un ápice de duda.

LILY

No quiero salir de ese momento entre el sueño y la vigilia, el instante dichoso en el que aún puedo sentir su pecho bajo mi oreja y su brazo alrededor de mis hombros.

Espera.

Espera.

¿Cómo?

Necesito rebobinar. Porque “pecho bajo mi oreja y brazo alrededor de mis hombros” no tiene sentido. Puse como mil almohadas entre nosotros, ¿no?

Abro un ojo. Mi cuidadosamente construido fuerte de almohadas ha desaparecido.

Está esparcido por el suelo, por la alfombra, en el baño.

Roman no aparece por ninguna parte. Me digo que debe haber sido un sueño nada más. Después de todo, tengo orgullo. Incluso dormida, no me rendiría ante él. Soy más fuerte que eso.

Mi yo del sueño puede desearlo desde la medianoche hasta el amanecer.

Mi yo real va a mantenerse firme y odiar a muerte a Roman Sorokin.

Me acurruco bajo la manta. Después de toda la mierda, me merezco unos minutos más de sueño reparador. Al menos para poder seguir negando la realidad un poco más.

... Hasta que el objeto de esta relación de amor/odio abre de un empujón la puerta del dormitorio y entra como si fuera el dueño del lugar. Su pecho desnudo brilla de sudor y su sonrisa de satisfacción se mantiene firme.

Bastardo.

—¿Dormiste bien?

—Moviste mis almohadas.

—No te oí quejarte anoche cuando te acurrucaste a mi lado y empezaste a frotar tu coño en mi pierna como una perra en celo.

Eso me deja sin palabras. Estúpida y jodidamente sin palabras. Significa que los abrazos no

habían sido un sueño. Fue real.

El calor me quema desde el estómago hasta la cabeza. —Lo siento —murmuro—. No volverá a pasar, lo juro por mi Honor de Niña Exploradora.

El bastardo simplemente sonrío. —Que sepas, esposa mía, que abrazarse es lo mínimo que pasará en esta cama —camina hacia la puerta del baño, se gira y me mira—. Lo he dicho en serio: vamos a follar en cuanto me supliques que lo haga.

—Sigue soñando, imbécil.

Sonríe de nuevo. —Vístete. Nos vamos de excursión.

Luego entra en el baño. Oigo cómo se enciende la ducha.

—¿Una excursión? —grito a su espalda—. No tengo ropa. Ni zapatos. De hecho, ni siquiera me gusta ir de excursión. Y sobre todo no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Me vuelvo a tumbar en la cama y cruzo los brazos. La viva imagen de la rebeldía malcriada. Infantil, sí, pero se siente bien.

Cuando sale un par de minutos más tarde y me ve justo donde me dejó, y desde luego no vestida con lo último de la colección “Excursión en la Luna de Miel de Pesadilla” de L.L. Bean, arquea una ceja.

Sin duda está preparando algún comentario inteligente, pero entonces entra una mujer con comida en un carrito. Huelo a tortitas y se me hace la boca agua.

Roman asiente a la mujer. —Muy oportuno. Gracias, Joan.

Hace una reverencia y se marcha.

Se vuelve para mirarme. —¿Tienes hambre?

Se sienta en el extremo de la cama con la toalla enrollada alrededor de la cintura y nada más. Le caen gotas de agua por el pecho. Cuando tiene el pelo mojado, se le rizan las puntas y siento un breve impulso, muy breve, muy estúpido y que se apaga enseguida, de pasarle la mano por el pelo.

Retira la tapa de cúpula plateada del plato y mueve la mano para dirigir el vapor hacia sí. —Huele delicioso.

—Come tú. De algún modo, perdí el apetito —pero mi estómago gruñe, delatándome. Toso para disimularlo, aunque no muy convincentemente—. Voy a vestirme.

Vuelve a sonreír y se gira para mirarme. —Por supuesto. Me gusta el desayuno con espectáculo.

Tengo dos opciones: acobardarme como una bebé o enfrentarme a él con desafío. No hay mucho donde elegir, ¿verdad?

Los hombres como él huelen la debilidad a kilómetros. No le mostraré ni una pizca.

Así que me quito el camisón y abro un cajón de la cómoda. —¿Es una isla tropical?

Asiente y se mete un bocado de tortita en la boca. —¿Entonces por qué hay abrigos en el armario?

—No estaba seguro de lo que te gusta llevar, así que hice que te trajeran todo —se encoge de hombros como si la alucinante cantidad de dinero y mano de obra necesaria para que eso ocurra no fuera gran cosa.

—Oh. Claro.

Pasa un minuto en silencio mientras sigo rebuscando entre la ropa, de espaldas a él.

Percibo sus ojos clavados en mí.

Pero sigo fingiendo que no me importa. Incluso cuando esa sensación entre mis muslos se vuelve cada vez más caliente y húmeda.

—¿Te tocas, Lily?

Me quedo inmóvil. De todas las cosas que pensé que quizá diría, esa ni siquiera estaba entre las cien primeras. Me ruborizo y me arden los muslos.

Respira, me digo. Cuenta hacia atrás desde diez. Luego voltea y dile a este hijo de puta que se lo meta por donde no le da el sol.

Hago exactamente eso. *Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...*

Giro lentamente, con los brazos cruzados sobre mis pechos desnudos. Aprieto la mandíbula con fuerza. Los ojos de Roman recorren mi cuerpo, dejando tras de sí un chisporroteante camino de terminaciones nerviosas.

—¿Y tú? —suelto con un chasquido.

Este hombre tiene mil sonrisas. Esta es lenta y perezosa. —¿Qué si te toco? Todavía no. Pero tengo intención de hacerlo.

La sonrisa cambia. La nueva es cómplice y petulante.

—Si me preguntas si *me* toco —continúa—, la respuesta es no. Tengo varias mujeres a las que puedo llamar para eso.

Y ahora una más. Esta sonrisa particularmente arrogante es para hacerme saber mi lugar en su orden jerárquico.

Afortunadamente, me importa una mierda que tenga a toda la población femenina de Chicago atendiendo sus necesidades. Benditos sean sus corazones y buena suerte para ellas. No estoy celosa en lo más mínimo.

—Deberías llamarlas, entonces. O vete a la mierda y ahórranos todos los problemas.

Saco una camiseta blanca del armario y me la pongo sin sujetador. Si quiere mirarme los pezones todo el día, puede hacerlo. Luego, puede llamar a una de sus amiguitas para que se lo tire esta noche. Porque de ninguna manera esa tarea va a recaer en mí.

—Pero ahora estoy casado —una última sonrisa, pura maldad—. Te tengo a ti para satisfacer

todos mis deseos. Todas mis necesidades. Hasta que la muerte nos separe. ¿Recuerdas esas palabras?

Mi cuerpo vibra, prácticamente ronronea.

Me odio por ello.

Pero, si se levanta y camina hacia mí ahora, soy historia. La yo que soy en este segundo, la que tiene el coraje y el deseo de decirle que no, nunca volverá a estar aquí. Así que si viene hacia mí...

Pero no se mueve.

Gracias a Dios por las pequeñas misericordias.

—Vas a querer comer. El senderismo te exige mucho. Ven, siéntate.

Hago una mueca, camino hacia la cama y me siento. Entrenada como un cachorro. Ni siquiera ha enrollado un periódico para golpearme en la nariz. Al menos, todavía no.

Qué lamentable.

Saca una uva del racimo y la levanta. —¿Muerdes, princesita?

Dejo que me dé la uva y sonrío. —¿Quiere que muerda, amo? —hay el suficiente sarcasmo en mi voz para mantener en vilo a Roman Sorokin.

Con dedos cuidadosos, me mete otra uva entre los labios. Mastico despacio y trago sin apartar la vista de él.

El dorso de su dedo se arrastra por mi barbilla hasta la garganta y la clavícula. Detrás de sus ojos relampaguea fuego.

O no le gusta que le llame “amo...”

O le gusta demasiado.

—No te gusta responder a mis preguntas, ¿verdad?

Arranca otra uva de la parra y me la tiende. Podría ser humillante, como si estuviera dando de comer a una mascota, si no hiciera tanto calor que no puedo respirar.

—Juguemos a un juego —sugiere—. Yo hago una pregunta, tú la respondes. Si te niegas... bueno, creo que ya sabes las ganas que tengo de azotarte el culito.

Claro que lo sé. Solo que él no sabe que, cada vez que pienso en ello, la idea me calienta más y más.

—No es un gran juego. Pero estoy segura de que no me estabas preguntando qué quería. Así que adelante, lo que te apetezca, amigo.

—¿Cuántos años tenías la primera vez que te masturbaste?

Bueno, nada como buscar el oro a la primera. Pienso en mentir por un segundo, aunque solo sea por un extraño instinto de autoprotección.

Pero luego vuelvo a pensar. ¿Qué tengo que perder? Ya no tengo nada de qué avergonzarme. Todo sentido del bien y del mal se fue por la ventana hace mucho tiempo.

—Doce o trece, creo.

—¿Cuánto hace desde la última vez?

—No me acuerdo.

Roman sacude la cabeza. —¿Te pongo sobre mis rodillas ahora o llevamos la cuenta para más tarde?

—Tú eres el que se inventa las reglas sobre la marcha, sabelotodo.

Se ríe de mí. —Creo que debemos esperar. La anticipación es la mitad de la diversión.

Hago un gesto con la mano. —Como desee, su alteza.

—Te lo preguntaré otra vez: ¿cuándo fue la última vez que te tocaste?

Sus ojos son carbones encendidos. Arden sobre los míos.

—Yo...

Pero, cuando dudo en responder, algo cambia. Un cambio en el aire. Y la palabra más extraña me viene a la mente cuando intento descifrar lo sucedido; está *decepcionado* de mí.

Es confuso, como mínimo. Pero no se puede negar que eso es lo que es.

Roman vuelve a su plato y suaviza el tono. Toda la deliciosa tensión que zumbaba entre nosotros ha desaparecido.

La echo de menos cuando desaparece.

—Vístete —dice—. Nos iremos después de comer.

A menos que piense llevar la toalla a esta misteriosa excursión, también tenemos que esperar a que se vista, pero no lo menciono. Vuelvo al armario, me pongo unos pantalones cortos y unos calcetines, y salgo a la caza de zapatos.

Cuando vuelvo a salir, lleva un pantalón de chándal y una camiseta con zapatillas. No me parece justo que él haya visto un espectáculo y yo ni siquiera haya visto un adelanto, pero estoy divagando.

—Vamos.

Caminamos rápidamente por la casa y pronto llegamos a un garaje del tamaño de un hangar de aviones. Roman no aminora la marcha cuando llegamos. Sube silenciosamente a uno de los dos cuatrimotos que esperan en la boca abierta del garaje, enciende el motor y arranca.

Lo que me deja sola y conmocionada, mirando a un lado y a otro entre la nube de polvo de Roman, que se desvanece rápidamente, y el único cuatrimoto que queda.

—Hijo de puta —murmuro.

Este cabrón ni siquiera sabe si yo sé cómo arrancar una de estas monstruosidades y no hay un alma a la vista para ayudar.

No soy precisamente una chica de exteriores. El hijo de puta engreído se merece que le diga “sayonara” y lo deje ir de excursión por su cuenta.

Pero me pica la curiosidad. Así que me acerco nerviosa a la máquina y me subo.

Resulta que no es difícil de manejar. Pulso el botón de arranque, giro el acelerador como lo vi hacer a él y, con un chirrido, salgo disparada hacia donde fue Roman como un cohete.

A la selva.

Que Dios nos ayude.

LILY

No tardo mucho en alcanzarlo. O se tomó su tiempo o decidió esperarme. Sea como fuere, al doblar una esquina lo veo esperando en un pequeño claro a un lado de la carretera.

Sigue sin mirarme mientras habla. —Deja el cuatrimoto. Sigue.

Luego se voltea y se adentra en el follaje. Lo sigo al trote mientras seguimos un débil sendero entre los árboles.

Su brusquedad es un poco humillante, pero la vista desde aquí atrás no está nada mal.

La forma en que este hombre rellena los pantalones debería ser ilegal. Me sacudo el pensamiento de la cabeza y mantengo la vista en mis pies.

El camino sube por la montaña. Rápidamente dejamos atrás el claro abierto y nos adentramos en una exuberante selva tropical. Los pájaros cantan y las hojas son tan verdes que me duelen los ojos.

Roman sigue moviéndose rápido. —No te quedes atrás —ladra.

Los sonidos de la naturaleza me inquietan un poco. Hace mucho tiempo que no salgo de Chicago, y ahora mismo estamos jodidamente lejos de Chicago.

—¿Qué pasó con nuestro juego? —le digo—. En realidad, ¿sabes qué? Creo que me toca a mí. Veamos... ¿Cuántos años tenías cuando descubriste que eras el hijo de un jefe del crimen?

“Grigor Sorokin” es una blasfemia en mi casa. Cuando tenía cinco años, pensaba que su nombre estaba a la altura de “mierda” y “coño”. Cuando se lo pregunté a Leo me llamó estúpida. Luego, me dijo quién era Grigor y por qué nuestro padre lo odiaba.

No creo que Roman fuera mucho mayor cuando se enteró de la verdad.

—Ocho.

—¿Y cuándo mataste a un hombre por primera vez?

No pregunto “si” ha matado a un hombre. No hay duda de que Roman ha quitado vidas. En plural. Si no me hubiera enterado por los chismes familiares, lo habría sabido por la forma en que se para, la forma en que da órdenes, como si esperara que hombres y mujeres por igual supieran lo que pasa cuando no cumplen.

Este no es un hombre que espera respuestas.

—No me acuerdo.

—Mentira.

—¿Perdón?

—¿Te pongo ahora sobre mis rodillas o llevamos la cuenta para más tarde? —me burlo.

Se detiene bruscamente y me mira por encima del hombro con un leve atisbo de risa en los ojos.

—Dieciséis —dice finalmente—. Tenía dieciséis años.

Asiento. Eso suena a verdad.

Me toca ser sincera. —La semana pasada.

Frunce la nariz. —¿Eh?

—Has respondido a mi pregunta. Yo respondo a la tuya.

¿Cuándo fue la última vez que te tocaste? me había preguntado. Bueno, ahora tiene lo que quiere saber. Y la imagen mental para que coincida, estoy segura.

Encaja las piezas y entonces asiente lenta y solemnemente. Es extrañamente tenso ese momento que pasa entre nosotros.

Y cuando termina, está claro que algo muy sutil ha cambiado.

Sigue caminando, pero ahora más despacio, dejándome caminar a su lado.

Permanecemos en silencio. Pero más de una vez me lanza una significativa mirada de reojo.

Nuestras infancias no fueron tan diferentes. Lo empujaron a su vida igual que a mí me empujaron a la mía. La diferencia es que él simplemente lo aceptó, incluso lo abrazó, mientras que yo me escondí de ello. Metí la cabeza en la arena y fingí que no lo sabía.

Pero lo sabía.

Siempre lo supe.

Sigo a mi marido por la selva. Nos aparta plantas exóticas del camino, se agacha bajo ramas bajas, camina con confianza sobre rocas y raíces.

Se mueve como si no temiera a nada venenoso o salvaje. Sinceramente es impresionante. Ojalá yo sintiera lo mismo.

Seguimos caminando rápida y furiosamente hasta que respiro entrecortadamente y los muslos me arden por el esfuerzo de la subida constante. Mi fina camiseta blanca está tan empapada de sudor que es prácticamente transparente.

Aunque deseo desesperadamente frenar para tomar un respiro, no digo ni una palabra. No le daré la satisfacción de dejarme en la estacada.

Pero, justo cuando empiezo a pensar que me voy a desmayar por una mezcla de agotamiento por

el calor y debilidad en las piernas, Roman hace una pausa.

Casi choco con él porque estoy tan concentrada en poner un pie delante del otro.

—Lo siento —murmuro, dando un paso atrás.

Levanto la vista y veo que nos hemos detenido junto a un charco de agua humeante. Parece una fuente termal natural rodeada de flores con pétalos triangulares de color naranja. Apuntan hacia arriba en vez de hacia fuera, como una llama lamiendo el aire.

—Oh, vaya —mi asombro es genuino—. Pero no tengo mi traje de baño.

Se encoge de hombros. —Yo tampoco.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, engancha los pulgares en sus pantalones y prescinde de ellos y de sus zapatos. Se arranca la camisa por la cabeza y me la tira.

La cojo y apenas me resisto a hundir la nariz en la tela para aspirar su aroma terroso y masculino.

Pero lo observo con avidez mientras baja su cuerpo desnudo y musculoso al agua.

—¿Me acompañas? —pregunta.

No es mi dueño el que pregunta. No tan suave, tan tranquilo, tan tierno.

El hombre de las termas es una versión diferente de Roman Sorokin.

Me quito la ropa empapada en sudor, me apresuro hacia el borde mientras protejo mi cuerpo desnudo de su vista y me sumerjo hasta el cuello en el agua hirviendo.

Me siento frente a él en uno de los resbaladizos salientes rocosos justo debajo de la superficie. El agua es como un beso cálido contra mi piel. Cierro los ojos para saborearlo.

Paz.

Pura paz.

Eso es lo que siento.

Los ruidos de la selva, el viento entre los árboles, el suave rumor del agua que se desliza por los bordes de la roca. El nudo de ansiedad que se ha instalado en mi pecho desde la noche en que me vendieron a Roman empieza a aflojarse, solo un poco. Es como si por fin pudiera respirar hondo por primera vez en muchos días.

Entonces, el bastardo me salpica.

Doy un grito de sorpresa y abro un ojo, el agua me cae por la cara. —¡Imbécil!

Inmediatamente, lanzo una oleada de agua hacia él.

Se ríe mientras se aparta de un salto. Es un sonido rico y genuino, que va directo a mi vientre. No, más abajo. Me da ganas de oírlo una y otra vez, tantas veces como pueda.

Así que salpico y me muevo a izquierda y derecha cuando contraataca.

Se convierte en una guerra de lanzamientos de agua de un lado a otro, yo chillando y él riéndose una y otra vez.

Entonces él planta los pies en la cornisa submarina, se lanza y me engulle con los brazos para arrastrarnos a los dos bajo la superficie.

—¡Ah! —chillo mientras nos sumergimos.

Aquí abajo es todavía más tranquilo. Solo el burbujeante sonido del agua de manantial. Abro los ojos antes de pensar si eso podría permitir que algún asqueroso parásito de la selva invadiera mi cerebro.

Pero, para mi sorpresa, es cristalina y tengo visibilidad perfecta.

Roman también tiene los ojos abiertos. Son oscuros, tan marrones que casi son negros, pero me mira con una expresión extraña. Como si su idiotez normal hubiera retrocedido un poco.

Otra cosa tiene prioridad.

Algo mucho menos violento.

Cuando tomamos aire, me mantiene pegada a él, con mis pechos pegados al suyo.

Tan cerca que nuestras exhalaciones se mezclan entre nuestros rostros.

Los dos nos reímos al principio, pero la risa se desvanece pronto. La tensión aumenta. Roman me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada. Saca la mano del agua y la desliza por mi mejilla para enredar los dedos en mi pelo.

Luego, junta nuestras bocas.

Y me derrito en él.

Este no es el tipo de beso que esperaba. Esto es crudo, apasionado y profundo. Es el mejor tipo de tortura. Tortura porque no podemos quedarnos en las termas para siempre, así que este beso y todas las caricias que lo acompañan tendrán que terminar.

Pero Dios, no quiero que termine.

Por cómo me besa, parece que tampoco quiere que termine.

Al menos hasta que algo cambia. ¿Por qué parece que se está alejando?

¿Por qué parece que se está retirando de este beso?

¿Por qué su mano abandona mi cintura, su calor desaparece al otro lado de la piscina?

Abro los ojos. No son imaginaciones mías: se está apartando de mí. Y me quedo mirándolo como una tonta, con los labios entreabiertos y el corazón palpitante.

Sale del agua, suave y atlético. Su cuerpo parece todavía más hermoso resbaladizo por el agua de manantial. No tengo mucho tiempo para apreciarlo, porque se viste como si le pagaran por hacerlo rápido.

—Vámonos.

Su voz es áspera y grave. Como cuando empezamos, no espera a que lo alcance antes de emprender el camino de vuelta a través de la selva.

Espero un largo momento, llena de vergüenza, antes de salir. El aire de la selva es frío después del agua caliente del manantial.

Mi marido no fue capaz de alejarse de mí lo suficientemente rápido. Quizá este matrimonio no llegue hasta el final después de todo.

Pero curiosamente, solo una parte de mí agradece a Dios por ello.

LILY

La vibración del cuatrimoto no me hace ningún favor en el camino de vuelta a casa. En todo caso, solo intensifica una situación ya precaria. Estoy nerviosa y dolorida y, contra toda razón, quiero que mi marido... bueno, que actúe como un marido.

Porque eso es lo que es, ¿verdad?

Hizo el trato. Acordó el intercambio. Ganó la mano. Y ahora me tiene.

Pero ¿para qué? Dice que para hacer un heredero, pero justo cuando estoy allí y lista, por fin lista, quiero decir, realmente, realmente lista...

Se va.

Tacha eso: huye. Tan rápido y tan lejos de mí como puede sin salir de la isla.

Meto el cuatrimoto en el garaje junto al suyo y por un momento intento despejarme. No sirve de mucho.

Sigo intentando evocar esa vieja fantasía que solía tener de mi novio neoyorquino, el artista sensible que me amaría incondicionalmente. Mi hombre de Julliard nunca me habría dejado dolorida y necesitada.

Habría... ¿Qué?

Sinceramente, soy demasiado inexperta para saber qué habría hecho un hombre de verdad. Si me habría tocado mientras me besaba. Si me habría hecho acabar con sus manos o con su boca. Si habría sido rápido o lento o áspero o suave...

Pero habría hecho *algo*. Mi hombre imaginario de Julliard nunca me habría dejado sola con este horrible dolor palpitante.

Suspirando, me bajo del cuatrimoto. Camino por la casa. Está sorprendentemente vacía. Roman no está en la cocina, ni en la biblioteca, ni en la sala de billar, ni en ninguna otra habitación por la que paso de camino al dormitorio.

Una parte de mí, una parte mayor de la que quiero admitir, espera a medias que abra la puerta del cuarto de baño principal y me encuentre a Roman esperándome, húmedo, listo para terminar lo que empezó en las termas.

Pero no. El dormitorio está tranquilo y sin vapor. Sin Roman, también.

Vuelvo a suspirar, estoy haciendo mucho eso últimamente, y me desnudo rápidamente para meterme en la ducha. Pongo la ducha en frío con la esperanza de que el choque del agua helada me saque de la cabeza algunos de estos pensamientos.

Resulta ser un gran fracaso. El deseo bulle en mi interior a pesar de que se me pone la piel de gallina. Sigo pensando en Roman. Cada puta imagen que tengo en la cabeza es él, desnudo, besándome en aquella fuente termal.

Su polla acurrucada contra mí.

Su mano recorriendo mi cuerpo hasta llegar a mi coño.

Mierda.

Necesito purgar esta mierda. ¿Y qué si mi marido no me quiere? ¿Y qué si no quiere tener sexo conmigo, incluso después de haber declarado explícitamente que follarme hasta dejarme embarazada es su principal objetivo para nuestra “relación” entre comillas?

No necesito a Roman. Tengo manos. He estado complaciéndome durante años.

Me apoyo en la pared de la ducha, cierro los ojos e imagino a Roman, fuerte y alto, viril y hermoso, sus ojos oscuros de pasión, su polla dura. Caminando hacia mí...

Deslizo la mano hacia abajo, imaginando que es Roman quien me toca, rodeando mi clítoris con su dedo...

Mis labios se separan. Suelto un pequeño grito ahogado, que luego se hace más fuerte. Estoy pegajosa de humedad y los temblores se apoderan de mi vientre. Cada vez estoy más caliente, más elevada, más tensa, justo al borde y estoy tan cerca que casi puedo...

De repente, la puerta se abre de golpe.

Grito, temiéndome lo peor.

Pero no es Roman. Roman no me miraría con tanta sorpresa.

Esta pobre ama de llaves, por otra parte, probablemente no esté acostumbrada a ver a la mujer de su jefe metiéndose los dedos como si no hubiese un mañana.

La pila de toallas que lleva en los brazos cae al suelo. Sale corriendo.

—Mierda —murmuro—. Puta mierda.

Cierro el grifo y salgo de la ducha. Cojo una toalla limpia del montón que acaba de dejar la asistenta y me seco como si pudiera exfoliarme la calentura.

Cuando la toalla no sirve para ese propósito, cojo un cepillo y me lo paso por el pelo una y otra vez. Y una y otra vez, incluso cuando duele un poco, hasta que por fin empieza a calmarse el deseo y puedo fingir que solo soy una inocente niña cepillándose el pelo antes de acostarse.

Por fin puedo volver a respirar, me pongo el pijama, me meto en la cama y espero.

Por segunda noche consecutiva, no hay rastro de Roman.

Pasa una hora. Miro el reloj y espero otra.

Por fin, entra. Lento, envuelto en sombras, casi como si intentara cruzar la habitación para meterse en la cama antes de que me dé cuenta.

No hay mucha posibilidad de eso. Lo veo quitarse los calzoncillos. Luego me siento.

—¿Dónde estabas?

Suspira. —Haciendo ejercicio.

—¿La caminata no fue lo suficientemente atlética para ti?

Roman no responde a la pregunta durante un rato. —Deberías dormir —dice finalmente—. Ha sido un día largo.

Entra en el cuarto de baño y se ducha sin encender la luz. Me siento en la cama y me muerdo el labio inferior.

Entra y sale en dos minutos. Se corta la ducha y vuelve al dormitorio descalzo.

Espero que diga algo. Cualquier cosa. *Dulces sueños* o *No olvides que me perteneces* o *te perdonaré una noche más*.

Pero no, nada.

Se mete en la cama, y en el espacio de unas pocas respiraciones, el hijo de puta está dormido.

Dormido. Como si su mujer a su lado, toda feromoneada, no fuera su problema. Solo otro día en la vida de Roman Sorokin.

Roman hace lo que Roman quiere. Esta noche no es más que otro recordatorio de ese triste hecho.

Y, si tengo que acabar sola, oh, bueno. No es nada nuevo. Aunque no puedo negar que toda la experiencia me hace querer gritar por dentro.

Me vuelvo a hundir en las almohadas, preguntándome qué habría pasado si no se hubiera escapado en las termas.

¿Habría hecho las cosas como yo esperaba? ¿Subirme a su regazo, dejarme sentar a horcajadas sobre su polla, bajar mi coño dolorido sobre él, dejarme cabalgarlo? Es fácil de imaginar. Demonios, es fácil imaginarle reclamándome desde el segundo en que nos miramos en la partida de póquer.

Casi puedo oír el agua del manantial chapoteando entre nosotros. Mi respiración se entrecorta y mi cuerpo se tensa. Todas las sensaciones que imagino me recorren como si estuvieran sucediendo de verdad.

Cierro los ojos y dejo que la fantasía se intensifique.

Sus manos explorarían mi piel, mis pechos, mi culo, apretado y mostrarían el alcance de su deseo

para que yo supiera que coincidía con el mío.

Y mucho más:

Sus labios me barrerían...

Sus dientes me apretarían la clavícula mientras cabalgamos juntos ola tras ola...

Espero a oír su primer ronquido suave. Entonces, deslizo los tirantes del camisón de esta noche hacia abajo para poder sacar los brazos y meter la prenda en un manojito alrededor de mi vientre. Me pellizco los pezones y tiro, ahogando un grito ahogado.

Me mojo los dedos con saliva y rodeo los nódulos tensos. Imagino que es Roman el que chupa cada uno de ellos en un beso mordisqueante. Mi espalda se arquea.

Imagino sus labios deslizándose por mi vientre hasta la cintura de mis bragas, apartándolas lentamente.

Mis dedos son un sustituto casi adecuado de la lengua que deseo desesperadamente rodeando mi clítoris, usando mis propios jugos para humedecerme.

Cuando bajo el dedo, gimo imaginando a Roman tocándome tan íntimamente, tan suavemente. Me acaricio los pezones y el coño sin descanso, hasta que mi cuerpo empieza a tensarse con esa intensidad delatora.

El orgasmo está creciendo en lo más profundo de mi ser. Mi propia humedad contra mi dedo, y la fantasía de que Roman haga lo que quiero que haga con tantas ganas que podría explotar si no lo hace, y, y, y...

Y, justo cuando estoy a punto de correrme, una mano aprieta con fuerza la mía.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —su voz es como piedra, plana y dura.

“Morir de vergüenza” probablemente no es la respuesta que quiere, pero no tengo otra que darle. Es lo único que se me ocurre.

No es que importe, porque continúa antes de que pueda responder: —No te toques el coño a menos que yo te dé permiso. A menos que *yo te lo permita* —aplasta mis dedos bajo los suyos, enfatizando la última palabra—. ¿Lo. Estás. Entendiendo?

No contesto porque, bueno, que se joda él y sus ridículas órdenes. Pero me aprieta los dedos hasta que grito.

—Te he hecho una pregunta, *moya zhen*.

—Sí, Roman. Lo comprendo —mi voz es jadeante, quejumbrosa.

Por fin me suelta. —Lo digo en serio —repite.

—Te escucho —escupo—. Pero quizá puedas explicarme por qué demonios te casaste conmigo si no ibas a follarme. Un poco contraproducente para el plan ‘hacer un bebé’, ¿no crees?

Suspira. —Duérmete, princesita.

—No me llames así. Soy tu mujer. Quiero decir, si necesitas una pastillita azul, si necesitas ayuda para que se te pare, solo dilo. Podemos llamar a un médico o comprarte una de esas bombas para la polla.

—Estás yendo demasiado lejos, Lily.

—¿Estoy tocando un punto sensible? —me burlo—. No me has probado lo contrario.

—Cuida lo que dices si sabes lo que te conviene —me suelta—. No necesito demostrarte nada.

—Por supuesto que no. Tú eres el puto jefe. El que dice dónde, cuándo y cómo. Aunque ahora estoy pensando que quizá tu aparato no responde a tus amenazas. ¿Quizá tampoco responda a una mujer desnuda en una fuente termal? ¿O a una semidesnuda tumbada a tu lado? No soy médica, pero me parece que debe estar estropeado.

Toda la dopamina extra debe haberme hecho valiente, porque estoy firmando cheques con la boca que mi cuerpo definitivamente no puede pagar.

—Te lo advierto por última vez: cuida tu tono. No volveré a decirlo —pasa la sábana por encima de mi torso desnudo. El leve contacto de la tela hace que mis pezones se pongan aún más duros—. Y tápate.

—¿Por qué? Esta es mi cama, donde duermo. Y no es que estos camisones cubran nada, de todos modos.

Siento que estoy flotando fuera de mi cuerpo. Esta no soy yo. No la Lily Benedetti que fui toda mi vida. Esa Lily nunca haría lo que estoy haciendo: bajarme el camisón y las bragas por las caderas y tirarlos desafiantemente al suelo junto a la cama. —De todas formas, estoy más cómoda durmiendo desnuda —añado, un poco innecesariamente.

—Yo también —lanza sus calzoncillos al otro lado de la habitación.

—Bien.

Oh, Señor. No está bien. Nada bien. Los abrazos de medianoche acaban de tomar un nuevo significado.

—¿Quieres que te devuelva tu pared de almohadas? —se burla Roman. La oscuridad no oculta la sonrisa en su tono.

Ruedo hacia él y apoyo la mano en su estómago. —¿Y tú?

Me aparta la mano. —Difícilmente. No eres tan tentadora como crees.

—Gracioso, porque tú eres absolutamente el bastardo que creo que eres.

Roman se ríe entre dientes. —Dime algo que no sepa.

ROMAN

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Mi puta polla está tan dura que apenas puedo andar. Atrapar a la pequeña *kiska* con sus propios dedos en lo más profundo de su coño no ayudó a mejorar la situación.

Pero si ella está dispuesta a torturarse para pensar que puede torturarme, no hay maldita manera de que sobreviva el día.

Al anochecer, estará de rodillas suplicándome que la folle hasta que uno de los dos quede bizco.

Pero parece que tiene su propio plan. Cuando nos despertamos, parece que ha decidido que la ropa está fuera del menú.

Después de su ducha matutina, se seca, pasa junto a mí y deja caer la toalla a mis pies. Un rato después la encuentro en la playa, sin más ropa que unas gafas de sol.

No habla, solo se pone boca abajo y deja al aire ese culo delicioso. Mi mano anhela azotarla. Mis labios ansían morderla. Mi polla anhela follarla.

Lo ignoro todo mientras me acerco a su tumbona. Saco el frasco de bronceador de la bolsa que hay en el sillón y me echo un montón en la palma de la mano. Estoy seguro de que espera que me dirija directamente a su culo desnudo, así que hago lo contrario: empiezo por los hombros, bajo por los brazos y luego por la espalda.

Tengo tanto autocontrol como un puto monje. Puedo echarle loción bronceadora en las piernas sin correrme en los pantalones como un adolescente cachondo.

El aire entre nosotros cruje. Ninguno de los dos ha dicho una palabra desde el amanecer.

Lily se mueve y deja colgar una pierna del lado opuesto del diván para dos personas.

Ahora tengo una vista de pájaro de su coño. Delicado. Exquisito.

Y, me doy cuenta, reluciente.

La princesita no es tan indiferente como quiere aparentar.

Cuando vierto un segundo puñado del tamaño de un cuarto en mi mano, dejo que se caliente al sol un momento y luego paso la mano desde su pantorrilla hasta su muslo.

Oh, mierda. Su piel es terciopelo, satén, seda. Tan suave. Tan perfecta.

Dejo que los dedos en el interior de su muslo se acerquen mientras mis pulgares suben por la curva de su culo. Lily aspira un suspiro y aguanta hasta que mis manos se deslizan hacia atrás, hacia sus pies.

Aguanta de nuevo cuando tomo el camino de vuelta hacia el norte. Gime cuando casi le toco el coño. Otra vez cuando me alejo una vez más.

Me río por lo bajo. Sí, mi sumisa mujercita no aguantará hasta el atardecer.

—¿Estás bien, princesa? —pregunto, manteniendo mi voz casual como el infierno.

—Te dije que no me llamas así.

Le doy un trago a la botella de sangría que saqué de la cocina. Luego se la ofrezco. Ella duda, luego me la coge y se la lleva a los labios.

Sin romper el contacto visual, lame una gota de vino del borde de la botella. Maldita sea. A este paso, mi polla nunca volverá a la normalidad.

Bebe un sorbo y me devuelve la botella. —Gracias —murmura—. Hace calor aquí fuera.

Doy otro trago largo. —Sí.

Lily levanta el respaldo de la tumbona para dos personas y sonríe, luego palmea el acolchado de lino a su lado. —Relájate, Roman. Siempre pareces tan rígido. Tan en guardia.

“Rígido” es la palabra exacta. Pero es la primera vez en mi vida que no estoy en guardia. No sé si soy el tipo de hombre que puede relajarse de verdad, pero puede que esto sea lo más cerca que esté de lograrlo.

Salvo que Lily siga con esta mierda.

Me estiro a su lado, cruzo los tobillos y doblo un brazo detrás de la cabeza. —Deberías quitarte la camiseta —sigue—. Toma un poco de sol en ese pecho.

En cuanto dice la palabra “pecho”, mi mirada se dirige a la suya.

Me pilló y se ríe. —No me hagas quitártela...

Tomo la camiseta por el cuello y la tiro. —Puedo hacerlo yo mismo.

Tenemos que establecer algunas reglas básicas. Aclarar algunas putas cosas. Pero que me jodan si puedo pensar en cuáles deberían ser ahora mismo. Toda la sangre de mi cuerpo está ocupada en el sur.

—¿Quieres que te ponga protector solar? —dice con timidez—. No queremos que te quemes.

—Estoy bien.

—Sí que lo estás —se muerde una comisura del labio mientras me mira de arriba abajo.

Desvío la mirada y termino la botella de sangría en dos largos tragos. Antes de que pueda llamar a la casa para pedir otra, aparece uno de los chicos de la casa con una botella y dos vasos nuevos. A su favor, no mira a Lily ni una sola vez. Y así vive para trabajar un día más.

—¿Te estás emborrachando, Roman? —me pregunta Lily cuando destapo la botella y le doy otro trago.

¿Borracho de sangría? No.

¿Borracho de pensamientos de follarme hasta el último gemido de la preciosa y regordeta boca de mi mujer? Mierda, sí.

Finamente sonrío. —Puede que sí —concedo—. Toma. Pareces acalorada.

La coge y da otro sorbo tentativo.

—Si te vistes —le digo mientras bebe—, podemos sacar la moto acuática —hago un gesto con la cabeza hacia la playa, donde se balancea sobre las olas.

Se limpia la boca con el dorso de la mano. —Nunca monté en moto acuática —suspira como una estrella de Hollywood—. Tantas, tantas cosas que nunca hice...

Se sienta, mueve las piernas a un lado de la tumbona y se levanta. Miro su dulce trasero durante todo el camino de vuelta a casa.

Luego me termino la segunda botella de sangría y la espero. Ajusto mi respiración al oleaje de las olas que se acercan, se alejan, se acercan, se alejan. Me calma hasta que puedo volver a ponerme de pie sin que mi polla apunte directamente al norte.

Pero, cuando Lily regresa unos minutos más tarde, vuelve a ser el centro de atención. El diminuto bikini azul con transparencias que le cubre... bueno, en realidad no le cubre mucho. Apenas tiene tela suficiente para ocultar sus pezones y su raja.

Ladea la cabeza, los ojos brillantes. —¿Hay algo que quieras decir?

—¿Lista? —refunfuño en su lugar. Me doy la vuelta y avanzo por la playa antes de que pueda responder. Que me jodan si voy a darle la reacción que busca.

—¿Seguro que estás bien para conducir esta cosa? —me dice—. Has estado bebiendo como un pez.

Ah, *ahí* está la voz que me gusta de ella. Calma. Insegura. No tan luchadora.

—Soy rico. Soy poderoso. Puedo hacer lo que me dé la gana.

—Bueno, por supuesto entonces, Sr. Humilde. Vamos a montar —se sube y da unas palmaditas en el asiento de delante—. ¿Necesito un casco? ¿Firmar un contrato? ¿Algo así?

Salto delante de ella. —Ya has firmado en la única línea que importa, Lily Sorokin.

Entonces, enciendo el motor y salimos rugiendo mar adentro.

ROMAN

—¡Roman, mira!

A unos cientos de metros de la orilla, como si lo hubiera planeado solo para ella, una manada de delfines pasa saltando y arqueándose en el aire.

Voy más despacio para que podamos mirar. Lily jadea y gime en mi oído. Su corazón late contra mi espalda y sus manos revolotean alrededor de mi cintura.

Cuando la manada desaparece, pongo a prueba la moto acuática. Alcanzamos la máxima velocidad y trazamos enormes curvas en el agua. No hay nada como la sensación aguda y visceral del motor para hacer que Lily quiera apretarme más fuerte.

Chilla, ríe, me suplica que vaya más despacio sin quererlo. El sonido va directo a mi polla.

Cuando nos enderezo, con el acelerador totalmente desplegado para que naveguemos sin esfuerzo encima de las suaves olas turquesas, ella apoya la mejilla en mi omoplato.

Recorremos el perímetro de la isla hasta llegar a los acantilados y reduzco el motor a ralentí.

Las cuevas atraen. De ellas emana un aire fresco, refrescante en comparación con el aire caldeado por el sol sobre las aguas abiertas.

Mientras nos llevo a través de la boca abierta de piedra, Lily murmura con asombro, sin palabras. El sonido de las olas sobre las rocas resbaladizas es sereno.

—Mira hacia arriba —le digo.

Sobre nosotros, en el interior de la cueva, las formaciones rocosas adosadas al techo brillan como diamantes bajo la luz que refleja el agua. Como un espectáculo de luces privado para nosotros y solo para nosotros.

Lily jadea. —Es tan hermoso.

—Indescriptiblemente.

Pero no estoy mirando la cueva. La estoy mirando a ella.

Un momento después, se da cuenta de que estamos hablando de cosas diferentes. Sus mejillas enrojecen en un rubor enloquecedoramente adorable.

Nos adentro en las cuevas, a la izquierda aquí, a la derecha allá, en zigzag en la bifurcación. Ella se aferra a mí, hasta que hago el último giro.

Allí, la parte superior de la cueva se abre en un gran círculo como una claraboya y una cascada cae por el lateral. Cae seis o siete metros desde el corazón de la isla hasta este oasis perfecto.

Brillante. Precioso. Luz de estrellas en forma líquida.

—Dios mío —le tiembla la voz y aparta la mano de mi estómago para llevársela a la boca—. Gracias por traerme aquí.

No sé si se refiere a la isla o a la cueva, pero en realidad no importa. El sentimiento es mutuo.

Nos sentamos en silencio durante un momento. Me siento muy vulnerable. Es la primera vez que bajamos la guardia, que dejamos de jugar.

Sin luchas de poder. Nada de idas y venidas. Simplemente estar aquí... juntos.

No dura para siempre. Al cabo de un rato, se vuelve hacia mí. —Tiene verdaderas vibras de Aladdín, ¿sabes? —dice—. *Yo te quiero enseñar un fantástico mundo*, etcétera —su sonrisa es medio burlona, pero también medio seria. Le brillan los ojos—. ¿Qué más tienes?

Se me revuelven las tripas. No digo nada, solo doy la vuelta a la moto acuática y nos saco de las cuevas de vuelta a mar abierto.

—¿Quieres conducir? —pregunto.

—Claro que sí —se contonea a mi alrededor para subirse delante, riendo.

Debería haber sabido que sería buena en eso. Pero quizá no me di cuenta de lo cerca que ha estado observando lo que hago.

No estoy preparado para la confianza con la que agarra los mandos y pisa el acelerador, hasta el punto de que el repentino movimiento me lanza claramente fuera de la parte trasera de la moto acuática.

Tengo el tiempo justo de registrar mi sorpresa antes de estrellarme contra el agua y abajo.

Trago un gran bocado de océano mientras desciendo. Vuelvo a la superficie tosiendo y jadeando, escupo el agua salada y me quito el pelo de la cara...

Justo a tiempo para ver a Lily, que viene hacia mí a toda velocidad.

Me he enfrentado al peligro durante mi vida. He tenido pistolas apuntándome a la sien, cuchillos apuntándome a la garganta. He luchado a muerte con las manos desnudas.

Este es un tipo de amenaza totalmente diferente.

La mujer que conduce es otra.

Ninguna de las dos amenazas parece muy indulgente.

Acelera más. Solo faltan unas decenas de metros. Un segundo o menos antes del final. No tengo tiempo para nadar fuera del camino.

Blyat'. Con todas las putas cosas que he hecho, ¿así es como moriré? ¿Mi propia esposa me golpeará, me abrirá el cráneo y me dejará aquí para que me ahogue? Patético.

Pero no me inmutó.

No me muevo.

Afrontaré mi muerte como un hombre.

Hasta que, en el último momento, da un tirón a la columna de dirección y se desvía.

Su risita flota en el aire detrás de ella, justo un momento antes de la enorme ola de agua que viene a salpicarme la cara.

Cuando la agitada estela vuelve a calmarse, ahí está ella, esperando pacientemente con una sonrisa malévola.

—¿Tuviste miedo? —pregunta. Esos ojos vuelven a brillar.

Me río. —Temblando hasta los huesos.

Me agarro al borde de la moto acuática y me remolco detrás de ella. En cuanto estoy en posición, despegamos de nuevo.

Esta vez, me agarro fuerte.



NOS QUEDAMOS en el agua casi hasta el atardecer. Los chillidos de alegría y las carcajadas de mi mujer son como una melodía interminable. Al ver esto, me doy cuenta de que ya no me gusta verla hacer pucheros en silencio.

Es bueno ver que tiene otros estados de ánimo.

Cuando el sol se acerca al horizonte, volvemos a la playa y aparcamos la moto acuática. Alguien que trabaja en la casa se encargará de asegurarla, así que la dejo con las llaves puestas y camino junto a Lily hasta la mansión.

Ella huele a arena, a mar y a aire fresco. Quiero inhalarla. Pero me conformo con seguirla hasta la cocina.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

No tengo. Al menos no de comida, pero me encojo de hombros y me coloco detrás de ella mientras mantiene abierta la puerta de la nevera.

Lily brilla a la luz de la nevera. Parece tan inocente como es. Un peón indefenso en este juego de adultos.

Si fuera el tipo de persona que sufre de culpa, podría sentir eso al verla. Por desgracia para ella, la culpa es un concepto extraño para un Jefe Sorokin.

Levanta un recipiente de plástico. —Tenemos fiambre. Puedo hacernos sándwiches.

No hice mi propia comida en... nunca, que yo recuerde. No es el tipo de cosas de las que un hombre como yo se preocupa.

Me encojo de hombros. —Claro.

—¿Dónde podría encontrar platos?

—Ni idea. Puedo llamar a alguien para que se encargue de esto.

Arruga el ceño. —¿De hacer bocadillos? ¿Llamarías a alguien para que te hiciera un bocadillo en vez de abrir unas cuantas puertas de armarios para encontrar platos?

—No tengo tiempo que perder en mierdas como esa.

—Quiero que sepas que te estoy juzgando ahora mismo.

Me burlo. —Tengo cosas mucho más importantes que hacer que sándwiches. Contrato a gente para hacer sándwiches.

—Por supuesto que sí.

Junto con el juicio viene la condescendencia. Y con la condescendencia llega el viejo y conocido desprecio.

Así de fácil, volvemos al punto de partida.

Suspiro. —Tengo cosas de las que ocuparme. Por lo tanto, contrato a gente para que me cuide. O las compro. Así que —continúo—, cuando termines con los bocadillos, súbelos al dormitorio.

Luego me doy la vuelta y me alejo, ignorando la boca abierta que dejo tras de mí.

ROMAN

Tarda un rato en aparecer por la puerta de la habitación. Y, cuando lo hace, no hay bocado a la vista.

No estoy especialmente hambriento, pero ahora tengo que sentar un precedente. Y tengo que hacerlo claramente, porque nuestras vidas y nuestra seguridad dependen de que ella me escuche.

—¿Dónde está mi comida?

No contesta.

El hecho de que esté tumbado en la cama, con los tobillos cruzados, las manos bajo la cabeza y un partido de fútbol que no me importa se reproduzca en la tele, no refleja la tensión que me invade. No estaba tan tenso desde... la última vez que me molestó, supongo.

Pero estoy haciendo jugadas a largo plazo. Estamos sentando las bases. Todo lo que pase entre nosotros en esta isla dará forma al resto de nuestro matrimonio.

—Te pregunté dónde está mi comida, Lily.

—No soy tu camarera ni tu chef.

Ella saca la barbilla, desafiante.

Se pone las manos en las caderas, terca

Hace muecas como si yo fuera el diablo. Correcto.

Suspiro, me pongo en pie y me acerco a la puerta donde ella está esperando. Me inclino hacia su cara y le digo: —Me harás la comida porque yo te lo ordeno. Porque me perteneces. Porque yo lo digo.

Le brillan los ojos. —Puedes hacerte tu propio puto sandwich.

Me elevo sobre ella. A su favor, no se amilana. Permanece de pie con la espalda recta y la cabeza alta.

—Te daré una oportunidad más para obedecer.

Me mira fijamente un momento más. Luego, para mi sorpresa, se da la vuelta y sale a grandes zancadas del dormitorio.

Espero unos instantes y la sigo.

Cuando entro en la cocina, está de pie junto a la encimera. Tiene una barra de pan abierta a un lado y jamón y queso al otro. Todavía lleva puesto el traje de baño, así que me fijo más en sus manos que en la curva de sus tetas. Es mejor así.

No me mira cuando entro. Pero veo cómo aprieta la mandíbula y esparce los condimentos con un poco más de ferocidad.

Suspiro. —Deja eso. Ven aquí.

Me importa una mierda el bocadillo. Es solo un símbolo. Quiero la comida de verdad. El verdadero premio.

A ella.

Hace una pausa, pero mantiene la mirada fija en la encimera. Me acerco, le quito el cuchillo de la mano, lo dejo en la encimera y la llevo al salón.

Nuevo objetivo. Nuevo plan.

La empujo de rodillas sobre la alfombra y me siento en el sofá frente a ella. Ella obedece, para mi sorpresa. Buena chica. Pero todavía no ha dicho ni una palabra.

Meto una mano bajo la cortina de su pelo y desato el lazo de la parte superior del bikini.

—¿Qué haces? —susurra finalmente.

Le bajo el top del traje de baño, dejando al descubierto esos preciosos pechos. —Habla cuando yo te diga que puedes hablar —pellizco un pezón—. Gime cuando yo diga que puedes gemir —me inclino hacia delante, me meto el pezón en la boca, lo chupo y me río al oír su jadeo—. Suplica cuando te diga que puedes suplicar.

Entonces, me levanto y la miro.

—Y ahora mismo todo lo que digo es que *te quedes jodidamente quieta*.

No miro por encima del hombro para asegurarme de que obedece. Sé que lo hace.

Y, efectivamente, cuando vuelvo con una toalla y un bote de gel de aloe, sigue donde la dejé. Otro punto a favor de la pequeña *kiska*.

—¿Te has tocado mientras no estaba, Lily?

Niega con la cabeza, pero su piel palidece desde el cuello hasta la frente. Es una señal inequívoca.

—Cámaras ocultas por todas partes —saco mi teléfono y se lo pongo en la cara—. ¿Echamos un vistazo?

—Bien —dice con voz apretada—. Un poquito.

Mi polla se tensa contra mis pantalones. —Enséñame.

Levanta las manos y se aprieta los pezones, luego les da un giro y un tirón.

Mierda. No puedo dejar de mirarla. Quiero apartar sus manos y hacerlo yo mismo, pero aún hay lecciones por enseñar.

—Date la vuelta —empieza a bajar una mano para obedecer, pero niego con la cabeza—. No. No paras hasta que yo diga que pares. Sigue haciéndolo, pero date la vuelta y arrodíllate en el sofá.

Esta vez, hace exactamente lo que le ordeno. Cuando está a cuatro patas, paso la mano por su nalga izquierda y le doy un ligero golpe. Lo suficiente para que le pique. Lo suficiente para provocar un grito, aunque logra contenerlo.

—Buena chica —le canturreo al oído—. Tan buena chica.

Quiero tocarla, follármela y todas esas cosas que me estuve absteniendo de hacer. Pero esto no se trata de mí.

Todavía no, maldita sea.

—Ahora, sabes lo que pasará si me desobedeces, ¿no?

Le extiendo el gel frío por los hombros. Jadea y apoya la frente en los cojines del sofá.

—Sí, Roman.

Me muevo despacio. Me tomo mi tiempo para extender el gel con suavidad, para aplicarlo en su tierna piel con suaves movimientos.

—Está frío —murmura.

Le doy otro golpe en el culo. —No he dicho que puedas hablar.

La huella roja de mi mano en su piel es una de las cosas más exquisitas que he visto nunca, y estoy a punto de explotar. Estoy tan empalmado que podría usar la polla para martillar clavos.

—Túmbate boca arriba ahora.

Una vez más, hace exactamente lo que le digo. No sé de dónde viene esta conformidad, pero me gusta que empiece a entender cómo funcionará este matrimonio.

Se mueve despacio y mantiene la mirada baja. Sus manos permanecen pegadas a sus pechos, acariciando sus pezones hasta convertirlos en dolorosos picos.

Se recuesta sobre el cuero suave como la mantequilla y deja que se le cierren los párpados.

Igualo su velocidad. De pie sobre ella, engancho los dedos en los laterales de su braguita y tiro de ella hacia abajo, despacio, despacio, despacio.

Podría vivir un millón de años y seguiría sin cansarme de mirarla. Sus ojos, su pelo, su culo, su coño.

—¿Quieres que te toque? —pregunto.

Dejo que mi mano se pose en su centro. El calor fluye entre nosotros, el deseo fluye entre nosotros, la desesperación fluye entre nosotros, pero necesito que me lo pida. Tiene que aprender.

Ella asiente lastimosamente.

—Dilo. Pídeme que te toque.

—¿Me tocas, Roman?

La forma en que dice mi nombre me revuelve las tripas. Pero espero. —Tienes que decir por favor.

—¿Me tocas, por favor? —tiembla—. ¿Por favor?

—Por favor, *señor*.

—¿Quiere tocarme, por favor, señor? —su voz es diferente de lo normal. Más ronca. Llena de cosas oscuras con las que nunca se había encontrado.

—¿Me lo estás suplicando, princesita?

—Sí —su susurro es tan potente como si hubiera gritado. Respira entrecortadamente.

—Pues dilo.

—Por favor, Roman. Te suplico que me toques. Por favor.

Dejo que mi mano descanse sobre su muslo, cerca, pero aún no del todo. —¿Dónde quieres que te toque?

—El coño.

—¿Qué dijiste? —no estoy seguro de quién de los dos sufre más en este momento.

Ella aprieta los dientes, con los ojos aún cerrados, y dice: —Roman, te ruego que por favor me toques el coño.

—Esa es una buena *kiska* —gruño.

Paso un pulgar por su clítoris y separo sus muslos. No requiere ninguna fuerza. Se abre de buena gana, como una flor lista para brotar.

Se le corta la respiración cuando vuelvo a rozar su clítoris una y otra vez. —¿Quieres correrte, princesita?

—Sí. Dios, sí.

Su cuerpo se tensa más. Parece que explotará si le doy un solo soplo suave entre las piernas.

Entonces, por supuesto, me alejo.

—Todavía no.

Abre los ojos con horror. Le sonrío. No sé si el deseo la hace más hermosa o si todavía no la aprecié lo suficiente, pero no puedo apartar la mirada de ella en este momento. Es un espejismo. Una fantasía hecha realidad.

—Pero... Pero te lo supliqué.

Asiento con la cabeza. —Y volverás a suplicar.

—Eso no es justo.

—¿Justo? —me río—. Nada en este mundo es justo, *moya zhen*. Ahora, siéntate y date la vuelta mirando al respaldo del sofá.

Sigue haciendo pucheros, así que se mueve despacio. Demasiado despacio.

Gruño como un animal salvaje, arremeto contra ella, le rodeo la cintura con un brazo y la tumbo rápidamente boca abajo. La azoto dos veces, con fuerza, una en cada mejilla.

Lily grita de sorpresa y dolor.

—¿Te gusta? —exijo.

—¡Sí! Mierda, ay, Dios, sí.

—Pídeme más.

—Azótame, Roman. Te lo ruego. Te lo suplico.

Dios, aprende rápido. La golpeo de nuevo, más fuerte. Mi polla no puede aguantar mucho más.
—Date la vuelta y desnúdame.

Una vocecita dentro de mi cabeza me dice que esto es peligroso. Estoy jugando con fuego.

Pero hoy, ahora mismo, no me sobra autocontrol.

Lily se da vuelta y se hunde en el suelo entre mis piernas mientras yo me siento en el sofá. Me pasa los dedos por el pecho hasta la cinturilla de mi short, me lo baja y se queda mirando mi polla palpitante.

—¿Qué quieres, princesita? —digo con voz rasposa.

—Quiero tocarte.

Me rodea el pene con los dedos. Debería castigarla por actuar sin permiso, pero entonces empieza a acariciarme y mi cerebro entra en cortocircuito.

Casi se derrite cuando pasa la lengua por la punta y lame la gota de semen que resbala por el costado.

Entonces su boca se desliza sobre la cabeza y así, estoy perdido.

No tiene habilidad, eso es evidente. No tiene ritmo ni experiencia. Pero su boca es suave y su lengua un arma. Enredo mis dedos en su pelo y le enseño cómo moverse. Lo capta rápidamente.

—Oh, eso es —gruño—. Esa es una buena *kiska*.

Sube y baja sobre mi cuerpo, sorbiendo y retorciéndose en mi base. Llevo tanto tiempo al borde del abismo que mi autocontrol está al límite. Unos cuantos lametones más y podría...

La empujo y me pongo de pie. —Vamos, mi pequeña princesa.

Parece aturdida, se pregunta si le estoy tomando el pelo otra vez. Pero me limito a sonreírle.

—Tu primera vez no será en mi sofá.

LILY

¿Hay una palabra para lo que me está pasando ahora mismo?

Llevo días, o semanas, meses, sinceramente estoy perdiendo la noción del tiempo, diciendo que me siento como si estuviera soñando. Todavía me siento así.

Pero algo en el fondo cambió. Ya no es una pesadilla. Solo un sueño febril en el que cada sensación se intensifica y todas las reglas se fueron por la ventana.

El sabor de Roman me calienta la boca mientras me lleva al dormitorio. Aún me zumban los labios al recordar las palabras que me arrancó.

Quiero tocarte.

Azótame, te lo ruego. Te lo suplico.

Sí. Señor. Más.

Lo más loco de todo... es que lo decía en serio.

A cada paso que nos acercamos al dormitorio, pasos a cámara lenta, como si supiera lo que está pasando dentro de mí y quisiera alargar la exquisita tortura todo lo que pueda, mi coño vuelve a palpitar.

Empuja la puerta y me mete dentro. Luego se gira y me besa como nadie lo hizo nunca.

Cada beso de Roman se siente como si fuera el primero. Nuevo. Emocionante. Caliente.

Sin apartar su boca de la mía, me acompaña hasta el borde de la cama. El colchón me golpea la parte posterior de las piernas. Me hace girar para que su polla quede pegada a mi culo y me agarra un pecho mientras sus labios recorren mi garganta.

Su mano libre desciende hasta acariciarme el clítoris, moviéndolo de un lado a otro hasta que me tiemblan las rodillas. Cuando me mete un dedo, echo la cabeza hacia atrás, hacia su hombro, y dejo que me sostenga.

Añade otro dedo. —Estás tan apretada, nena.

Me dijo las reglas abajo: todo lo que tengo que hacer es rogar. Decir esas tres palabras mágicas.

Así que lo hago.

—Fóllame, Roman.

Sonríe contra mi garganta. Luego me quita la mano del pecho y la usa para inclinarme sobre la cama. —Te advertí que no hables sin permiso. Empiezo a pensar que te gusta que te azoten.

Dios, sí. Asiento con la cabeza. —Si eso es lo que quieres.

Su mano surca el aire y me pica en el culo desnudo. Gimo, pero solo porque eso me hará ganar otro.

Mi coño se tensa y el mundo se estrecha cuando vuelve a golpearme el culo.

—¿Quieres correrte ahora, nena?

Me gusta cuando me llama “nena”. Me gusta tanto que no puedo hablar, así que me limito a asentir y morderme el labio.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer —su voz es profunda, áspera, pero tan caliente que no hay forma de que me niegue.

Pero apenas puedo articular palabra. Si quiere que hable, deberá tener piedad de mi tembloroso cuerpo.

Aprieto las piernas para atrapar los dedos que me acarician. —P... por favor, Roman. Déjame correrme. Te... te lo suplico.

—Eres una esposa jodidamente fabulosa —su aliento me calienta la oreja mientras vuelve a ponerme erguida y usa el pulgar para trabajar mi clítoris mientras sus dedos entran y salen de mí.

La presión aumenta hasta que no puedo parar de retorcerme, gritar, gemir. Y entonces, me corro sobre su mano con tanta fuerza que babeo.

Cuando acabo, solo puedo jadear. Necesito que me sostenga, porque no sé si podré soportar mi propio peso. No con un espasmo tras otro sacudiéndome, cada uno tan implacable como el hombre que me los provocó.

—Sube a la cama —ordena.

Ahora estoy en piloto automático. Como si sus instrucciones pasaran por alto mi filtro *jódete* habitual y actuaran directamente sobre mis músculos.

Me subo al edredón y me tumbo boca arriba. Lo miro con los ojos entornados. Se queda en el borde mirándome, sus ojos oscuros, los labios entreabiertos.

—Volveremos a las reglas más tarde —sonríe y se tumba a mi lado para acariciarme la mandíbula con el dedo—. Ahora mismo, voy a lamerte... aquí —me rodea el pezón con la punta del dedo—. Y aquí —acaricia el otro pezón—. Y aquí.

Intento no gemir ni moverme. Roman sigue dibujando su camino, bajando ahora hasta mi ombligo.

—Y después de lamerte aquí —me roza el clítoris—, y de que abras tus piernas para mí, voy a follarte hasta que grites mi nombre.

—Por favor, Roman. Te lo suplico.

—Oh, mi princesita... —baja la cabeza y chupa un pezón y luego el otro. Dios mío. Oigo color. Veo sonido.

Luego aprieta su cuerpo sobre el mío. Me roza el clítoris con la polla y me mete solo la cabeza una vez. Un poco más y me habría corrido al instante.

En lugar de eso, gimo mientras me besa el estómago. —Eres jodidamente sexy cuando estás así a mi merced.

Me lo susurra con voz profunda y sus labios contra el pliegue de mis caderas, para que lo sienta tanto como lo oigo.

Entonces, baja la cabeza y me pasa la lengua una vez, dos veces, hasta que me resulta imposible quedarme quieta. Hasta que mis dedos se enroscan en la manta, aprieto los muslos alrededor de su cabeza y grito.

Estoy flotando hacia otro subidón. Entonces, un segundo o una hora después, no estoy segura de cuál de las dos cosas, está de vuelta subido encima de mí, con su cuerpo apoyado sobre el mío.

Hermoso. Fuerte. Cada músculo ondulante. Pero tenso, con algo parecido a segundos pensamientos que se agitan detrás de esos ojos tormentosos.

Su polla empuja dentro de mí donde nuestras caderas se encuentran. Otra vez solo la punta, la saca. La dulzura que percibo en él nunca es más que un destello, un espejismo, una sugerencia. Siempre tiene bordes ásperos y líneas duras.

Hasta ahora.

Porque, cuando se inclina y me da un tierno beso en los labios, me doy cuenta de que toda esa brutalidad es una fachada. Hay más debajo de la superficie.

Este es el verdadero Roman.

Lo rodeo con las piernas y él gruñe en lo más profundo de su pecho mientras susurro: —Fóllame, Roman —murmuro las palabras contra su boca y él se las traga. Su beso es ahora tan potente como su polla, que empuja más hondo, más fuerte.

Un pellizco estalla con tanta fuerza en mi interior que me estremezco y grito.

Hace una pausa y me deja que pase la sensación. El dolor persiste un segundo antes de que salga y vuelva a entrar. Una y otra vez, dejando que me adapte a su grosor. Nunca aparta sus labios de los míos.

Cuando pasa el dolor, vuelvo a inclinar las caderas hacia arriba. Quiero recuperar el éxtasis. Quiero verlo tan fuera de sí como yo.

—Por favor, Roman. Dame todo de ti.

Empieza a encadenar embestidas lentas y profundas. Siento que me ensancho para absorberlo por completo. No se parece a nada que haya experimentado antes. Me está desgarrando... y me encanta, lo ansío.

Grito mientras la primera ola me baña.

Más fuerte con la segunda ola.

Grito su nombre a la tercera. —¡Roman!

Su cuerpo se pone rígido y cierra los ojos, respirando con la boca abierta.

Luego se me quita de encima y se tumba un segundo boca arriba. —Ven aquí —me acerca a él y nos cubre con una esquina de la manta—. Podemos tomarnos nuestro tiempo.

Me besa la cabeza y me abraza. Su tacto me enraíza, me tranquiliza. Le acaricio el pecho con la mano y bajo la manta hasta el vientre. No hay piel suficiente en este hombre para que me canse de tocarlo. Dios mío. Es como si el satén cubriera acero.

—Mañana estarás dolorida —advierte.

—¿Es una amenaza o una promesa?

—No, *esto* es una promesa: cuando te duela, *moya zhena*, yo cuidaré de ti.

Me estremezco con una sensación indescriptible. Es una especie de escalofrío, una especie de calor. Lo más parecido es “mariposas en el estómago”, pero no lo abarca del todo.

Quizá es simplemente la comprensión de que es cada vez más difícil odiarlo. Ya le di mi virginidad. Ya estoy metida hasta el fondo en esto.

Pasa un minuto tranquilo. Entonces, no puedo esperar más. Me pongo encima de él, lo coloco en mi abertura y me hundo sobre su polla, su polla dura, gruesa y enorme.

Después de eso, todo es instinto. Machacar y rebotar.

Hasta que nos voltea para estar encima y empuja como si no tuviera suficiente.

Como si necesitara follarme desesperadamente.

Nada en mi vida ha sido tan caliente.

Se sienta, cambia los ángulos y hunde sus dedos en mis caderas, guiándome hasta que ambos gritamos. Mi grito es alto y ronco, el suyo más gutural.

No creía que fuera posible que volviera a ocurrir tan rápido, pero cada célula de mi cuerpo se enciende y responde a la suya. Me besa con fuerza, empujando su lengua con tanta fuerza como sus caderas.

Luego, un abrir y cerrar de ojos más tarde, llegamos al pico. Es como una experiencia extracorporal. Me llena una y otra vez, y es la sensación más extraña y excitante que he experimentado nunca.

Antes de que me dé cuenta, los dos estamos volviendo a tierra. Tardo mucho en recuperar el aliento y la sensibilidad en las extremidades.

—¿Es siempre tan... intenso? —aventuro.

—Para nosotros, lo será.

No me pregunta si estoy bien ni hace nada más que volver a besarme la cabeza y dejar que me recueste en su brazo. No esperaba que me diera las gracias, pero mis emociones están a flor de piel.

Quiero que me abracen y me consuelen. Acabo de darle a este hombre mi virginidad. Lo menos que puede hacer es darme un minuto de conversación, ¿no?

Pero no lo hace y sé que es mejor no preguntar.

Me pone irrazonablemente triste. Como cuando una ventisca parece mucho más fría si vienes de un lugar cálido.

Una lágrima resbala por mi mejilla y me pongo de lado, de espaldas a Roman. No sé si se ofendería por las lágrimas o si simplemente se mostraría indiferente, pero no quiero arriesgarme.

No quiero que se enfade. Simplemente no sé cómo lidiar con todos los sentimientos repentinos que amenazan con abrumarme.

Me quedo allí mientras sus movimientos y su respiración se ralentizan y suavizan. Cuando estoy segura de que está dormido, salgo de la cama.

Ignoro el dolor entre las piernas y entro en el cuarto de baño. Preparo un baño y lo mezclo con una generosa cantidad de burbujas perfumadas de la encimera.

Ese era mi plan. Pero el vapor y el calor de la habitación solo aumentan mi sensibilidad. Y caen más lágrimas. Cierro los ojos y dejo que caigan.

Al cabo de un rato, no sé cuánto, la puerta se abre de un empujón. Me giro y miro.

Allí está Román, desnudo como el día en que nació y hermoso como la estatua de mármol de un dios, apoyado en la puerta con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —retumba.

No, desde luego que no. Soy un tren descarrilado de ridiculez.

En voz alta, sin embargo, solo resoplo: —Estoy bien.

—Nada es diferente de lo que era antes, ya sabes.

—¿Es esa una amenaza? —suelto con un chasquido. Esta vez no es una broma.

—Sigues viendo monstruos en las sombras donde no los hay, Lily —suspira Roman—. No todo en este mundo está hecho para causar dolor.

—Pensé que eso era *exactamente* lo que tu mundo está destinado a causar.

—Será lo que tú hagas que sea. Si quieres que duela, podemos hacer que duela. Pero hay otras opciones.

—Vaya, qué reconfortante. ¿No soy una chica afortunada? —siseo apretando los dientes.

Asiente solemnemente. —Mucho más de lo que nunca te darás cuenta.

Pongo los ojos en blanco y le doy la espalda. Si se suponía que iba a ser una charla postcoital

tranquilizadora, ha errado el tiro por mucho. Me siento peor que nunca.

Humillada y furiosa al mismo tiempo. Y encima, totalmente impotente.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome toda la noche? —le digo bruscamente.

Roman vuelve a suspirar. —Ven a la cama cuando puedas —se da la vuelta y me deja solo con esas penosas palabras.

¿Cuando pueda? ¿Qué coño significa eso?

Me quedo en la bañera hasta que estoy segura de que tiene que estar dormido otra vez. Entonces me seco, me escabullo por el suelo como un ladrón y me meto en la cama, segura de quedarme de mi lado y lejos suyo.

Me duermo rápido, como si mi cuerpo estuviera tan abrumado por todo lo que ha pasado hoy que necesita apagarse y recargarse.

No sueño.

Ni una sola vez.

LILY

Cuando me despierto, estoy sola.

Me visto, ignorando el dolor que me recorre cada vez que me muevo, y bajo las escaleras. Mallory, una de las amas de llaves que nos recibió cuando llegamos a la villa, está en la cocina cortando fruta fresca.

—¿Has visto a Roman? —pregunto.

Me pone un plato delante. —Está trabajando en la oficina de la finca. Dice que te verá para cenar esta noche.

Mallory es un tipo de madre, no como mi madre, sino de las buenas. Tiene el pelo color miel enroscado alrededor de la cara y unos ojos que brillan cuando sonrío.

—Sin embargo —añade—, te prepararé una jarra de mi receta secreta de piña colada.

Me sonrojo. —Eres muy amable.

Lo vierte en un vaso isotérmico grande y enrosca una de esas tapas extravagantes con pajita abatible. —Aquí tienes, querida.

—Gracias —tomo un sorbo y toso.

Mallory sonrío mientras yo balbuceo. —El ingrediente secreto es mucho alcohol —me dice guiñándome un ojo—. No te preocupes, te acostumbras después del primer sorbo.

Efectivamente, el segundo sorbo es mucho más suave. Un cálido zumbido se extiende por todo mi cuerpo, convirtiendo el dolor y la vergüenza en algo más soportable.

Obviamente, todavía no estoy borracha, así que no puedo culpar al alcohol del impulso que me invade a continuación. Pero quizá solo estoy desesperada por una cara amable.

—Mallory, ¿alguna vez has...

Inclina la cabeza para mirarme. —¿Alguna vez qué, querida?

Frunzo los labios, frustrada por mi incapacidad para expresar parte de la tormenta de emociones que siento en el pecho. —Lo que quiero decir es si crees... O, supongo, qué dirías si...

Pero nada sale bien.

Vuelvo a pensar en mi propia madre. ¿Qué diría si supiera lo que pasó anoche? Diablos, quizá lo sepa, o al menos lo adivine, y el hecho de que yo siga atrapada en este matrimonio, en esta pesadilla, es la prueba de que no le importa.

Quizá añoro los días en que era lo bastante joven como para no saber lo jodida que estaba mi familia. Cuando un dulce después de cenar era prueba del amor de mi madre. Cuando un paseo a hombros de mi padre era prueba de que le importaba. Cuando las cosquillas sin pausa de Leo eran prueba de que no estaba sola en este mundo.

Puede que me equivocara en todas esas cosas. Probablemente era así.

Pero como dicen, la ignorancia es felicidad.

—No importa —murmuro—. Gracias por la bebida.

Me doy la vuelta y me voy antes de que pueda avergonzarme más.

Sin Roman, no estoy segura de lo que se me permite hacer aquí. No me dejó una lista de normas ni un mapa de los lugares de la isla donde puedo o no puedo aventurarme.

Me pongo un bikini nuevo, tomo mi vaso de piña colada especial y vuelvo a la playa.

Me recuesto en la tumbona mientras bebo a sorbos e intento no pensar en lo de ayer. Hace calor, es agradable y pintoresco. La mayoría de la gente podría ser feliz aquí.

Lástima que yo no sea la mayoría de la gente.

Al cabo de un rato, mi vista se desvía hacia la moto acuática detenida en la orilla. Apuesto a que puedo encontrar las cuevas de ayer.

Para cuando tengo la máquina a punto y despegué de la orilla, el alcohol corre fuerte en mi torrente sanguíneo. Estoy demasiado confiada, relajada y despreocupada. Casi espero que me persiga un ejército en cuanto despegue, pero no hay nadie a la vista.

Así que ahora tengo un día entero para ver delfines si quiero. Para nadar con esa tortuga marina gigante que Roman me enseñó ayer, para bañarme bajo la cascada y oler esas flores exóticas que trepan por las escarpadas laderas del acantilado.

Este es *mi* día. ¿Hace solo una semana que daba algo así por sentado? Parecen años desde mi antigua vida. Desde Leo, mis padres, Juilliard.

Ninguna de esas cosas parece ya real.

Me siento en la boca de la bahía durante unos minutos y observo el oleaje de mar abierto frente a mí. Hace unos días, casi seguro que habría estado en esta moto acuática yendo tan lejos como pudiera para alejarme de Roman. Diablos, habría nadado si esa fuera mi única opción.

Es curioso cómo cambian las cosas. Y con qué rapidez.

Ahora, en lugar del odio que me invadía cada vez que el nombre “Roman Sorokin” aparecía en mi mente, siento una calidez que me invade.

Quizá ser su esposa no sea tan malo. Me mantendrá alejada del mundo real.

Aquí, Julliard no importa.

Aquí ni siquiera se tiene en cuenta.

Me he librado de la maldición Benedetti, probablemente para siempre, como siempre soñé. Aunque sea una situación del tipo “de la sartén al fuego”.

Sacudo la cabeza para despejarla. Últimamente paso mucho tiempo atrapada en mis propios pensamientos.

Estoy aquí, sola y libre por primera vez en semanas. Necesito redescubrir qué se siente al estar viva.

Efectivamente, las cuevas no son difíciles de encontrar. Me dirijo a los acantilados y, cuando doblo la curva y veo la abertura, me acerco a ella.

Como ayer, el sol se refleja en la superficie e ilumina el techo de cristal.

—Esto es tan hermoso.

Digo las palabras en voz alta. Para mi sorpresa, el eco de mi voz rebotando en las paredes de la cueva es el efecto acústico más hermoso que he oído nunca.

Miro una vez más por encima del hombro para asegurarme de que nadie me ha seguido. No hay moros en la costa, así que canto una escala rápida, como si estuviera en el coro de la escuela primaria. —*Do, re, mi...*

Y, después de cada nota, hago una pausa para escuchar la reverberación. Se me eriza el vello de los brazos.

No canté ni una sola nota desde... antes de la noche de la partida de póquer, supongo. Olvidé cuánto necesitaba la música para sostenerme.

Apago el motor de la moto acuática para que solo se oiga el chapoteo de las olas y el eco difuminado de mi voz. Luego, con un suspiro, empiezo a cantar de nuevo.

Lo doy todo. Cierro los ojos y dejo que el sonido de mi voz se funda con la naturaleza que me rodea. Cantar sienta bien. Liberador, ligero y maravilloso.

Solo cuando la nota final se desvanece me doy cuenta de que, después de todo, no estoy sola.

Me doy vuelta y casi grito. Roman está sentado en su moto acuática, tranquilo y sereno. No dice nada.

—Vamos —lo reto con amargura antes de que pueda hacerlo él mismo—. Dime lo estúpido que es. Dime cómo estoy perdiendo el tiempo en una carrera que no tiene ni la más remota posibilidad de ser algo más que un pasatiempo en la ducha.

Es lo que mi padre siempre dijo. La consigna familiar. Mamá lo repetía a pesar de haberme ayudado a hacer la grabación para Julliard. Me llevó a la oficina de correos para enviarla. Un raro momento de dulzura en toda una vida de acritud.

Roman sigue mirándome. Lleva un short de baño rojo sin camiseta que deja a la vista sus abdominales marcados y sus piernas delgadas y bronceadas. El vello de su pecho y su corta

barba brillan con el rocío del mar.

Pero son sus ojos en los que me fijo. Oscuros e ilegibles como siempre. —Tienes una voz preciosa —dice.

—¿Pero...? —siempre estoy esperando que caiga la bofetada. Que caiga el insulto, el dolor, después de cualquier cosa remotamente agradable.

Pero no llega.

Se encoge de hombros. —No hay pero.

—Así que es un cumplido genuino.

—¿Es tan extraño, *moya zhena*?

Es mi turno de encogerme de hombros. —No me había dado cuenta de que eras capaz de hacerlo.

Esperaba que se riera. Normalmente se ríe cuando le respondo. Pero ahora no.

—Soy capaz de muchas cosas de las que aún no te has dado cuenta, Lily Sorokin.

Sus ojos me cautivan durante un largo instante. Parece insoportablemente triste. Esa es otra cosa de la que no me había dado cuenta de que era capaz. Es como si estuviera viendo algo, una parte de él que nunca había mostrado.

El verdadero Roman. Si tal cosa existe. Entonces, parpadea y el momento termina.

—Ahora, ven —dice—. Tenemos que irnos —arranca su moto acuática y se da la vuelta para llevarnos de vuelta a la casa.

Lo sigo entumecida. Durante todo el camino de vuelta, tengo el ceño fruncido. Su expresión tenía algo de embrujada. ¿Qué pudo pasar tan malo en una isla tropical para que volviera con cara de que alguien le hubiera dado una patada a su perro?

No me espera en la playa. En cuanto aparca, se baja de la moto acuática y sube a zancadas por la playa. Tengo que correr para alcanzarlo.

Cuando entro en la cocina, lo veo sentado a la mesa del comedor detrás de un portátil abierto. Mueve la cabeza hacia la escalera sin levantar la vista.

—Ve a cambiarte —ordena—. Tenemos que volver.

Me cae un nudo en el estómago. —¿Volver... a Chicago? ¿Ya? Creía que teníamos una semana aquí.

—Las cosas cambian. Ahora ve.

El último lugar al que quiero volver es a la realidad. A la vida. De vuelta al lugar donde todo el mundo sabe que mi matrimonio es una farsa y que no soy más que una propiedad barata de Sorokin.

Pero la mirada en los ojos de Roman dice que algunas cosas deben ser obedecidas.

ROMAN

Dejamos la isla a toda prisa. Mallory empaquetó todo lo que había que empaquetar. Le doy a Lily el tiempo justo para ducharse y vestirse y el coche nos lleva de vuelta al avión.

Nadie dice una palabra.

Rodamos y despegamos mientras yo cavilo. Pasan las horas. Nada más que silencio.

Muy pronto, Chicago se despliega tras las ventanillas del avión. Cuando aterrizamos, desembarcamos directamente en otro coche que nos lleva a mi mansión en las afueras de la ciudad.

Todo el tiempo pienso en nuestro encuentro en esa cueva. Tiene un don, una voz que me eriza el vello de la nuca. Hermosa. Pura.

Pero tan jodidamente ingenua.

Me quedé mirándola durante varios minutos mientras cantaba antes de que se diera cuenta de que yo estaba allí. Si hubiera sido un hombre con malas intenciones...

Mierda, nunca debí dejarla salir sola.

Pero, de nuevo, no intentó huir ni fue a buscar secretos o cadáveres o cualquiera de las otras sórdidas mierdas de la familia Sorokin, escondidas por toda la isla. Fue a *cantar*, joder.

¿Qué demonios se supone que debo hacer con eso?

La espero a las puertas de la mansión. Lily se detiene al pie de la escalera y se muerde el labio, como hace siempre que tiene algo en mente.

Frunzo el ceño. —¿Qué pasa?

—Nada —murmura.

—Te he advertido sobre mentir, Lily.

Ella asiente, tiembla, vuelve a asentir. Parece a punto de echarse a llorar. Finalmente, habla. — Yo solo... me siento...

—Si vas a quejarte, piénsalo dos veces. Aquí tendrás todo lo que puedas desear.

A decir verdad, no me importa que sea infeliz. Al menos, eso es lo que quiero pensar. En su mayor parte, es verdad.

Pero no del todo.

A una parte de mí, una pequeñísima parte, como una astilla invisible de cristal clavada en mi dedo, sí le importa. Es como si su infelicidad tuviera una manifestación física dentro de mí. Palpita, duele.

Sacude la cabeza aunque no me mira a los ojos. —No, no es eso.

—¿Qué es, entonces?

—Es solo que... me contuve de decir algo. Dijiste que nada es diferente, pero... me siento diferente. La gente me mira diferente.

—Estamos casados. Ya no tienes que ser virgen.

—Lo sé —suspira. Pero no está realmente de acuerdo. Lo *reconoce* sería una mejor palabra. No está diciendo lo que realmente quiere decir.

Sin embargo, veo el sentimiento subyacente. No es que le importe que los demás sepan que ya no es virgen.

Es que a *ella* le importa. *Se siente* diferente.

Bajo los escalones y me ubico a su lado. —Ahora eres mi mujer —le digo mirándola fijamente a los ojos. Necesito que lo escuche, no solo con los oídos, sino con todo el cuerpo—. Y eso significa que eres la reina de esta Bratva. No se te puede quitar nada a menos que estés dispuesta a darlo.

Parpadea y tiembla. Tiene razón en una cosa: los Roman y Lily que fueron a esa isla no son los mismos que los que vuelven. Algo cambió allí, como placas tectónicas bajo nuestros pies.

Pero no tiene nada que ver con su virginidad.

Es que ya no la veo como una propiedad.

Y no puedo asegurarlo, pero cuando la miro a los ojos, siento que ya no ve a un monstruo devolviéndole la mirada.

Pasitos de bebé.

—Vamos —esta vez, la guío con mi mano en la parte baja de su espalda. A decir verdad, solo quiero tocarla.

La llevo escaleras arriba, al interior de la casa. El vestíbulo nos recibe con techos enormes y una enorme lámpara de araña que gotea diamantes. Seguimos caminando, subimos la escalera interior, pasamos por la habitación donde la encerré cuando llegó y bajamos por el pasillo hasta mi dormitorio.

Empujo las puertas de caoba para abrirlas. —Aquí vives ahora —digo simplemente.

Entra tímidamente. Pero puedo ver en su cara que está asombrada.

El techo es alto y está pintado de verde intenso, por lo que da la sensación de caminar bajo el dosel de un bosque. La cama californiana con dosel está cubierta con sábanas de seda blanca y se apoya en un somier de acero oscuro.

Lily deambula por el lugar, tocándolo todo vacilante, como si temiera romperlo si no es lo bastante delicada.

En el otro extremo de la habitación hay dos puertas. Una conduce al cuarto de baño de mármol blanco. La otra da a un armario tan grande que podría vivir en él con espacio de sobra.

Por eso me sorprende que frunza el ceño y sus mejillas se pongan cada vez más rojas.

—¿Qué pasa?

Ella sacude la cabeza. —No... no puedo... no parezco encajar aquí, en un lugar como este. Dices que soy una *reina*, pero no creo que lo sea. No pertenezco aquí.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Veo lo que está pasando. La cojo de la mano y empiezo a sacarla del dormitorio.

—¿A dónde vamos? —pregunta—. ¿Roman?

—Nos vamos de compras.

—No creo...

Me detengo, me doy vuelta y la callo con un beso ardiente, con la boca abierta. Cuando me separo, le digo: —Te equivocas en lo que dices. ¿Crees que aún no perteneces aquí? Pues vale. Entonces te compraremos todo lo que necesites del mundo hasta que sí.

Llamo a Danilo para que nos lleve. Dos minutos más tarde, está delante en un Mercedes sedán negro. Abre las puertas cuando nos acercamos. Lily y yo nos metemos en el asiento trasero.

Me pregunto por un momento si el shock de la transición será demasiado. Si me equivoqué al ver una esposa en ella. Si está demasiado rota, demasiado frágil para ser moldeada en la reina en la que se convertirá.

Pero entonces, sin mirarme, cruza el asiento y entrelaza sus dedos con los míos. Es curioso cómo cambian las cosas. Y con qué rapidez.

ROMAN

Danilo nos deja en Michigan Avenue. Entramos en la primera tienda. —Lo que ella quiera — ordeno en cuanto estamos dentro.

El equipo de vendedoras conoce el procedimiento. Asienten al unísono y le muestran a Lily cien artículos diferentes.

Compramos una bolsa.

En la segunda tienda ocurre lo mismo. Entramos, les digo que traigan sus mejores galas y se apresuran a cumplir mis órdenes.

Nos vamos con una bufanda.

En la quinta tienda, estoy viendo una tendencia. Lily se siente incómoda. Antes de que entremos en otra tienda, la detengo, la giro hacia mí y la beso suavemente.

Ella es un cambio refrescante en comparación con todas las otras mujeres que conocí. No hay codicia en ella. Ella no está tratando de chuparme los bolsillos hasta secarme.

Lily es diferente al resto.

—Tienes que elegir algo de ropa. Unos zapatos. *Algo*, mierda.

Sus mejillas se sonrojan. Con mano firme, la dirijo a través de la puerta a la tienda de al lado.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta una de las asistentes.

Señalo a Lily. —A ella le gustaría gastar una cantidad obscena de dinero. Ayúdala a hacerlo.

Las mejillas de Lily enrojecen de nuevo. Empieza a decir: —Bueno, no exactamente...

Pero la vendedora, calculando una comisión de esas que podría pagar su hipoteca, enlaza su brazo con el de Lily y me guiña un ojo. —Has venido al lugar correcto, mi amor.

Sonriendo, me siento en un sillón en un rincón de la tienda y observo. Lily y la dependienta deambulan por la tienda. Otra empleada las sigue y, a cada minuto que pasa, la pila de artículos que lleva en los brazos crece más y más hasta parecer una montaña de ropa con patas.

En un circuito, Lily se detiene cerca de mí para examinar un minivestido que cuelga de un perchero. —Acabamos de recibir este —le informa la vendedora—. El escote es precioso.

¿Medio hombro al aire con estas aberturas? Es fabuloso.

Lily frunce el ceño y me mira. —Es un poco... demasiado —suspira—. No puedo ir por ahí con la mitad de las tetas al aire.

Me aclaro la garganta. —Siento discrepar.

Lily se sonroja, mierda, eso empieza a hacerme efecto, y sigue adelante. Pero noto que la vendedora vuelve a guiñarme un ojo y añade el vestido a la colección.

Mientras la dependienta se aventura a buscar otro par de zapatillas azules, Lily viene a ponerse delante de mí. Parece un poco nerviosa.

—Aquí todo cuesta mucho dinero —dice—. ¿Estás seguro de esto?

—¿Tengo pinta de no poder permitírmelo?

—No es eso lo que estoy diciendo —protesta ella.

—Escúchame: si no lo haces por ti, hazlo por mí.

Lo que no entiende es que *quiero* que tenga cosas bonitas.

Quiero que levante la cabeza y se sienta orgullosa.

Quiero que sea feliz.

Estoy tan sorprendido como ella. Nada de este matrimonio salió como lo imaginé.

Lily está a punto de responder cuando vuelve la vendedora. —¡Aquí tiene! —dice la mujer alegremente. Tiene los brazos llenos de cajas.

—Ve. Y date prisa, princesita. Tengo un poco de hambre.

Pero no de comida.

—Probablemente ya tengo suficientes cosas —sugiere Lily, aunque no está segura.

Pero la vendedora reconoce a una ballena cuando la ve, y no está dispuesta a dejar que mi tarjeta de crédito y yo salgamos por la puerta. Jadea como si Lily acabara de escupir al suelo y dice: — ¡Pero los zapatos no bastan! Debes tener bolsos y accesorios.

Me río entre dientes y me relajo en el asiento. Tengo la polla dolorosamente dura, pero como no parece haber un final visible a la vista, me reclino y disfruto de la vista de los pies descalzos de Lily bajo las cortinas de los vestuarios.

Sale con un vestido largo del color de la sangre que hace que su pelo parezca brillar desde dentro. Un cambio más tarde y se pone unos pantalones de cuero negro ajustados y un top color crema que muestra sus tonificados abdominales. Vuelve a la cabina, vuelve a salir y ahora lleva un vestido de verano vaporoso con una abertura hasta las caderas.

Mi polla se pone cada vez más dura.

Cuando la dependienta se aleja de nuevo en busca de un bolso a juego con un par de tacones de aguja grises de ante, cojo a Lily de la mano y tiro de ella hacia mí.

—Todo esto es demasiado —murmura, mirando con nostalgia alrededor de la tienda—. Quiero decir, he ido de compras antes obviamente, a mi madre le encanta, pero esto es...

Grita y se retuerce cuando mis dedos se deslizan bajo el dobladillo de su falda y le acarician la costura de las bragas. Sus contorsiones sobre mi polla no son precisamente inoportunas.

—¡Roman, estamos en una tienda! —sisea—. La gente está mirando.

—Que miren, maldición —gruño—. Será lo último que vean.

Esta vez, su cara se pone roja como un semáforo.

Este juego de espera es todavía más jodidamente caliente de lo que había estado fantaseando. Si no termina esto pronto, sin duda vamos a bautizar uno de esos probadores.

—Me gustan mucho esos rojos —dice cambiando de tema—. ¿Y a ti?

Miro hacia donde señala. Los stiletos Louboutin en cuestión tienen una punta afilada y un tacón aún más afilado. Lo primero que pienso es que quedarían bien, siempre que tenga las piernas de Lily sobre los hombros.

Me imagino sentándola en la mesa de mi despacho, subiéndole su falda lápiz y machacándola con esos zapatos enroscados en mi cintura, empujando mi culo más, más, más.

Me inclino, bajo los labios hasta su oreja y añado: —Quiero que te los pongas y bailes para mí. Luego quiero inclinarte, levantar tu...

—¿Señora Sorokin?

Ambos levantamos la vista. Es otra vez la dependienta. —Vete —le ordeno de inmediato.

Sin mediar palabra, la vendedora da media vuelta y desaparece. Mujer lista.

Lily sonrío a través de otro rubor. —¿Qué decías?

—Lo olvidé. ¿Me lo recuerdas?

Se ríe. —No sé mucho sobre fantasías y sobre cómo debemos llevarlas a cabo. Pero esos zapatos están en algunas de las mías.

Sacudo la cabeza. —No, no, no. Creo recordar que estaba diciendo algo de ti agachándote frente a mí. Volvamos a eso. Mejor aún: volvamos a casa y probémoslo nosotros.

Se ríe de nuevo, salta de mi regazo y se apresura a seleccionar las bolsas. Cuando todo está en cajas y bolsas, entrego la tarjeta en la caja registradora y me encargo de la entrega.

Entonces nos vamos, salimos por la puerta y llegamos a la acera. Es hora de enterrarme en esta mujer y dar vida a todas esas fantasías.

Estamos a medio camino del coche cuando una nueva e inoportuna voz nos interrumpe. —¿Lily? ¿Eres tú?

Traga fuerte, se gira... y se le cae la mandíbula. —¿Joey?

Me giro para ver quién tiene los cojones de acercarse así en público. El objetivo en cuestión es

un tipo alto, aunque aún le faltan unos centímetros para alcanzarme, con mechas rubias de chico surfero y la musculatura justa para demostrar que alguna vez intentó levantar peso.

—Oí que estabas... casada ahora —dice el surfista. Por el tono, también escuchó con quién y probablemente por qué ocurrió en primer lugar. Ni siquiera me mira hasta que le tiendo la mano.

—Roman Sorokin. ¿Y tú eres...? —aprieto hasta que se estremece de dolor, luego lo suelto. Punto hecho.

—Joey Gallo —flexiona los dedos un par de veces y se queda mirando a mi mujer un minuto más—. Estás estupenda, Lily. Considerando que... —como si no estuviera ahí de pie, inclina su gran cabeza de surfista en mi dirección.

Lily enlaza su brazo con el mío y me sonríe. —¿Considerando que tengo un hombre que no me engaña con Larah Lowery? ¿Con Rhonda Morris? ¿Con esa tía rara de nombre estúpido encima de la que te encontré?

El imbécil se queda con la boca abierta. Sacude la cabeza para recuperar la compostura, luego me mira y se burla: —¿Puedes culparme, amigo? No me lo estaba dando. Uno tiene necesidades. ¿Estoy en lo cierto?

Si está buscando algún tipo de complicidad masculina, no será conmigo.

—No debes haber sido lo bastante hombre para ponerle el motor en marcha —sugiero con acidez. Me inclino hacia ella para establecer un vínculo—. La cagaste. Porque, *amigo* —la palabra sale goteando sarcasmo—, no sabes lo que te perdiste.

Me enderezo y me paso una mano por el pelo.

—Y si vuelves a llamarme ‘amigo’, te cortaré las putas pelotas y te las meteré en tu boca abierta. Ahora lárgate de mi vista.

No es tan listo como la vendedora: no se da la vuelta y huye inmediatamente cuando se lo ordeno.

Pero supongo que tampoco es tan tonto como parece, porque después de unos segundos de mirar boquiabierto a Lily y a mí, tropieza al doblar la esquina y desaparece.

Lily me mira. Danilo se detiene justo en ese momento. —Lo siento mucho, Roman —la vergüenza tiñe sus mejillas.

Pero no hay razón para ello. No tiene nada que lamentar. Él es el que tiene que estar rogando por mi misericordia. El cabrón tiene suerte de que no lo haya partido por la mitad aquí mismo, en Madison Avenue.

—Puedo matarlo si quieres —digo sin pestañear.

—Es un hombre de renombre —susurra.

Me río. —Como si me importara una mierda —por ella, lo mataré con mis propias manos.

Me mira. —¿Por qué?

—Porque los cabrones como él se merecen una cuchillada rápida en la garganta, y eso solo si me

siento misericordioso. Cualquiera que te haga daño, cualquiera que te haya hecho daño alguna vez... todos están en una lista, Lily. Nadie de esa lista sobrevive.

Se estremece. —De alguna manera, no creo que estés bromeando.

Le levanto la barbilla para obligarla a mirarme. —No lo hago. Eres mi mujer. Y lo que quieras, lo tendrás.

Sonríe suavemente. Se pone de puntillas y presiona los labios contra los míos con un ligero toque.

—Quiero esto.

LILY

SEIS SEMANAS DESPUÉS

Otra fiesta.

Por si la boda no fuera suficientemente llamativa, ahora tenemos la fiesta de “Bienvenida a Lily a la familia”, y al parecer, “La familia” incluye a todos los jefes del crimen y secuaces de cinco estados y sus esposas.

Me siento, con la bata de satén puesta, en la silla de lo que Roman llama ahora mi “cuarto de preparación”, que es uno de los dormitorios de invitados remodelado y acondicionado con mejor iluminación, un lavabo, una silla y varios armarios rebosantes de todos los productos y suministros de maquillaje que una chica pueda necesitar.

Mi atuendo para la noche cuelga de un gancho al otro lado de la habitación: un vestido de talle bajo y color champán apagado, que parece absorber la luz y refractarla como un diamante.

—Tu pelo está increíble —la maquilladora, Ellis, me sonríe mientras me alisa la base de maquillaje en la frente—. No puedo creer lo largo que es ahora. Desde que nos conocimos, parece que ha crecido medio metro. Y es tan bonito.

—Gracias —murmuro sonrojada. Los halagos son agradables, aunque me cuesta acostumbrarme.

—Oí hablar a los del catering mientras preparaban todo —me alza la barbilla y sigue trabajando mientras habla—. Dijeron que les encanta venir aquí para las fiestas que organizas.

—Ha sido bueno trabajar con ellos —digo.

También me ha costado acostumbrarme: ser la jefa. La reina de la casa.

Toda mi vida me han dicho lo que tenía que hacer. Mi padre, mi hermano, el mundo en general. Y, justo cuando pensaba que había acabado en un mundo aún más restrictivo, el duro y brutal mundo de la Bratva Sorokin, me encuentro a mí misma dando órdenes.

Sigo esperando chasquear los talones y despertarme de vuelta en Kansas cualquier día de estos. De momento, no ha ocurrido.

Ellis pasa de alisar la base de maquillaje a aplicar color y definición y tono y sombra a cualquier otra parte de mi rostro antes de rematar el look con un pintalabios.

—El matrimonio realmente te sienta bien.

Me gira hacia el espejo para admirar su obra. Ya veo lo que quiere decir. Tengo un... bueno, no sé muy bien cómo llamarlo. *Cosmopolitan* lo llamaría “brillo eufórico” o algo así. Parece bastante cercano.

Tengo los ojos brillantes, el pelo suave y luminoso. Tengo buen aspecto.

Antes de que Ellis pueda engatusarme más, la puerta se abre y una de las mujeres que atienden la mansión, Lucy, entra con un joyero. Parece que lleva una bomba, con los brazos extendidos y los ojos muy abiertos.

—¿Otra? —suspiro.

Ella asiente con cautela. —Esto se siente diferente, señora.

Hasta ahora, Roman me ha regalado mi anillo de boda, cuya piedra central hace que el iceberg que arrasó el Titanic parezca pequeño; una pulsera con más diamantes que Liberace; un colgante de rubí que dice que le recuerda a los tacones Louboutin de nuestro primer día de compras en Madison Avenue; una tobillera tan delicada que todavía me da miedo ponérmela y un anillo de diamantes para el ombligo, a juego con los pendientes de diamantes que me regaló cuando volvimos de la luna de miel.

La caja de hoy es un cuadrado de terciopelo azul. Lucy la coloca con cuidado sobre la cómoda.

Abro la bisagra delantera. Cuando veo lo que hay dentro, se me corta la respiración.

—Joder.

Diamantes y esmeraldas. Concretamente, una gargantilla con diamantes y esmeraldas. Puede que a Roman le guste llamarme su princesita, pero me viste como a una reina con joyas a la altura del título.

Escucho un carraspeo y alzo la vista para ver al hombre de pie en la puerta. Vestido con su esmoquin. Precioso. Relajado y sonriente.

—Fui a todos los joyeros de la ciudad buscando algo tan bonito como tú, pero esto es lo más cerca que puedo llegar.

Todas las mujeres que se apresuraban a prepararme desaparecen de la habitación a la vez.

Entonces solo estamos él y yo.

Últimamente dice muchas cosas así. Cosas dulces que aún hacen que se me caliente el corazón y se me enrosquen los dedos de los pies. Cosas que hacen que lo desee, que me guste, que lo anhele.

Una combinación peligrosa, puesto que él ya tiene todo el poder en nuestra relación.

No digo nada. Verlo caminar hacia mí es una experiencia religiosa, que exige una reverencia silenciosa.

Roman gruñe por lo bajo cuando llega hasta mí. Luego, saca la gargantilla de su caja y me la pone en el cuello mientras yo me sujeto el pelo.

—¿Cómo se ve? —pregunto.

Me tira de la silla y me palmea las caderas. —Como un puto sueño, *moya zhená*.

Me mete la mano en la bata, me suelta el pecho y se inclina para llevarse un pezón a la boca.

El poder del habla siempre se va primero cuando hace eso. —R-Ro-Roman... —es todo lo que puedo tartamudear. El poder de mantenerme erguida será lo siguiente si continúa así—. Nuestros invitados...

Pero, justo en ese momento, deja que su mano libre vague hacia el sur. Encuentra mis bragas, las aparta y me acaricia a través de mi humedad.

—Que se jodan —gruñe Roman—. Que se jodan los invitados.

—No —digo con una sonrisa socarrona—, *jódeme* a mí.

—Con mucho gusto.

Con la mano en mis caderas, nos acerca al espejo dorado de cuerpo entero que ocupa toda una pared del camerino.

—Mírate, *kiska*. Míranos.

Me rodea la cintura con un brazo y me apoya el otro en la cadera. Mientras disfruto de nuestras reflexiones, me aparta lentamente el pelo de la nuca y me besa desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula.

—Eres una puta visión —canturrea entre beso y beso—. Una reina digna de un rey.

Sus musculosos brazos se tensan contra las mangas del esmoquin. Su pelo oscuro es perfecto, lo bastante despeinado para ser informal. Ansío pasarle las manos por encima.

Pero no puedo llegar tan lejos, así que apoyo una mano en su muslo. Suspiro, inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—No —corrige enseguida—. Abre los ojos. Mírame.

Como siempre, mi cuerpo reacciona antes de que mi mente consciente procese la palabra. Mis ojos se abren de golpe.

—Ayúdame a tocarte —me ordena en ese tono bajo y ronco que me enciende el corazón.

Dios mío. No solo me encanta cuando me dice lo que tengo que hacer con tanta autoridad en su voz. Me encanta que lo ponga cachondo ver cómo me toca.

Toma mi mano entre las suyas. Juntos nos deslizamos lentamente por mi torso. Abrimos el nudo de la bata, que cae a ambos lados.

Tardamos un largo minuto en cruzar la distancia desde mi cadera hasta mi centro. Pero al final lo conseguimos. Me insta a que me meta uno de mis dedos con manicura perfecta. —Despacio —me ordena, mientras me hace círculos lentos y tiernos en el clítoris.

Su nombre vuelve a salir de mí como un suspiro: —Roman...

—Tengo una sorpresa para ti más tarde —me susurra al oído—. Si eres una buena chica.

—¿La gargantilla no fue suficiente?

—Planeo darte el mundo entero, *kiska*. Un regalo cada vez.

Siento la evidencia de su excitación clavándose en la parte posterior de mi muslo.

Con la mano libre, la rozo. —¿Quieres que me encargue de eso? —se me hace la boca agua por probarlo. ¿Por favor?

Sonríe. —No tienes que hacerlo.

—No ruego por cosas que *tengo* que hacer, Roman. Lo hago por cosas que quiero.

Se ríe entre dientes. —Empiezas a sonar como yo.

—¿Es eso tan malo?

Ladea la cabeza, considerándolo. —En este caso, no.

—Te quiero en mi boca, Roman. Por favor.

Se ríe de nuevo y levanta las manos en señal de derrota. —Lo que la princesa quiere, lo tiene.

Sonriendo, me doy la vuelta y me arrodillo. Le bajo la cremallera de los pantalones y libero su polla.

En cuanto sale, lo devoro al instante. Voy a tener que retocarme el maquillaje, pero cada remolino de mi lengua y cada chupada se gana un gemido o un empujón o un resoplido hasta que los huevos de Roman se tensan y su cabeza cae hacia atrás y, Dios mío, eso merece tanto la pena.

—Lily, vas a...

Redoblo mi esfuerzo. Empieza a apartarse, pero lo mantengo en su sitio. Me lo saco de la boca y lo acaricio con las dos manos mientras murmuro: —Pues hazlo, Roman. Quiero esto. Quiero tu sabor en mi lengua. Y no pararé hasta conseguir lo que quiero.

—*O moy grebanyy bog...* —gruñe en ruso.

Tres golpes más y se corre en mi garganta con un rugido ahogado. Le ordeño hasta la última gota.

Cuando ya no queda nada, suspira y me ayuda a levantarme. —¿De dónde has salido? —gruñe asombrado.

—De tu peor pesadilla.

Se ríe. Pero, antes de que pueda responder, un golpe en la puerta lo interrumpe. Mientras va a ver quién es, me vuelvo a atar la bata y examino los desperfectos en el espejo. Tendré que retocarlo yo misma. No puedo llamar a la maquilladora, a menos que quiera morirme de vergüenza cuando se dé cuenta de que estropecé el trabajo que ya había hecho porque se la chupé a su jefe en la sala de maquillaje.

El de la puerta es uno de los empleados de la casa. —Sus invitados han comenzado a llegar, señor.

—Bajaremos enseguida —pero en vez de irse, cierra la puerta y me mira—. No fue justo por mi parte no dejar que te corras, ¿verdad?

Me encojo de hombros como si no importara. Como si no estuviera temblando de necesidad. —Está bien.

—Conozco ese tono. Estás esperando a que baje para poder encargarte tú.

Sonrío tímidamente. —Nunca haría algo así.

Sonríe. —Si esperas hasta esta noche, me aseguraré de que tu sorpresa valga la pena.

—Para ti es fácil decirlo. ¿De qué tipo de sorpresa estamos hablando?

Se acerca de nuevo y me besa lánguidamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. —Digamos que la joyería no es la única tienda que he visitado hoy.

—Bastante vago, Sr. Sorokin —bromeo—. Algunos incluso dirían críptico.

Sus ojos oscuros brillan. —No se llega tan lejos como yo en este mundo sin preservar un poco el secreto.

—Sí, sí, sí, lo que usted diga, Sr. Hombre Internacional del Misterio —poniendo los ojos en blanco, camino para descolgar mi vestido—. Santo cielo —digo mientras lo recojo—. ¿Esta cosa tiene suficiente pedrería? Voy a estar caminando con un chaleco antibalas de diamantes toda la noche.

—Sobrevivirás.

—Puede que esté demasiado cansada para esta sorpresa —bromeo.

Se ríe a carcajadas. —Sí, claro. Eres insaciable.

Me sonrojo, me quito la bata y empiezo a ponerme el vestido. —Puede que me conozcas demasiado bien.

—Sé lo que moja a mi princesita.

Me sube el rubor a las mejillas. —Deja ese tipo de lenguaje para más tarde.

—Vístete y baja —dice con una sonrisa burlona. Comprueba su reloj—. No te entretengas. Te estoy cronometrando para asegurarme de que te ganas la sorpresa.

Con eso, se marcha.

No haría falta más que un par de roces rápidos para que explotara, pero no lo hago. En lugar de eso, hago lo que me ha ordenado mi marido y espero. Aunque estoy ardiendo y palpitando entre las piernas mientras me visto, me arreglo la cara y salgo del camerino.

Es hora de ser la señora de la casa. La reina de Roman Sorokin.

LILY

Cuando entro en la sala donde la gente espera a que la llamen para cenar, veo a diez o veinte invitados ya mezclados. A algunos los conozco de vista, a otros solo por su reputación.

No tengo que saber nada para saber que son todos asquerosamente ricos y corruptos hasta la sangre.

Pero nadie en todo el lugar está tan espectacular en sus trajes y esmóquines como Roman. Está más alto, más recto, más fuerte, sin duda más guapo. Hay algo que decir sobre los trajes a medida y los hombres guapos que los llevan. Varias cosas, en realidad.

Sus ojos se clavan en mí de inmediato. Cuando me hace señas para que me acerque, siento una calidez similar a un contacto físico.

Cuando me acerco, sonrío y me rodea con un brazo. —Ahí está —murmura.

—Espero no entrometerme en nada privado —digo con cortesía.

Los capos y subjefes con los que habla no pueden ocultar la lujuria en sus ojos, ni sus mujeres pueden ocultar los celos.

Pero entonces todos ven la forma en que Roman me toca, la forma en que me mira, y saben que les costaría las pelotas si dejaran que sus miradas se detuvieran, aunque fuera un momento de más.

—Tonterías —dice Roman—. Mi mujer es bienvenida en cualquier sitio. ¿No es cierto?

Todos en el círculo asienten con fervor, como si Roman estuviera manejando sus cabezas con hilos de marioneta.

—Eso es lo que pensaba. Ahora, si nos disculpan —añade al grupo—, deberíamos ir a jugar a ser buenos anfitriones durante un rato.

Es una salida elegante y sin esfuerzo. No esperaba menos. Nos da la vuelta y serpenteamos hasta el borde de la habitación.

—¿Tan mala es la conversación? —me burlo.

Hace una mueca. —¿Era obvio que no soporto a esos malditos italianos?

—Solo para mí, creo.

—Bueno, me salvaste de tener que fingir por más tiempo. Fuiste exquisitamente oportuna.

—Hago lo que puedo.

Me hace girar para que me aleje y me mire de arriba abajo. —Sí —murmura—, desde luego que sí.

La multitud de la sala circula y balbucea. Percibo que todo el mundo nos mira en todo momento. Pero, cuando Roman me mira así y dice cosas como esas, es como si el mundo entero desapareciera y estuviéramos los dos solos.

—Te estás sonrojando —observa Roman con una sonrisa burlona.

—Sigo preguntándome si eso acabará un día de estos —suspiro, llevándome una mano a la mejilla.

—No si puedo evitarlo.

Le doy un manotazo en el brazo. —¿No tienes subalternos a lo que ordenar cosas?

Se ríe entre dientes y vuelve a rodearme la cintura con un brazo. —Todo esto es una mierda. Todos vienen a llamar mi atención.

—¿Y lo consiguen?

—No —dice solemnemente—. Solo tú.

Hacemos la ronda durante un rato. Me río y sonrío cuando se supone. Roman es un anfitrión consumado, lo cual es sorprendente y no tanto.

En cierto modo, resulta extraño verlo departir y pontificar con la crème de la crème de la realeza de la mafia de Chicago.

En otros sentidos, es lo más natural del mundo. Nació para esto.

Al cabo de media hora, la encargada del catering entra en la sala y hace sonar una campanilla. —La cena está lista, si me siguen —anuncia.

Entramos en fila en el comedor. Una gran mesa nos espera. Roman ocupa su lugar en un extremo y yo camino hasta el otro. Siento su ausencia de inmediato, echo de menos su calor junto a mí.

Las mujeres me siguen a mi extremo de la mesa. Los hombres van hacia Roman. La disposición de los asientos no es precisamente progresista, pero así es la vida en los bajos fondos, supongo. La política de género del siglo XXI aún no ha penetrado aquí.

La mayoría de las esposas son mayores que yo. Algunas se atreven a hacer muecas, a mirarme por encima del hombro, como si fuera una niña tonta que juega a disfrazarse.

Pero sé quién soy. Sé lo que mi nuevo apellido significa ahora para mí.

Búrlense, señoras. No pueden tocarme.

Cenamos un coquillage de marisco, panceta de cerdo, faisán asado, uno de los favoritos de

Roman, y crujientes coles de Bruselas. El postre es una tarta de chocolate y almendras con caramelo de plátano y ron.

Todo es fenomenal, por supuesto. Los servicios de catering tienen su reputación por algo, y saben que tienen que dar lo mejor de sí cuando trabajan en casa de los Sorokin.

Pero, por una vez, solo por diversión, quiero servir a estas estiradas y presumidas esposas de la mafia algo como hamburguesas con queso para poder reírme de la grasa goteando sobre sus pedrería y tules.

Hablo educadamente con todo el mundo. También miro furtivamente a Roman durante la comida. Reina en el extremo opuesto de la mesa como un emperador medieval. No sé si es miedo o asombro lo que hace que la gente lo mire con tanta fijeza.

Probablemente las dos.

Luego de la cena, nos trasladamos al salón de baile para que empiece la música y, sobre todo, la bebida.

—Necesito una copa —digo cortésmente, excusándome de una de las mujeres mayores que me tiene atrapada en una conversación sobre cortinas desde hace quince minutos. Sin esperar respuesta, me abro paso entre la gente hacia la barra.

—¿Puedo ofrecerle algo, señora? —me pregunta el camarero cuando me acerco.

—Tomaré una copa del cabernet sauvignon —decido.

—Enseguida.

Mientras me sirve la bebida, vuelvo a echar un vistazo a la habitación. Mi mirada se centra en mi marido. Está en el centro de un grupo de hombres que lo admiran tanto como le temen.

Me gusta ver eso. Entiendo bien el sentimiento.

No hace mucho, mi marido me aterrorizaba. Ahora no sé lo que pienso de él, o al menos no sé cómo expresarlo con palabras.

Dejo que nuestros cuerpos hablen por nosotros.

—Aquí tiene, señora.

Tomo mi copa y me dirijo al pasillo del baño. Está oscuro: se ha fundido una bombilla. Pero, cuando me giro para avisar a alguien del personal para que me la cambien inmediatamente, alguien se cruza en mi camino.

Floriano Verratti.

El viejo y gordo italiano me agarra el codo cuando tropiezo con él. Tampoco me suelta enseguida. En lugar de eso, se inclina y me olfatea. Tampoco esconde lo que hace. Ni siquiera lo intenta.

—Me encanta el olor de una mujer que necesita echar un polvo —ronronea asquerosamente.

Tengo ganas de vomitar. Está sudando desde la coronilla de la calva hasta el cuello de la camisa,

que le oprime el grueso cuello.

—Es una forma repulsiva de saludar —digo.

Me zafo de su agarre e intento apartarme de él, pero levanta una mano. Eso no me disuade, así que la usa para tocarme una teta y empujarme con fuerza contra la pared.

Retrocedemos hacia las sombras, donde nadie puede vernos.

—¿Qué demonios estás haciendo, Floriano? —siseo.

—No digas mi nombre así, pequeña Benedetti. Suena tan mal en tu boca. Mejor llámame ‘papi’ —sigue apretándome la teta como si fuera una ubre. Luego, aprieta sus caderas contra las mías y se lanza a besarme.

Giro la cabeza para hacer arcadas. Dios, quiero que Roman venga a buscarme ahora mismo para salvarme de esto.

Tacha eso: tengo que salvarme yo misma.

Justo cuando la mano de Floriano va a por el oro y me levanta el dobladillo del vestido para poder llegar más lejos, le tiro el vaso de vino a la cara, me zafo de su agarre y salgo corriendo del pasillo.

Vuelvo hacia Roman con toda la calma que puedo, pero es más un medio trote que un paseo tranquilo. Está en el centro de otro nudo de hombres.

Esta vez no me importa interrumpir, y me pego a él todo lo que puedo. Me sonrío, ajeno a mi corazón acelerado, a mi respiración entrecortada y a mis ganas de meterme en su abrigo y esconderme.

Quiero contarle lo que pasó, pero no encuentro la voz y no puedo dejar de temblar. Así que me quedo pegada a él el resto de la noche. Cuando Roman se acerca a la barra, lo acompaño. Cuando se sienta, me siento a su lado.

No vuelvo a probar ir al baño hasta que él lo hace. Para entonces, la bombilla se cambió y ya no hay oscuridad.

Pero la luz no borra lo que ya ocurrió.

Puedo matarlo si quieres. Me dijo eso de Joey Gallo no hacía mucho, nada menos que a plena luz del día. Entonces me horroricé. No quiero que alguien muera solo por tocarme.

Pero ahora estoy al lado de Roman, considerando si sentiría o no la misma vergüenza por pedirle que acabara con Floriano Verratti.

El italiano es un cerdo. Un canalla. Un criminal. Sería un servicio público para el área metropolitana de Chicago acabar con él.

Pero sigo sin poder hacerlo. No puedo pedirle a mi marido que mate por mí.

Ni siquiera a un bastardo que se lo merezca.

ROMAN

TRES DÍAS DESPUÉS

Estoy aburridísimo. Por desgracia, estoy atrapado en una reunión con mi padre y mis hermanos. Ninguno es tan agradable de ver como mi esposa.

Mi padre lleva quince minutos seguidos quejándose sobre mantener una posición fuerte en el puerto. —... ¡Perder esa zona nos perjudicaría! —dice—. Necesitamos el...

—Sí, lo entendemos —le respondo ácidamente. Empieza a dolerme la cabeza de tanto escucharlo—. Ya lo has dicho. Perder esa zona nos perjudicaría. Necesitamos los ingresos que obtenemos de los impuestos a todas las importaciones y exportaciones. Mierda. Lo entendemos, padre.

No se equivoca. Como cobramos a las diversas organizaciones delictivas de la ciudad en función del valor del producto que transportan dentro y fuera del puerto, es una línea de negocio lucrativa, por no decir otra cosa.

Estoy cansado de escucharlo decirme mierda que ya sé.

Mi padre abre la boca para reñir, pero una mirada mía lo calla. Sabe quién tiene ahora el poder en esta casa.

Misha se aclara la garganta en el tenso silencio. —Si vamos a cambiar de tema, tengo algo.

—Adelante —le digo.

—Se nos avecina un posible problema —dice sombríamente—. Arturo ha desaparecido del mapa. Mi información dice que planea rescatar a su hija.

Eso funciona. De repente, estoy muy involucrado en la reunión.

—¿Qué información? ¿Cuándo surgió esto?

—Encontramos a uno de sus chicos intentando entrar en el almacén del muelle. Le preguntamos quién lo envió, lo convencimos de que confesara, ya sabes cómo es. Dice que Arturo va a empezar a golpear nuestros intereses para desviar tu atención de tu, y cito, ‘prisionera’ —hace una pausa y luego añade socarronamente—: Aunque, si me preguntas, no parecía muy prisionera la otra noche.

—Por supuesto que no. Porque no es una prisionera. Es mi jodida esposa.

—Sí, o tu collar, a juzgar por cómo estuvo colgada de tu cuello toda la puta fiesta —comenta

Kaz riendo.

—Dime entonces, hermano —gruño—, ¿cómo debe actuar una buena esposa?

—¿Una esposa *comprada*, quieres decir?

Aprieto el puño. Hermano o no, Kaz está a una sonrisa de conocer a su creador. —No la compró —señala Misha con una sonrisa pícaro—. La ganó limpiamente en una partida de póquer. Gran diferencia, ¿no?

—¡Basta!

Ahora me alegro por la presencia de mi padre. Me alegro por Kaz y Misha, al menos. Salvó la vida de sus otros hijos al interrumpir.

—Tenemos que decidir qué hacer si Arturo hace una jugada por la chica —añade—. Es un asunto de negocios.

La idea de que ese viejo cabrón de Benedetti venga por Lily me hace soltar una risita. —Dejemos que el viejo cabrón lo intente —digo—. Le cortaré la pierna y lo mataré a golpes con ella.

Mis hermanos asienten, están en la misma página que yo.

Pero mi padre frunce el ceño. —Arturo fue una vez amigo de la familia. Es una pena que la debilidad lo haya sacado del juego.

—Amigo de la familia o no, hay líneas que no se pueden cruzar.

Padre asiente en señal de comprensión. Sabe cómo se juega a esto. —Mientras entiendas lo que debe hacerse para proteger la reputación de la Bratva.

Si Arturo hace un movimiento, me tocará a mí sacarlo del juego, por así decirlo, para siempre. Nunca dudé en ensuciarme las manos cuando es necesario. No empezaré ahora.

—Hablando de bastardos italianos, ¿escuchaste a Floriano la otra noche? —pregunta Kaz—. Todavía se está quemando vivo por haber perdido a la chica por tu culpa.

Eso me divierte. —¿Sí? Qué pena.

Asiente con la cabeza. —Sí. Esa chica vale...

—Se llama Lily —interrumpo con frialdad.

Misha arquea una ceja. Le lanzo una mirada fulminante. Sabiamente, decide guardar silencio.

—Lily. Bien. En fin —Kaz sacude la cabeza—. Verratti va por ahí alardeando de cómo acabará contigo. Dice que se llevará a tu chica. Nos sacará de la cima de la cadena alimenticia y... ya sabes, mierdas así.

Frunzo el ceño. Que Arturo me amenace es cosa de risa.

Floriano es más peligroso.

Aunque eso no significa que me preocupe más. Desde mi punto de vista, ambos hombres son

cucarachas. Si se aventuran demasiado cerca, los aplastaré bajo mi talón.

—Floriano Verratti es un fanfarrón pomposo —digo con desdén—. No me preocupa en lo más mínimo.

Mi padre interviene: —Roman, sería prudente considerar...

—No —interrumpo—. No vamos a considerar nada. No vuelvas a decir el nombre de ese hijo de puta. Por lo que a mí respecta, la sola amenaza que hizo acaba de firmar su sentencia de muerte. Cuando me convenga, lo ejecutaré. Próximo tema.

Padre asiente. —Muy bien. Deberíamos... —pero, antes de que pueda terminar su pensamiento, se disuelve en un ataque de tos violenta.

Kaz le golpea en la espalda mientras Misha le trae un vaso de agua.

Los aparta a ambos cuando el ataque cede y grazna: —Deberíamos centrarnos en Kane Ito.

Frunzo el ceño. —¿Por qué Ito?

Ito es el jefe de la banda japonesa Yakuza. Un hijo de puta notoriamente violento y rencoroso.

—Uno de los albaneses mencionó algo al respecto en la fiesta de la otra noche. Parece creer que Ito está en la periferia, agitando las cosas. Forzando su camino en áreas que pertenecen a otros. No está satisfecho con cómo están las cosas ahora.

Sin embargo, no me importa un carajo Ito, como tampoco me importan un carajo Arturo Benedetti o Floriano Verratti.

Mis pensamientos están arriba, con mi mujer. Bajo la superficie de la mesa de la sala de reuniones, mi mano hormiguea con el deseo de tocarla. Oír sus gemidos, besarla entre las piernas, enterrarme dentro de ella.

Hace que sea jodidamente difícil concentrarse en los negocios.

—A la mierda Ito —digo desdeñoso—. Él no es una preocupación.

Misha interviene: —Yo digo que hagamos una de Karate Kid con el hijo de puta y lo metamos en un ataúd.

Sacudo la cabeza y repito. —No vale la pena el esfuerzo. Ito no es una amenaza.

—Cualquiera puede ser una amenaza, Roman —Misha me mira con ojos entrecerrados. Me pregunto si puede ver cómo se divide mi atención.

—No estaba abriendo el tema para seguir discutiendo, *sobrat* —le digo fríamente—. He terminado de hablar de Ito. De hecho, he terminado con toda esta reunión. Lárguense de mi casa.

Están acostumbrados a mi brusquedad, pero creo que incluso el testarudo de Kaz nota que hay una capa extra de irritación en mi tono en este momento. No protestan, recogen sus cosas y salen por la puerta que da al garaje.

Espero hasta que el sonido de sus motores encendiéndose y apagándose desaparece por completo. Necesito una copa y un polvo, no necesariamente en ese orden.

Suspirando, me levanto y me dirijo al dormitorio. Pero, cuando abro la puerta, Lily salta como si la hubiera pillado infraganti.

Frunzo el ceño al instante. No es la primera vez que se sobresalta por nada. Estuvo muy inquieta estos dos últimos días.

—¿Qué pasa?

Espero algo. Una negación, sarcasmo... algo. En lugar de eso, rompe a llorar y lanza su cuerpo contra el mío.

¿Qué coño?

La abrazo y dejo que se aferre a mí mientras entro y nos siento en el sofá. Está sollozando histéricamente. —Háblame, *kiska*.

Resopla, suelta un último sollozo y alza la barbilla para mirarme. —No te lo he dicho porque...

Se me acelera el pulso. —¿No me has dicho qué?

—No quiero que te enfades...

—Dime qué pasó, Lily.

—La otra noche... en la fiesta... —tarda mucho en salvar la distancia entre las palabras.

Su voz es ronca y quebrada. —Fui a... tomar una copa, y luego al baño. Pero la luz estaba apagada. La luz del pasillo. Así que no lo vi venir.

—¿A quién? —se me revuelve el estómago—. ¿Quién?

—F... F...

Lo sé antes de que ella lo diga.

—Floriano.

Parece que el aire de la habitación se enfría rápidamente. —¿Qué hizo?

—Me agarró —susurra con una voz tan pequeña que apenas puedo oírla.

La rabia hierve bajo mi piel, una rabia del tipo que provoca la muerte. —¿Te ha tocado? ¿En mi casa? ¿En mi puta casa?

Puedo saborear la furia y sabe a sangre. La sangre del puto Floriano Verratti.

Lily se encoge más en mis brazos. —Roman, por favor... No le hagas daño. No es para tanto. Ni siquiera quería decírtelo, simplemente me asusté. Y... lamento haberlo mencionado ahora.

¿Siente haberlo mencionado? —Lo mataré. Nadie toca lo que es mío.

Es difícil concentrarme en mi esposa en mis brazos cuando estoy viendo rojo y soñando con aplastar la cara de Floriano con mis propias manos. La veo asentir tímidamente con la cabeza.

—Tuya —dice ella—. Cierto.

Vuelvo a centrar mi atención en Lily. —¿Pasa algo?

Ella sacude la cabeza. —Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—No vayas tras él personalmente. Me siento... a salvo, por fin. Aquí. Contigo —pone su cara en mi pecho—. No podría soportarlo si te pasara algo.

¿Quiere que deje que otro tenga el placer de manchar a Floriano? No puedo. No lo haré. Me haría parecer débil, y nunca he sido débil ni un segundo en toda mi maldita vida.

No es una opción.

Así que, en lugar de contestar, hago lo que llevaba soñando desde que empezó la reunión con mis hermanos y la subo a mi regazo. Se adapta como si hubiera nacido para estar ahí.

Y cuando sus labios se encuentran con los míos, saboreo la ferocidad de su beso.

—Quizá no soy el único que ha estado fantaseando las últimas horas —murmuro con una risita baja entre beso y beso.

Ella gime casi lastimeramente. —Te necesito, Roman.

Sus manos se agitan frenéticas sobre mí. Me quita la chaqueta de los hombros y me abre la camisa de un tirón, de modo que los botones se desparraman y rebotan en el suelo de madera. Sus dedos me recorren desde el pecho hasta el estómago.

La tímida *kiska* que gané en una partida de cartas ha desaparecido. La mujer en mis brazos sabe lo que quiere.

Sus manos bajan hasta mi cremallera y liberan mi polla. Me desabrocha el cinturón, lo tira a un lado y me baja los pantalones hasta la mitad de los muslos.

A horcajadas sobre mí, se sube el dobladillo del vestido, se aparta las bragas y me alinea con su abertura.

Entonces, baja sus caderas sobre mí y veo las putas estrellas.

Al principio, cabalga despacio mientras se adapta a mí. Pero no tarda mucho en apretarme con fuerza y yo la follo hasta el fondo. El orgasmo crece en mis pelotas. Más impaciente que nunca.

—Roman... —gime. Se aferra a mis hombros como si fuera a derretirse si me suelta. Y, cuando intento quitarle una mano de las caderas para no deslizarme del sofá, grita—: ¡No! —y pone su mano sobre la mía para inmovilizarla.

Hay una desesperación aquí que no estoy seguro de entender completamente. No me mira, pero me folla como si fuera lo único que importa.

Unos cuantos empujones más tarde, empuja sus tetas contra mi pecho, arquea la espalda y suelta el gemido más fuerte hasta la fecha. Sus caderas chocan con las mías.

—Moya *kiska* —gruño.

Sigue subiendo y bajando, una y otra vez, hasta que ya no puedo más, hasta que el mundo se estrecha y solo estoy con ella, sus gemidos, sus jadeos y sus lamentos. En cuanto se corre, yo también lo hago.

Nos tumbamos juntos, desplomados en un charco de carne sudorosa en el sofá. Hay cosas que queremos decirnos. Las siento como un vapor en el aire.

Pero todavía no. Ahora no. Ni siquiera sé si conozco las putas palabras para lo que quiero expresar.

Qué violento me pondré para protegerla.

Cómo recorre mis pensamientos a todas horas, incluso cuando los negocios exigen mi atención.

Debería relajarme y disfrutar de este momento, pero un pensamiento sigue asomando su fea cabeza por mucho que intente ignorarlo: Floriano Verratti tocó a mi mujer.

Ese grasiento italiano hijo de puta le puso las manos encima cuando era huésped en mi casa.

Ya he jurado que lo mataré cuando llegue el momento. Bueno, este es el puto momento. Pero la suya no será una muerte fácil. Será larga, lenta y sangrienta.

Y yo me encargaré de todo.

—¿Roman? —Lily me mira—. Te lo vuelvo a pedir: prométeme que no irás tras él. Tú no. Envía a alguien si es necesario, pero... tú no.

Su voz es suave y dulce. Pero hay miedo sincero en su tono. —Sabes que no puedo hacer eso, Lily.

Se sienta erguida. —Por favor. Te lo pido como un favor personal para mí.

Sacudo la cabeza. —Tiene que saber que no puede ponerle las manos encima a mi mujer.

No le digo que su padre correrá la misma suerte si intenta hacer lo mismo. Ella no necesita esa carga añadida ahora mismo.

—Roman... —su voz se quiebra—. Te lo ruego. Solo... deja que otro se encargue. Cualquiera menos tú. Si te hacen daño, yo... yo... —una sola lágrima suya salpica mi pecho.

Mierda.

Gruñendo, concedo. —Bien. No tocaré a Floriano yo mismo. Pero estaré allí para asegurarme de que suceda.

Es lo mejor que puedo hacer por ella. Lo mejor que puedo ofrecer en esta situación. Por ella.

—Pero el hijo de puta va a morir por lo que te hizo. Lenta y dolorosamente.

Ella asiente y pone su oreja sobre mi corazón. La llevo a la cama después de que se duerma, y es tan dulce y pacífica como mi vida lo ha sido nunca.

Pero, cuando llegan los sueños, son sangrientos.

LILY

Ya está amaneciendo cuando despierto acurrucada a su lado. Por primera vez en mi vida, no estoy preocupada por lo que me deparará el día. No estoy triste, ni deprimida, ni desesperada. Ahora ni siquiera echo de menos Julliard, ni la vida que imaginaba que tendría allí.

Soy feliz. Estoy a salvo.

Y es gracias a él.

No sé cómo describir lo que siento por Roman estos días. Incluso llamarlo “sentimiento” me parece abrumador. Solo sé que la idea de que lo lastimen me aterroriza, y la idea de tenerlo cerca me emociona.

Hablando del diablo, se revuelve y abre un ojo. —Me has despertado —murmura—. Estás pensando demasiado alto.

—Lo siento.

—No te disculpes —gruñe—. Compénsame.

Como de costumbre, Roman toma cartas en el asunto. Me agarra por las caderas y me tumba encima de él. Grito y me río, pero suelto un grito ahogado cuando noto su polla endureciéndose entre las sábanas amontonadas que nos separan.

—Alguien se ha despertado *muy* deprisa —me burlo señalándola.

—Nunca me dormí, la verdad —se ríe Roman.

—Mm, me gusta cómo suena eso. ¿Soñaste conmigo?

Algo pasa brevemente por sus ojos, como un eclipse. Desaparece tan pronto como apareció y me pregunto si me lo inventé todo. Y, cuando me pasa el pulgar por el clítoris, me olvido por completo.

—Por supuesto —dice—. Pero no querrás oír hablar de esas tonterías.

—Por el contrario, yo creo que, de verdad, de verdad quiero oírlo.

—Bueno —reflexiona—, empezó muy parecido a esto, en realidad...

Desliza un dedo dentro de mí y lo enrosca hacia él. Apoyo las manos en su pecho y gimo

suavemente.

—¿Qué pasó después? —jadeo.

—Esto —me empuja hacia abajo y me besa con la boca abierta. Su aliento es cálido y su polla sigue presionando entre mis muslos. Últimamente dormimos desnudos, así que la fina barrera de la sábana es lo único que le impide deslizarse dentro mío.

—Sigue —susurro.

—No sé, *kiska* —se burla—. Llegaré tarde a mi reunión.

Me acaricia de nuevo el clítoris y yo balbuceo, a punto de correrme sobre su mano. Es tan fácil para él hacerme explotar. Casi me avergüenzo de lo rápido y frecuente que es.

—No si... Dios mío, no pares... no si tengo algo que decir al respecto.

Luchando contra las temblorosas sensaciones que me recorren, libero su polla de debajo de las sábanas y empiezo a acariciarla con las dos manos. Las puntas de los dedos no llegan a rozar su grueso tronco.

Ahora me toca a mí arrancarle gemidos de lo más profundo de su pecho. Me encanta verlo así, retorciéndose y sacudiéndose ante mis caricias. Me hace sentir tan sexy, tan poderosa.

—Lily...

—¿Decías algo sobre una reunión...?

Sigo acariciándole hasta que por fin esboza la sonrisa que más me gusta. Es la que significa que me estoy saliendo con la mía.

—Mm, bien. Que se jodan. No pueden empezar sin mí de todos modos.

—Eso es lo que pensaba —me río, aunque la risa muere en mis labios en cuanto él entra en mí.

A partir de ahí, todo va muy rápido. No tardamos mucho en gritar, jadear y agarrarnos el uno al otro, mientras soportamos las ondas expansivas de nuestros orgasmos.

Después, nos tumbamos en una maraña de miembros recuperando el aliento.

—Es que siempre se pone mejor —no era mi intención decirlo en voz alta, pero como siempre me pasa después de tener sexo con Roman, no me controlo ni a mí misma ni a mis pensamientos ni a mi boca ni a mis manos que no pueden dejar de tocarlo.

—Y siempre será así.

Me río. —¿Incluso cuando seamos viejos?

Se ríe entre dientes y me abraza con más fuerza. —Sobre todo cuando seamos viejos. Piensa en toda la experiencia que habremos acumulado. Además... —me besa la cabeza—. Si es malo, no lo recordaremos.

Me río. —No sé si es el final feliz que tenía en mente, pero lo aceptaré.

—Realmente tengo que ir a esta reunión —suspira.

—¿Qué se supone que haré aquí sola? —gimo seductoramente, mordiéndome el labio inferior.

Roman se ríe entre dientes. —Eso depende. ¿Qué te gustaría hacer?

Me sorprende por un momento. Nunca nadie me pregunta eso. Normalmente, solo me dicen lo que tengo que hacer. Ir a la escuela. Ir al ensayo del coro. Lavar esto, doblar aquello. Las decisiones nunca, en toda mi vida, fueron mías.

Sinceramente, ni siquiera estoy segura de saber cómo tomar decisiones por mí.

Se me ocurre algo. Es pequeño, estúpido e intrascendente, pero quizá sea el mejor lugar para empezar.

—¿Puedo ser honesta contigo?

Roman frunce el ceño. Esa nube oscura pasa de nuevo por su rostro.

Espero un suspiro antes de decir: —Odio tu sofá.

—¿Mi sofá?

—Tiene bultos y pica y no hay espacio suficiente para dos personas.

Se ríe y se encoge de hombros. —Pues cómprate uno nuevo, mi princesa.

Se levanta, se dirige a la cómoda y abre la cartera para sacar una tarjeta de crédito negra y brillante.

Basta con ver su culo desnudo y musculoso para que vuelva a desearlo. Estoy tan borracha de lujuria que ni siquiera me doy cuenta de que me está tendiendo la tarjeta hasta que dice mi nombre.

—¿Lily? ¿Te perdí por un segundo?

Parpadeo y le sonrío. —Estoy aquí.

Asiente. —Te añadiré a la cuenta en cuanto pueda, pero por ahora usa la mía.

Se me ocurre otra cosa: Ahora soy la señora de su casa. No es poca cosa.

Érase una vez que vivía aquí solo. O, si no es así, no quiero saberlo. Sea como sea, ahora me tiene a mí. Y yo lo tengo a él. Y tenemos un lugar que es nuestro, porque él me incluye, me deja tomar decisiones sobre cómo es.

Parece poca cosa. Pero importa. Importa mucho.

—¿Estás seguro?

Asiente. —Confío en ti.



CUANDO ESTOY VESTIDA con un minivestido negro de Gucci y un par de Louboutins, Danilo tiene el coche esperando, con Igor en posición de firmes junto a la puerta.

Sigue sin gustarme ir detrás, pero él insiste. —El Jefe Román no aceptaría menos —dice siempre.

Nos lleva a Igor y a mí al centro, a la tienda de muebles de Madison Avenue. —Esperaré en la puerta —me dice Igor cuando salimos del coche. Lo dice como si fuera una cortesía, pero los dos sabemos que estará escrutando a todos los peatones que pasen, en busca de cualquier señal de peligro. Debe de ser agotador estar siempre en guardia como él.

La tienda abrume a primera vista. Cuadros y lisos, lino y cuero, todos los colores bajo el sol y todas las configuraciones de diseño que la humanidad haya soñado jamás.

Doy una vuelta y examino mis opciones. El cuero encajaría bien en el esquema de diseño de Roman, pero yo quiero blanco y claro, quizá un par de cojines azul playa en un sofá en el que nos podamos hundir. Algunas sillas a juego, una otomana.

Puedo verlo todo en mi cabeza. Incluso los cuadros de la pared, algo un poco abstracto en tonos pastel con pinceladas florecientes y estallidos de color.

Y, cuando termino de pensar, encuentro exactamente lo que busco: un sofá de lino color crema, con cojines lilas y asientos y reposabrazos muy mullidos.

La vendedora se acerca. —Es una elección fabulosa y tenemos muchas piezas para complementar la sensación hogareña que crea —se golpea la barbilla con el dedo—. Déjame adivinar: estás reformando tu dormitorio y mamá te dio carta blanca.

Frunzo los labios. —No. En realidad —digo con dulzura exagerada—, estoy eligiendo muebles para mí y mi marido.

Sus cejas desaparecen en el flequillo resaltado. —Marido —asiente—. Por supuesto. Mis disculpas.

Justo entonces, siento vibrar mi teléfono en el bolso. —Hablando del diablo —le digo. Me giro y atiendo—. ¿Aló?

—Bueno, hola, *moya zhen*a —su voz, suave y profunda, me calienta como un fuego invisible.

—Acabo de dejarte hace como media hora. ¿Ya me echas tanto de menos?

—No tienes ni idea.

Me estremezco al sentir su voz. —De todos modos —digo temblando—, encontré un sofá. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Es un poco caro.

Mi mirada se desvía hacia la vendedora, que se alejó unos pasos. Lo bastante lejos como para que parezca que me deja mi espacio y lo bastante cerca como para seguir escuchando.

Por eso, casi me alegro de que Roman ladre una carcajada que estoy segura de que ella puede oír y diga: —¿Crees que no puedo permitírmelo?

Suelto una risita nerviosa. La cara de la mujer se agria aún más y pasa de guapa a fea en un abrir

y cerrar de ojos. Los celos son realmente impropios de algunas personas.

Ese pensamiento me hace reír. No hace mucho, yo habría estado celosa de ella. De su libertad, de su inocencia. De su ingenuidad sobre cómo funcionan realmente esta ciudad y este mundo, y quién manda exactamente.

—No, claro que no —digo al teléfono.

Se ríe entre dientes. —Te di la tarjeta, *kiska*. Es prácticamente ilimitada. Puedes redecorar toda la puta casa, si te hace feliz. O comprar una casa nueva. Me importa una mierda.

Me lo imagino detrás de su escritorio, una gigantesca monstruosidad de caoba, porque el hombre no ama otra cosa como ama la madera oscura y excesivamente pulida, golpeando con su bolígrafo un cuaderno forrado en cuero. La corbata torcida. El pelo peinado con los dedos en puntitos negros como la tinta.

La idea me hace retorcerme. —¿Quizás cuando termine aquí pueda pasarme por tu oficina? —sugiero.

—Cualquier otro día, me encantaría darte el tour completo —suspira—. Pero tengo reuniones todo el día. Ni siquiera estaré aquí.

Mi entusiasmo disminuye un poco. —Aguafiestas.

—Así que elige lo que quieras y te veré esta noche.

—¿Para cenar?

—¿Te gustaría?

Sonrío. —Sí, por favor.

Se ríe otra vez. Es fácil darle lo que quiere, sumisión principalmente, cuando a cambio me da pequeños placeres como su risa. —Entonces, allí estaré.

—Yo también.

—Bien. Estar en el mismo sitio a la misma hora hará que comer juntos sea mucho más fácil.

—Hm, ¿qué te hace decir eso? —me burlo.

—Siete en punto. Ropa opcional. Te veré esta noche, Lily.

Luego cuelga.

Mientras guardo el teléfono en el bolso, me doy cuenta de que estoy temblando.

Incluso desde la distancia, Roman Sorokin es suficiente para alterar mi sistema.

Saco la reluciente tarjeta de crédito negra y se la tiendo a la vendedora. —Me llevo el sofá —anuncio—. También voy a querer ver algunas piezas a juego.

Ella asiente y se marcha hacia la parte de atrás sin decir palabra.

Me quedo allí esperando, mirando a mi alrededor para confirmar que estoy comprando lo que

quiero. La tienda está bastante vacía, dada la hora, y solo hay uno o dos clientes más deambulando por la parte más alejada del local. Probablemente porque la visión del enorme bulto de Igor en la puerta disuade a los demás de echar un vistazo.

Antes de que vuelva la vendedora, alguien se acerca por detrás.

—Nos vemos atrás —me gruñe un hombre al oído.

¿Pero qué...?

Me giro.

Mi padre está de pie a escasos centímetros de mí, vestido con un traje negro tres tallas más grande y relleno con algunas almohadas para añadir circunferencia a su sección media. Lleva una peluca negra corta y bigote, pero no puede ocultar el brillo de sus ojos azules.

No puedo poner los ojos en blanco lo suficiente. Ha llevado “capa y espada” a un extremo idiota. Sobre todo porque en realidad está sosteniendo una daga literal a su lado y mirando a izquierda y derecha, como si esperara tener que usarla pronto.

Con una última mirada detrás de él, se dirige hacia la parte trasera de la tienda y se mete en una habitación marcada como “*Solo empleados*”.

No sé muy bien cómo sentirme. Teniendo en cuenta que se presentó en un lugar al que yo no le había dicho a nadie que iba y que se disfrazó de Burt Reynolds gordo para la ocasión, está claro que me estuvo observando. Esperando a que saliera sola.

Eso es perturbador en sí mismo. Pero, espeluznante o no, sigue siendo mi padre. Y si dice que nos encontremos en la parte de atrás de la tienda, al menos tengo que ver lo que quiere.

Además, quiero hacerle saber que ahora está bien. Estoy bien. De alguna manera, caí de culo en la vida que siempre quise.

Hago como que echo un vistazo al pasar. Igor está en la puerta pero no me mira. Demasiado ocupado escaneando el tráfico en busca de alguien sospechoso. Papá debe haber entrado por una ruta trasera.

Cuando me cuelo por la puerta de Solo Empleados, papá está allí esperando. Me coge por los hombros. —Deja que te mire —me gira la barbilla a derecha e izquierda—. ¿Te ha hecho daño?

—No —me encojo de hombros para evitar que me toque. Su preocupación paternal es menos reconfortante cuando el bigote de imitación apunta al norte y al sur de esta manera—. Papá, ¿qué estás haciendo aquí?

Compruebo la puerta por encima del hombro cada pocos segundos. Igor no tardará en darse cuenta de mi ausencia y localizarme.

—Ven conmigo —me empuja hacia la puerta de salida de la calle, al fondo de la sala—. Maximilian Kostokos —un gángster griego del que escuché hablar mil veces a lo largo de los años—, tiene un hijo que sería un buen marido para ti. Te casarás con él, luego Max y yo tenemos planes de negocios.

Clavo los talones. —Ya estoy casada con Roman, por si lo has olvidado —mi tono es gélido.

Roman, al menos, parece preocuparse por mí. Quizá se preocupa por mí como se preocuparía por un preciado caballo o algo así, pero eso es mejor que esto.

Papá solo se preocupa por lo que puede obtener a cambio de mí.

—¡Bah! Irrelevante. Anularemos todo el asunto. Y podrás volver a casa. Conocer al hijo de Max.

—¿Se supone que debo caer de rodillas y darte las gracias?

—Lily Benedetti... —empieza a decir.

—La respuesta es no. Si quieres que alguien se case con el hijo de Max, puedes hacerlo tú mismo.

Con la cara amoratada por la rabia, papá se abalanza sobre mí y me sacude como a un muñeco de trapo.

—¡Estoy tratando de ayudarte! Sé jodidamente agradecida.

—Oh, ¿ahora quieres ayudarme? —suelto enfadada—. ¿Dónde coño estaba ese instinto en la boda? Cuando te *suplicaba* que me sacaras de allí.

Sacudo la cabeza. Hablo más alto de lo que debería, pero no puedo controlar la rabia que me brota.

—Ahora soy feliz, papá. Y no quieres que vuelva a casa porque te importe una mierda, quieres que vuelva a casa porque *me necesitas*.

—Qué falta de respeto —gruñe—. Te crié mejor que esto.

Echa la mano hacia atrás. Cierro los ojos y espero el dolor de la bofetada de mi padre.

Pero nunca llega.

En lugar de eso, hay un borronero de sonido, viento y movimiento. Abro los ojos justo a tiempo para ver cómo una mano enorme sujeta la muñeca de papá y lo aparta de mí.

Igor lanza a mi padre contra la pared con tanta fuerza que toda la habitación tiembla. El relleno cae de debajo de la chaqueta del traje mientras Igor lo aporrea con puños y codos.

Es lamentable y ridículo al mismo tiempo. No sé si reír o llorar, y el corazón me golpea tan fuerte contra las costillas que me pregunto si se me van a romper por la presión.

Es un monstruo. No ha cambiado.

Pero, por el amor de Dios, sigue siendo mi padre.

—¡Igor! —grito—. ¡Para! —mi voz es suficiente para detener su puño, aunque solo sea por un momento. En ese breve espacio de tiempo, grito—: ¡Fuera de aquí, papá!

A la futura Lily le costará mucho explicarle esto a Roman. Pero, por ahora, todo lo que puedo sentir en mi corazón es lástima.

—Lily... —mi padre jadea. Se desliza por el suelo y se derrumba en un charco a los pies de Igor—. *Mia preziosa*...

Es el apodo cariñoso con el que solía llamarme. Pero no es la voz que me gustaba.

Y no soy la misma chica que antes adoraba el suelo que él pisaba.

Soy más fuerte.

Por un momento, en medio de todo este drama y caos, me detengo un segundo a mirar fijamente a mi padre. No cambió. Quizá nunca lo haga. Puede que el brillo de mi adoración se haya desvanecido y haya mostrado a la basura de ser humano que siempre estuvo debajo.

—Vete —le digo cansada—. Y papá —espero a que me mire porque necesito que sepa que lo digo en serio—, probablemente sea mejor que olvides que me conociste.

Silencio. Aturdido, frígido silencio.

Entonces, con un gemido, mi padre se pone en pie y sale corriendo por la puerta. El relleno de la almohada marca su camino como migas de pan.

No me devuelve la mirada. Ni una sola vez.

Cuando volvemos a estar solos, Igor se cruza de brazos y me mira fijamente. No habla, pero no hace falta. El ceño fruncido lo dice todo.

—Por favor, no se lo digas a Roman —le susurro. Ni siquiera pestañea. Se me revuelve el estómago—. Ya me has oído decirle que nos deje en paz.

Pienso en todo lo que Roman ha dicho sobre la lealtad. Sobre lo que les pasa a los traidores en su mundo.

Spoiler: no es bonito.

Y no es difícil ver cómo podría ver con malos ojos todo lo que acaba de suceder.

Yo soy la que insistió en ir a comprar muebles, de todas las cosas. En venir a esta tienda, de todos los lugares. Sin que él me acompañara, de todas las peticiones.

Tiene mala pinta. Se ve muy mal.

Igor sigue sin hablar.

—Por favor —digo con la voz más diminuta imaginable—. Te lo suplico.

Quizá estoy perdiendo el tiempo y todo esto estallará en mi cara tan pronto como Roman llegue a casa. Pero tengo que intentarlo.

Porque, si Roman piensa que lo he traicionado...

No se sabe lo que puede hacer.

ROMAN

Veo a Floriano a través de la aplicación de la cámara de seguridad de mi teléfono.

Ese gordo de mierda no tiene ni idea de que está a minutos de conocer a su creador. A solo un suspiro de ahogarse en su propia sangre.

Es lo menos que se merece por ponerle un dedo encima a mi mujer.

Envío el texto de autorización a Pyotr y Viktor. Es un equipo pequeño, pero este trabajo no debería llevar más de dos hombres. Diablos, no necesito más que mis propias manos para arrancarle la vida a Floriano, pero le prometí a Lily que no me involucraría.

Dicho esto, voy a estar lo más cerca posible.

Por eso estoy sentado frente al club nocturno que Floriano abrió hace seis meses para lavar su dinero sucio. Mis hombres ya están apostados en el aparcamiento, donde tendrá lugar el golpe cuando Floriano se acerque a su horrible Rolls-Royce.

Este es el mejor lugar para abatir a Floriano. El garaje está aislado, pues los negocios del edificio anexo ya cerraron por hoy. El hormigón debería amortiguar el sonido de las balas que acabarán con su vida. A partir de ahí, será sencillo cargar su cadáver en un baúl y meterlo en algún lugar donde cualquiera que haya pensado en traicionarme lo vea y lo reconsidere.

Estoy aparcado al final de la calle, observando la escena con la cámara del garaje pirateada de mi teléfono. Igor está sentado a mi lado, acaba de llegar de acompañar a Lily a hacer la compra. Ambos observamos las sombras con cautela y las pistolas en el regazo.

Todo esto acabará pronto.

Aprieto el teléfono con fuerza cuando Floriano aparece. Para ser un viejo que ha sobrevivido a miles de atentados contra su vida, este idiota sigue saliendo de su club y entrando en el garaje sin la compañía de un solo guardaespaldas.

—Viejo estúpido —murmuro.

Cambio de canal. Dos siluetas se separan de las sombras. Pyotr se acerca por delante, Vik por detrás.

Permanezco arraigado en mi asiento de conductor. Sigo observando. Sigo esperando.

Eso resulta ser un jodido error masivo.

Porque significa que soy impotente cuando Floriano gira de pronto con sorprendente rapidez para un hombre de su edad, saca una Ruger de cada una de sus fundas de hombro y abre fuego contra el par de soldados de la Bratva que se acercan sigilosamente para acabar con su vida.

Tengo que ver desde lejos cómo mis hombres caen en un silencio atónito. Hombres de confianza. Hombres Sorokin.

Y ahora son hombres muertos.

—¡Mierda! ¡Maldito hijo de puta!

Un segundo, tenía la vida de Floriano Verratti en mis manos. Al siguiente, todo se fue a la mierda.

Veo las imágenes granuladas mientras charcos de sangre comienzan a derramarse de Pyotr y Viktor. Floriano se acerca a los cadáveres y les dispara una última bala en la cabeza. No oigo nada, no hay sonido en las cámaras, pero he visto lo suficiente para saber que no hay esperanza de que sobrevivan.

Cuando está seguro de que han muerto, Floriano vuelve a enfundar sus pistolas, sube a su coche y se marcha.

Puto bastardo escurridizo.

Dejo caer el teléfono sobre mi regazo y golpeo el volante con el puño. —¡Mierda, mierda, mierda! —bramo.

Igor no dice nada.

Sé lo que debe ocurrir a continuación. Los pasos inmediatos, al menos. Me aseguraré de que sus familias sean atendidas. Que no sientan la carga financiera de las pérdidas de los hombres. Es lo menos que puedo hacer.

En cuanto a Floriano... necesito tiempo para pensarlo.

Igor y yo nos quedamos en silencio durante un buen rato. Finalmente, pongo el coche en marcha y me alejo del lugar del desastre. Le diré a Misha que envíe hombres a limpiar los cadáveres de Pyotr y Vik.

—Necesito un puto trago —hago una mueca.

—Hay un bar dos manzanas al este —dice Igor. Son las primeras palabras que dice desde que vimos cómo disparaban a nuestros compañeros.

Enciendo el coche, me detengo delante y salgo.

—¡No puede aparcar ahí! —se queja una anciana, señalando con un dedo arrugado la boca de incendios que estoy bloqueando.

—Chúpamela y vete al infierno —le digo bruscamente.

Retrocede horrorizada y huye. Sabia elección. Estoy de mal humor, y hasta las ancianitas pueden sufrir mi ira si me molestan demasiado.

Todos nos miran cuando entramos. Eso es normal.

Todos vuelven a apartar la mirada inmediatamente cuando se dan cuenta de que no somos el tipo de hombres a los que mirar embobados.

Eso también es normal.

Busco una mesa mientras Igor va a la barra. Cuando deja un par de tragos en la mesa un minuto después, bebo el mío de un trago y miro a Igor.

—¿Qué te pasa? —le digo. No me cuenta sus cartas, pero lo conozco desde hace tiempo y sé cuándo algo va mal.

—Hoy he llevado a Lily de compras —dice con cuidado.

—¿Sí?

—Sí.

Hay una nota en su voz, un pequeño y sutil enganche que no me gusta nada. —¿Hay algo que debería saber?

—Bueno...

Eso me gusta todavía menos. Igor es franco, directo. No se anda con rodeos ni esconde las cosas.

—Dime —le ordeno.

Suspira y empieza a hablar como el soldado de las fuerzas especiales que fue. —Me situé en el punto de entrada principal con vistas al vestíbulo. Pasaron 26 minutos y ningún otro cliente entró en el local. Lily estaba con un miembro del personal de ventas de la tienda. Y entonces...

—¿Y entonces *qué*, Igor?

—Y luego no estaba.

Mi puño se aprieta alrededor del cristal. —¿Dónde coño estaba?

Suspira una vez más. —Estaba en una habitación trasera. Con salida a la calle.

Ante eso, se me hiela la sangre. —¿Intentó huir?

—No exactamente. Ella estaba con...

—¡Por el amor de Dios, hombre, escúpelo! —la gente a nuestro alrededor murmura nerviosa, pero me importa un bledo. Necesito saber qué demonios intentó hacer y con quién.

—Arturo —dice finalmente Igor—. Estaba con su padre.

—Me estás tomando el pelo.

Igor sacude la cabeza. —Por lo que sé, intentaba rescatarla. Llegué en medio de una discusión.

Estaba a punto de abofetearla. Yo... intervine.

—Espero que le hayas roto todos los huesos de su maldito cuerpo.

Estoy vibrando de rabia en este momento. Primero Floriano, ¿ahora Arturo? Nadie toca a mi mujer. Ni un solo hombre. No si valora vivir para ver el próximo amanecer.

—Lo habría hecho. Pero ella me detuvo.

—¿Te apuntó con una puta pistola? —exijo—. ¿Estás ocultando una herida de bala?

—No.

—¿Mi esposa de cincuenta kilos te pateó las bolas hasta que viste estrellas?

—No.

—Entonces, dime —gruño con frialdad—, ¿cómo coño te impidió demostrarle a ese viejo hijo de puta que a nadie se le ocurre ponerle las manos encima a mi mujer?

Es obvio que esto está destruyendo a Igor desde dentro. Se enorgullece de su lealtad y eficiencia. Por eso lo valoro tanto. Pero él sabe muy bien que esto es un fracaso. Un jodido fracaso colosal.

Igor suspira por tercera vez en otros tantos minutos. —Me pidió que parara, Roman.

—¿Perdona? —vuelvo a golpear el vaso contra la mesa. Se rompe en mil pedazos, que ignoro.

—Estaba histérica. Se puso entre nosotros.

Si eso no sonara tanto a Lily, le patearía el culo aquí y ahora. —*Blyat'* —murmuro para mis adentros.

—Señor, hay más.

Bueno, mierda. Por supuesto que hay más. —Continúa.

Duda y luego dice: —Me rogó que no te lo dijera.

—¿Qué dijo exactamente?

—Dice que, como no quiso volver a casa con Arturo, no había razón para decirte nada al respecto.

Él asiente como si entendiera su punto. Pero, si realmente lo entendiera, no estaríamos teniendo esta conversación. Habría guardado su secreto.

Así que su duda se convierte en la mía.

Quizás mi inocente mujercita no sea tan inocente, después de todo.

Entre Lily y mis soldados muertos, estoy hirviendo de rabia. Voy a explotar si me quedo aquí sentado más tiempo.

Tiro unos cientos de dólares sobre la mesa para cubrir nuestras bebidas y los cristales rotos y salgo furioso. No digo nada mientras volvemos a subir al coche y conducimos a casa lo más

rápido posible.

Mi esposa le pidió a mi empleado de mayor confianza que me mintiera. Mi puta esposa traidora.

Mentir. Esconderse. Verse a escondidas con su padre de mierda.

Mi sangre está caliente.

—Está dividida entre su padre y su marido —dice Igor en voz baja—. Ella no es como nosotros, Roman.

—Cierra el pico —le digo de inmediato—. Cuando quiera que me expliques el comportamiento de mi mujer, te lo pediré.

Se encoge de hombros. Amigo o no, no es la primera vez que tengo que ponerlo en su sitio.

Puedo confiar en un ladrón. Los ladrones roban, eso es de esperar. Puedo confiar en un asesino. Los asesinos matan.

Pero un mentiroso, y cada vez parece más que mi mujer encaja en esa descripción, es impredecible.

Nunca se sabe por dónde va a clavar el cuchillo un mentiroso.

LILY

Llevo todo el día con los nervios de punta, esperando en el salón como un cachorro listo para volver a ver a su amo. Cada vez que oigo un movimiento en la puerta, me levanto del sillón y corro hacia allí.

Pero, hasta ahora, ha sido solo la criada, o el chef, o un conductor de entrega haciendo una cosa u otra. No Roman. Y, cada vez, me escabullo de vuelta a mi silla con el rabo entre las piernas.

Hasta que, por fin, la puerta cruje y hago la misma rutina. Pero esta vez es él.

—¡Hola! —digo tan brillantemente como puedo a través de mis nervios—. He estado...

La puerta se cierra con violencia. Y, cuando sus ojos encuentran los míos, me dejan sin aliento como una ráfaga de aire ártico.

Mi sonrisa se marchita en la vid. —¿Todo bien?

—Dímelo tú.

Siento un cosquilleo de inquietud en el estómago, pero lo ignoro. Seguro que Igor no le contó tan rápido. Dijo que tenía reuniones todo el día, así que quizá esté cansado. Debe ser eso. Está cansado.

Como no quiero molestarlo, le cojo de las manos y le digo: —Vamos. No vas a creer la diferencia que hace un sofá.

Retira su mano de la mía. —Puedo caminar muy bien por mi cuenta, gracias.

Parpadeo. Luego, a medida que crece la inquietud, me doy la vuelta y me deslizo hasta el salón.

El viejo sofá fue sustituido por mi comodísimo sofá de lino. Roman lo mira y dice... nada. Luego, levanta los ojos hacia los míos. Aún están tan fríos que respiro entrecortadamente y retrocedo un poco.

—¿Te... gusta? —aventuro.

—Es un sofá.

Estoy al borde de las lágrimas. Hemos llegado tan lejos desde la boda. Lleva semanas llegando a casa como si estuviera feliz de verme. Me saluda con un beso, un mordisco en el cuello, o más.

A veces ni siquiera llegamos arriba antes de quitarnos la ropa. Me pide que me siente con él en el estudio para compartir una copa o contarle mi día.

¿Pero este? Este hombre es un extraño.

No, este es el hombre con el que originalmente pensé que me había casado. No se fue. Estuvo aquí todo el tiempo.

Se da la vuelta y sube las escaleras. Lo sigo mientras la ira y el miedo se calientan a partes iguales.

Cuando vea la cama, se animará. Verá lo feliz que me hace sentir que por fin tengo un lugar que puedo llamar mío, donde se valora mi aportación, y eso lo hará feliz a su vez.

Eso espero.

La esperanza dura aproximadamente dos segundos antes de ser pisoteada sin piedad.

Abre de un empujón la puerta del dormitorio y sigue caminando hacia el cuarto de baño sin alzar la vista. Me detengo en el umbral, estupefacta. La nueva cama, que ocupa un lugar privilegiado en el centro de la habitación, tiene dosel, cortinas de gasa y madera blanqueada a juego con las sábanas azul escarcha y el edredón blanco de la más suave sherpa.

—¿Viste la cama? —le digo. Dejó la puerta del baño abierta, así que sé que puede oírme.

—No.

—¿Vas a mirar?

—Me importa una mierda la cama, Lily —su voz es de acero fundido. Y no en el buen sentido.

Dirigiéndome a la puerta del baño, me detengo y espeto: —¿Qué demonios te pasa?

Vuelve a mirarme y, de nuevo, su mirada es como una bofetada.

Odio esto más que cuando nos conocimos, porque ahora no es solo mi estúpida inocencia lo que ensarta hasta la muerte con sus ojos negros como el carbón. Es la esperanza. La esperanza de que esta vez las cosas no me salgan como siempre.

Esperanza de que la vida no estaba destinada a ser miserable.

Se echa agua en la cara y se seca con una toalla. La tira al suelo y se da la vuelta para marcharse. Pero yo me quedo en su camino.

—Apártate de mi camino, Lily —gruñe.

—No hasta que me digas qué te pasa —aprieto los puños contra las caderas e intento parecer más valiente de lo que me siento.

—Eres una verdadera joyita —dice con voz ronca—. Dime, ¿estas comodidades no son satisfactorias para ti, princesa? Porque te aseguro que siempre hay una forma de empeorarlas.

No lo dudo. Simplemente no sé de qué demonios está hablando, ni por qué lo hace en un tono tan devastador y odioso. —El alojamiento está bien —le digo—. Todo está bien.

—¿Te traté mal? Porque, si crees que todo lo que he hecho es horrible, que sepas que esto ha sido como un viaje al puto Disneylandia. Siempre puede ser más difícil.

Las palabras son como un picahielo en el pecho. —Bueno, ahora mismo no eres precisamente un príncipe azul —replico.

Se burla y sonrío, pero no hay felicidad en el gesto. Solo la versión vieja y cabrona de Roman mirándome con toda la desconfianza y condescendencia que tuvo desde el principio.

—Ni siquiera el puto Príncipe Azul aguantaría tus estupideces.

Sacudo la cabeza y parpadeo para contener las lágrimas. —No tengo por qué escuchar esto —me giro para irme, pero Roman me coge de la muñeca.

—¿Te vas tan pronto? —exclama con malicia.

—Déjame ir.

—Cállate.

—Estás perdiendo todo tu encanto, Príncipe Roman.

Entorna los ojos en pequeñas rendijas. —Por lo menos no te miento.

—¡Yo no te miento!

—No —suelta mi mano como un carbón caliente—. Le pides a mis putos hombres que lo hagan.

Mi cara se pone blanca pálida. Que me jodan. Tenía razón: mis peores temores se confirman.

Igor le contó.

—Roman, escucha, puedo explicarlo.

—¿Explicar por qué le rogaste a mi empleado de mayor confianza que me mintiera? Adelante. Esto quiero oírlo —se cruza de brazos, dispuesto a burlarse de cualquier explicación que le dé.

Ni siquiera sé por dónde empezar. Tenía tantas esperanzas de que Igor guardara mi secreto. Que se desvaneciera y se olvide y que la vida que creía que podía tener con Roman continuara.

Pero me equivoqué.

Y ahora me va a costar caro.

—Hoy he visto a mi padre —susurro—. Intentó llevarme a casa.

—¿Cómo sabía dónde estarías?

Mortificada como estoy, no puedo evitar sentir todavía algunos latigazos de ira. —Quizá tu seguridad no es de primera clase como pensabas.

—Desde luego, no si un viejo loco como tu padre puede escabullirse —se acerca a la mesilla de noche y pulsa un botón del teléfono. Cuando contesta, ladra—: Dile a Jakob que venga.

—¿Qué haces? —pregunto nerviosa. Lo último que quiero es que alguien pierda su trabajo por

mi culpa.

—Manejando mis problemas de seguridad, como tan hábilmente señalaste.

Tampoco terminó todavía. Mientras esperamos a que llegue su lugarteniente Jakob, saca su teléfono, abre una aplicación y me la pone delante de la cara.

—¿Quién coño es ese? —exige.

Veo imágenes en alta definición de un coche gris aparcado en la calle frente a las puertas. Me acerco hasta que mi nariz casi roza la imagen granulada de la pantalla, con la esperanza de equivocarme, pero no hay duda.

Es mi tío Paolo.

Antes de que pueda responder, Jakob llama a la puerta y entra sin invitación. —¿Qué tal, jefe? —le da un mordisco a la manzana que tiene en la mano.

Oh, mierda. Mi corazón se desploma. Está actuando demasiado casual. Roman va a devorarlo sin remordimientos.

Roman fulmina a Jakob con la mirada. —¿Por qué nadie me dijo nada del *mudak* italiano que se echa una puta siesta en su coche frente a mi puerta?

Jakob se encoge de hombros. Todavía no es consciente del peligro que lo rodea.

—No pensé que fuera un problema. No se mueve desde las cuatro, cuando apareció. No sé quién demonios es, así que da igual —otro mordisco a la manzana. Es un masticador de boca abierta, también.

La despreocupación es lo que empuja a Roman al límite, creo. Rápido como un tigre, se abalanza sobre Jakob. Le agarra de la camisa, le pone el otro antebrazo en la garganta y lo empuja contra la pared.

—Es un maldito Benedetti, estúpido hijo de puta. Y cada minuto que pasa fuera de esa puerta, pone a mi mujer en peligro —Roman empuja a Jakob hacia delante y luego lo vuelve a golpear. Las lámparas y los cristales de las ventanas se destrazan—. Lily, ¿tú le dijiste a tu padre dónde estabas? Y no te atrevas a mentirme o mataré a este hijo de puta.

La manzana cae de la mano temblorosa de Jakob y rueda hasta mí. La miro fijamente porque no puedo mirarlo a él.

Todo esto es culpa mía. Puede que lógicamente eso no encaje, pero parece correcto. La culpa es innegable.

—No, Roman —digo entumecida—, no llamé a mi padre. Por favor, créeme. No quiero volver allí. ¿Por qué lo haría? Mi padre me usó. Bien podría haberme puesto precio en la frente.

Me cuesta un gran esfuerzo mirar a Roman a los ojos. Nunca vi tanta rabia en otra persona, pero no puedo encogerme de miedo. ¿Quién sabe lo que le hará a este pobre idiota si salgo llorando de la habitación? Mis lágrimas sacan lo peor de Roman. Puede que Jakob no vuelva a salir de aquí.

Así que no miro hacia otro lado. Miro fijamente a la cara al monstruo de mi marido y me insto a

ser lo bastante fuerte para esto, aunque solo sea esto.

Y, por algún milagro, funciona.

Roman tarda un minuto en calmarse y soltar a Jakob.

—Roman, si pensara que este tipo es una amenaza... —Jakob sacude la cabeza horrorizado ante la mera sugerencia.

Roman hace un gesto con la mano hacia la puerta. —Fuera de mi vista. Y deshazte del hijo de puta de la puerta.

Jakob se escabulle y nos deja solos sin decir nada más.

Cuando se fue, Roman me mira. Su expresión ya es más suave que hace un momento. —¿No llamaste a tu padre?

—No. Juro que no lo hice.

Tragando más allá del nudo en la garganta, cierro la distancia que nos separa y pongo mi mano temblorosa en su mejilla.

—Mi padre es adicto al juego y me vendió por una mano de póquer. Es vergonzoso. Quiero estar *aquí*, Roman. Contigo. Este es mi hogar ahora. Tú eres mi familia.

Guarda un silencio sepulcral durante varias respiraciones. Me pregunto si se reirá en mi cara. Si la crueldad continuará.

Luego, suspira. —Bien —me pasa el pulgar por los labios y me besa suavemente—. Aquí es donde perteneces, *moya zhena*.

Tiene razón: aquí es donde pertenezco ahora. Con mi marido, en nuestra casa...

Hasta que la muerte nos separe.

LILY

Las cosas van mejor por la mañana. Anoche hicimos el amor al amparo de la oscuridad y nos quedamos dormidos y, cuando sale el sol, siento que por fin puedo volver a respirar.

Roman se despierta antes que yo. Cuando me espabilo, está en la puerta de nuestra habitación, con los pantalones del pijama caídos por debajo del corte en V de sus abdominales y una taza de café humeante en la mano.

—Buenos días, *kiska*.

—Buenos días —murmuro soñolienta.

No entra en la habitación. Se queda a un acre de distancia, observándome. —Deberíamos prepararnos —comenta.

—¿Prepararnos para qué? ¿El segundo asalto?” Acaricio su lugar en la cama junto a mí, me muerdo el labio inferior y me burlo bajándome el tirante del camisón para dejar al descubierto un trozo de hombro desnudo.

—Eres una seductora —se ríe—. Implacable.

—¿Eso significa que vienes o no?

Sonríe y deja la taza de café.

Veinte minutos después, estoy sudorosa, dolorida y totalmente despierta.

—De no haberlo comprobado yo mismo, nunca creería que eras virgen hace menos de un mes —dice Roman. Apoya la frente en la mía, con la polla aún enterrada dentro mío.

—¿Se supone que eso es un cumplido?

—Absolutamente —se aparta de mí—. Pero tenemos que prepararnos ya. Métete en la ducha.

—¿Prepararnos para qué?

—¿Quieres apestar a sexo mientras estamos en una cita? —pregunta.

—¿Una cita? —exclamo—. Es la primera vez que lo escucho.

—Te estás enterando ahora.

—Hm —frunzo los labios y finjo un mohín—. Más vale tarde que nunca, supongo.

Me empuja a la ducha a toda prisa, aunque se toma su tiempo para meterme un dedo y llevarme a un orgasmo rápido y codicioso, así que supongo que no teníamos tanta prisa y, cuando salgo, me preparó un conjunto en la cama. Un vestido de verano azul marino hasta los tobillos con una abertura hasta la cadera, un collar de oro y unos pendientes de diamantes a juego.

El hombre sabe lo que le gusta. Y siempre, siempre tiene razón.

Danilo está esperando fuera, como de costumbre. —Buenos días, jefe. Buenos días, señora —dice cuando nos acercamos. Me ayuda a subir al coche y nos lleva al hangar privado de Roman.

—¿Un avión? ¿A dónde vamos? —pregunto mientras la azafata nos sirve café.

Roman se limita a sonreír. —Ya verás.

Vuelvo a suspirar, pero no me importa demasiado. Esto es mucho mejor que la fría y furiosa mirada que me dirigió ayer. Estas sonrisas sutiles, las bromas internas... Esas cosas me gustan. De hecho, me gustan mucho.

Él hojea una carpeta mientras yo leo una novela romántica. Las nubes de algodón nos pasan de largo. No veo mucho más que el mosaico de la América Central que tenemos debajo.

No es hasta que veo una antorcha verde asomando entre las nubes que me doy cuenta con un grito ahogado de dónde estamos.

Agarro el antebrazo de Roman. —¡No es cierto!

—Bienvenida a Nueva York —dice riendo.

Rodamos por la pista del aeródromo privado. Cuando nos detenemos y bajamos por la escalera desplegable, veo a un chófer uniformado que nos espera abajo para acompañarnos a un coche urbano tapado.

Desde allí hay un corto trayecto hasta nuestro hotel, el Surrey, con suelos de mármol pulido tan brillantes que puedo ver el reflejo del horizonte en ellos. Arriba, nuestra suite tiene un piano de cola, un jacuzzi con capacidad para un elefante y un amplio balcón con vistas a Central Park.

Me apoyo en la barandilla y respiro mi vida.

Roman sale detrás de mí y me atrapa entre su cuerpo y la barandilla del balcón. Me da un beso en la cabeza.

—Buena sorpresa —le digo—. Aunque ‘buena’ podría ser un eufemismo, en realidad.

—¿Tú crees?

Me giro en sus brazos y le paso las manos por los hombros. —Absolutamente.

—Bueno, hay más.

Sonrío. —Cuéntame.

—Pensé que podríamos cenar algo, ir de compras, ver un espectáculo.

Entonces saca las entradas de Broadway de su bolsillo trasero y me quedo boquiabierta.

—Estás bromeando. Estás bromeando. Las entradas para este espectáculo están agotadas desde hace meses. Tienes que ser, como, el presidente para conseguir entradas de última hora a esta cosa.

—Supongo que eso te convierte en la Primera Dama.

Me río y entierro la cara en su pecho. —¿Quién eres? —susurro una y otra vez—. ¿De dónde saliste?

Cuando se ríe, lo siento tanto como lo escucho. —Me alegro de que lo apruebes.

¿Aprobarlo? —me echo hacia atrás y tiro de él para darle un beso—. Me encanta. Es la mejor sorpresa de mi vida.

—Bien. Vamos a comer, porque me muero de hambre. Luego podemos comprar algo para ponernos esta noche.

Me lleva a la habitación y me aseo mientras llama a un chófer. Cuando estoy lista, bajamos de la mano en el ascensor privado hasta el vestíbulo.

—¿Estás lista para ver Nueva York? —pregunta justo antes de que se abran las puertas.

Aprieto sus dedos entre los míos. —Lista —susurro—. Guíame.

Y me guía. Me sostiene la puerta para que suba a la limusina, repleta de bebidas. Roman se sirve un whisky y me da una botella de agua que no me apetece beber. Si pudiera sacar la cabeza por la ventanilla para mirarlo todo sin parecer una tonta, lo haría. Pero a Roman probablemente no le haría mucha gracia, así que contengo mi excitación.

La Quinta Avenida parece sacada de un sueño. Hileras interminables de lo mejor que el mundo puede ofrecer. Gucci, Louis, Prada, Versace y Dolce. Todo dorado y reluciente.

Roman tiene que llamar mi atención más de una vez para evitar que me atropellen peatones demasiado entusiastas. Al menos hasta que un hombre con gabardina se me acerca demasiado. Roman le lanza una mirada despiadada y, a partir de ese momento, nos mantenemos a distancia.

Me escabullo en una preciosa boutique con un brillante vestido de tul castaño en el escaparate que me llama la atención. Roman se relaja en un asiento mientras voy a probármelo.

A mitad de camino en el vestuario, no puedo evitarlo: me detengo y me asomo para verle.

No importa dónde esté Roman, siempre se lo ve sumamente cómodo y confiado. Es un rey, un sol, el centro de gravedad alrededor del cual orbita todo el universo.

Y, sentado en ese sillón blanco níveo con espejos a su alrededor, es más *todo*. Más bello. Más viril. Más imponente.

Me ve observarlo y me guiña un ojo. —No sé si seré capaz de sentarme aquí sabiendo que estás ahí desnuda —me dice.

—¡La gente puede oírte! —le siseo.

Se ríe y se encoge de hombros como si no le importara una mierda, sobre todo porque estoy segura de que no le importa una mierda.

Hago una pausa, me sonrojo y añado: —Así que será mejor que vengas a repetirlo a un sitio un poco más tranquilo.

Roman arquea una ceja, se despliega con suavidad y se acerca a mí. Cuando se acerca lo suficiente, le cojo de la mano y lo hago retroceder hasta el vestuario.

A veces me sorprende a mí misma preguntándome por su pasado. Nunca le pregunto por su vida anterior a mí, probablemente porque no quiero saber si hubo mil mujeres o incluso una sola por ahí que sepa a qué sabe su piel y cómo gime cuando se corre.

Pero todo esto es tan nuevo para mí. Él es mi todo. Mi primero y mi último. Me pregunto si sabe cuánto de mí tiene en sus poderosas manos.

No solo mi cuerpo o mi libertad... También mi corazón.

Por ahora, sin embargo, es fácil dejar todo eso a un lado y besarlo. Y, cuando cierra la puerta tras de sí, es fácil hacer mucho más que eso.

Lo siento en el banco y me pongo a horcajadas sobre él. Con ambas manos jugueteando en nuestros regazos, libero su polla de la cremallera y aparto mis bragas para poder hundirme sobre él.

—Oh... —suspiro mientras me llena. Es perfecto, como siempre.

Me abraza y susurra: —*Kiska...*

Es suficiente para que me corra casi al instante, como siempre.

Salto sobre él hasta que está a punto de explotar. Entonces, cuando veo los signos reveladores, me bajo, me arrodillo y me lo trago entero para que acabe en mi boca. Sus caderas se agitan contra mis labios y sus manos se enredan en mi pelo.

—Eres un puto sueño —dice mientras baja de su orgasmo.

—Entonces, no nos despertemos —me burlo.

—Nunca —dice solemnemente—. Jamás.



CUANDO ME REFresco y me vuelvo a poner la ropa, Roman ya pagó el vestido y me espera en el mostrador. Me siento desaliñada al volver a ponerme la ropa de calle después de llevar algo tan bonito.

Pero la forma en que me mira, con una media sonrisa y los ojos brillantes, me hace sentir calor desde el estómago hasta el resto del cuerpo.

—Ojalá me hubieras dicho que tenía que traer zapatos —suspiro—. Tengo un par que quedarían genial con el vestido.

—¿Debo enviar el avión a buscarlos?

—No creo que la Madre Tierra aprecie las emisiones. Dejemos eso como Plan B. Quizá podamos encontrar algo aquí. ¿Crees que venden zapatos en Nueva York?

Asiente con la cabeza. —De hecho, conozco justo el lugar.

Por alguna razón, ese pequeño comentario inocuo se me queda grabado en la cabeza.

¿Hizo esto antes con alguien más? No quiero saberlo. No quiero saberlo en absoluto.

Pero también... temo quedar como una tonta.

Cuando subimos de nuevo al coche, le da algunas indicaciones al conductor y nos alejamos de la boutique. Roman se relaja contra el asiento.

—¿Qué estarías haciendo hoy si todavía vivieras en casa de tus padres? —pregunta.

Ya no sé qué día de la semana es, y mucho menos qué mes. Pero la respuesta sería la misma, pase lo que pase. —Estaría cantando. Practicando.

—¿Te encanta?

Viniendo de otra persona, podría parecer una pregunta tonta. Pero viniendo de Roman es tan seria, auténtica y honesta que le doy el tipo de respuesta que se merece.

—Es lo único que me ha importado —digo suavemente—. Hasta que llegaste tú.

Antes de que pueda responder o hacer otra pregunta, el coche se detiene delante de lo que parece un viejo edificio industrial. Tiene ventanas abatibles, fachada de ladrillo y puertas de doble acristalamiento manchadas.

—Hm, ¿dónde estamos? —pregunto nerviosa.

Gracias a mi padre, todavía tengo algunos problemas de confianza cuando se trata de edificios que parecen albergar cadáveres o partidas de póquer sospechosas en mitad de la noche.

—¿Conoces a Martín Herrera?

—Santo cielo. Martín Herrera es el próximo Christian Louboutin.

No quiero chillar de alegría ni delatarme con alguna otra ridícula demostración de niña fanática, pero... tener mis propios zapatos Martín Herrera va más allá de una fantasía.

—Espera —digo de repente—. ¿Sabes quién es Martín?

Se encoge de hombros. —¿No debería saberlo?

—Quiero decir, las mujeres de catorce a cuatrocientos lo conocen. Pero tú no eres exactamente su núcleo demográfico. El hombre hace los zapatos de mujer más bonitos del mundo.

Roman se ríe. —Oh, princesita. Martín te va a adorar. Vamos, están esperando.

Espero a que diga que está bromeando, pero cuando vuelve a meter la cabeza en el coche y me pregunta si prefiero no acompañarlo, chillo y me apresuro a salir.

Roman me coge de la mano mientras cruzamos las puertas sin marcar y entramos en el vestíbulo, decorado con sencillez. Solo veo la marca de agua de Martín estampada sutilmente en un muro de hormigón. De lo contrario, no tendría ni idea de dónde estamos.

Me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo es Martín. Me imagino a un viejo italiano, encorvado y quisquilloso, de dedos ágiles y ojos penetrantes.

Por eso me sorprende que una puerta se abra de golpe y aparezca una mujer rubia y amazónica. Abraza a Roman, le besa las mejillas y luego pasa su brazo por el de él mientras se gira para observarme.

—Martina, esta es mi mujer, Lily. Lily, esta es Martina Herrera.

—¿Martina? —chillo—. ¿No es... Martín?

—Los nombres de hombre se venden mejor —explica bruscamente. Luego le dice a Roman—: ¿Dijiste ‘tu mujer’? ¿Se perdió mi invitación en el correo?

Roman se ríe entre dientes. —Fue una ceremonia pequeña.

La mujer se ríe. —Mi madre me dijo que tuviste una boda rápida, pero yo dije que ni hablar. Roman Sorokin no hace nada a medias —se ríe de su propio chiste y pasa su brazo por el mío—. Ven, esposita —me mira los pies mientras camino—. ¿Una talla siete?

—Sí —añado un movimiento de cabeza por si el agudo chirrido de mi voz la deja sorda—. Siete.

Cuando atravesamos la puerta por la que ella entró, el edificio cobra vida. Veo máquinas, mesas de trabajo y caballetes en todas direcciones. Decenas de personas bullen de aquí para allá. Nadie nos presta atención.

—Es mágico —susurro para mis adentros—. Como el taller de Papá Noel.

Martina me oye, muy a mi pesar, y se ríe. —¿Eso me convierte en Papá Noel, querida? ¿De verdad soy tan gorda y peluda?

Me quedó pálida. —¡No! No. Tú eres...

Se ríe de nuevo y me acaricia la mejilla. —Ya veo por qué la elegiste, Roman. Se ve tan inocente cuando se sonroja.

Martina nos conduce a una mesa de diseño con una lámpara de trabajo sobre un brazo inclinado que ilumina un bloc de dibujo. Otros bocetos cuelgan de la pared frente a la mesa: zapatos tan bonitos y con tantos detalles que casi puedo sentirlos en mis pies.

—Dios mío —digo—. Quiero decir, son tan encantadores.

Oscilo entre parecer una admiradora estúpida y sonar como si tuviera un palo en el culo. *Contrólate, Lily. Actúa como una persona normal.*

Roman se ríe entre dientes. —Vamos a un espectáculo esta noche. Lily necesita unos zapatos a juego —saca su teléfono, toca la pantalla un par de veces y luego lo dirige hacia Martina.

—Delicioso —le da un codazo a Roman—. Eres una chica con suerte. Si no odiara a los hombres, te haría pelear conmigo por este.

—Cuidado —le advierte Roman con una sonrisa burlona—. Lily es una luchadora.

—¿Lo es? —Martina alza la vista y me observa por encima de sus gafas con ojo perspicaz—. Sí. Ahora que lo mencionas, veo algo de fuego ahí.

Me sonrojo más, lo que hace que los dos se rían más.

—De todos modos —dice Roman—, el espectáculo es esta noche. Necesitaremos algo para entonces.

Martina chasquea la lengua y agita las manos. —*Haz esto, haz lo otro*, dice. ¿No tienes paciencia?

—Ni una pizca —responde Roman con cara seria—. Nunca la tuve.

—Te despreciaría si no fuera igual que tú, Roman. El matrimonio no te ha ablandado ni un poco. O —añade, mirándolo más de cerca—, quizá sí. No recuerdo haber visto nunca una sonrisa como esa en tu cara.

Roman sonrío. —¿Es una visita amistosa o una sesión de terapia, Martina?

—Escucha —replica la mujer—, vienes a mi edificio y me pides milagros. Tienes suerte de que yo haga milagros. Para cuando acabe, querrás comerte la cena de sus pies.

Se vuelve hacia mí. —Es todo un hombre. ¿Cómo te las arreglas? —luego vuelve a Roman—: Ve. Llévala a ver algo o dale de comer. Cuando vuelvas a tu habitación a vestirse para la noche, los zapatos estarán allí.

Roman entrecierra los ojos. —Nadie consigue hablarme así y vivir, Martina —pero esboza una media sonrisa.

—Que jefe de la mafia tan grande y temible. Apuesto a que puede salirse con la suya con lo que quiera. Como yo —me guiña un ojo y añade con severidad—: Ahora sal de mi tienda. No quiero volver a verte hoy. Tu novia necesita comer.

Se inclina y me acaricia la mejilla. —Eres un tesoro, cariño. Nunca lo olvides.

Entonces se vuelve y centra su atención en su mesa de trabajo, y así, sin más, es como si ya no existiéramos para ella.

Estoy mareada. Martina Herrera en persona es como estar a la intemperie mientras pasa un huracán. Ni siquiera sé por dónde se sale, la cabeza me da tantas vueltas.

Y, para ser sincera, no quiero irme. Quiero ver cómo se produce la magia, pero ya estamos en la puerta cuando recuerdo que puedo hablar.

Quizá sea lo mejor. Algunas cosas son demasiado para las palabras.



COMEMOS algo ligero en Le Grande Boucherie, donde Roman pide para los dos como si pudiera

leerme la mente. Devoro cada delicioso bocado y cada miga.

Desde allí, iremos en helicóptero hasta la Estatua de la Libertad y volveremos, y daremos un paseo en carruaje por Central Park.

De vuelta al hotel, mi vestido espera en un hangar con los zapatos de Martina en una caja en el suelo. Abro la tapa y chillo de alegría al ver lo que ha creado.

Son preciosos. La costura es impecable, de cuero negro con detalles metálicos en bronce que rodean la curva inferior de mi pantorrilla. Me los pongo desnuda porque me muero de ganas, me pongo el vestido y vuelvo a chillar.

—¿Te quedan bien? —bromea Roman desde la puerta—. La tienda es quisquillosa con las devoluciones, me temo.

Me doy la vuelta y chillo por tercera vez. Esta vez no son los zapatos, es Roman.

Lo que este hombre le hace a un esmoquin debería ser ilegal. Incluso con un vestido absurdamente caro y unos tacones que literalmente no tienen precio, no soy nada en comparación.

Pero eso no lo sabrías mirando a Roman. Sus ojos me miran y se oscurecen de deseo cuando se mueve desde la puerta hacia donde estoy, cerca del espejo de cuerpo entero.

—Estás impresionante —murmura con una voz que me pone la carne de gallina.

—Tú tampoco estás tan mal —le contesto en broma.

Me rodea la cintura con un brazo y me estrecha contra él. —¿Segura que no quieres quedarte esta noche? Me parece una pena no probar la cama antes de salir por la ciudad.

—Podría dejarme convencer. ¿Es eso lo que quieres?

—Lo que quiero es pelar este vestido de tu cuerpo y seguirlo con mi lengua.

Probablemente mis pezones ya están lo bastante duros como para atravesar la tela y él apenas me ha tocado. Sinceramente, hace tiempo que no hace falta que ninguno de los dos me toque para que mi cuerpo responda a él. Ocurre en cuanto entra en mi campo visual.

—Es casi tan bueno como un espectáculo de Broadway.

—¿Casi? —gruñe juguetonamente—. Será mejor que reconsideres tu elección de palabras, *moya zhená*.

—Oblígame.

Riéndose, me pellizca el cuello con los dientes, luego vuelve a gruñir y se aparta.

—Vamos. Tenemos que salir de esta habitación antes de que nunca salgamos de esta habitación.



CENAR en Le Bernardin a la luz de las velas con Roman como compañía es la perfección, desde

la comida hasta el servicio, pasando por la decoración y la compañía.

—¿Qué quieres hacer con tu vida, Lily? —vuelve a preguntar con la voz solemne que reserva para este tipo de preguntas.

Me froto los labios con una servilleta. —Bueno, antes de... —*antes de que mi padre me perdiera en una partida de póquer* es lo que iba a decir, pero me parece un poco grosero mientras estamos en un lugar tan encantador—, ... antes de que pasara todo y nos casáramos, quería ir a un programa de conservatorio musical en Julliard. De hecho, ya me habían aceptado.

Sonríe. —Te escuché en las cuevas. Habrían sido unos imbéciles si te rechazaban.

Parece que fue hace tanto tiempo. Años, no semanas. Soy una persona diferente a la que era cuando tuve esa carta en mis manos. —Quería ser cantante profesional.

—¿Y ser ahora la esposa de un Jefe Bratva es un pobre sustituto?

No está pidiendo cumplidos. Roman Sorokin no es ese tipo de hombre. Es un hombre que sabe lo que quiere cada minuto de cada día y no necesita validación.

Afortunadamente para mí, soy lo que él quiere. O eso dice. Poco a poco, empiezo a creerle.

—No se trata de que uno sea mejor que el otro. Me gusta ser tu mujer. Se trata de pasión. Sobre querer hacer algo que amo por nadie más que por mí.

—La pasión corta en todos los sentidos, *moya zhena* —sonríe casi con tristeza.

Es algo enigmático. Quiero oír la historia detrás, pero borra la mirada y la esconde tras la gélida fachada Sorokin que ya conozco tan bien.

Se aclara la garganta. —De todos modos, es casi la hora del espectáculo.

Nos dirigimos al coche, que nos espera justo delante. —Gracias por lo de hoy, Roman —le digo, cogiéndole el codo—. Ha sido... inigualable.

Me siento triste de golpe. Este día fue tan perfecto que no hay motivos, pero el sentimiento está ahí de todos modos. Una profunda melancolía que no puedo quitarme por mucho que lo intente. Mi única opción es guardar esos sentimientos.

Sonríe. —Gracias *a ti*.

Más allá de la ventanilla del coche, la ciudad está viva. La gente se arremolina en las aceras, toma fotos, disfruta de la mejor ciudad del mundo. Dentro del coche, nos sumimos en un cómodo silencio. Roman me coge la mano. Cuando me la aprieta, siento que los bordes de la melancolía empiezan a difuminarse y desvanecerse. Él me hace eso. Lo hace por mí.

De alguna manera, Roman Sorokin se convirtió en mi consuelo. Y lo hizo sin que me diera cuenta.

LILY

No puedo parar de cotorrear después del espectáculo. —Ha sido increíble. Increíble. Ni siquiera puedo... —finalmente, me quedo sin adjetivos y suspiro—. Gracias, Roman. Gracias, gracias, gracias.

—Para que quede claro: ¿te gustó?

Me río y le doy una nalgada. Él me devuelve el tortazo en el culo, lo que, por supuesto, es suficiente para que me hormigueen los muslos con esa necesidad familiar que él despierta sin esfuerzo a cualquier hora del día.

Vuelvo a reírme, entro a su lado en el hotel y atravieso el vestíbulo hasta nuestro ascensor privado. —Hay una cosa más... —dice mientras el ascensor empieza a llevarnos hacia arriba.

Algo en su voz me hace fruncir el ceño. —¿Algo malo?

Se encoge de hombros. —No sé qué te parecerá.

—Roman, me estás asustando —de pronto se me revuelve el estómago de los nervios.

Pero no tengo tiempo de hacer más preguntas antes de que el ascensor dé la señal de nuestra llegada. Las puertas se abren. Roman me coge de la mano y me lleva a la suite...

Y se me cae la mandíbula. —Pensé en tomarme una libertad.

No sé dónde mirar primero. Cada rincón de la habitación está deslumbrante. Hay champán enfriándose en cubos de plata, pétalos de rosa esparcidos por el suelo, velas encendidas en todas las superficies. Parece sacado de una revista o de un sueño febril.

—¿Tú hiciste todo esto? —susurro con incredulidad.

—Hay más.

Enarco una ceja. —¿Más? ¿Qué más puede haber?

Me guía hasta el dormitorio. Es más de lo mismo: velas hasta donde alcanza la vista, pétalos de rosa en la colcha, sábanas de satén rojo en lugar del algodón egipcio blanco que había cuando llegamos. Es el lujo encarnado. Es el amor encarnado.

Es perfecto.

Observo una discreta caja sobre la cama, con un lazo rojo atado alrededor. —¿Qué es eso?

Roman sonríe como un lobo. Me eriza la piel de la mejor forma posible. —Eso es más.

—¿Qué tiene dentro?

—Ábrelo y descúbrela.

Frunciendo el ceño, me acerco y deshago el lazo. Cuando quito la tapa, vuelvo a quedarme boquiabierto y me arden las mejillas.

Dentro de la caja, entre papel de seda negro, encuentro una venda de seda negra, dos pares de esposas de cuero negro, un vibrador de alta tecnología con mando a distancia y botes de gel corporal y lubricante de sabores.

Lo miro. Su sonrisa se ensancha y me estremezco de lo caliente y desesperada que me pone. Esos ojos ya me están desnudando.

—¿Tú hiciste todo esto? —sé que ya se lo pregunté, pero todavía no puedo creer que esto sea real. Me pellizco y me duele, así que no puedo estar soñando.

Pero la vida real nunca es tan bella.

Roman me acecha. Lento y peligroso, como un depredador con esmoquin. Retrocedo instintivamente, pero la cama me golpea las rodillas y no tengo a dónde ir.

—Lo hice todo por ti, *moya zhená*. Por ti, *kiska*. Por ti, mi hermosa esposa.

Sus palabras son besos. Cada uno de ellos presiona caliente y seductor en mí. Ahora está casi encima de mí. Su voz se convierte en un gruñido bajo y retumbante.

—Esta noche quiero que te rindas a mí —se inclina más y me besa justo donde mi cuello se une a mi oreja—. Total... —otro beso, este en el otro lado—, e inmaculadamente.

Soy un tembloroso charco de necesidad. Así que digo lo único que podría decir en una situación como esta: —Soy tuya.

Asiente con la cabeza, como si yo hubiera hecho mi parte de este baile a la perfección. —Levántate —me ordena.

Me levanto como una marioneta con cuerdas. Es dueño de mi cuerpo y todavía no movió un dedo.

—Gira.

Hago una pirueta lentamente. Los ojos de Roman me recorren con hambre. Siento que sus manos se dirigen a la cremallera de la parte trasera de mi vestido. La desabrocha lentamente, dejando que el tic de cada diente metálico resuene en la silenciosa habitación. Mi respiración agitada es el único sonido.

Luego baja las mitades del vestido hasta que queda a mis pies. Todas las sensaciones se intensifican en este momento. Puedo oler las rosas, el champán y el aroma de mi marido como si fuera un ramo destinado a mí y solo a mí. El delicioso deslizamiento del suave satén sobre mi piel hace que casi me corra sola. Estoy desnuda bajo el vestido, así que, cuando el aire entra en la

habitación y me refresca, mis pezones se endurecen.

Todo el tiempo, Roman se queda mirando mientras se relame los labios y desliza la mano por la curva de mi cadera.

Me hace girar para que vuelva a estar frente a él, tan despacio como lo ha hecho todo hasta ahora. El juego de la espera me está volviendo loca.

—Te deseo —susurro desesperada.

Se ríe, un sonido que va directo a mi bajo vientre como un relámpago. —Qué impaciente —reflexiona—. La pequeña *kiska* no quiere esperar.

—Por favor...

Alargo la mano hacia él, pero me atrapa la muñeca con la suya. —No dije que pudieras tocar todavía, cariño.

Sin soltarme, me lleva alrededor de la cama. —Arriba —me subo y me giro para verlo.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras se quita la chaqueta. Observo el bulto de sus bíceps en su camisa blanca planchada. Se desabrocha los botones de uno en uno, se quita la camisa con cuidado y la deja encima del sillón cercano junto con el abrigo. Se quita los zapatos.

Y todo es lento, dolorosamente lento. Sé sin mirar que estoy empapada y que cada centímetro de mi cuerpo arde de necesidad.

Roman también sabe todo eso, obvio.

Lo que, por supuesto, solo significa que me va a hacer esperar todavía más.

Se quita los zapatos. Se desabrocha la hebilla, se quita el cinturón, se quita los pantalones y los calzoncillos.

Entonces, está delante de mí en todo su esplendor. Tiene la polla tan dura como un cristal, y su cuerpo es un tapiz ondulante de músculos perfectos.

Sin embargo, son los ojos los que más me atraen. Hay tantas partes de Roman Sorokin por las que vale la pena obsesionarse, pero ¿los ojos? Son lo que realmente me mantiene prisionera de él.

—Ven aquí —me dice. Me arrastro obedientemente y me pone la venda.

Gimo lastimosamente. Quiero verlo, pero sé que no debo resistirme. De todos modos, confío en él. Mi marido sabe exactamente lo que hace.

—Acuéstate.

Cuando estoy de espaldas, noto movimiento. Me esposan las muñecas y los tobillos a los cuatro postes de la cama. Estoy abierta de par en par para él, y nunca me sentí tan expuesta... ni tan excitada. La vulnerabilidad es como una inyección de adrenalina pura. Tiemblo de pies a cabeza.

Más movimiento, esta vez a los pies de la cama.

Entonces, empieza.

Me besa las plantas de los pies, los tobillos, las pantorrillas, la parte posterior de las rodillas. Cada punto tierno y delicado recibe un momento de su atención. Y con el tic-tac de cada minuto, se acerca cada vez más al húmedo centro de mi necesidad.

Más allá de mi rodilla. Hasta mi muslo. El pliegue de mi cadera.

Respira caliente y fuerte en mi raja y me estremezco sin control. Por un momento, me pregunto si me dejará aquí, desesperada por liberarme. Seguro que ni siquiera Roman Sorokin es tan cruel.

Luego, por fin, me lame de arriba abajo.

Y una segunda vez. Una tercera.

La cuarta es la que me lleva al límite y, cuando desliza dos dedos dentro de mí al mismo tiempo, exploto en un caos de espasmos. Jadeo sin decir palabra y tiro de las esposas. Me mantienen firmemente sujeta.

—¡Roman...! —grito, pero él no tiene piedad. No se detiene ni siquiera cuando caigo al precipicio. Sigue lamiendo y enroscando esos dedos dentro de mí.

El segundo orgasmo llega justo después del primero. Sigo jadeando y tratando de recuperar la sensibilidad en las yemas de los dedos cuando siento que Roman se desliza por mi cuerpo, acribillándome a besos en el vientre, el cuello, cada pecho.

Entonces, su polla empieza a burlarse en mi abertura. Escucho el crujido de una tapa y el penetrante aroma a menta. Debe estar usando uno de los lubricantes de la caja.

No es que lo necesitemos, porque nunca estuve más mojada. Y, cuando se alinea y empuja dentro de mí un agonizante y feliz centímetro a centímetro, me doy cuenta de lo acertada que estoy al respecto.

Estoy empapada de necesidad por él. Cada parte de mí quiere cada parte de él.

—Más profundo —suplico—. Dame todo de ti.

Como siempre, mi marido cumple.

No sé muy bien qué pasa después. Me folla lenta y suavemente durante un buen rato, y luego me suelta las piernas para que pueda pasarle los talones por detrás de la parte baja de la espalda y empujarlo cada vez más dentro de mí.

Me corro una y otra vez. Finalmente, después de lo que parecen horas, Roman también lo hace. Me llena de él. Me marca como suya.

Luego, me libera las muñecas y me abraza durante un largo rato. Cuando estoy casi dormida, me lleva al jacuzzi y me baña lentamente. Me pasa jabón por los brazos y las piernas, sin prisas. Ninguno de los dos dice una palabra en todo el rato.

Cuando mi piel empieza a erizarse, sale, me envuelve en una toalla suave y esponjosa y me lleva de vuelta a la cama.

Puedo sentir a Roman empezando a dormirse detrás de mí. —¿Roman? —susurro en la

oscuridad.

—¿Mm?

—¿Me responderías algo?

—¿Qué clase de algo?

—Dime... —no estoy segura de cómo expresar exactamente lo que quiero. Solo sé que falta una pequeña pieza para que esta noche sea absolutamente perfecta en todos los sentidos.

Entonces, encuentro las palabras: —Dime algo que nunca le hayas dicho a nadie más. Algo sobre ti que solo yo sabré.

Se queda en silencio un buen rato, y empiezo a preguntarme si se habrá vuelto a dormir. Quizá fui demasiado lejos. Quizá sea una petición estúpida e infantil y le esté dando el tratamiento que se merece.

Pero al cabo de un rato, habla. —Quiero ser un hombre mejor para ti, *moya zhena* —murmura—. Quiero merecer tu pureza. Haré lo que sea para conservarte, mataré a cualquiera que intente alejarte de mí. Mi mundo era un mausoleo antes de que llegaras. Un maldito cementerio. Pero ahora... Ya no. Ahora, es algo hermoso.

Me atrae hacia sí. No le contesto porque, en realidad, ¿qué puedo decir que supere eso?

Fue perfecto.

Es perfecto.

Esto es perfecto.

Así es como finalmente me vence el sueño. Acurrucada en los brazos de mi marido y con el aroma de las rosas en el aire.

LILY

Salimos de Nueva York al día siguiente. Roman entra en su oficina del centro en cuanto aterrizamos, y yo vuelvo a casa con Igor.

No quiero separarme de él porque todavía estoy en la nube de la felicidad tras nuestra escapada, pero tengo trabajo que hacer.

Una casa que convertir en nuestro hogar.

Me pongo unos pantalones y una camiseta antes de que llegue la siguiente entrega de muebles, para poder ser útil cuando sea necesario, aunque dudo mucho que ninguno de los fornidos tipos masculinos que trabajan para Roman o la empresa de transportes me deje mover un dedo. Por mí, perfecto. Puedo supervisar.

La mañana transcurre como un torbellino de actividad. Sin embargo, cuando terminan, estoy sonriendo de oreja a oreja.

La recién estrenada sala de estar es una mezcla de mi personalidad y todo el equipo de alta tecnología para juegos y diversión que se me ocurre. Tenemos varios sistemas de juego, una gran pantalla que ocupa toda una pared, un amplio sofá seccional con cojines de felpa, una tumbona doble y sillones reclinables a juego. Es una habitación hogareña y confortable, toda en gris y blanco, pero con toques de rojo: almohadas, cortinas, velas. Trabajé mucho en este proyecto y estoy orgullosa de cómo ha quedado.

Cuando todo terminó y los de la mudanza se han ido, me paro en el patio para tomarme un respiro y disfrutar de la brisa. Se respira paz aquí fuera, contemplando el terreno. Miles de metros cuadrados de hierba virgen fluyen en todas direcciones.

Hermoso, sí, pero no puedo evitar sentir que está un poco desnudo. Sin flores. Sin jardines. Solo verde intacto.

Quizá esté pidiendo demasiado, pero quiero uno de esos patios a los que vienen nuestros amigos y los niños nadan en la piscina mientras Roman hace una barbacoa con sus amigos y yo me siento en una mesa al sol con las señoras, bebiendo margaritas y charlando sobre la última recaudación de fondos o la excursión del colegio u otras agradables chucherías por el estilo.

Quiero la vida que ves en las comedias románticas. Ya tengo el marido que todo el mundo quiere. Tengo la casa perfecta.

Solo unas pocas piezas más para terminar el rompecabezas.

Con la mente acelerada en busca de ideas, cojo un bloc de dibujo en uno de los despachos de la planta baja y salgo a garabatear algunas ideas para mi paraíso en el patio trasero. Canto mientras trabajo y los pájaros me devuelven el gorjeo como si se unieran a la melodía.

Estoy dando los últimos toques a una idea para una cabaña junto a la piscina...

Cuando una mano se clava en mi hombro.

Otra me quita el libro, me pone esparadrapo en la boca y me tapa la cabeza con una especie de bolsa de tela.

Grito, pero la cinta amortigua el sonido. Justo cuando se me ocurre empezar a defenderme, quien o quienes me atacan me arrancan las manos por detrás y me las atan con una cremallera.

—Vamos, mierda —me gruñe al oído una voz masculina grave.

No si puedo impedirlo. Me agarro con fuerza, pero entonces un segundo par de manos me alza y me sube a hombros de los hombres como si fuera un cerdo asado en un luau.

Igor repasó escenarios conmigo y me enseñó qué hacer si alguien se me echaba encima, pero ninguno de ellos incluía que me arrancaran de mi propio patio sin previo aviso.

Busco frenéticamente en mi memoria si me dio algún consejo que pueda aprovechar.

Si todo lo demás falla, hazte la muerta. Recuerdo esas palabras exactas.

Así que, mientras trotan por el recinto hacia Dios sabe dónde, dejo de luchar. Dejo que mi cuerpo caiga como peso muerto, que mis piernas se arrastren, que mis rodillas se doblen, que mis brazos se conviertan en endebles fideos.

Los secuestradores gruñen de sorpresa e irritación, pero no aminoran la marcha.

Escucho el crujido de una verja, seguido del zumbido metálico de las puertas de un coche al abrirse. Luego me dejan caer bruscamente en la parte trasera de una furgoneta. Caigo de bruces y noto un hilo de sangre que me sale de la nariz.

Entonces, las puertas se cierran de golpe.

El pánico se apodera de mí. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien se dé cuenta de que desaparecí? Roman no está en casa. ¿Cuánto falta para que...?

Arrancamos. Casi inmediatamente, la furgoneta se desvía y rueda a la izquierda.

—¡Cuidado! Ya vienen —está un poco amortiguado por la bolsa de arpillera que tengo sobre la cabeza, pero juraría que reconozco esa voz.

Y, cuando el segundo hombre dice: —Ese bastardo está justo detrás de nosotros —no hay duda.

Mi padre y mi hermano me han secuestrado.

Papá conduce como una mierda, lanzándome de un lado a otro. Tengo las manos atadas, así que no puedo protegerme de chocar repetidamente contra los huecos de las ruedas. Los baches

normales de la autopista se convierten en sacudidas bruscas, como si pasáramos por encima de baches.

Entonces, la furgoneta se detiene chirriando. Dos puertas se abren y se cierran de golpe. Oigo pasos que rodean el vehículo hacia la parte trasera.

Cuando abran las puertas traseras, solo tendré una oportunidad de escapar. Me preparo para hacer lo que tenga que hacer: luchar, dar patadas, arañar. Me quito la bolsa de la cabeza y me vuelvo hacia atrás.

Suena el picaporte y entonces las puertas se abren de golpe y hago mi movimiento. Golpeo fuerte con un talón y le doy a Leo justo en su estúpida cara. El cartílago cede y la sangre brota.

—¡Maldita zorra! —me agarra por el tobillo, me arrastra hacia él y me golpea tan fuerte que saboreo mi propia sangre mientras la suya sale a chorros por la nariz.

Las estrellas bailan en mi campo de visión cuando me giro para mirar a mi padre. A diferencia de Leo, está tranquilo mientras me apunta con una pistola.

—No seas difícil, Lily —dice—. Te estamos rescatando.

¿El hombre que me usó como ficha en una partida de póquer me está rescatando de los días más felices de mi vida?

Que. Lo. Jodan.

Pero, antes de que pueda formularle un *vete a la mierda* apropiadamente venenoso al hombre que me dio la vida, veo algo detrás de él. Movimiento.

Un segundo coche entra chirriando en el callejón. Los hombres gritan mientras saltan.

—¡Déjala ir y no te mataremos!

Mi hermano me enreda la mano en el pelo y me arrastra delante de él como un escudo humano. Al final del callejón hay un Mercedes que ninguno de los dos puede permitirse. Intento pisarle el pie a Leo, pero no llevo zapatos y no consigo nada.

Sin embargo, cuando vuelvo a lanzarle la cabeza a la cara, haciendo perfecto contacto con su ya arruinada nariz, me suelta y vuelve a gritar. De hecho, su grito en mi oído es tan fuerte que casi no oigo a Roman gritar: —¡Agáchate, Lily! —cuando sale del asiento del conductor del Mercedes.

Pero lo escucho. Lo escucho justo a tiempo.

Caigo de rodillas cuando dos balas se cruzan sobre mi cabeza. Una de Roman dirigida a mi padre. Una de mi padre dirigida a Roman.

BANG.

BANG.

Entonces, todo queda en silencio. Justo antes de abrir los ojos, elevo una oración silenciosa: *Por favor, que él esté a salvo.*

No creo que Dios necesite que le aclare a qué “él” me refiero.

Entonces, es el momento. No puedo aplazarlo más. Abro los ojos y lo veo: el cuerpo de un hombre.

El cuerpo de mi padre.

Estoy tumbada en el suelo de un callejón sórdido, a escasos centímetros del cadáver de mi padre. Está tumbado boca arriba, con los ojos abiertos hacia el cielo. Un hilo de sangre mana de la comisura de sus labios y su camisa, quizá fue blanca alguna vez, pero ya no, está empapada de carmesí oscuro.

Ni siquiera me tomo un segundo para lamentarme. Me levanto y corro hacia Roman, a donde pertenezco.

ROMAN

Lily choca conmigo con fuerza y la envuelvo en mis brazos. Hay conmoción más allá de mí: el cabrón de su hermano debe de estar huyendo.

Que se joda. Mis hombres lo atraparán y, si no lo hacen, lo encontraremos pronto y le haremos pagar por lo que hizo. Su padre ya ha pagado.

Habrà preguntas más tarde. Preguntas como ¿cómo coño se las arreglaron dos pedazos de mierda despreciables para burlar mis medidas de seguridad y llevarse a Lily del patio?

Pero, por ahora, me limito a abrazarla. Dejo que solloce contra mí mientras la tranquilizo lo mejor que puedo.

—No hay ningún lugar en la tierra al que podrían haberte llevado que yo no hubiera buscado, Lily —gruño en su oído—. No hay distancia que no recorrería para encontrarte.

Llora más fuerte y me aprieta la cara contra el pecho. Me pregunto si estará de luto por su padre. No hace mucho, habría pensado que estaba de luto. Pero ahora veo que no.

Ella es mía. Ella es total y completamente mía.

Lo que significa que cae bajo mi protección.

Cualquiera que se meta con ella o la haga sentir insegura o asustada morirá, así de simple. Hoy su padre. Mañana, será Floriano. El día después de eso, alguien más, tal vez.

Pero no importa. Todos tendrán el mismo final.

La miro y le limpio las lágrimas de la cara. —No pasa nada —le digo—. Estoy aquí. Todo va bien.

Le ató las manos, joder. Y el imbécil de su hermano le hizo un moretón que sentirá mañana. Desprecio eso, sobre todo porque sé que le recordará el callejón y lo que pasó aquí.

Lo mejor es dejar todo esto atrás lo antes posible. Mi mujer es pura e inocente, y no merece estar sumida en la sangre que corre por mi mundo.

Es mi trabajo mantenerla a salvo de eso.

—Estoy aquí —le digo de nuevo—. Siempre estaré aquí.



IGOR aparca el coche delante de la casa. Voy en la parte de atrás con Lily, que se quedó dormida contra mí. Sin despertarla, la llevo a la casa y la subo a nuestra habitación. Necesita dormir, que la abracen y la tranquilicen, que la protejan y la amen... bueno, que la cuiden.

Estoy a punto de acurrucarla en la cama cuando por fin habla. —Roman... —sus dedos se enroscan en los bordes de mi camisa.

—¿Sí?

—No me dejes.

Miro hacia abajo. Estoy cubierto de sudor y salpicaduras de sangre. —Estoy sucio —digo.

Ella asiente sin abrir los ojos. —Yo también. ¿Puedes arreglarlo?

Su voz es tan diminuta y rota que me palpita el pecho. En lugar de dejarla en la cama, me doy vuelta y la acompaño al cuarto de baño. Enciendo la bañera al máximo y la siento en el borde mientras la desvisto con manos cuidadosas y tiernas.

Respira suavemente, con los ojos vacíos, y no dice nada.

Cuando el agua está lista y humeante, ambos nos deslizamos en ella. Ella se acurruca contra mí, con la espalda pegada a mi pecho, y nos quedamos así mucho, mucho rato.

Al cabo de un rato, busco un peine y le quito los nudos del pelo. Suspira y suelta un pequeño gemido.

—Quédate aquí conmigo —le susurro al oído—. En este momento. No vayas a tu cabeza. No vayas a tus recuerdos. Yo estoy aquí. Estate aquí también.

—Bien —murmura—. Quiero eso.

Su respiración se ralentiza y entra en el ritmo del sueño. Cuando estoy seguro de que se durmió, la levanto, la envuelvo en un albornoz y la llevo a nuestra cama.

Nuestra cama. Es curioso lo fácil y natural que suena ahora en mi cabeza.

Es *nuestra* cama. En *nuestra* casa. Lily la hizo así. Su toque está en todos los detalles de la casa, desde las bandejas de popurrí de la entrada hasta la manta blanca que cubre el sillón.

Eso significa para mí más de lo que debería.

La acuesto y me tumbo a su lado. Se duerme enseguida, pero para mí dormir es algo irrisorio.

Ella necesitaba ternura, así que yo fui tierno. Pero la rabia provocada por lo que pasó hoy necesita un poco de liberación.

Así que me deslizo con cuidado fuera de la cama. Ella no se mueve, así que me dirijo a la puerta y salgo.

—Vaya puta noche —digo en voz baja cuando estoy en el pasillo.

Las palabras no le hacen justicia. Necesito una copa, un par de horas en el gimnasio, una forma de hacer que mi cabeza deje de funcionar mientras mi cuerpo ordena las emociones.

Lo primero es lo primero: la bebida.

Voy a la cocina por el whisky de cuarenta años que solo pruebo en los mejores y peores días de mi vida.

Hoy, sin embargo, no basta con uno. Uno se convierte en dos y dos en siete antes de que mi padre entre por la puerta de atrás.

—¿Qué haces aquí? —me quejo.

—Escuché que tuviste algunos problemas.

Algunos problemas. Esas palabras tampoco le hacen justicia. Pongo los ojos en blanco y me sirvo otro vaso.

—Podría decirse.

—¿La chica está bien?

—‘La chica’ es mi esposa. Y ella está bien.

—Eso es bueno.

—Sí. Así es.

Estoy lo suficientemente cansado como para bajar la guardia por un breve momento. Y en ese momento, me encuentro diciendo: —Es tan joven.

Padre asiente. —Sí —coge la botella, busca un vaso en el armario y se sirve unos dedos.

—Creo que... —vacilo antes de terminar el pensamiento.

¿Que creo qué? ¿Que la idea de perderla me sacudió hasta la médula? ¿Que quemaría toda la ciudad hasta los putos cimientos si eso ocurriera?

No puedo decir esa mierda en voz alta, y menos a mi padre.

Así que hago lo que siempre hice con pensamientos así: enterrarlos.

—Podría haberla perdido —digo en su lugar.

Padre asiente de nuevo. —Pero no lo hiciste.

—No. Acabo de matar a su padre en cambio.

—Mejor él que ella, ¿no?

—Sí —hago una mueca—. No puedo discutir eso.

—Nos preocupamos por ti, ¿sabes? —comenta mi padre—. Tu madre y yo.

—Apuesto a que sí.

—Los padres se preocupan, Roman. Las madres especialmente. Lo único que podemos hacer es intentar que nuestras mujeres estén tranquilas —habla como si supiera muy bien el problema que me quema las entrañas.

—Es bueno saberlo.

Lo que necesito saber es cómo dejar de preocuparme por ella. Cómo no imaginarme las pesadillas que probablemente esté teniendo.

Pero aún más que eso, cómo protegerla para que esto no vuelva a suceder.

Mi padre empieza a decir, —Roman, yo...

Pero, antes de que pueda terminar la idea, vuelve a toser. Es peor de lo que había oído nunca. Tose y resuella durante un largo minuto. Intento ofrecerle un vaso de agua, pero me rechaza.

—Estoy bien. Estoy bien —jadea mientras recupera el aliento. Parece como si la muerte lo estuviera buscando, pero no digo eso.

Cuando por fin recupera la calma, le dirijo una mirada sombría. —¿Qué dijo el doctor, padre?

Sacude la cabeza. —¡Bah! Los médicos no saben una mierda. Solo me vienen con pastillas, pastillas, pastillas. Siempre más pastillas. Una para mear, otra para dejar de mear. Una para dormir, otra para despertar. Y las pastillas para el corazón, no me hagas empezar con las pastillas para el corazón. Soy el sueño de un puto farmacéutico. Pero no tienes que preocuparte, hijo. Viviré más que todos ustedes.

Resoplo. —No es una mala apuesta, sinceramente.

En el Viejo Continente los hacen duros. Grigor Sorokin no es una excepción.

—Pero, ¿quién se preocupa por ti, Roman? —reflexiona.

Sé que no es una pregunta que deba responder, pero de todos modos se me eriza el vello. —No necesito que nadie se preocupe por mí. Estoy bien.

Suspira. —Créeme, hijo: no querrás preocuparla.

No tiene que especificar de qué “ella” está hablando.

—¿Algún otro consejo paternal? —gruño con amargura.

Mi padre se encoge de hombros. —Ella está en un lugar frágil, hijo. Su padre apostó su virginidad como una ficha al César. Y luego lo vio tragarse una bala delante de ella.

—Soy consciente de lo que pasó.

Vuelve a asentir, sin sorprenderse por mi respuesta. —¿Y el hermano?

—El hijo de puta corrió como una perra. Kaz está fuera, buscando.

—Le darás un escarmiento a ese chico cuando lo atrapes.

Aprieto el puño. —Sabes que lo haré.

Leo Benedetti está en la lista ahora. Tan pronto como aparezca, me lo traerán. Y me encargaré de él.

Y nadie encontrará nunca el cuerpo.

LILY

Mi baño matutino no es tan agradable como el de anoche. Me sentía segura cuando Roman estaba ahí conmigo.

Ahora, cuando me deslizo bajo el agua y abro los ojos como hago siempre, parpadeo y veo el rostro de mi padre, pálido y ensangrentado por la muerte.

Es solo una visión. Una alucinación. Y se va tan rápido como vino.

Pero cuando me incorporo, resollando y ahogándome con el agua inhalada, la imagen permanece grabada en mis retinas.

Me invade la tristeza. No es fácil arrancar de la relación con mi padre momentos que valga la pena salvar. Pero hay algunos, repartidos por toda mi vida como pequeños tesoros.

Que me quitara el flequillo sudado de la cara cuando estaba en casa con gripe.

Él besándome en la mejilla para desearme suerte antes de subir al escenario para una actuación del coro.

Nunca volveré a sentir el tacto de mi padre.

Y no es solo a él a quien perdí. Cuando mi madre se entere de lo que pasa, me culpará a mí. Siempre lo hace. Así que, al perderlo a él, también la pierdo a ella, aunque de todas formas ya estaba casi muerta.

No estará allí para ver crecer a su niña y verla convertirse en una mujer orgullosa y capaz.

No estará en el hospital conmigo cuando traiga al mundo a su primer nieto.

Por supuesto, falta mucho para eso. Los niños son...

Me quedo quieta un segundo, callada y contando. El fin de semana anterior a la partida de póquer que cambió mi vida, estaba en la fiesta de Jenny Figueroa, en la azotea del ático de su madre cuando empecé mi último periodo. Eso fue hace... mierda, ¿cuánto tiempo?

Pienso más. Era el cumpleaños de Jenny, que es nueve meses más joven que yo. Yo nací el dieciséis. La fiesta fue un sábado y soplamos las velas justo a la medianoche.

Siete semanas.

Siete semanas desde que me vino la regla. —Oh, Dios.

El estrés puede interrumpir la menstruación. Definitivamente estuve un poco estresada debido a, seamos amables y llamémoslos “acontecimientos de la vida” en las últimas semanas.

Por supuesto, el sexo con un hombre cuyo cuerpo está construido específicamente con ese propósito en mente también conduce a la cosa, no me atrevo a decir la palabra, que hace que los períodos se retrasen unos... no sé... ¿nueve o diez meses?

Esto no puede estar pasando.

Salgo precipitadamente de la bañera y el agua cae por el borde. El pie izquierdo resbala, el derecho se atasca y, de no ser por el toallero al que logro agarrarme, habría caído con fuerza.

Cuando tengo dos pies firmes debajo de mí, me envuelvo en una toalla y me apresuro a entrar en el armario. ¿Qué se pone una para ir a la farmacia a comprar una prueba de embarazo?

Unos pantalones y una camiseta me parecen extrañamente inadecuados, pero cualquier cosa de Prada es demasiado. Me decido por unos pantalones cargo y una camiseta blanca. Cuando entro en el vestíbulo, casi me convengo de que estoy exagerando.

No estoy embarazada. Estrés, estrés, estrés, eso es todo. Las últimas semanas, todas las semanas desde la partida de póquer, en realidad, ¡han sido estresantes! Estresantes hasta el punto de retrasar mi periodo.

Escucho ruido al final del pasillo y vuelvo al dormitorio antes de darme cuenta de lo que hago.

No quiero que Roman lo sepa todavía. Además, no hay nada que él deba saber. ¿No es cierto? Cierto.

Así que espero hasta que el sonido de sus pasos se desvanece en la otra dirección.

Gracias a Dios por los pequeños favores. Sin embargo, cuando vuelvo a asomarme al vestíbulo, lo escucho terminar una conversación con uno de los empleados de la casa y volver por este camino.

—Mierda, mierda, mierda —maldigo en voz baja. De todos los días, tiene que elegir este para quedarse en casa a trabajar.

De ninguna manera pasaré sin que me haga preguntas. Solo tengo una opción. Igor.

Cojo el móvil y empiezo a escribir un mensaje.

¿Puedes por favor ir a la tienda y comprarme algo? Necesito una prueba de embarazo.

Casi le doy a enviar, pero entonces me doy de bruces con la verdad: irá directamente a ver a Roman. Desde luego, no mantuvo el secreto sobre el pequeño encuentro con mi padre en la tienda de muebles. Y esto es tanto o más pertinente para los intereses de Roman que eso.

Mierda. ¿Qué hago...?

Borro “prueba de embarazo” y tecleo un montón de artículos al azar que en realidad no necesito. ***Zumo de naranja ecológico, aspirinas, caramelos Chewy, prueba de embarazo, una bolsa de mini donuts y unas gafas de lectura.***

Solo una bolsa de cosas al azar. Nada interesante que ver, que siga en movimiento.

Eso espero.

Pulso enviar. Un nanosegundo después, su respuesta llega a mi teléfono. ***Vuelvo en diez minutos.***

Eres el mejor. ¿Me lo traes a mi habitación cuando llegues?

Envía un pulgar hacia arriba. Un hombre de pocas palabras.

Me siento en la cama con el móvil en el regazo, como si pudiera influir en la discreción de Igor apretándolo lo suficiente. ¿Reenviaré el mensaje a Roman?

Siento una extraña punzada y me doy cuenta de que esto es lo que mi madre debería estar haciendo: tranquilizarme, traerme una prueba, guiarme en este momento que cambia mi vida. Este es un momento en el que quiero a mi madre más que nunca.

Y yo no tengo eso. Nunca lo tendré.



PASAN DIEZ MINUTOS. Diez largos y angustiosos minutos de vacilaciones entre estar segura de que estoy embarazada y jodida, y estar segura de que estoy haciendo una tormenta en un vaso de agua.

Pero, cuando han pasado diez minutos, Igor llama a mi puerta. —Aquí está todo —es rápido y conciso.

—Gracias, Igor —digo lo más agradablemente que puedo.

Asiente, deja la bolsa en el suelo y sale de la habitación con un gruñido apagado como respuesta. Es normal, en realidad, pero no ayuda a calmar mis nervios en lo más mínimo.

En cuanto la puerta se cierra tras él, me levanto de un salto, cojo la bolsa de plástico de la farmacia y tiro todo su contenido sobre la colcha. La prueba de embarazo sobresale del fondo como la espada en la piedra.

Leo las instrucciones, aunque es una maniobra bastante sencilla. Orinas en el palo, esperas y luego tu mundo hace un remolino.

Hago exactamente eso. Me apresuro a entrar en el baño y hago mis necesidades.

Y luego, espero.

Y espero.

Y espero.

Si esos diez minutos me parecieron toda una vida, estos treinta segundos me parecen una eternidad pasada en el purgatorio. Me convengo una docena de veces de que empiezo a ver... espera, no, *ahora* empiezo a ver... no, vale, bien, *ahí* está. Esta vez de verdad.

Es...

Uno más.

Estoy embarazada.

Me quedo boquiabierta. Literalmente, me quedo con la boca abierta. Por lo que sé, también se me para el corazón. Se me revuelve el estómago y lo primero que pienso es: *¿Es malo para el bebé?*

Mierda. Tengo que decírselo a Roman.

No puedo decírselo a Roman.

Tengo que tantear las aguas con Roman. Sí, así está mejor.

Como si lo hubiera invocado con el poder y la intensidad de mis pensamientos, entra en el dormitorio justo en ese momento. Deslizo la varilla bajo mi muslo y miro hacia arriba, con una sonrisa falsa.

—Hola —dice—. Estás despierta.

—Sí. Sí. Sí. Bien despierta.

Ladea la cabeza. —Puedo verlo.

Luego, como si supiera que estoy a punto de explotar por el esfuerzo de mentir y ocultar esta verdad demasiado grande para ser cierta, se apoya en el marco de la puerta. Hay tanto silencio en este cuarto de baño que probablemente pueda escuchar el sonido de los gritos en mi cabeza.

—¿Qué pasa? —chillo.

—Quería ver cómo estabas antes de irme a trabajar.

—¿Vas a la oficina? —*oh, gracias a Dios*. Necesito algo de tiempo para asimilar esto. Es demasiado a la vez.

—Puedo quedarme, si quieres.

—¡No! —*demasiado alto. Demasiado rápido. Retráctate*—. Quiero decir, no quiero interponerme entre tú y tu trabajo.

—Solo estaré fuera unas horas.

—Suenas muy bien.

Se gira para irse y se detiene. —O quizá llame y le diga al jefe que estoy enfermo.

¿Es una amenaza disfrazada? ¿Lo sabe? No, imposible. No lo sabe. Solo está bromeando. Haz una de vuelta, como un ser humano normal.

—¿No eres tú el jefe?

Sonríe. —Oh, claro. Qué conveniente.

Me levanto y camino hacia él con piernas temblorosas de Bambi. —Bueno, ¿quién va a dirigir el barco si estás faltando?

Cuando estoy lo bastante cerca para que me alcance. Sus dedos bailan sobre mi vientre bajo el dobladillo de la camisa. De repente, siento un impulso inexplicable de apartarme de él. De proteger a mi bebé incluso de algo tan inocente como el contacto de mi marido.

Endurezco todo el cuerpo para no moverme y delatarme.

Roman se detiene y retrocede. —¿Segura que estás bien? —antes de que pueda responder, me coge la mejilla con la mano y me acaricia la cara con el pulgar—. Sé que probablemente piensas que tienes que aguantarte todo porque... —hace una pausa como si no estuviera seguro de que estoy preparada para oír las palabras: *Porque maté a tu padre*—. Pero puedes llorar si lo necesitas.

Sacudo la cabeza. —Estoy bien, gracias. Creo que solo necesito algo de tiempo para procesar. Para... llorar.

Ambas cosas son ciertas. Pero esas cosas han pasado a un segundo plano ahora mismo.

—De acuerdo.

Se gira para irse una vez más, pero esta vez soy yo quien lo detiene. —¿Roman?

—¿Sí?

—Gracias por... por salvarme.

Sus ojos oscuros brillan. —Siempre.

Consigo mantener la compostura hasta que se marcha. Pero, en cuanto se cierra la puerta, me arrodillo en el suelo de porcelana y sollozo.

No son lágrimas tristes. Tampoco son lágrimas de felicidad.

A decir verdad, no sé lo que siento. ¿Amo a mi marido? ¿Lo odio? ¿Puedo criar a un hijo con él o debo coger a este bebé y huir, huir mientras pueda, huir como si nuestras vidas dependieran de ello, porque quizá sí dependan de ello?

Roman Sorokin es un asesino, después de todo. Puede que me bese con ternura y me folle como si me quisiera, pero ambos sabemos que no es capaz de sentir eso.

¿Verdad?

Lo digo como si supiera que es verdad. Pero, en el fondo de mi pecho, me pregunto si es posible que alguien cambie eso. Que yo cambie eso.

Tengo que tomar una decisión, tarde o temprano. Pero que me aspen si sé qué elección será.

Así pasan las horas, plagadas de indecisiones. Cuando me doy por vencida y me acuesto, no hay rastro de Roman, es más de medianoche y estoy agotada. Demasiado para mirar el reloj cuando por fin se mete en la cama a mi lado y me estrecha.

Demasiado agotada para hacer mucho más que acurrucarme a su lado y dejar que me abraze

mientras duermo.

Pero no tan agotada como para que mis demonios me dejen en paz.

ROMAN

El sueño no llega con la facilidad habitual.

Porque metí la pata. Mis enemigos se acercaron lo suficiente como para tocar lo máspreciado de mi mundo.

Me ocupé de las lagunas de mi seguridad. Matthias llevará una cicatriz y un parche en el ojo el resto de su vida como recordatorio de que no vigiló a la persona más importante de mi vida.

Igor se libró de un castigo similar, pero solo porque sé que se torturará por sus fracasos mucho peor que cualquier cosa que yo pudiera hacerle.

Pero la ira persiste de todos modos.

Al final, sin embargo, el sueño me reclama. Con él viene un sueño, inusual para mí.

Me duele la cabeza por el caos de la multitud que nos rodea. Las luces de arriba no ayudan: fluorescentes y de colores, estroboscópicas y parpadeantes.

Lily está conmigo. La cojo con fuerza de la mano porque, mire donde mire, veo peligro.

Payasos con pistolas. Hombres con máscaras de animales. Mujeres con garras en las manos.

Estamos expuestos aquí fuera. Demasiadas variables, demasiadas amenazas. Remolco a Lily entre la multitud, apartando mano tras mano, protegiéndola con mi cuerpo.

Ni siquiera estoy seguro de dónde estamos. ¿Un circo? ¿Un centro comercial? ¿Algún tipo de fiesta de disfraces?

De repente, me doy cuenta de algo: su mano ya no está en la mía. Solo sostengo aire vacío.

—¿Lily? ¿Lily? —grito cada vez más alto hasta que estoy rugiendo su nombre—. ¡Lily! ¡Lily!

Pero ya no está. La multitud se la traga. Sin rostro, despiadada e interminable.

Entonces: —¡Roman!

Su grito resuena en el aire nocturno. El espacio está completamente vacío en un abrir y cerrar de ojos, pero está tan oscuro que no puedo verla, solo puedo oírla.

Persigo el sonido. De repente, hay un bosque. Árboles altos y oscuros que se amontonan. —

¡Roman! —vuelve a salir de entre los troncos.

Corro entre los árboles, esquivando raíces y sufriendo golpes de ramas que me azotan en la cara. Estoy sangrando, pero me importa una mierda.

Solo la necesito.

Veo luz delante. Nos acercamos al límite del bosque. Pero, justo cuando estoy a punto de atravesar el perímetro y volver al espacio abierto donde aún puedo oír a Lily llamándome, me doy cuenta de que ya no avanzo.

Corro lo más rápido que puedo, pero mis largas zancadas no ganan terreno, el suelo es una cinta de correr y puedo llamarla a gritos todo lo fuerte que quiera, pero no sirve de nada y no consigo acercarme.

Me despierto de un sobresalto. El corazón me late con fuerza y todos los demás músculos palpitan, duelen y están tensos.

Pero está tumbada a mi lado, con la respiración uniforme y suave, el pelo todavía perfumado y una sonrisa soñolienta dibujada en sus labios.

—Gracias a Dios —susurro las palabras en la oscuridad de nuestra habitación. El sueño tiene sus garras en mí.

Sacudo la cabeza con rabia. Nadie me la quitará. Ni una puta vez más.

Esta vez, es más fácil conciliar el sueño. Cierro los ojos y siento que me desvanezco. Estoy atravesando ese punto dulce entre la vigilia y el sueño en el que el mundo es ingrátido y nada importa...

Cuando todo explota.

La ventana estalla en una lluvia de cristales rotos. Las llamas y el humo se cuelan por las aberturas dentadas. La alarma antiincendios y los sistemas de seguridad chillan.

—¡Lily! Levántate —la sacudo por los hombros mientras me levanto y me pongo los pantalones con la otra mano. No me da tiempo a ponerme una camisa, porque el acelerante salpica las paredes, el suelo y la esquina de la cama. El fuego lo consume con avidez. El humo me llena los pulmones y me hace toser como mi padre.

Escucho un segundo golpe en el pasillo y cuatro más en rápida sucesión antes de poder despertarla lo suficiente para vestirse.

—¿Qué... qué está pasando? —pregunta sombríamente—. Roman, ¿qué...?

—No tenemos tiempo. Levántate. Tenemos que movernos.

Como sigue sin responder lo bastante rápido, la cojo en brazos y salgo corriendo al pasillo. Al bajar las escaleras, la puerta principal está abierta de par en par y, a través de ella, veo que las verjas de la finca han volado en pedazos. Dos de mis hombres, Fakir y Andrei, yacen sangrando por las heridas de la cabeza en la entrada.

Y el olor a humo lo contamina todo.

No puedo ver, no puedo respirar, no puedo pensar. ¿Qué coño está pasando?

No importa. Primero tenemos que movernos. Cuando Lily esté a salvo, entonces podré idear mi plan.

Aun así, no puedo evitar formar una lista de sospechosos en mi mente mientras corremos por el camino de cemento. Una larga lista. Todos, desde el hermano de Lily hasta Gianpaolo y Floriano, pasando por los irlandeses, la Yakuza o ese nuevo bastardo griego que trafica con drogas desde su restaurante en el límite de mi territorio.

Una cosa es segura: el que se atrevió a hacer esto sufrirá terriblemente.

Dejo a Lily en el suelo solo cuando estamos lejos de la casa en llamas. Ella gime, todavía nublada por el sueño, y se acurruca contra mí.

Todo lo que puedo pensar es en protegerla. Encontrar una forma de mantenerla a salvo. No hay casas cerca, no hay cobertura para protegerla mientras veo mi casa arder. Y, si alguien está esperando en la arboleda, podrá emboscarnos sin encontrar resistencia. No tengo armas, ni teléfono, ni siquiera una maldita camisa.

Lily, aún envuelta en la manta, tiene lágrimas gordas rodando por sus mejillas. —¿Qué está pasando, Roman? ¿Quién está haciendo esto? ¿Dónde están todos tus hombres?

Antes de que pueda responder a sus preguntas, la primera bala me atraviesa el costado.

No hay sonido de disparos, ni siquiera el silencioso ping de un arma silenciada. Solo dolor.

Una cálida humedad, sangre, se filtra desde la herida hasta empapar mi cintura mientras me retuerzo intentando averiguar de dónde salió el disparo y a quién coño tengo que matar.

Pero el mundo da vueltas mientras intento concentrarme. La bilis me sube a la boca.

—¡Roman! —Lily grita mientras mis piernas se doblan y el frío suelo se precipita a mi encuentro.

Amortigua mi golpe y presiona la manta sobre mi herida.

—¡Roman! —grita de nuevo.

Los bordes de mi mundo se desdibujan y mi boca no funciona bien. Así que no puedo advertirle del hombre que se acerca detrás de ella.

Lo intento de todos modos, pero todo lo que sale es —Li... —antes de que mi voz se rinda.

Me aferro a su mano, pero no tengo fuerzas para retenerla cuando el hombre se inclina y tira de ella.

—Lil...

—¡Roman!

—Lily...

Entonces, igual que en el sueño, su mano se suelta de la mía y desaparece en el bosque, sin dejar

de gritar mi nombre.

LILY

Grito una y otra vez hasta que no sale ningún sonido. Mis secuestradores me ignoran mientras me arrastran por un agujero abierto en la valla. La metralla ensucia el suelo y los setos arden.

Una vez fuera del recinto, los dos me atan las manos a la espalda, me suben a hombros y siguen corriendo hacia las sombras.

Entre la oscuridad y mis lágrimas, no puedo ver a dónde vamos. Tampoco puedo ver a Roman. Solo Dios sabe lo que le están haciendo. No puedo imaginar que sea bueno.

Un pensamiento me ronda la cabeza, una y otra vez: aunque sobreviva a esto, mi bebé nunca conocerá a su padre.

Quiero llorar, gritar, arremeter y mostrar mi ira a estos hijos de puta. Pero no tengo zapatos ni armas y hay solo un pijama entre el aire y yo.

No. No. Roman estará bien. Me niego a volver a vivir sin él, a estar sin él. No puede morir. No morirá.

Pero el miedo a que lo haga burbujea en mi pecho, en mi garganta, hasta que es todo lo que puedo saborear, todo lo que puedo respirar y todo lo que puedo pensar.

—Cállate, zorra estúpida —los matones me dejan bruscamente en el asfalto—. Camina.

—Vete a la mierda...

Me golpea con una pistola en la cara. Veo estrellas y siento cómo se me abre el labio. El sabor cobrizo de la sangre me llena la boca.

Me apunta con el arma a la cara. —Habrás más de donde vino eso si no cooperas. ¿*Capisci*?

No digo nada. No le mostraré mi miedo ni mi dolor. Haré como haría Roman: mantenerme firme y escupir a la cara de nuestros enemigos.

Su boca, lo único que puedo ver aparte de sus ojos oscuros debido al pasamontañas, se tuerce en una mueca salvaje.

—Cuando te haga una pregunta, será mejor que...

—Tranquilo, *amico* —interrumpe el otro hombre—. No hay tiempo para esto. Tenemos que

movernos.

El primer hombre gruñe. —Pequeña zorra con suerte —murmura. Sin embargo, guarda el arma.

Echo un vistazo detrás de mí. ¿Dónde están los hombres de Roman? ¿Dónde están sus hermanos? ¿Dónde está Igor? Me serviría cualquiera ahora mismo, quien sea. Alguien que saque un arma y dispare a estos bastardos italianos.

Deben de estar preguntándose lo mismo, porque redoblan sus esfuerzos, empujándome por la espalda para impulsarme hacia delante.

Si estos cabrones me meten en un coche, se acabó. Lo más probable es que desaparezca y no me vuelvan a ver. Vendida al mejor postor o desmembrada y desechada, ¿quién demonios sabe lo que tienen en mente?

No puedo dejar que eso ocurra. Roman me necesita para sobrevivir. Mi bebé me necesita para sobrevivir.

Cuando tropiezo, el matón de la cuerda tira de la correa atada a mis esposas. —¡Vamos! —gruñe.

Pero, en lugar de dejar que me remolque, me arrojo. Puede que me hagan daño por esto, pero ganaré tiempo. Tiempo para Roman, para sus hombres, para que alguien descubra lo que está pasando y lo detenga.

El matón más paciente me coge por el brazo y me pone en pie, pero su agarre me hace flaquear y vuelvo a caer al suelo. El asfalto me desgarrar las rodillas, aunque eso no es lo que más me preocupa ahora. Gruñe de frustración.

—Deberíamos matar a la *puttana* aquí y ahora —refunfuña el más enfadado de los dos.

—Sabes que no podemos hacer eso —responde su camarada—. Órdenes del jefe.

Supongo que es un pequeño alivio. Aunque solo Dios sabe de qué puto jefe están hablando. Esta ciudad tiene más italianos corruptos que cucarachas.

Por supuesto, que no puedan matarme no significa que no puedan maltratarme como a un muñeco de trapo. El hombre enfadado me agarra del pelo de raíz y me echa la cabeza hacia atrás para que no tenga más remedio que mirarlo a la cara.

—Te lo diré una vez más: Levántate. Camina. Si no lo haces... —su aliento es fétido—. Si no lo haces, te haremos mucho, mucho daño.

—Que te jodan —ronroneo lo mejor que puedo. Lo miro fijo, a pesar de que todavía me duele la cabeza por haberme golpeado con la pistola.

Chasquea la lengua como si yo fuera una niña estúpida. —Te aconsejo que no le digas eso a Floriano —suspira.

Oh, mierda. *Oh, mierda.*

Así que *esa* es la cucaracha responsable de esta pesadilla.

Los esbirros ven mi conmoción y mi sorpresa. Ambos se ríen entre dientes y siento un latigazo

de ira ante su condescendencia.

—Ahora —canturrea el primero—, ¿lo haremos por las buenas o por las malas?

La vieja Lily habría llorado y gritado y habría hecho caso a lo que le dijeran. ¿No fue eso lo que hice con Leo la noche de la partida de póquer? Simplemente me rendí. Me di por vencida.

La nueva Lily no hará eso.

Roman me enseñó a ser mejor. Roman me enseñó orgullo, fuerza, valentía. Roman me hizo ver que el mundo es lo que tú haces de él.

Roman querría que luchara. Así que luchar es exactamente lo que haré.

Con el agresivo esbirro mirándome lascivamente a la cara, echo el cuello hacia atrás y le doy un cabezazo en la nariz tan fuerte como puedo.

Justo en el blanco. La sangre salpica, el hueso se rompe y la frente me duele un poco más de lo que ya me dolía. Vale la pena, sin embargo, verlo retroceder tambaleándose. —¡Argh! —grita—. Estúpida hija de puta...

El primer puñetazo viene de detrás de mí. Me da en la espalda, cerca de los riñones, y el dolor me recorre todo el torso. Cuando voy a caer de bruces, el segundo matón me agarra y me mantiene en pie, justo a tiempo para que el segundo puñetazo me dé justo en el estómago.

Me derrumbo y vuelvo a gritar de angustia. *Mi bebé, mi bebé, mi bebé...*

Descienden sobre mí con patadas y puñetazos. Si sobrevivo hoy, mañana dolerá como la mierda. Pero eso no importa ahora mismo. Lo único que importa ahora es mi bebé. Así que me hago un ovillo y hago todo lo que puedo para mantenerlo a salvo.

—¡Por favor! —me desenrosco lo suficiente como para levantar una mano—. ¡Por favor, paren!

Dos pares de manos me levantan. —¿Vas a cooperar ahora? —gime uno de ellos.

—Sí —sollozo—. Sí.

Uno de los matones me ata otra cuerda al cuello y me lleva por la calle como a un perro apaleado. He perdido la noción de quién es quién, y tengo los ojos hinchados por una patada especialmente brutal en la cara.

No importa. No quiero ver nada, de todos modos. Si la oscuridad viene por mí...

Que venga.

ROMAN

¡Mierda! grito en mi cabeza. No puedo hacer nada más que exhalar en voz alta. Con un agujero de bala, más bien un puto cráter en un costado del torso, no puedo evitar que se la lleven.

No puedo evitar que la arrastren por el bosque.

No puedo hacer ni una mierda más que sangrar y mirar.

Cuando lo único que quiero es encadenarlos, cortar un trozo de sus cuerpos cada vez y dárselos de comer. Con el tiempo, haré exactamente eso. Eventualmente, mataré a esos bastardos lentamente.

Pero ahora mismo, apenas puedo moverme sin rugir de dolor. Sin embargo, quedarse quieto no es una opción. Solo Dios sabe cuántos otros bastardos se mueven entre las sombras de mi propiedad.

Así que, dejando a un lado la agonía de la herida, me pongo en pie. Mantengo la manta pegada a mi costado, aunque ya está empapada de sangre. Sigo arrastrando más sangre mientras doy un paso lento y torpe tras otro, en dirección a donde se llevaron a mi mujer.

Atravieso la arboleda y veo que han abierto un agujero en mi valla. A lo lejos, distingo un trío de siluetas. Oigo un grito: el de Lily.

Redoblando mi esfuerzo, sigo avanzando. Sigo arrastrándome. Puede que me desangre en el esfuerzo, pero lo haré un millón de veces si eso me da una mínima oportunidad de salvarla.

No puedo acortar la distancia lo bastante rápido. Mientras miro, Lily tropieza y cae. Los bastardos descienden sobre ella con puños y pies. Grita una y otra vez. Luego, la levantan a rastras y la meten en la parte trasera de una furgoneta cercana.

Mierda. Si se escapan antes de que pueda robar un coche para perseguirlos, estoy jodido. Lily está jodida. Se me acaba el tiempo.

Escudriño la oscuridad con mi visión acuosa y borrosa. Hay una fila de coches aparcados junto a la carretera. Cojeo hacia ellos y pruebo la manilla del primero.

Cerrado.

El segundo cerrado.

—Vamos, *mudak* —gruño en voz baja—. ¡Ábrete de una puta vez!

A la tercera, doy en el blanco. La puerta está abierta.

Miro por encima del hombro y veo a los hijos de puta encendiendo el coche. Los faros atraviesan la oscuridad. Tengo que darme prisa.

Abro el panel del salpicadero y saco un lío de cables. Arranco el revestimiento de uno de ellos con los dientes, los conecto y el motor vuelve a rugir.

Suena como la mierda, como si pudiera apagarse en cualquier momento, pero tendrá que servir. El asunto es que yo también podría apagarme en cualquier momento.

Me palpita la cabeza, me arde el costado y veo el doble y el triple de todo lo que hay en la carretera delante de mí.

Tres versiones del coche que lleva a mi mujer salen a la carretera. Piso el acelerador y los sigo.

Conducen rápido: cincuenta, ochenta, cien antes de que hayamos salido de la zona residencial de la ciudad. Algún poder superior debe de estar ayudándome a conducir, porque me las arreglo para seguirles el rastro incluso cuando esquivamos el tráfico y a los peatones.

La gente grita y toca la bocina, pero me importa una mierda. No saben lo que está en juego.

Una voz penetra en mi estupor. —Si no conduces más rápido, nunca me salvarás.

—¿Qué coño...? —miro al asiento del copiloto. Hostia puta, no me puedo creer lo que estoy viendo—. ¿Lily?

—Me escuchaste, Roman. Prometiste que me salvarías, siempre —lágrimas gruesas ruedan por sus mejillas. Lleva su vestido de novia, me doy cuenta. Odié esa cosa el día que nos casamos. Ahora le queda mal—. Por favor, Roman. Sálvame.

Parpadeo. Cuando vuelvo a mirar, ya no está.

Entonces, alzo la vista y veo los faros de un camión de dieciocho ruedas que se aproxima.

En el último segundo posible, giro el volante hacia la derecha. Esta camioneta robada vuelca sobre dos ruedas y me pregunto si fui demasiado lejos, si estoy a punto de volcar, si perderé a Lily para siempre.

Entonces, vuelvo a pisar a fondo las cuatro ruedas y mantengo viva la persecución.

—¿Quién demonios te enseñó a conducir?

Kaz se sienta ahora en el lugar de Lily. No Kaz como es ahora, sino Kaz como era cuando tenía doce años. El diablillo que me adoraba, que iba a donde yo fuera y hacía lo que yo hiciera.

—Apesta —dice sacando la lengua.

—Vete a la mierda, *mudak*. Estoy tratando de salvar a mi esposa.

—¿Salvarla? ¿Cómo te las arreglaste para perderla, en primer lugar? —chasquea la lengua y sacude la cabeza—. No te mereces todo lo bueno que tienes.

Me subo a una acera para evitar a una pandilla de universitarios borrachos en el paso de peatones. Gritan mientras paso a toda velocidad, evitando por los pelos atropellar a uno con los retrovisores laterales.

Ahora apuntamos hacia el muelle. Hacia los almacenes y edificios de almacenamiento, el patio de contenedores.

—Nunca la encontrarás si no sacas la cabeza del culo y piensas, Roman.

Ahora es mi padre quien ocupa el asiento del copiloto. Es mucho más joven, el pelo más oscuro, las arrugas más suaves, la voz tan ronca y cruel como siempre.

—Estoy un poco ocupado, papá.

—¿Demasiado ocupado para pensar? ¡Tienes que pensar, chico! ¡Piensa!

—¡*Estoy pensando!* —gruño. O al menos lo intento. Pero mi mente está envuelta en una maldita neblina roja.

—No puedes irrumpir ahí y salvarla sin armas y sin refuerzos. ¿Qué vas a hacer?

—La están llevando a un almacén.

A medida que zigzagueamos por el distrito industrial, me siento cada vez más seguro. Es un lugar árido y hormigonado, todo está sumido en la oscuridad.

—Así que voy a seguir como lo estuve haciendo. Eliminaré a cualquier hombre que tengan apostado afuera. Conseguiré su arma y dispararé hasta entrar.

Suena bastante simple para mi cerebro adormecido por el dolor. Ahora solo queda hacerlo. — ¿Cómo planeas hacer eso cuando estás a tres minutos de morir por pérdida de sangre, idiota? Concéntrate, Roman. ¿Qué puedes usar?

Paso la mano por su regazo y abro la guantera. Caen cosas como la documentación del coche, un puñado de bolígrafos, paquetes de pañuelos de papel y una linterna.

La linterna tendrá que ser suficiente. Es pequeña, negra y delgada. El mango, si los secuestradores son tan estúpidos como espero, podría pasar por el cañón de una pistola si nadie se acerca demasiado. Puedo vender la farsa.

Pasamos fila tras fila de almacenes. El coche gira rápidamente a la izquierda para adentrarse en hectáreas de contenedores de almacenamiento. ¿Quizás la segunda fila? No lo sé. Supongo que sí, pero es la opción equivocada. No hay más que hormigón y almacenes silenciosos hasta donde alcanza la vista.

Acelero por el laberinto de pasillos entrecruzados. Esperando, rezando por ver a mi mujer.

Finalmente, cuando me acerco al final de una fila, vislumbro algo negro que cruza el pasillo paralelo. Tienen que ser ellos. Giro el coche a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, persiguiendo sombras que quizá ni siquiera existan.

Entonces, salimos del almacén y llegamos al otro lado de los muelles. Y allí, veo que el coche negro chirría hasta detenerse frente a uno de los enormes almacenes que bordean el agua.

Sé inmediatamente quién es el dueño de ese hijo de puta.

Floriano Verratti.

Aparco lo más cerca que puedo del edificio de ladrillo y metal oxidado. Esperaba resistencia, pero aquí no hay nadie. Respiro entrecortadamente mientras busco alguna forma de entrar por el lateral del edificio.

Estoy a mitad de camino cuando veo una ventana a la altura de los ojos. Me asomo. El cristal está cubierto de suciedad, pero veo bien.

Lo suficiente para ver a Lily.

Sigue en pijama, con los pies descalzos y sangrantes y una cuerda que le roza las muñecas con unos desagradables anillos rojos. Floriano Verratti está de pie frente a ella.

Gruño por lo bajo en mi garganta al ver a ese hijo de puta.

Debería haberlo matado yo mismo. Esto nunca habría ocurrido si no hubiera dejado que Lily me convenciera de hacer algo que nunca había hecho antes: dejar que otra persona se ensuciara las manos en mi nombre.

Mientras observo, Floriano la rodea como si estuviera observando una vaca preciada. Cuando vuelve a estar delante, se detiene, se cuadra y le tiende una mano mugrienta.

Lily le aparta los dedos de un manotazo. Floriano echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

Mi plan es endeble, en el mejor de los casos. Tengo una linterna y un agujero en las costillas. Pero, si tengo que sacrificar mi propio cuerpo para salvarla, para darle una oportunidad de escapar, lo haré. No importa lo que me cueste.

Salvar a Lily es lo único que importa.

Seis o siete metros más abajo, hay una puerta oxidada. Me apresuro hacia ella, agarro el pomo y rezo al puto Dios para que no esté cerrada con llave.

Tuve muchos golpes de suerte en los últimos minutos. El coche estaba abierto, el camión no me aplastó. Incluso estar vivo es una suerte, teniendo todo en cuenta.

Pero necesito un poco más de buena suerte. Solo un poco más. Y, como respuesta a mis plegarias, la puerta se abre sin chirriar.

Me deslizo, pero todavía no hablo. Me escondo a la sombra de una pila de palés y escucho, con la sangre hirviendo, cómo Verratti se burla de mi mujer.

—... Dime lo que sabes de Sorokin, putita.

—Tendrás que matarme antes de que te diga una sola maldita palabra, puto cerdo gordo.

No puedo evitar sonreír. Peleona, mi mujer. Floriano no sabe en lo que se metió.

—Quizá después de que deje a mis hombres un tiempo a solas contigo, lo recordarás.

Hace un gesto con la cabeza a uno de sus gorilas, que se adelanta con una mirada de soslayo que

voy a borrar de su cara.

—¡Roman matará a cualquier hombre que me toque! —habla como si tuviera un ejército detrás suyo.

—Roman Sorokin murió en su patio delantero hace treinta minutos, *puttana*.

—Eres un mentiroso —le escupe. Cae de lleno en su cara engreída y fea.

Hay una larga pausa. Hay tensión en el aire. Entonces, sin limpiarse la saliva de la cara, la mano de Floriano sale disparada y la abofetea lo bastante fuerte como para que su cabeza se mueva hacia un lado.

—Te he tolerado tantas faltas de respeto, puta Benedetti —suspira. Saca un pañuelo del bolsillo trasero, se limpia la saliva de la nariz y vuelve a guardarlo—. Hace días, semanas y meses que me dices que no. Nadie le dice que no a Floriano Verratti. Ni tú. Ni tu cobarde excusa de padre. Ni el perro muerto de tu marido.

—Bueno, aquí hay una más —dice con la sangre chorreando por su barbilla—. No.

Asiente afligido. —Pensé que dirías eso.

Entonces, moviéndose más rápido de lo que creía posible, saca una pistola de la cintura y dispara a Lily en el muslo. Ella se desploma con un grito que me parte el corazón en dos.

—Ya no eres tan dura, zorrita, ¿verdad? —le sisea.

Exploto hacia la luz. Agarro al matón de Verratti más cercano y le hago una llave en la cabeza hasta que el chasquido satisfactorio de su cuello borra la nubosidad de mi mente.

De repente, puedo verlo todo. El dolor retrocede. Soy lo que siempre he sido: el ángel de la puta muerte.

Me agacho y agarro el arma del muerto. La 44 me resulta familiar en la palma de la mano. Pivotando, me arrodillo y disparo a la garganta del hombre más cercano a Floriano.

Otro de sus secuaces tiene a Lily en sus manos e intenta arrastrarla hasta ponerla en pie mientras Floriano se gira y carga contra mí. Disparo al *mudak* que sujeta a Lily. Todas las horas que pasé en el campo de tiro se traducen en salpicaduras de sangre cuando la bala se hunde entre sus ojos y sale por la nuca.

Entonces, apunto a Floriano. Se congela, atrapado en tierra de nadie. No tiene nada tras lo que esconderse.

Está jodido.

Pero sonrío como un tiburón. —Roman. Debo admitir que estoy un poco sorprendido.

—No deberías estarlo.

No me queda mucho tiempo antes de que la pérdida de sangre venza a la adrenalina. Desde luego, no el suficiente para intercambiar bromas ingeniosas con este puto *durak*.

Pero tampoco merece una muerte rápida y misericordiosa. Así que le hago un agujero en la

rodilla.

Cae con fuerza. Su grito resuena en todo el edificio. Cojeo hacia allí para ponerme a su lado y mirarlo a los ojos.

Con una dignidad que no habría esperado de él, Floriano levanta la cabeza y dice: —Adelante. Haz lo que debas.

Y, con una mueca, me inclino para asegurarme de que entiende las últimas palabras que oír: —Muere despacio, hijo de puta.

Luego, vacío el cargador en su estómago.

No me quedo para ver la luz salir de sus ojos, por muy satisfactorio que fuera. Tengo que llevar a mi mujer al hospital. Está cerca de la puerta, sangrando y gimiendo.

Miro a mi alrededor. El matón que yace muerto más cerca de ella tiene un cinturón. Puedo usarlo como torniquete para detener el flujo de sangre y, con suerte, darnos unos minutos más para que reciba atención médica.

Pero, en cuanto intento acercarme a ella, mis pensamientos se vuelven confusos y el almacén empieza a girar como un tiovivo.

—¡No! —rujo. Todavía no. Necesito más tiempo.

Me aferro a un pilar metálico para no desplomarme. Luego, armándome de valor, me tambaleo hacia ella. Me agacho para coger el cinturón del cadáver del hombre Verratti, pero, a medio camino, mis fuerzas se desvanecen y caigo al suelo.

No me queda nada en el depósito.

He llegado muy lejos. Casi he ganado.

Así que esto no puede ser. Esto no puede ser el final.

—¿Roman? —su voz es pequeña y débil, pero es el sonido más dulce que he oído nunca.

—Estoy aquí —digo con voz ronca—. Todo va a estar bien. Voy a llevarte al hospital.

Me doy vuelta y me pongo de rodillas. Deslizo los brazos por debajo de ella y la alzo.

El dolor me atraviesa, abrasador, pero lo ignoro. Aprieto los dientes con tanta fuerza que siento que se me rompe una muela. También lo ignoro.

Nada me impedirá salvarla. De ser el hombre que le prometí que sería, el que ella se merece.

Puedo hacerlo. Voy a hacerlo. Debo hacerlo.

Pero, cuando intento ponerme de pie, el mundo se ennegrece. No puedo ver más que vagas formas. Me hundo de rodillas en la agonía.

—¿Roman? —su voz se apaga. Estoy perdiendo. La estoy perdiendo. Me estoy perdiendo a mí mismo.

—Vamos al... hospital...

Intento ponerme de pie de nuevo, pero no encuentro el suelo. No sé qué es arriba y qué es abajo, qué es real y qué es falso. Siento el sabor de la sangre y la bilis.

Lily se levanta y me toca la mejilla con un dedo manchado de sangre. —Roman...

—¿Sí, *kiska*? —consigo escupir.

—Tenemos que... Tenemos que salvar a nuestro bebé.

Es lo último que penetra en mi conciencia antes de que todo se desvanezca en la nada.

¿Qué quiere decir con *nuestro bebé*?



**La historia de Roman y Lily continuará en Segundo Libro del dúo de la Bratva Sorokin,
Novia arruinada.**